

MENTIRAS ACEPTADAS

José María Guelbenzu

Nuevos Tiempos Siruela



José María Guelbenzu

Mentiras aceptadas

 Siruela
Nuevos Tiempos

Índice

Cubierta

Portadilla

Mentiras aceptadas

I. La nevada

II. Personajes a escena

III. Vidas reunidas

IV. Verano y cambios

V. La influencia de los hechos

VI. Enredos y daños

VII. Tribulación

VIII. Los personajes se despiden

Agradecimientos

Créditos

*Ergo age, care pater, cervici imponere nostrae;
ipse subibo umeris nec me labor iste gravabit;
quo res cumque cadent, unnum et commune periculum,
una salus ambobus erit. Mihi parvus Iulus sit comes*

Virgilio, *Eneida*

Ea, padre querido, monta sobre mi cuello.
Te sostendré en mis hombros. No va a agobiarme
el peso de esta carga. Y pase lo que pase, uno
ha de ser el riesgo, una la salvación para los dos.
Que a mi lado venga el pequeño Julo

(trad. de Javier de Echave-Sustaeta)

*A Javier Pradera,
por su ejemplar dignidad,
por su amistad
y por su última sonrisa*

Mentiras aceptadas

I

La nevada

En la terraza acristalada del Café de la Plaza, Gabriel Cuneo levantó la mirada de las páginas del diario que estaba leyendo y vio pasar un tropel de niños agitando el aire con sus voces chillonas y alegres. Pensó en el preadolescente Martín, en el colegio con sus compañeros. Pensó en que era lunes y que hasta el sábado por la mañana no lo recogería para pasar otro fin de semana juntos, pero, con todo, su corazón se alegró. Después encendió un cigarrillo y se quedó en actitud distraída al tiempo que exhalaba lentamente el humo, como si le complaciera verlo disiparse en el aire. Cuando se desvaneció, sus ojos se encontraron con el dibujo de una mariposa tallada en el centro de cada una de las grandes lunas de la cristalera que lo protegía del frío y le pareció una mariposa helada. Satisfecho, se inclinó hacia delante en busca de su taza de café negro. En ese momento, un agudo haz de gritos se confundió en sus oídos con un violento chirrido metálico; pero lo que le estremeció fue el sonido duro y seco de un cuerpo alcanzado por un impacto: un sonido grave, funeral y modesto.

No quiso echar a correr en dirección al tumulto que se estaba formando en la calle sino que permaneció pegado a la silla, tratando de conjurar lo presentido. Contempló obstinadamente los objetos desplegados sobre la mesa: la taza de café en primer lugar, el periódico abierto, el azucarero, la cucharilla sobre el mármol, bajo la que asomaba una gota oscura, el servilletero de hojas de celulosa, sus propias manos aferradas a los bordes de la mesa deteniendo el primer impulso de saltar adelante. Sólo después de un minuto fue capaz de levantar la cabeza y, acto seguido, se puso en pie. La terraza había quedado vacía y en el interior del café sólo algunos clientes se asomaban para mirar más allá de la cristalera. Gabriel atravesó la terraza en dos zancadas sorteando las mesas y salió al exterior. El frío le recibió cortante. Un numeroso grupo de personas se agolpaba unos metros más allá, en la esquina de la calle, empujándose unos a otros en estado de agitación y manifestando en sus ademanes una ostensible fatalidad.

Cuando logró abrirse paso enérgicamente entre los viandantes arremolinados, Gabriel se encontró de pronto ante un grupo de niños que lloraban con el miedo marcado en sus caras, y a los que una mujer, evidentemente descompuesta, trataba de proteger haciendo que se juntaran en un corro de protección con la ayuda de alguna otra mujer del público. Un par de metros más allá, dos hombres estaban inclinados sobre un bulto diminuto, un cuerpo encogido en el suelo ante el morro de un automóvil; dos hombres, uno de los cuales mostraba un gesto desolado e inerme y el otro, apretándose la cabeza con ambas manos, una lacrimosa desesperación. En esa suerte de espacio detenido en el tiempo componían una

estampa siniestra. Gabriel advirtió la presencia aparte de dos niños cogidos de la mano mirando rígidamente el bulto en el suelo, como si la incredulidad ante lo inconcebible los hubiera inmovilizado frente a la realidad de aquel despojo que unos momentos antes era uno de los suyos, y los atrajo al grupo en el que los demás lloraban estremecidos. La gente hablaba entre sí. Una joven que debía de ser la profesora del colegio gritó a los mirones que se apartaran para poder alejar a los niños de la escena. A pesar de la violencia que ejercía sobre sí misma para afrontar la situación, temblaba como una hoja. Una ambulancia del Samur se detuvo justo detrás del automóvil y por el lado contrario apareció un coche de la policía municipal precedido por un motorista. Los agentes comenzaron a apartar a los congregados, que retrocedieron por la acera. Gabriel y la mujer siguieron tratando de calmar a los niños, cuya congoja partía el corazón de los curiosos, que, sin embargo, no apartaban sus ojos de ellos.

Los enfermeros del Samur se pusieron en pie y el que parecía ser el jefe miró a uno de los agentes y movió la cabeza negativamente. «Tienen que avisar al juez», dijo. La profesora o cuidadora de los niños exhaló un gemido y Gabriel la recogió en sus brazos y sintió que su cuerpo se pegaba al suyo como un náufrago a la tabla de salvación, lo que le produjo a la vez una cálida satisfacción y un inconcreto desasosiego. En seguida, uno de los dos hombres que habían permanecido junto al cuerpo (el otro debía de ser el conductor del automóvil) corrió hacia ellos y entre ambos trataron de reanimarla. «Coraje, María, tenemos que llevarnos a los niños hasta el colegio», dijo. Gabriel se ofreció de inmediato. Un agente se acercó, inquisidor: «¿Quién de ustedes es el responsable de los niños?». «Yo», contestó el hombre, «pero tengo que sacarlos de aquí». «Antes debo tomarle unos datos», dijo el agente. En aquel momento otro coche de policía aparcó tras el primero. Los agentes se desplegaron de inmediato para ordenar la circulación. La mujer, de espaldas a los niños para que no vieran su debilidad, lloraba sobre el pecho de Gabriel. «Ánimo, muchacha, tienes que sobreponerte», dijo. Ella se apartó limpiándose las lágrimas que, sin embargo, escapaban entre sus dedos. Gabriel, al desprenderse de ella y quedar solo en medio del escenario, sintió un hueco de horror incontrolable y una corriente helada y seca como el aliento de la muerte.

Los niños pertenecían a un colegio cercano y habían salido esa mañana de paseo hacia un parque donde les mostraban las distintas clases de árboles y plantas y recibían una simple lección práctica que anotaban en sus cuadernos. El mes de enero de 2005 había sido excepcionalmente caluroso y en el colegio de Martín ya habían hecho una salida al Parque del Retiro, pero ahora, en la segunda mitad de febrero, el frío había vuelto a ocupar su lugar en el calendario. De madrugada había nevado, aunque la nieve se quedara en los tejados y sobre los coches y no cuajara en el suelo, que estaba muy resbaladizo, con tramos helados. Gabriel y la muchacha pusieron en fila a los niños, embutidos en sus parkas y bufandas como

pollitos asustados, y un agente los acompañó después de tomar nota de los nombres y direcciones de ambos. La chica aún mostraba una temblorosa inseguridad. El otro profesor, hablando a la vez por su teléfono móvil, se quedó a su pesar junto al policía que le interrogaba. «¿Cómo se les ocurre sacar a los niños después de haber nevado?» «Precisamente. Los llevamos a ver la nieve en el parque.» Todo el suceso le parecía a Gabriel una irrealidad a la que se entregaba sin mediar duda alguna, convencido de que era esa su labor y, al mismo tiempo, preguntándose de tanto en tanto, mientras caminaba por la calle bien atento al paso de los niños, si aquello estaba sucediendo de veras o era la secuencia de alguna de sus películas revivida en medio de un sueño.

Al acercarse al colegio, les salieron al paso varias personas con caras desencajadas que recogieron a los niños a la vez que se dirigían a Gabriel y al agente requiriendo información. Mientras se defendía como podía de la ansiedad con que los asediaban, Gabriel creyó advertir un tono de velado reproche en la manera de dirigirse a la muchacha en busca de explicaciones. La pobre chica, aún bajo los efectos de la conmoción recibida, se retorció las manos y miraba a un lado y a otro como solicitando un apoyo a su desamparo. Entonces Gabriel se acercó de nuevo a ella, la atrajo por los hombros y solicitó a los acosadores que aliviaran la emoción de la muchacha. Luego la apartó del grupo, que se dirigió de inmediato al agente de la policía municipal, y empezó a hablarle suave, sosegadamente. Mientras la calmaba, reparó en que su cabello castaño era semejante al de una de las profesoras de Martín, una joven alegre que siempre tenía palabras cariñosas para su hijo, con la que siempre estaba cambiando bromas cuando le tocaba recogerlo en el colegio, y no pudo evitar un escalofrío. Ella debió de notar el temor y la debilidad que durante unos segundos invadieron a Gabriel porque se separó de él con un gesto de preocupación.

–Me parece que ya estás de vuelta en ti –dijo Gabriel con una sonrisa forzada.

–Gracias a usted –dijo ella. Por un momento se miraron desconcertados, como si comprendieran de repente que no eran sino dos extraños. Unas voces reclamaron con insistencia a la chica. A su llamada, ella se despegó obedientemente de él, apretó con fuerza su mano con las dos suyas y luego se encaminó hacia los otros profesores.

–Adiós, María –exclamó Gabriel, que ya antes había escuchado su nombre.

Ella se volvió a medias, sorprendida, pero siguió andando hacia el grupo. Él permaneció a las puertas del colegio cuando todos entraron. Permaneció allí con las manos en los bolsillos, como si lo hubieran dejado plantado en mitad de la acera, hasta que el frío lo sacudió con un estremecimiento; luego se encogió sobre sí mismo en un acto reflejo de abrigo, pateó el suelo varias veces y por fin, dando la vuelta bruscamente, se encaminó a toda prisa al Café de la Plaza, el cuerpo echado hacia delante, la cabeza metida entre los hombros.

Al penetrar en la terraza acristalada descubrió que su mesa estaba vacía. El camarero que le atendiera se excusó por haber retirado el servicio. El abrigo y el periódico se lo habían recogido y guardado, pero los cigarrillos y el mechero habían desaparecido. Le dolió sobre todo la desaparición del mechero, un Dupont plateado regalo de su mujer en su primer aniversario de boda. Sentado y malhumorado, miraba la taza de café recién servido sin ánimo para beberlo. El cielo se había cerrado y ahora ofrecía un color panza de burro que acentuaba la sensación de frío. Pensó que iba a nevar.

Dejó que el café se enfriara también. De pronto se sentía falto de fuerzas, invadido por un cansancio parecido a la tristeza, desmadejado y sin voluntad. Todo el suceso tenía un aire inequívoco de fatalidad. Miró hacia el interior del local y vio al camarero recostado en la barra y de brazos cruzados; con una mano sostenía la bandeja pegada al cuerpo y le miraba como si él fuera el último cliente y tuviera que cerrar. Momentos después se levantó para pagar y el camarero no quiso cobrarle. Ambos estaban incómodos por el robo, cada uno a su manera, pero deseando perderse de vista. Al salir se fijó en que, en la luna de la puerta, la mariposa tallada estaba empañada por el vaho.

Al día siguiente el cielo se despejó, el frío se hizo mucho más intenso y el boletín meteorológico anunció nuevas nevadas; al parecer, media España estaba cubierta por la nieve. Si la nevada se hubiera adelantado tan sólo cuarenta y ocho horas, justo las que correspondían al fin de semana pasado, podría haber pactado con su ex esposa cambiarlo por el próximo y ambos, Martín y él, habrían ido a ver la nieve. A Isabel nunca le gustó la nieve, como tantas otras cosas por las que ahora, en cambio, sí sentía aprecio. «Ese principio de contradicción, tan femenino», pensó. «También entonces creía que mi interés en llevar al chico a la nieve era por fastidiarla a ella, la protagonista permanente.» Sin embargo, Gabriel debía a Isabel, bien que no por mérito de ella, el mayor de sus éxitos como guionista de series de televisión. Al quedar solo al frente de sí mismo, disciplinado como era, no tardó en organizar su nueva vida y su nueva casa. Aprendió a hacer las labores del hogar, al contrario que la mayoría de los divorciados, porque estaba acostumbrado a una casa donde la pulcritud y el orden eran sagrados y no le apetecía renunciar a ello. Aprendió incluso a planchar, aunque una vez iniciado en el dominio de tal arte, amplió las tareas de la señora que lo asistía y lo dejó en sus manos. Y de todo ese aprendizaje surgió la idea de una serie televisiva titulada *El amo de su casa*, que narraba en clave humorística y satírica las tribulaciones de un parado con tres hijos cuya mujer trabaja fuera de casa y se ve obligado a hacerse cargo de las tareas del hogar. Crítica social y familiar, amable y algo punzante, que se ganó el favor de la audiencia. Él era autor de la idea y el coguionista de la serie, y el éxito lo había llevado a lo más alto de su carrera como creador de contenidos. Ahora se aprestaba a iniciar la segunda temporada sin muchas ganas; en parte porque sentía que la serie había perdido la frescura inicial y en parte porque, a causa de ello y de que su misma actitud lo debía dejar traslucir, le habían colocado como refuerzo y control a un par de colaboradores nuevos tan industriosos como faltos de imaginación.

Isabel había dado a Martín un hermanito con su actual marido, un, al parecer, renombrado sociólogo diez años mayor que ella que había logrado escalar suficientes peldaños de poder como para convertirse en persona de relevancia social y que, para afianzar su nueva vida de casado, había dejado colocados a los dos hijos de su anterior matrimonio con la madre. El hermanito, en opinión un tanto radical de Gabriel, como él mismo reconocía, debía de ser sólo hijo del sociólogo porque no apuntaba ninguno de los rasgos más tentadoramente atractivos de Isabel; de hecho, le parecía un sociólogo gordito con chupete. Gabriel, que consideraba la sociología como «la ciencia de lo obvio», no lograba comprender que se hubiera interesado por aquel tipo hasta el punto de dejarse embarazar; lo cual, además de

hacerle sentir durante un tiempo su sustitución en el lecho matrimonial como un agravio, aún le reconcomía por desproporcionado. Lo que habían construido en la cama se lo quedaba el otro sin pagar peaje. Ambos habían hecho el esfuerzo de fundar juntos la empresa amorosa y desarrollarla y perfeccionarla y ahora el beneficio se lo quedaba un intruso. ¿Qué intimidades no estaría compartiendo con él gratuitamente, intimidades criadas en el seno de su propia relación? Aquellos lazos rotos se le aparecían ahora como un campo de desolación, una pérdida desnuda, un injusto despojo. Y para mayor escarnio, la sola idea de que aquel petulante estuviera interviniendo en la educación de su hijo le resultaba tan hiriente como el hecho de que ahora ella se deslizase por las pistas de Baqueira Beret cada invierno con toda felicidad. Mas, pese a todo, no le deseaba ningún mal; tan sólo sufría la situación como un desaire del destino, pues ni siquiera sentía la necesidad de atribuirle a ella otras malas intenciones que las propias de una esposa confundida. «O liberada», le susurró un pequeño demonio en su interior.

Por la ventana, el día cristalizaba en frío a los ojos del observador. El cielo presentaba ese color gris deslucido y ligeramente rosáceo que anuncia una copiosa nevada. Gabriel estaba sentado frente a su ordenador portátil tratando inútilmente de enhebrar unos cuantos argumentos en favor de la superioridad de los canales temáticos en televisión en un futuro cercano, con destino a un semanario de actualidad. Después del almuerzo debía ir a visitar a su padre a la residencia donde lo tenía internado. De hecho sopesaba, aunque aún no quería admitirlo, la idea de retrasarlo a la mañana siguiente. La visita lógica era siempre por la mañana, pero llevaba dos días de retraso porque no quiso aprovechar, por pura comodidad, la mañana del domingo, vencido por la pereza y la resaca. No hacía más de un año que su madre había muerto. Hasta entonces ella se había ocupado, con esa especie de diligencia ciega y a la vez resignada de las madres de antaño, del incipiente deterioro mental del padre; una carga pesada y desesperanzada que él se sentía incapaz de afrontar. De sus dos hermanos, el mayor, bien instalado en la vida, alegaba razones familiares (tres hijos, una esposa, un perro) para sacudirse el problema, y el menor residía con su pareja en Galicia. Su madre siempre aspiró, inútilmente, a que Gabriel regresara a la casa paterna pues, al estar separado, dónde iba a sentirse más acogido y cuidado, y a él le entraron escalofríos sólo de pensarlo; al principio, expuso toda clase de argumentos en contra que chocaron con la tenacidad de la madre; después decidió ser más práctico y empezó a visitarlos con alguna asiduidad para compensar los deseos frustrados; finalmente, ella, acostumbrada a la renuncia, cedió una vez más. Su muerte repentina sumió a Gabriel en una pesadilla: el deterioro del padre se aceleró, contrató a una enfermera para las noches y envió a su propia asistente durante el día hasta que comprendió que la única solución era internarlo en una residencia geriátrica. Todo ello mermó seriamente sus ingresos porque, además, debía pasar una cantidad al mes por su

hijo. Los hermanos se limitaron a prometer, sin mucho entusiasmo, una discreta aportación de dinero para justificar su inhibición. Afortunadamente para él, el sociólogo ofreció a Isabel un piso mucho mejor que el de ambos, lo que le permitió recuperar el domicilio conyugal. Entonces vendió el piso paterno y colocó el dinero en una cuenta para hacer frente a los gastos de la residencia; poco a poco la situación se fue enderezando, aún con algún contratiempo, porque los hermanos querían repartirse el dinero producto de la venta; pero esta vez se mantuvo firme y los achantó. De vez en cuando, en sus sueños, se le aparecía la imagen de su padre diciendo: «Y mañana, hala, al asilo». Lo repetía desde antes de que se manifestara el mal de Alzheimer y le producía una mala conciencia permanente. Pero ¿qué podía hacer? Sólo le consolaba el saber que buena parte de los familiares dedicados a cuidar a un enfermo de alzhéimer acababa necesitando tratamiento psiquiátrico. Él, solo, no podía hacer nada más de lo que hacía.

A menudo el padre no le reconocía cuando lo visitaba. Sin embargo su mayor castigo era acompañarlo al comedor. Allí, en una serie de mesas desamparadas, eran sentados ancianos de ambos sexos, torpes o inmóviles, ante sendos platos de comida convencional, sopas de viejo o trozos de carne guisada con angustiosos guisantes alrededor. Al lado de cada plato podían verse pastillas de diversos colores. Las enfermeras alimentaban a los incapaces y los demás se llevaban la comida a la boca como podían. La sala emanaba un denso olor a rancio y a ropa arrugada sobre los frágiles cuerpos. De vez en cuando un gemido que más parecía un aullido descarnado rompía el silencio ominoso que acompañaba al almuerzo, pero nadie parecía escucharlo. Tan sólo se escuchaban aisladas las voces de las enfermeras, con soniquete, diciendo: «Ahora va a ser bueno y se va a tomar otra cucharadita». Su padre no parecía enterarse de nada, pero Gabriel estaba seguro de que aquel deprimente espectáculo lo percibía de alguna manera, quizás a través de su propio deterioro, del mismo modo que él percibía la humillación infinita, el envilecimiento de los enfermos en aquella sala donde se alimentaba a muertos vivientes. Y, sin embargo, estaba extrañamente agradecido a las cuidadoras porque lo que le parecía realmente espantoso era la convivencia con la gélida indiferencia de la muerte.

No quería ir a visitarlo y no tenía valor para dejar de hacerlo. Aquel hombre que lo había sido todo para él en su infancia, así como la autoridad en el período adolescente, al que se enfrentó en busca de su independencia, insolente a menudo, al que regresó a instancia de la madre para ayudar a temperar el desgajamiento familiar de su hermano pequeño, al que finalmente soportó con un afecto impostado, al que vio deprimirse y empezar a deteriorarse en cuerpo y mente... ahora era un pingajo, arrinconado en una desangelada habitación por él mismo y por la vida injusta; un pingajo que no merecía ese final como no lo merecería ningún ser humano consciente de su dignidad. Porque su padre siempre había mantenido una dignidad personal que sobresalía de sus numerosos defectos, lo cual

él, Gabriel, lo reconocía cuando era demasiado tarde para enjugar su mala conciencia, de modo que el acompañamiento al comedor lo sufría a modo de indeseado acto de penitencia.

La emoción le empañaba la vista y alejó esos pensamientos. La emoción le embargaba cuando recordaba sus visitas, no cuando estaba allí, cuando lo acariciaba queriendo creer que percibía su cariño y su pena. Como creía estar a punto de llorar, apretó las mandíbulas y se dedicó a cerrar con extrema atención el ordenador. Pensó en Martín. El parte meteorológico anunciaba nuevas nevadas. Con un poco de suerte, el fin de semana podrían cargar los esquíes en el coche y escapar a Navacerrada; aunque seguramente las pistas estarían atestadas, era su única oportunidad.

Estaba solo. A su edad ya no quedaban amigos con los que salir de parranda o, simplemente, a cenar y tomar una copa. Los viejos tiempos de juventud alegre y loca quedaban atrás y, muy a su pesar, se veía obligado a reconocerlo. La vida estable y serena del hogar propicia la desgana. Cuarenta y nueve años eran muchos años. Desde el nacimiento de Martín habían mudado sus hábitos, Isabel y él, porque salir de noche era un problema con el niño. Después de la separación – Martín tenía entonces siete años, ahora doce – los intentos de recuperar la libertad y la noche resultaron decepcionantes y, además, descubrió que lo cansaban tanto que se le antojaron un espejo de decrepitud. Así que poco a poco se fue despegando, no sin alguna conciencia de lo irremediable, de los bares amados donde se dejó la juventud. Últimamente, cuando se quedaba en casa, solía escuchar una canción de Domenico Modugno que encontró entre los numerosos discos de los tiempos de la época universitaria de su amigo Antón Patriarca, un microsurco de 45 r. p. m., una canción nostálgica que hablaba de un decadente y solitario dandy caminando bajo las luces de la ciudad.

Ha il cilindro per cappello/ due diamanti per gemelli/ un bastone di cristallo/ la gardenia nell'occhiello/ e sul candido gilet/ un papillon/ un papillon/ di seta blu...

Gabriel es fantasioso, le agrada imaginar, acostumbrado a la lectura en seguida recrea un escenario y así es como suele seguir la canción hasta el final; hasta que al final se le hace un nudo en la garganta, un nudo que le reconforta y le ayuda a compadecerse de sí mismo en las horas bajas de las madrugadas perdidas.

Adieu, adieu, adieu, adieu/ addio al mondo/ ai ricordi del passato/ ad un sogno mai sognato/ ad un attimo d'amore/ che mai più ritornerà.

La mañana del miércoles 23 de febrero de 2005 queda en su memoria por la formidable nevada que colapsó Madrid. Hacía años que no se veía nevar de tal modo en la capital. Parecía como si al ansia de nieve de la población el tiempo atmosférico hubiese respondido con un golpe de mal humor. En un clima frío como es el de la meseta en invierno, el ciudadano añora y exige los símbolos de la estación. La nieve es uno de ellos y salir a la calle bien arropado, pisar la nieve y arrojarle bolas unos a otros, forma parte del ritual de reconocimiento del invierno; pero la ciudad, a su vez, se ve obligada a calentar a sus habitantes y, cuando nieva, el calor que emite impide que la nieve llegue a cuajar. Esta vez, sin embargo, nevó de veras. Ya en la madrugada, un frente cálido y otro frío, asociados a una baja presión que se forma en el norte de Asturias, descienden hasta Madrid provocando nevadas muy copiosas y se acumulan espesores de 5-10 cm según las zonas. La circulación queda detenida y es casi imposible llegar a colegios y oficinas.

Gabriel, que se acostó tarde, no se enteró de la situación hasta que una llamada telefónica lo despertó. La llamada procedía de uno de sus dos coguionistas, que vivía en una urbanización a las afueras de Madrid y no podía sacar el coche, pues la acumulación de nieve desde la puerta de su chalet adosado hasta donde la vista alcanzaba era, al parecer, espectacular. Lo primero que acudió a la mente de Gabriel fue aquel tiempo de su infancia en que rezaba por las noches antes de acostarse para que nevara y no pudiese acudir al colegio. Aunque su padre nunca le dio opción y los acompañaba, a los hijos, hasta la parada del autobús en precario equilibrio sobre las aceras en las que la blanca superficie iba tomando un color sucio debido al paso de los transeúntes. Confortado, se asomó a la ventana y el espectáculo lo maravilló: la ciudad estaba enteramente blanca bajo un cielo gris perla que la abrazaba como si la hubieran envuelto para regalo.

De entrada, abandonó toda idea de trabajo y se preparó un desayuno de hotel: zumo de naranja, huevo revuelto con beicon, dos magdalenas y una buena cantidad de café.

Entonces echó de menos el periódico y encendió la radio. Cuando hubo terminado, decidido a no vestirse, eligió el CD con la banda sonora de la película *Barry Lyndon* y se echó en el sofá cuan largo era, dispuesto a dejarse mecer en brazos de la serenidad más absoluta en cuanto empezase a sonar la solemne *Sarabande* de Händel; y así continuó, una pieza tras otra, hasta que, a la entrada del *Lilliburlero*, se quedó profundamente dormido.

Soñó que guiaba una carreta conducida por un caballo de tiro y atravesaba los campos verdes y llanos al pie de las colinas azules. Al llegar al borde de un río cuyo

caudal discurría entre formaciones de guijarros, halló a un grupo de mujeres que lavaban ropa en una de las orillas y se dirigió a ellas amablemente preguntando si por casualidad alguna buscaba marido, a lo que ellas respondieron con alegres carcajadas, le rodearon y, todas a una, se lanzaron sobre él arrebatándole la ropa, incluidos los calzoncillos, y la echaron a lavar. Mientras la restregaban en la tabla con grandes aspavientos, él, avergonzado, se escondía en el interior de la carreta buscando con qué taparse. En eso, apareció al pie del bosque cercano un regimiento de granaderos que siguió desfilando por la orilla y las mujeres abandonaron su labor para jalearlos con gritos y vivas, lo que hizo que redoblaran sonrientes la marcialidad de su paso. En esto, el oficial que los mandaba avistó la cara de Gabriel asomando por encima del costado de la carreta y, sin pensárselo dos veces, le ordenó unirse a la formación. Avergonzado, entonó una especie de lamento oscuro al que los soldados replicaron con un alegre ritmo de flautas y tambores y, sin reparar en su desnudez, lo incorporaron a la fila mientras las mujeres corrían tras él para devolverle su vestimenta lavada y húmeda. Al cabo del rato, el regimiento se detuvo ante un grupo de damas que merendaban en la hierba y los más cualificados de los soldados bailaron con ellas una danza-marcha, con una alegría de la que no disfrutó el avergonzado Gabriel escondido tras su lamento oscuro. Luego, los criados que acompañaban a las damas, entonaron una cavatina palaciega y el regimiento prosiguió su marcha dejando que las damas retozasen con sus elegantes criados y Gabriel, viendo el cuadro, decidió quedarse entre ellos pues, estando como estaban desnudos y prestos a hacer el amor con las damas, consideró que allí no desentonaba tanto su desnudez como desfilando entre los marciales granaderos. Mientras el grupo fornicaba con entera libertad, aprovechó para dar buena cuenta de los excelentes manjares abandonados sobre los manteles y después se dio a la bebida, lo que le ocasionó un bienestar que se extendía lenta y cordialmente por sus miembros enardecido en cambio el de la reproducción, por lo que, saciada el hambre, decidió incorporarse al grupo. Entonces toda la escena desapareció ante sus ojos y se encontró de nuevo vestido y solo en la pradera, caminando por sus pasos contados como en una danza alrededor de sí mismo; y en ese momento despertó, justo cuando sonaba el adagio del Concierto para dos clavicémbalos y orquesta en si menor de Bach, luciendo una considerable erección que hubo de aliviar apresuradamente. Después, cumplido y relajado y mientras escuchaba los dulces compases de la adaptación que se había hecho para el *film* de un trío de piano de Schubert, suspiró varias veces para expresar su placer. El trío tenía un aire melancólico y ya estaba a punto de dejarse mecer por él cuando la poderosa *Sarabande* inicial de Händel vino a poner punto final a su estado de languidez.

Gabriel pasó el día en su casa. A una hora prudente telefoneó a su ex esposa para saber si Martín había acudido al colegio. Estaban todos en casa, incluido el

sociólogo, que se había aventurado a salir a la calle y regresó con magulladuras en brazo y muslo al perder el equilibrio delante del quiosco que, naturalmente, estaba sin periódicos. A pesar de ello, logró acercarse a la panadería y traer consigo una barra de pan, una caracola y una bayonesa. Un tipo heroico. Martín estaba bien, contento por la vacación imprevista y frustrado por no poder salir a la calle a tirar bolas. Gabriel se ofreció inútilmente a ir a buscarlo.

–Tú estás loco –le dijo Isabel–. Gonzalo casi se mata por traernos el pan y vas a venir tú desde tu casa a buscar al niño. ¡Eres un irresponsable!

Inexplicablemente, siempre olvidaba el nombre de Gonzalo. El sociólogo. Al final, cambió unas palabras con Martín, que quería a toda costa ser rescatado del ámbito familiar para vivir una aventura callejera en la nieve, y colgó.

Durante las horas siguientes vagueó en pijama. Encendió y apagó la televisión, trató de leer una novela de romanos, escudriñó la despensa y la nevera para estudiar la posibilidad de una comida succulenta, estuvo un rato escuchando música y volvió a sumirse en un entresueño, tirado en el sofá. Lo sacó de la modorra una llamada de teléfono.

–Gabriel –era la voz campanil del productor de la serie–, que se nos ha matado Álvaro Pons en un accidente de carretera y tenemos que replantearnos todo. Es más, tenemos que plantearnos si seguir o no. Hasta que no me reúna con la cadena, detén el trabajo. Ya te contaré. Y avisa a los otros.

Álvaro Pons era el desdichado actor protagonista de *El amo de su casa*, irremediabilmente desdichado ya.

–Pero ¿cómo? ¿Qué dices? Pero ¿cómo ha sido?

–Una muerte horrorosa. Venía conduciendo por Despeñaperros, detrás de un tráiler cargado de coches y, al parecer, el último de los que transportaba en la plataforma superior se soltó del amarre, cayó encima de Álvaro y lo hizo fosfatina. Bueno, te dejo, porque estamos en medio de un *merdé* continental –se despidió el productor.

¿Un *merdé* continental? Se preguntó Gabriel aún no repuesto de la noticia que acababa de recibir. De manera que, de momento al menos, la serie se iba al garete gracias al loco de Álvaro Pons, que tanto presumía de ser un conductor al límite. Aunque en este caso el accidente no parecía producto de su imprudencia. Para una vez que iba formalmente detrás de un camión, él, Pons, el enemigo jurado de los camiones, el otro va y le suelta la carga encima. «Lo que es la vida», pensó Gabriel. La verdad es que no le tenía mucha simpatía, ni siquiera le parecía el actor más idóneo para el papel, pero le apenaba su muerte. Era bisexual y se dejaba querer por un directivo de la cadena, lo cual no dejaba de producirle alguna perplejidad porque, como él decía, habiendo tantas mujeres estupendas ya hay que tener ganas para tirarse a un tío. De todos modos, el trabajo se consigue como se puede; hay mucha competencia. El directivo debía de tener un buen disgusto. Si es que no iba

con él en el coche. Claro que, en ese caso, el productor estaría bajo el efecto de un ataque de nervios: sin actor principal y sin directivo. Así que no, no se habría matado. Estaría con su familia, tan hogareño. Esta gente es despiadada. Y el otro pobre, debajo de un amasijo de hierros retorcidos.

Le entró un anheloso afán por salir de casa y se duchó y vistió con decisión. Ya en la calle, comprendió que aquello no tenía sentido. ¿Adónde ir? No sentía el frío y los pies se le hundían hasta los tobillos en la nieve blanda. Una línea de paso, de nieve pisada, recorría la acera y avanzó por ella, titubeante. La salida a la nieve es, al principio, una bocanada de salud. Así como el duro hielo quema, la nieve porosa resulta acogedora y la temperatura no es ingrata. Aún no habían empezado a formarse placas de hielo y el sol ya había traspasado el color gris perla uniforme del cielo, por lo que poco a poco se fue animando a caminar. Necesitaba caminar y pensar. Pensar caminando. El accidente de Álvaro Pons le dejaba mano sobre mano, en ese momento era su único trabajo. Había sido afectado por dos accidentes en cuarenta y ocho horas, el niño y el actor. ¿Sería él el próximo, pisando la nieve? Acarició la idea de acercarse al colegio de la víctima y preguntar por María, la profesora. Debía de ser muy joven, no más allá de treinta años, quizá menos; la recordaba esbelta y agraciada, de mediana estatura, pues le había pasado el brazo sobre el hombro. Probablemente necesitaría consuelo, al fin y al cabo ella estaba a cargo de los niños, aunque el otro profesor, sin duda más veterano, era el principal responsable. ¿Cómo se les había escapado el niño a la calzada? Martín había salido este mismo año, en enero, al parque a recoger hojas caídas de los árboles para hacer un herbario con sus compañeros.

El resto de la semana lo dedicó Gabriel Cuneo a seguir vagueando, interrumpido por el funeral de Álvaro Pons, que hizo mucho ruido en la prensa e hizo también que se empezara a especular en los medios de comunicación más chismosos con el nombre de su sucesor en la serie, lo cual le tranquilizó porque de ello deducía, con buen criterio, que la serie, aunque se retrasara, no estaba en peligro. En vista de lo cual, el domingo se levantó con Martín de madrugada y ambos subieron a Valdesquí a pasar el día. Como era previsible, estaba hasta arriba de gente, pero había una nieve estupenda y pasaron la mañana en las pistas con un receso, camino de la tarde, para almorzar unos bocadillos que pudieron conseguir luchando a brazo partido con la concurrencia. A la vuelta, ya de noche, cenaron en una pizzería y luego dejó al chico en casa de su madre y regresó a la suya con el ánimo abatido con que se despedía de él cada fin de semana que le tocaba quedárselo.

Lo cierto es que no se llevaba mal con su ex esposa, pero tampoco bien. Después del divorcio había tenido algunas relaciones informales con otras mujeres; muy mal llevadas por cierto. Una de ellas fue con la script de la serie, contradiciendo la regla de oro de que nunca hay que mezclar asuntos eróticos con asuntos profesionales. Otra, con una antigua amiga con la que siempre había tenido la sensación de no haber aprovechado la ocasión en su momento y que le permitió comprender por qué ni ella ni él la habían aprovechado. Y otra, no suficientemente escarmentado al parecer por la relación con la script, con una vecina de su misma casa, que fue la más duradera, pero también la más penosa en cuanto a las consecuencias que hubo de soportar a diario tras la ruptura. Quizá fueran estas experiencias las que lo habían llevado a añorar de vez en cuando la relación con su propia esposa, pero ella parecía encontrarse muy a gusto con su sociólogo y Gabriel no se atrevía a intentar ningún acercamiento que fuera más allá del mero trato cordial y encantador a que los obligaba el acuerdo sobre el hijo. De hecho, procuraba estar siempre del mejor humor cuando se encontraban, a la vez que acechaba en ella cualquier signo de cambio, bien favorable a él, bien contrario a su relación con el sociólogo. Ella, en cambio, mantenía una línea de simpatía impenetrable. ¿Es que acaso no quedaban siquiera rescoldos del antiguo amor?

Sí, porque finalmente la separación había sido fruto de una rutina diaria de vida en la que se dejaron ganar los dos. Todo por no hablar. Si lo hubiesen hablado a tiempo, las cosas habrían sucedido de otro modo o no habrían llegado a la ruptura. Lo fueron dejando y dejando y, al final, era imposible remontar todo lo que no se habían dicho. Eso lo veía con claridad ahora, como siempre que se ven las cosas con claridad en lo relativo a las relaciones amorosas: cuando ya es tarde. Le habría

gustado, por ejemplo, invitar a Isabel a subir a Valdesquí el domingo con Martín; estuvo en un tris de planteárselo y al final no se atrevió. ¿Por qué no se atrevió? Era como si sintiera por ella un respeto reverencial; no a ella en sí sino a sus reacciones, un temor a sus reacciones, a que le mandara al cuerno o se riera de él por su tonta insistencia en fingir algo que no podía ser. En fin –reconocía también– una actitud, en el fondo, adolescente. Gabriel estaba a las puertas de cumplir cincuenta años, el punto sin retorno. Y hoy, lunes, último día de febrero, hacía un frío que pelaba, todo lo contrario del grato enero que acababan de dejar atrás.

Pasó revista mentalmente a su última semana y descubrió que no había hecho nada de provecho. Ya lo sabía, pero le fastidió comprobarlo.

–¡Me cago en la mar serena y en los peces de colores! –exclamó tiritando.

Era el día 1 de marzo de 2005, el día más frío en Madrid de los últimos ciento cinco años según el Instituto Nacional de Meteorología, y Gabriel Cuneo se encontraba enfrente del Ministerio de Cultura pateando el suelo para ayudarse a soportar los cinco bajo cero que marcaban los termómetros digitales de la calle. Allí lo había citado su productor, quien, junto con otros profesionales del sector, tenía esa mañana una reunión con algún alto cargo. Lo había citado a la salida, pero ésta se retrasaba. Lo había citado para desayunar, o lo que quiera que fuese a aquellas horas, y Gabriel aguantaba a pie firme, decidido a que no se le escapara. Su instinto le decía que había una noticia inquietante de por medio.

Pensó que estaría gestionando alguna clase de ayuda estatal para la producción de series televisivas o quizá presentando proyectos cinematográficos o negociando cualquier especie de subvención. A Gabriel le desagradaba esa clase de ayudas. A veces, cuando leía en las páginas de respeto de algún libro recién adquirido, generalmente norteamericano, que el autor agradecía a la fundación tal o cual – instituciones siempre privadas– la beca que le había permitido dedicar dos o tres años de su vida a escribir ese libro, se moría de envidia. No tener que depender del Estado para conseguir una ayuda económica era tan adecuado en la vida como improbable en un país como España, de alma providencialista y paternalista. Gabriel abrigaba la esperanza de escribir también una novela o una serie de novelas porque –se decía– si mi oficio es contar historias, de historias se nutren las novelas. Pero él no tenía pretensiones, no buscaba emular a un Mailer o a un Philip Roth; ni hablar de eso. Contaba con su habilidad para hacer una novela bien entretenida, fuera comedia o drama, que sedujera a una gran cantidad de lectores y lo aupara a la codiciada lista de libros más vendidos del año. Uno debe conocer sus habilidades para sacar el máximo provecho de ellas y él sabía bien cuáles eran las suyas. Pero necesitaba tiempo, porque tampoco quería resolver su deseo con una escritura a la pata la llana, no; él deseaba la popularidad mas no a cualquier precio. Por eso añoraba las becas de los escritores americanos: cuidar la escritura lleva tiempo y dedicación, tiempo para documentarse y dedicación para expresarse. Admiraba a Tom Wolfe y a Mario Puzo, éstos eran sus faros. Una buena historia bien escrita y al alcance de un público muy amplio. Al fin y al cabo no había diferencia entre sus intenciones y las de un Charles Dickens, por ejemplo, auténtica literatura popular aclamada también por los más sesudos críticos y académicos. Y Proust para los

proustianos. Leyó a Proust con respeto, incluso seriamente impresionado, pero nunca logró pasar de *De la parte de Swann*; con ella tenía ya más que suficiente.

Volvió a maldecir, a frotarse enérgicamente las manos y abrazarse con brío y al final resolvió protegerse en el interior del edificio en lugar de seguir bajo la marquesina. Hacía un frío de mil demonios, tanto que había conseguido interrumpir sus ensoñaciones de novelista de éxito. Ya dentro, cambió miradas inquisitivas con sendas recepcionistas atrincheradas tras sus simétricos mostradores y con el policía que guardaba el paso por la puerta de seguridad que daba acceso a los ascensores y se quedó pegado a la cristalera que lo separaba de la Plaza del Rey.

Allí le había llevado su padre cuando contaba diez años de edad a conocer el gran espectáculo del circo, como se anunciaba en la época. Dos años antes, el productor Samuel Bronston había rodado en él escenas de la película *El fabuloso mundo del circo*, con John Wayne, Claudia Cardinale y Rita Hayworth. Bronston era entonces el rey Midas del cine en España y tenía a todo el mundo a sus pies, incluido Fraga Iribarne, que le condecoró y todo. Allí estuvo él viendo a la mítica Pinito del Oro, que no le debió de llamar mucho la atención o, al menos, no tanto como las fieras y los payasos. En todo caso, Gabriel sospechaba que su fijación con el mundo del espectáculo provenía de aquella incursión en el Price. Recordaba el pasillo circular todo rojo y la entrada a las localidades que dejaba ver al fondo la pista de arena: la expectativa de una emoción sin límites. Al lado de su dedicación actual a la pequeña pantalla, la fabulosa intensidad de aquella emoción era en sí el recuerdo completo y cerrado de un mundo fantástico. Su padre, que era un hombre bastante poco expansivo, tenía con él arrebatos de cariño que eran tan sólo arrebatos, es decir, impulsos esporádicos, como si cada equis tiempo recordase que tenía un hijo con el que debía desempeñar la imagen de padre dadivoso para sentirse cumplido. Pero, con todo, era un buen padre; severo, pero buen padre. En aquel tiempo, sacar adelante a los hijos también era un asunto severo. La expansión afectiva quedaba en manos de las madres, todo el día metidas en casa. El circo de Price ocupó en su día el edificio actualmente aledaño del Ministerio.

La espera se eternizaba y cada minuto que transcurría redoblaba su incomodidad. ¿Qué hacía allí un tipo como él, paseando de un lado a otro sin dar a entender si tenía algo que hacer allí dentro o si era un vivales que se había refugiado en el vestíbulo del edificio para escapar del frío al no tener otro sitio donde ponerse a cubierto? En un raptó de dignidad que escondía su preocupación por acabar siendo increpado por un ujier, volvió a salir al exterior. El frío era tan intenso que una especie de calambre se le solidificó a lo largo de la espalda desde los omóplatos. Así agarrotado, dirigió sus pasos a una cafetería del edificio aledaño. El local era desangelado, pero tenía calefacción y se apalancó en la barra tras solicitar un café con leche bien caliente. De inmediato, dio unos pasos hacia la cristalera para no perder de vista el movimiento de la plaza ni la hipotética

aparición de su productor. El vaho le ocultaba la vista y hubo de restregar la luna con la manga del abrigo. Volvió a la barra confiando en que el café le reanimase. El escalofrío aún continuaba en la espalda, fijo como un alambre retorcido.

Disfrutaba del calor que empezaba a difundirse por su cuerpo cuando vio a su productor atravesar la plaza acompañado de otros dos tipos. Sin perder tiempo, pagó apresuradamente su consumición y salió al exterior llamando a voces al otro por su nombre. El productor se volvió a lo lejos, le reconoció y le hizo un gesto perentorio con el brazo para que no se acercase. Gabriel lo contempló estupefacto. Para cuando quiso reaccionar, indignado, los tres personajes se habían metido en un taxi que bajaba por la calle del Barquillo y escapado a toda prisa. Gabriel pateó el suelo con rabia, empezó a mascullar maldiciones, pisó mal y cayó al suelo de espaldas cuan largo era. Dos muchachas jóvenes se acercaron a él y lo ayudaron a levantarse. Se sintió viejo, balbució unas palabras de agradecimiento a las dos jóvenes y se quedó viéndolas alejarse, en pie y con los brazos abiertos para mantener el equilibrio, sin saber qué hacer ni qué rumbo tomar.

II

Personajes a escena

El productor de Gabriel Cuneo parpadeó atontado ante la luz que le venía de frente y volvió la cabeza por instinto para alejarse de ella. Entonces, al abrir los ojos, se encontró con el tupido cabello castaño de su compañero de cama a unos centímetros de distancia. El sol que entraba por la ventana, orientada a levante, refulgía en la habitación, enteramente blanca, gracias a la persiana alzada por completo. Medio adormilado, salió de entre las sábanas, buscó la correa de la persiana y la dejó caer hasta que una grata penumbra tomó el lugar de la luz. Después regresó a la cama y se sentó en ella. Por un momento, su mirada vagó desconcertada, como si quisiera ubicarse. Luego volvió la vista a la figura tendida de espaldas al otro lado y, lentamente, tiró de la sábana para ir descubriendo el cuerpo desnudo del durmiente. Él también estaba desnudo. Por un momento la presencia del otro cuerpo lo deslumbró con su rotunda juventud. Admiró sus nalgas firmes, la elegante curvatura de la espalda, el alegre comienzo de los muslos. Instintivamente bajó los ojos hacia el suyo y suspiró desalentado. Luego se dejó caer junto al otro, se arrimó a él, lo abrazó pasando una pierna sobre las suyas y deslizó su mano por el vientre abajo, acariciando el suave vello con la punta de los dedos. El muchacho recibió la caricia y empezó a desperezarse voluptuosamente.

Antón Patriarca roncaba estrepitosamente. Yacía en la cama desnudo de cintura para arriba y sin calcetines, sobre las sábanas arrugadas y con los brazos abiertos, el pantalón desabrochado y el pelo revuelto. Se había acostado de madrugada, cargado de copas como tenía por costumbre, y el cuarto donde yacía tendido presentaba un aspecto deplorable. Un olor rancio y penetrante invadía la estancia, necesitada de ventilación. No había ropa tirada por el suelo, salvo una camisa naranja y unos calcetines azules abandonados junto a los zapatos, pero el aspecto desmayado de todos los objetos de la habitación daba grima. El sol que se colaba por los entresijos de la persiana era la única nota de vida en aquella naturaleza muerta. De pronto, una música *demodé* saltó de la radio-despertador que estaba en la mesilla de noche y Antón se revolvió inconscientemente hacia el aparato y trató de alcanzarlo mascullando maldiciones. Era domingo y había olvidado desconectarlo y bajar el volumen.

Isabel, con la bata sobre el camisón, se ocupaba de exprimir unas naranjas en la encimera de la cocina. Frente a ella un tiesto con albahaca, delante de la ventana, exhala su fresco y delicioso olor para ahuyentar a los mosquitos antes de alegrar algún plato de pasta. Los cascos de las medias naranjas, ya huecos, van cayendo en el cubo que reposa a sus pies.

A su espalda, en la encimera contraria, un tostador de pan hace sonar su timbre

para avisar de que la tanda de tostadas ya está lista. Una bandeja con la lechera, la cafetera, la mantequilla y la mermelada aguarda a que se llene el cestillo de las tostadas. Isabel ha ido vaciando pacientemente los vasos de zumo en una jarra de cristal. La radio ha difundido la noticia de que el papa Juan Pablo II está agonizando. Arriba se escuchan las voces de los niños disputándose el cuarto de baño. Gonzalo –piensa– duerme como un bendito. Le admira su tranquilidad tanto como le admira su complicidad sin fisuras. La noche puede dar fe de ello. La vida de domingo por la mañana es un dulce desahogo.

El escritor de novela negra se encuentra ante su ordenador mirando al infinito, que en su caso es el parque de la Dehesa de la Villa al que da la ventana que tiene enfrente. El día es fresco y lluvioso, lo cual no parece estimularle. Lleva una hora sin que una sola imagen acuda a su cabeza. La noche anterior estuvo de ronda por bares peligrosos en busca de un motivo para tirar de la novela, que lleva varios días atascada. Su detective fuma tanto como él, que tiene ante sí, a un lado, un cenicero lleno de colillas. Apenas ha dormido entre horas. La seca de los últimos días le originaba una inquietud y desazón que le impedía dormir de un tirón, así que optó por saltar de la cama y ponerse al tajo. En uno de los bares por los que pasó había una rubia que no dejaba de mirarle y que, evidentemente, no era una lectora que lo hubiera reconocido. Ahora lamentaba no habérsela ligado; «al fin y al cabo –se dijo, recordando un dicho de su madre– a falta de pan, buenas son tortas». Tiene el estómago estragado por las copas y el tabaco de anoche y de la mañana y no ha desayunado. Entonces se le ocurre que necesita una buena ducha.

Perfecto Alumbre, alias Millonetis, blanqueador de dinero, industrial, copropietario de una red de gasolineras, una discoteca de moda en el Mediterráneo y que, amén de otros negocios-tapadera menores, también se dedica a la compraventa y alquiler de inmuebles por medio de una compañía constructora de amplio espectro en sociedad con su cuñado y en la que tiene de secretaria a una entretenida que le completa la vida, se mira en el espejo de cuerpo entero del dormitorio con inquietud. Acaba de hacer el amor con su esposa, que se encuentra en el cuarto de baño, y revisa en su cuerpo las palabras que ella le ha dirigido al levantarse de la cama: «Te estás poniendo fondón». De perfil, mete barriga y luego la deja caer. Repite la operación varias veces con creciente inquietud; su mujer le sorprende desnudo ante el espejo al salir del baño y él no puede dejar de sentirse cogido en ridículo. Resentido, se mete a su vez en el cuarto de baño, se sienta en el retrete y descarga el vientre con aplomo. Una vez cumplido, se queda meditando acerca del paso del tiempo y la perfidia de las mujeres.

Mario Pescador, correveidile del mundo del espectáculo, cronista de la cultura rosa para un periódico de la capital y víbora oficial en el cielo de estrellas y luceros del escalafón de la fama, con ínfulas, sin embargo, de comentarista de más altos vuelos, desayuna en una cafetería de la calle Goya con una *starlette* que pugna por

contener las lágrimas. El local está casi vacío en la zona de mesas y concurrido en la barra. Mario se siente magnánimo y consolador mientras escruta con descaro por la camisa entreabierto de la muchacha, que no parece advertirlo. Envalentonado y paternal a la vez, Pescador se permite algún comentario picante mientras desgrana afables recomendaciones y consejos. Los dos juntan sus cabezas a medida que la conversación se hace más confiada y el cronista se embriaga con el perfume carnal que sube desde los traviesos pechos de la chica. Poco a poco, las lágrimas ceden, el cronista ofrece su pañuelo para secar –dice– tan bellos ojos, ella esboza una sonrisa que convierte el agradecimiento en coquetería y le besa impulsivamente en la mejilla. Uno de los dos camareros, que a pie de barra junto a sus bandejas y con aire displicente observan a la pareja, le dice al otro, un veterano: «Don Mario se la calza sobre la marcha», y el otro responde: «Es ella, la niña, la que lo está pidiendo, pardillo, con esa carita de infeliz que pone; menuda suripanta».

La señorita María, sentada junto a la ventana, se mira las manos y espera pacientemente a que se sequen las uñas. El camisón corto deja al descubierto sus piernas casi hasta el comienzo de unos muslos finos que cierra en un gesto de pudor cuando escucha ruidos en la otra habitación e intenta estirar la falda con el pulpejo de las manos. Desde que se levantó de la cama ha estado vagabundeando por la casa, de la pequeña salita a la cocina o al baño, sin decidirse a ocupar su tiempo en algo concreto. La amiga con la que comparte el piso ha salido fuera ese fin de semana y la ha dejado sola. Nada más saltar de la cama estuvo escudriñando su rostro en el espejo del cuarto de baño, se ha lavado la cara para borrar los rastros del sueño y arreglado su graciosa melena corta. Después, sólo dejó correr el tiempo. Tenía la cabeza llena de pensamientos desflecados, presentes pero inaprensibles, y una considerable pereza mental para encauzarlos. La noche anterior había salido con uno de los profesores del colegio, el que la acompañaba cuando sucedió el trágico accidente. Se había acogido a él desde ese día funesto y poco a poco se había enredado en sus brazos. Esa noche era la primera vez que lo invitaba a subir a su casa; el par de veces que lo habían hecho antes fue en habitaciones alquiladas que él conseguía. Ahora se preguntaba por qué sus encuentros siempre tenían una mezcla de tristeza y necesidad. Cuando él asomó la cabeza por la puerta, ella se levantó apresuradamente, agitando las manos al aire y le preguntó qué le apetecía desayunar. La tarde anterior había comprado de todo para hacer un desayuno como en las películas, pero ya no tenía ganas.

El abogado Perea, delgado, cetrino, con una pronunciada calvicie y actitud ufana que prolonga con un gesto de la barbilla que adelanta cada poco como si quisiera librar su cuello apresado por la camisa, se masajea el rostro enérgicamente delante del espejo. Vive en un piso cercano al estadio del Real Madrid y se dispone a salir para desayunar como tiene por costumbre en una cafetería cercana donde leerá el periódico del día mientras deja que el limpiabotas le lustre los zapatos. La mañana

del domingo está ya avanzada y hay movimiento por la calle, familias que salen a tomar el aperitivo antes de comer. Se le ve satisfecho y, antes de salir de casa y despedirse de la familia, telefona a un restaurante cercano, una acreditada *trattoria* de la que es cliente habitual, y reserva una mesa para dos personas.

Gabriel Cuneo, vestido con un chándal azul marino, trotaba por el Paseo de Rosales rumbo al Parque de Dehod. Una vez allí, solía rodearlo y volver a la misma acera por la que había venido, luego se internaba en el parque por la entrada al teleférico y tomaba varios caminos hasta aparecer de vuelta en el paseo central, subir a la calle y regresar hacia su casa por Marqués de Urquijo. Lo hacía irregularmente entre semana y también los domingos en los que no se ocupaba de Martín. El parón de la serie televisiva, que presentaba trazas de continuar hasta el verano, facilitaba la continuidad del esfuerzo físico. Al término del ejercicio se acercaba a un bar conocido donde desayunaba un café con leche con churros y se fumaba un cigarrillo, el único de la mañana, para recuperar el nivel de intoxicación. La carrera le producía una euforia que debía controlar para no convertirse en un vicioso de la salud, como tantos compañeros de oficio reciclados a la vida sana. Pero, principalmente, había decidido cuidarse cuando Martín, tras contarle el caso de un chaval de su clase al que se le había muerto repentinamente el padre de un infarto, le preguntó: «Tú no te morirás también ¿verdad, papá?», mirando con cierto recelo el cigarrillo que él tenía entre los dedos. Y allí mismo lo tiró al suelo y lo aplastó, delante del chico. De todos modos, cada vez había más visos de que la cruzada antitabaquista estaba cerca de convertirse en ley. Le parecía una aberración puritana, pero se resignaba.

–Yo es que soy un manso –solía decir en estos casos.

–El problema con la derecha en este país es que tiene una concepción patrimonial del Poder y por ello, cuando lo pierden en las urnas, se lo toman como una ofensa personal –dijo Gabriel.

–Un interesante punto de vista –respondió el productor– que te aconsejo te lo guardes para ti.

–¿Qué pasa, que a Millonetis no le gusta oír estas cosas?

–A él sólo le interesa el dinero, chaval. Si hay dinero a la vista, está de tu lado; si no, ni te ve. Así es la cosa.

La secretaria apareció a la puerta del despacho y les indicó con los ojos que el camino estaba libre. Tenía unos ojos tan negros como su pelo y un tipo impresionante que Gabriel deseó mientras la halagaba con la mirada. Ella debía de estar acostumbrada porque ni se inmutó.

Millonetis era un tipo recio, pero bien perfilado, de maneras contundentes si no zafias y una cordialidad que obligaba a sus interlocutores a tentarse la cartera. Abrazó al productor haciendo resonar los palmetazos en la espalda por todo el despacho y luego se dignó echar un vistazo a Gabriel antes de tenderle la mano, momento en el que Gabriel pensó que la estrategia del productor de llevarlo con él a la entrevista era un fracaso cantado, por lo que decidió hablar lo menos posible. Gabriel, que era un constructor de personajes al fin y al cabo, se sentía incapaz de vislumbrar lo que pudiera contener la cabeza del hombre que tenía delante. A sus ojos era un marciano cuyas actitudes y reacciones le resultaban del todo imprevisibles y le hacían sentirse vencido de antemano. ¿Qué pintaba él en aquel despacho impersonal donde la calidad se daba de patadas con el mal gusto?

El productor empezó haciendo consideraciones generales sobre la creciente importancia de la televisión, en concreto de las series televisivas, frente al cine tradicional, para pasar acto seguido a enumerar, cifras en mano, los magníficos resultados que arrojaban aquellas en todos los canales, tanto en abierto como de pago. A partir de esa introducción se enredó en una exhibición de cantidades y porcentajes aturdidora para, en un golpe de efecto, apuntarse a la última tendencia: llevar al cine comercial una serie de éxito.

–¿Pero no decías que las series...? –preguntó Millonetis sin mostrar impaciencia alguna.

–Lo que digo es que *ahora* es el momento de hacer la película, justamente ahora, a rebufo del éxito de la temporada, que está a punto de terminar.

Con buenos reflejos, el productor pasó de inmediato a explicar la idea que tenían en la cabeza y aquí empezó a referirse a Gabriel como gran experto y triunfador

con la serie *El amo de su casa*, momento en que por primera vez logró visibilidad ante el magnate, sobre todo porque, según confesó éste, su mujer había sido seguidora de buena parte de los capítulos. El productor, doblemente animado, empezó a desarrollar el esquema de la película que tenían *in mente*, pero Millonetis le cortó en seco. No quería saber nada de ideas porque desconocía el negocio del cine; lo único que le importaba era que allí se manejaba mucho dinero y él quería ese dinero, es decir: inversión más beneficios, negro sobre blanco. Ésa era la clase de cordialidad que emanaba de él y que desparramaba alrededor sin tino ni medida. O quizá no –pensó luego Gabriel–, quizá estaba también perfectamente amortizada. Sea como fuere, se hallaban ante un verdadero tigre de las finanzas.

El tigre largó un par de zarpazos al productor para templar su ánimo, uno de los cuales también alcanzó a Gabriel.

–Asín que –dijo– dices que nos hace falta un esnosis... un esnosio... un... –se atascó.

–Sinopsis –dijo Gabriel y se arrepintió de inmediato.

–Lo que sea –contestó el otro–. Lo que importa, lo que verdaderamente importa –recalcó– son los actores. Ahí es donde está la madre del cordero y eso es lo primero que tenemos que pensar. La gente no va al cine a que le calienten la cabeza sino a ver gente guapa y conocida, ¿me explico?

–Pero es que antes tenemos que tener definidos a los personajes –aventuró Gabriel, convencido de que esta vez sí estaba metiendo el dedo en el ventilador.

–Mire usted, Cuneo, se lo digo yo –habló Millonetis–. Lo importante son los actores. Los personajes –explicó– se los inventa uno, o sea, usted, según convenga. Eso es lo de menos. Con actores que estén en el candelero y tías buenas le monto yo a usted lo que quiera. Y usted, que es un fenómeno, les pone los personajes.

Gabriel pensó qué hacían allí el productor y él. «Buscar oro, como dos gambusinos», se confesó con melancolía.

–Totalmente de acuerdo, señor Alumbre, lo ha clavado usted –dijo el productor tomando la palabra–. Lo que pasa es que para organizar el proyecto necesitamos material, aparte de actores de fama ¿me comprende? Usted ha visto con toda claridad y en un momento el meollo del asunto y eso me reafirma en lo que ya le dije cuando empezamos a hablar de este asunto: que hemos venido a ver a la persona adecuada; pero luego están el distribuidor, el equipo... en fin, toda la parafernalia que lleva consigo, y eso hay que presentarlo de manera clara y ordenada para que la gente se suba al carro. ¿Me explico?

–Papel y datos para mí y de lo demás se encarga usted. Yo no conozco bien el mundo del espectáculo, ya sabe, pero me interesa, sí, me interesa mucho. Y todos esos actores y actrices ¿me entiende? gente lucida y con buena marcha. Porque si llegamos a un acuerdo quiero que tenga en cuenta que me gustaría estar al tanto,

conocer ese mundo de la farándula, no quedarme aparte... En fin, incorporarme yo también al proyecto de una manera activa...

–Por supuesto, por supuesto... eso ni se discute. Allí va a estar usted en primera fila. Y ya verá que la gente es de lo más agradable, todo el mundo es una piña, los actores son muy naturales, las chicas una monada... Hay un ambientazo, ya lo comprobará usted mismo –zalameó el productor, todo sonrisas. Gabriel, inclinado hacia delante en su silla de brazos, miraba al suelo como si esa postura pudiera esconderlo a modo de una capa de invisibilidad–. Así que en una semana o diez días a más tardar me tiene usted aquí con el proyecto cerrado y listo para ponerlo en marcha. Usted lo estudia, hablamos con los restantes socios y si todos estamos de acuerdo, que lo estaremos, pasamos a la segunda fase y nos metemos en harina.

–Y los números los quiero bien claros –insistió Millonetis mientras se levantaba para despedirlos. Aún cambiaron algunas bromas y palabras de estímulo y luego el Millonetis pulsó un timbre y la vistosa secretaria apareció en la puerta–. Acompañe a los señores, Maribel.

Gabriel nunca hubiera sospechado que se llamase Maribel. «La realidad a menudo desmoraliza a la ficción», pensó.

Cuando salieron a la calle, el sol de abril contribuyó a levantar el alicaído corazón de Gabriel. El productor se frotaba las manos.

–Tú no seas tan derrotista, que te lo veo en la cara. Yo te digo que esto es pan comido. Este tío nos va a dar la lata, de eso no me cabe duda, pero sé cómo entretenerlo, que para eso me han crecido los dientes en este oficio. ¿Has visto cómo dejaba caer lo de conocer a las artistas? ¡Qué cabrón! Éste es de los que iban a ver a las chicas de las pasarelas de las revistas, pero como ya no hay revistas, se apunta al cine. Le sobra el dinero y lo que hay que hacer es retribuirle en especie si se pone picajoso –dijo el productor–. Y no olvides que, con Álvaro criando malvas, la continuidad de la serie es más que dudosa, mientras que en la película tenemos libertad de elección.

–¿Por qué me llevas a pasar estos tragos? –preguntó Gabriel.

–Para que te vayas curtiendo, que te veo flojo –contestó el productor.

De regreso a su casa, Gabriel se preguntó si merecía la pena pagar el peaje que pagaba por hacer su trabajo y se contestó que sí, que lo merecía. No le gustaba, pero lo merecía. Tampoco le gustaba el mundo en el que se movía y, sin embargo, ahí estaba escribiendo sus guiones a gusto del consumidor. Él presumía de conocer el terreno porque era un pragmático. No sentía ninguna pulsión artística en concreto, sólo trataba de hacer su trabajo con eficiencia y un mínimo de buen gusto. Lo que el soñar o dejar de soñar le soplara al oído era otra cuestión, todo el mundo tiene sus aspiraciones y él las tenía también, pero el dinero hace falta para vivir. La gente como Millonetis le deprimía; sin embargo, el mundo de la farándula era otro cantar. Ahí se encontraba a gusto, en una especie de compañerismo quizá

superficial, pero cargado de vitalidad, de buenos ratos y de gratas sensaciones. Al fin y al cabo era su gente, no sus amigos íntimos, que, por cierto, eran bien pocos, como le ocurre a cualquiera. Quizá el compañerismo tuviera mucho que ver con el hecho de que todos estaban permanentemente en el aire, salvo los funcionarios de la televisión, que solían ser tratables si no estaban en las alturas y no les tocabas las narices. Y además ¿quién no estaba exento de incertidumbre?

Caminando en compañía de sus pensamientos llegó a la cafetería donde solía desayunar todas las mañanas mientras leía el periódico y se metió adentro para almorzar. Allí también se sentía a gusto. Al final, la posibilidad de iniciar un nuevo trabajo le había puesto de buen humor.

Al escritor de novela negra Justo Paleta le fascinaban las rubias, cuanto más fatales, mejor, mas no había conseguido intimar con ninguna. Las había conocido teñidas, pero no naturales, y no encontraba otra explicación que la de haberle tocado vivir en un país y en una ciudad donde nada era lo que parecía. Esa tarde la había dedicado por entero a trocear un cadáver para meterlo en una maleta, pero el cadáver daba muchos problemas y la maleta dejaba escapar la sangre por todas sus rendijas, por lo que, ya puesto a ello, se decidió por desangrar el cadáver en la bañera para trocearlo después en el sótano. Tampoco era fácil desmembrarlo a mano, con un hacha o un útil semejante, dado que era la primera vez que se enfrentaba a este ejercicio. Al final, optó por utilizar una sierra mecánica, método más expeditivo y menos necesitado de conocimientos fisiológicos, encajar los pedazos laboriosamente, cerrar la maleta y cargarla hasta el garaje con la intención de deshacerse de ella aprovechando la oscuridad de la noche y el mal tiempo reinante. Al terminar, el reloj señalaba las nueve de la tarde y por la ventana pudo ver que la oscuridad había invadido las calles. Satisfecho y cansado, se puso en pie, se estiró hacia arriba cuan largo era, contempló con benevolencia su mesa de trabajo y apagó el ordenador. Le apetecía dar un paseo por estirar las piernas y cambiar de aire en la noche primaveral. Ayer durmió mal y perdió la mañana entre la somnolencia y la flojera, pero ahora estaba del mejor humor. No es fácil deshacerse de un muerto. En consecuencia, recogió su chaqueta, el tabaco y el mechero y salió a la calle.

El bar Simon's estaba escondido en un semisótano al que se accedía por unos escalones arteramente dispuestos a la entrada, de manera que quien traspasara la puerta de la calle confiado en pisar suelo corría el riesgo de rodar hasta el pie de una antigua gramola, reliquia del anterior propietario. La luz del interior que escapaba por los ventanucos a pie de calle y un luminoso verde que reproducía una copa de *dry martini* con palillo y aceituna eran la única advertencia al viandante de que allí encontraría refugio y alcohol. Justo Paleta llegó al hueco de la fachada, tiró de la puerta, que se abría hacia la calle para ocultar mejor los traicioneros escalones, tanteó con el pie mientras se acostumbraba a la semioscuridad reinante y, ya asegurado, se dirigió a la barra.

–¡Pasa contigo, Spade! –le saludó el camarero, zumbón.

El escritor se acodó en la barra, levantó el dedo índice como una señal convenida y el camarero le plantó delante un vaso corto con hielo, ginebra y una rodaja de lima.

Seguía atascado con su novela, pero el trabajo de la tarde le había levantado la

moral. Se había metido en un lío de crímenes a cual más espeluznante y sabía que estaba en caída libre, pero el último cadáver le había dejado buen sabor de boca. No podía parar. El olor de la sangre había penetrado en él hasta la médula y, al mismo tiempo, comprendía que detenerse y detener esa loca carrera de muerte era la única solución, pero ¿cuándo? ¿y cómo? Un sorbo a su *gimlet* le sentó el estómago y luego expandió por todo su cuerpo una comfortable marea de gratitud. Nunca hasta ahora había afrontado el crimen con tal desinhibición, y esto, que le acicateaba, también le producía escalofríos de inseguridad, porque la sangre espesa y roja era una bebida fuerte y temía embriagarse hasta perder el sentido de la medida; pero a la vez, en lugar de embotarse, se había sentido arrastrado por ella y embarcado en una especie de euforia que no parecía conocer límites. Una euforia teñida, además, de luminosa lucidez. ¿Y si a sus lectores les ocurriera lo mismo? Estaba explorando un campo nuevo de posibilidades que bien podría llevarlo definitivamente a la cumbre.

Pero había llegado el momento de detener aquella masacre. En la novela ya no cabía un solo cadáver más, el de la maleta debería ser el último. Más adelante, en un nuevo libro, quizá ensayara un baño de sangre aún más truculento, pero ahora sentía que había llegado al límite que era capaz de permitirse en su escritura, el límite ante el cual aún mantenía el dominio de la situación.

—¿Otro pelotazo? —sugirió el camarero materializándose repentinamente ante el escritor de novela negra.

En el vaso que contenía su *gimlet* sólo quedaban los hielos y la rodaja de lima. Sin variar de postura, levantó las cejas hasta el rostro del mozo que lo observaba complaciente y asintió.

Delante de su segunda copa, el pensamiento se le empezó a ralentizar. Estuvo haciendo cálculos de plazos para finalizar el libro que tenía entre manos, entregarlo y publicarlo. El último había aparecido dos años antes, justo en abril, así que éste tendría que estar en las librerías a más tardar en el otoño para no perder el enganche con sus lectores. Le gustaba el título, *Muñeca solitaria*, lo paladeó junto con el primer trago del segundo *gimlet*.

Pero estaba muy justo de tiempo. El atasco de los dos últimos meses había llegado a exasperarlo. Hasta entonces todo había ido bien, se hizo con el cuerpo del libro, todo marchaba al ritmo previsto, y de pronto, de la noche a la mañana, se quedó seco. Pensó que se debía al exceso de cadáveres; pensó en retroceder y devolver alguno a la vida. Una voz interior le decía que no, que siguiera, que nunca había llegado tan lejos, que por fin estaría en condiciones de competir con todo el material extranjero que venía inundando las librerías, una verdadera furia negra; que todos sus muertos serían como un ejército fantasma que descabezaba las tramas de la competencia y ponía en fuga a ejércitos enteros de personajes.

En fin, en estas ensoñaciones se le fueron los dos meses hasta que tomó la

decisión de aumentar aún más sus efectivos, no sólo en número de muertos sino en formas de morir cada vez más atroces, lo cual vino a estimularle como una transfusión de sangre hiperoxigenada. Ésa era la clave: la atrocidad de los crímenes. Eso era lo que su público esperaba de él; se había comportado como un blandengue, dejándose comer el terreno. Ahora, en efecto, estaba seguro, debía detener la masacre porque esta novela la tenía prácticamente cerrada, pero ante él se abría un mundo de crueldad inimaginable. El cambio iba a llevar en volandas a sus lectores hacia una epopeya de acción insuperable en las próximas entregas. Era el momento de dar el gran salto adelante.

La fricción entre el entusiasmo interior y la contención formal exterior se resolvió en un manotazo involuntario que hizo salir rodando el vaso a lo largo de la barra. Inmediatamente miró alrededor para ver el efecto causado, pero no había nadie. El camarero siguió con la vista la rodada del vaso y de pronto una mano de uñas rojas se posó sobre él y lo puso en pie. Justo Paleta atrapó aquella mano con su mirada, subió por un brazo desnudo y tentador, remontó la suave redondez del hombro y se encaró con un rostro cuyo atractivo estaba enmarcado por una esplendorosa cabellera rubia.

*A lo loco, a lo loco,
hay que ver cómo vive Fulano*

Antón Patriarca abrió los oídos como el buceador que bracea hacia la superficie donde está la luz, expulsó una bocanada de aire y sintió una especie de nube instalada en su cabeza.

*A lo loco, a lo loco,
cómo tira el dinero Mengano*

La nube, espesa, le impedía abrir los ojos también. Reconoció el soniquete de la canción que sonaba en alguna parte cerca de él y se dejó llevar por la música. Usaba la radio como despertador en una emisora de probada tradición para evitar que el sonido de alguna moderna música estridente le atravesara el cerebro como un venablo. Sin embargo, al mover la cabeza sobre la almohada, un dolor agudo y punzante le perforó la nuca dejándolo inerme. Después, con infinito cuidado fue girando el cuerpo hasta quedar boca arriba; agotado por el tenso esfuerzo, descansó unos segundos antes de tantear con la mano hacia el lugar de donde provenía la música.

*A lo loco, a lo loco, a lo loco,
a lo loco se vive mejor.*

Un potente latido empezó a vibrar con fuerza en la frente y en las sienas, un golpe de sangre, flop, flop, que lo inmovilizó. La experiencia, como un acto reflejo, lo mantuvo en espera. Paso a paso, segundo a segundo, el latido se fue acompañando a su respiración y la calma se fue extendiendo por su cuerpo descendiendo desde la cabeza. Mantuvo la posición, que lo relajaba, y se dedicó a alejar de sus pensamientos la turbiedad que los desdibujaba. La voz de locutor, que parecía burlarse del penoso estado en que se encontraba, exhalaba alegría y jovialidad.

... éxitos de ayer y de siempre en su emisora amiga...

Reunió fuerzas y con un brusco esfuerzo hacia delante se sentó en la cama. Un clavo se le hincó en la nuca. El dolor se extendió por la cabeza y estuvo a punto de dejarse caer de espaldas. Lo primero que hizo en cuanto recuperó la estabilidad fue apagar la radio. De nuevo la cabeza le dio vueltas y el dolor se mezcló con el mareo, provocando un malestar explosivo que apaciguó quedándose quieto como una esfinge.

Una hora más tarde empezó a recordar. La verdad era que la noche anterior había bebido sin tino ni medida, algo infrecuente en él, que se preciaba de detectar cuál era la copa que lo pasaría al otro lado. Pudo recordar la mayor parte de sus

pasos por la noche, pero a partir del momento en que salió del Copacabana el recuerdo se difuminaba. Acudían a él imágenes sueltas, una calle estrecha de farolas antiguas y las figuras de unas meretrices altas y corpulentas que debían de ser travestidos o transexuales, el brillo de los faros de los automóviles trazando líneas de luz sobre el asfalto, los carteles luminosos de las fachadas... y dedujo que debió de andar por la Gran Vía y sus alrededores. Era incapaz de recordar cómo había llegado a su casa ni a qué horas. Supuso que habría estado a merced de cualquier desaprensivo, pero tenía la cartera en el bolsillo de la chaqueta, el reloj... no le habían despojado de nada, no había olvidado ninguna prenda en alguna parte. Sencillamente, le fallaba la memoria. Un caso de amnesia alcohólica.

Antón había nacido en 1945 en Palencia, de donde salieron sus padres diez años más tarde rumbo a Madrid con la intención de mejorar de vida. Allí se instalaron en un primer piso de la calle del Acuerdo y lo enviaron a estudiar al Instituto Cisneros en la calle de los Reyes, una calle corta y estrecha trazada entre las de Amanuel y San Bernardo, a escasa distancia de la Gran Vía y de la Plaza de España. Era un barrio de gente modesta en medio de una zona de mucho movimiento y Antón se convirtió en un chico callejero que solía escaparse con otros chavales del barrio a jugar al Cuartel de la Montaña donde, a veces, se cruzaban con alumnos del selecto colegio Areneros, de los jesuitas, que bajaban hasta allí en formación a hacer gimnasia y aprovechaban para lanzarse toda clase de pullas y retos entre ellos.

Acabado el bachillerato, ingresó en la Universidad Complutense, cumpliendo así los deseos de su padre, empleado de una tienda de radio y aparatos musicales, Electrónica Martínez, donde se hacían más reparaciones que ventas. Ingresó en la Facultad de Derecho, que era el destino de todos los que no tenían clara su vocación, y allí permaneció siete años de una carrera que se cursaba en cinco, aunque en los dos últimos apenas pisó la facultad para otra cosa que no fuera acudir a los exámenes. Le gustaba más el ambiente universitario de los bares del barrio de Argüelles y allí fue donde empezó a beber. Después, a duras penas logró sacar unas oposiciones que dieron con su cuerpo en el Ministerio de Defensa. En él seguía, a la espera de una cercana jubilación tras casi cuarenta años de servicios ininterrumpidos. Era un bebedor de diario, consciente de su alcoholismo; de hecho lo consideraba una suerte de suicidio; lento porque, a pesar de todo, le costaba despedirse de la vida y había elegido morir despacio, despidiéndose día a día.

Al término de este repaso, Antón se quedó con la mente en blanco. Se mantuvo así unos minutos hasta que, de pronto, una imagen saltó desde el fondo de la memoria. Un rincón del Copacabana –o quizá fuera de otro antro–, un abogado chanchullero que él conoce, un sobre tamaño folio que cambia de manos y es doblado y escondido apresuradamente y del que sus ojos no se separan; la mirada de la mujer, ella, que lo clava... Hasta ahí llega el recuerdo, pero algo más pugna

por abrirse paso en su memoria. Al volver sobre esa mirada, siente miedo. Tiene la vaga impresión de haber abandonado precipitadamente el local y vagado por las calles oscuras por delante de una sombra que lo atemorizaba, pero no la concreta. Se palpa el rostro con las manos, buscando alguna marca, después acude despacio al espejo del cuarto de baño. El rostro está impoluto, las manos también; entonces recuerda un empujón y un forcejeo con ¿quién? El otro permanece en la sombra. Además escucha unos pasos a la carrera, una voz que grita tras él y, ahora sí, recuerda el rodillazo que propina a la sombra, que se encoge con un grito ronco, y la carrera; ¿de dónde había salido este matón? Corre para salvar su vida, corre otra vez por calles mal iluminadas y de pronto sale a la luz: sí, es la Gran Vía y nadie le sigue. A paso ligero se abre paso entre la multitud del sábado noche que abarrota la acera. No lleva un paso recto y se dirige a su casa; cuando dobla por una calle conocida en que desemboca la calle donde está su casa, se vuelve a mirar atrás. Recuerda. Encuentra el portal, entra, cierra y se mantiene con la espalda apoyada contra la puerta, ese momento lo rememora con nitidez, la sensación de hallarse a salvo; la espera, por si alguien trata de entrar tras él. Pero ¿cómo va a seguirle adentro si no tiene llave? Si alguien golpea la puerta... Y luego hay un vacío hasta el momento en que suena la radio. Hasta ahora mismo delante del espejo.

Tendría que telefonar a su amigo Gabriel Cuneo. Antón es diez años mayor que él y se conocen desde un día en que se emborracharon juntos en el Bourbon's viendo tocar a Pedro Iturralde. Es una amistad fundada en el jazz. Tiene que llamar porque frente al abogado, sentada a la misma mesa, estaba la mujer que recibió el sobre tamaño folio, ella, la mujer que lo reconoció y lo delató con la mirada, la mujer en la que él reconoció a su vez los rasgos de Isabel, la ex esposa de su amigo.

Pero ¿de verdad le habría reconocido ella, después de tanto tiempo? Y además: ¿le habían perseguido realmente cuando salió del Copacabana o eso era parte de su sueño mientras dormía? Porque hacía años, pero bastantes años, lo menos cinco que no se veían y ya entonces ella lo detestaba. Sólo que el suceso de la noche anterior le parecía un relato y un recuerdo demasiado real para ser sólo producto de un sueño; últimamente sus sueños se enredaban con la realidad de tal modo que a veces se le hacía difícil distinguirlos. Y en cuanto al hombre al que la mujer dio el aviso, también le resultaba conocido, pero no se atrevía a intentar ponerle nombre porque ya no se fiaba de cómo le regía la cabeza. Era triste reconocerlo, pero era así. El propio Gabriel se lo echaba en cara de vez en cuando, sin mucha esperanza, más bien por rutina y, justo era reconocerlo, por amistad verdadera.

Antón abrió la tapa de su móvil y buscó el número de teléfono de Gabriel entre los contactos. La ce de Cuneo. Cuando iba a marcar se preguntó si realmente habría visto lo que recordaba haber visto. Entonces se quedó mirando la pantalla del teléfono y luego, despacio, prefirió cerrarlo. Tenía que pensar.

El cronista de gente famosa llegó puntualmente a su cita con el productor de Gabriel Cuneo. El restaurante elegido era una tasca castiza de la calle Hermosilla donde el productor acudía periódicamente cada vez que le apetecía comer unos callos a la madrileña tras una previa cazuela de caracoles, ambos platos vigorosamente condimentados al recio estilo de la casa.

–Te vas a matar, maricón comilón –dijo el cronista dejando resbalar el epíteto entre sus gruesos labios de fumador de puros.

–Hoy tengo el día afable, qué quieres que te diga –contestó el otro–. Ayer cerré la semana y el acuerdo previo para llevar *El amo de su casa* al cine, así que puedes decir lo que te venga en gana que no me pienso ofender. Además, que en la verdad no hay ofensa.

–Ajá. ¿Y quién es el pichón que ha caído en tus redes?

–He metido a Perfecto Alumbre en el asunto, que de pichón no tiene nada, macho.

–Joder, Alumbre. Ten cuidado, que ése te quita hasta el novio.

–No hay cuidado. Va al bulto, por las actrices del reparto.

–Hombre, precisamente esta mañana le estaba yo metiendo mano a una niña que te puede valer, un bomboncito...

–Mi problema es cómo sustituir a Álvaro Pons. Y lo necesito de veras porque si el sustituto triunfa en la película, la continuidad de la serie está asegurada, pero si no... empezar la siguiente temporada con un tío nuevo, así, a pelo, es un riesgo. La película es otra cosa, es la que daría pie a la sustitución ¿me entiendes?

–¿Y qué quieres, que te busque a alguien? Eso lo tendrás que ver, además, con Cuneo, digo yo. Porque él sigue ¿no? –preguntó Mario Pescador tras un titubeo.

–Hombre, claro; pero él no decide; es más: le voy a meter dos coguionistas.

–Para que no se crezca ¿eh, cabrón?

–Para que no se amanere. Esto es un trabajo en equipo, tú ya lo sabes.

«Y también sé –pensó Mario– que le vas a quitar la exclusiva del copy, por si decide volar por su cuenta, y quedarte tú con la marca; cómo son estos maricones.»

El cronista no se resistió a meter el tenedor en los caracoles del otro e incluso a untar unos trozos de pan que saboreó con fruición. El productor comía con ansia y emitiendo pequeños chasquidos de satisfacción con la boca de cuando en cuando, lo que al cronista le repugnaba aunque decidió ignorarlo. Él se había decidido por una menestra, para ofrecer mejor cobertura a los callos.

–Tú ahora –le espetó al cronista– no digas una palabra sobre el asunto y te diré

cuándo conviene empezar a hablar de él ¿me entiendes? Y yo te doy el queo antes que a nadie.

–Eso se lo dirás a todas, macho, que nos conocemos.

–Por eso estoy hablando contigo el primero ¿no? –dijo el otro con retintín.

–Vete a saber. De ayer a hoy has tenido tiempo de contárselo a medio mundo. No te creas que me importa, al fin y al cabo; lo que te conviene es que la noticia salga en todas partes. Lo que me cuentas, hasta ahora, no es una exclusiva, es una noticia normal y corriente.

–Muy bien, pues tú te lo pierdes.

–Ja, ja, no me seas fantasma. ¿Tienes algo más? Si tienes algo más, a lo mejor merece la pena poner un poco de empeño.

El productor se sacó el pico de la servilleta del cuello, hizo un rebuño con ella, la arrojó sobre la mesa y se puso en pie.

–Voy un momento a lavarme las manos y vuelvo en seguida –anunció.

–Haces bien porque te has puesto pringado –contestó Mario Pescador con un leve asomo de sorna. Satisfecho, empujó la silla hacia atrás y se repantingó montando una pierna sobre la otra mientras encendía un cigarrillo y pensaba qué sería lo que el otro esperaba de él; porque era indudable que deseaba algo que aún no había asomado en la conversación. ¿Un contacto, quizá? ¿O estaba rodeándolo a ver si se lo sacaba gratis? Pero de esto último ya podía despedirse porque no hay favor que no se cobre hoy en día. A Mario le caía bien Cuneo, le parecía un buen tipo y también un gatito ciego, aunque no era un infeliz y tampoco tenía nada de tonto, no, simplemente era un dejado, uno de esos que prefieren no entrar en la batalla. Cuneo no tenía el temple de estar siempre al acecho para prever o devolver los golpes; a él le gustaba su trabajo y sólo pedía que lo dejaran trabajar en paz, lo cual, como bien sabía él, Mario, era un sueño imposible; más que imposible: un sueño infantil, esa cosa mágica de los niños que sólo piensan en sí mismos en un mundo protegido por los adultos. Sí, Cuneo tenía mala escuela, pura clase media conformista. Pero le caía bien.

El productor regresó como si lo hubieran bañado en agua de colonia.

–Son ricos, pero te pones tibio –comentó.

–Los caracoles –dijo el cronista.

–Escucha. Te propongo un trato: tú cuentas por ahí, como te parezca, que estamos buscando un actor protagonista para un *film* basado en la serie *El amo de su casa*. Nada más. Ni hablas de continuidad, ni nada. Sólo que estamos buscando un actor. Serás el primero en levantar la liebre. Esto va a ser como un concurso, vamos a meter al público en ello. De manera que tú lo anuncias de buena fuente, los medios se hacen eco, echa a rodar la bola y tú vas dando a conocer los tiempos.

–Mmm... Eso es un favor, tal como lo cuentas. Ten en cuenta que me estás

proponiendo una noticia forzada, no una noticia esperada. ¿Por qué la tengo que forzar yo, me pregunto?

–Porque soy productor de un programa de tarde donde se habla mucho de todas estas cosas y a menudo solemos traer un invitado –dijo el productor–. Pagando, naturalmente.

–Qué buena pinta tienen estos callos ¿verdad? –dijo el cronista–. Pues, en fin, sí, no me importaría nada acudir de vez en cuando como invitado porque, si quieres que te diga la verdad, me interesa esa franja horaria; pero, claro, no puedo integrarme plenamente a causa de otros compromisos. Ahora bien, si, como dices, es una invitación informal... ¿por qué no?

–Pues no hay más que hablar. Pero vas a tener que seguir el guión que yo te marque respecto a la película. Yo te daré el *timing*.

–Eso no es problema, tú te conviertes en mi garganta profunda y yo, bueno, me debo a mi público, que siempre espera lo mejor de mí y de mis contactos.

–Veo que nos entendemos.

–¿Cuándo no nos hemos entendido tú y yo, pirata? Lo que pasa es que hay que hablar sin complejos, a las claras. Por cierto: ¿Cuneo está también en el ajo?

El productor se limpió profusamente con su servilleta, la boca y las manos, y se recostó en el respaldo de su silla. Mirando alrededor, chascó los dedos para llamar la atención del camarero y le encargó unos cafés y una copa de coñac.

–¿Tú quieres una copa? –preguntó condescendiente al cronista.

–Un Hennessy, por favor –pidió el otro.

–Muy bien, traiga también los puros –dijo al camarero–. Te cuidas ¿eh? –comentó dirigiéndose a su invitado.

–Me gusta lo bueno, qué quieres que te diga.

–Eso está bien. Así me puedo permitir tratarte a cuerpo de rey.

–Y yo me dejo encantado.

–Cuneo no sabe nada de esta campaña. Ya me ha sugerido algún nombre, pero lo que yo quiero es alguien nuevo, alguien que no haya hecho un papel protagonista. La gracia del asunto está en implicar a la gente en sacar a alguien de la nada ¿me explico? Haremos votaciones si es necesario, con ayuda de algún programa de televisión. Quiero que, al final, todo el mundo esté pendiente del rodaje de la película, quiero mantener la atención hasta el estreno. ¿Lo captas?

–Lo capto.

–En cuanto a Cuneo, ya que te interesas tanto por él, lo suyo es meter al actor en el guión para sacarle el mejor partido posible.

–Un traje a medida. Cuneo es el sastre.

–Tal cual. No se te ocurra decirle ni media palabra hasta que el *marketing* esté en marcha.

–Descuida.

El mes de abril estaba siendo agradable y primaveral, soleado, con escasa lluvia y unas temperaturas perfectamente tolerables para la estación. Gabriel había estado revisando su situación económica con alguna prevención, pues en estos momentos no tenía nada nuevo a la vista. Se prometió vigilar de cerca su cuenta porque se acercaba el verano y este mes de julio le tocaba quedarse con Martín. El productor aún le debía una cantidad de dinero de cierta importancia, pero lo conocía bien y tendría que perseguirle con denuedo para cobrarlo; no temía por su solvencia sino por su maldita costumbre de aplazar cualquier pago aunque tuviera la bolsa a reventar. Y a él le molestaba sobremanera andar detrás de alguien para sacarle un dinero que, en realidad, se le debía. Tendría que hacerlo, porque necesitaba asegurarse de cobrar la totalidad de la deuda antes de julio, pero la sola idea de tener que lidiar con ello le producía violencia. No era su carácter.

Aquella mañana desayunó en el Café de la Plaza. Cada vez que pasaba por allí recordaba el horrible accidente del niño atropellado casi delante de sus ojos y no lograba disociarlo de un temor irracional por su propio hijo. Además, desde aquel día su labor de guionista había quedado detenida, como una imagen congelada, la imagen misma del cuerpo en la calzada, los niños asustados y llorosos y la profesora desencajada y rodeando y haciendo retroceder al grupo como pollitos apretujados en la acera.

Tras el desayuno fue siguiendo inconscientemente el camino que llevaron de vuelta al colegio. Cuando llegó ante el portón, se detuvo sorprendido. Estaba cerrado y desde el exterior se oía el griterío de la chiquillería en el patio de recreo, separado de la calle por un alto muro de piedra que impedía atisbar el interior. Movido por un impulso irracional, empujó la puerta de entrada y penetró en el vestíbulo. Un bedel le observó con curiosidad desde detrás de su mesa impoluta sobre la que sólo se veía un mazo de papeles impresos, unos bolígrafos, un tarjetero y un diario deportivo. Entonces, como si hubiera tomado una decisión inaplazable, se dirigió al hombre y le preguntó por una profesora de pequeños, de nombre María.

El bedel le informó de que la tal María ya no pertenecía al cuadro de profesores del colegio y Gabriel trató inútilmente de obtener su dirección. Al final lo logró en la secretaría, no sin antes explicar que había sido testigo del desgraciado accidente ocurrido a primeros de febrero y que había acompañado a la muchacha y a los niños de regreso al colegio. En todo caso, su sinceridad resultó convincente y accedieron a proporcionarle las señas que ella dejara antes de irse. Gabriel, un tanto cortado, lo agradeció, saludó y salió del colegio con el firme propósito de dar con

ella. La verdad era que se había dejado llevar hasta allí por la melancolía, sin especial intención, o quizás bajo el efecto de la leve nostalgia de un suceso que había quedado incompleto en su memoria, inacabado cuando la muchacha, recibida por algunos profesores y empleados, desapareció tras el portón de entrada y lo dejó en la calle, abrumado y perdido.

Al rato, mientras se dirigía sin mucha prisa a la dirección que le habían facilitado, empezó a pensar que iba a cometer una tontería.

¿Qué tenía él que ver con aquella muchacha? Para empezar, era mucho más joven, tendría casi la mitad de años. No sabía nada de ella, ni había podido intuir otra cosa que el desamparo y el miedo, dos aspectos especialmente vulnerables y poco reveladores. ¿Qué era lo que había sentido? ¿Angustia ante la muerte? ¿Temor por su responsabilidad? ¿Miedo a ser despedida e incluso culpada? ¿O, sencillamente, incapacidad de enfrentarse al hecho? Era muy joven, sí, la experiencia no podía ayudarla. De pronto se preguntó a bocajarro si en realidad lo que sintió por ella no fue un afán de protección teñido de un deseo perturbador. El desamparo de la muchacha le produjo ternura, eso era cierto, pero también un interés morboso, el deseo de arropar a una persona delicada que se encontraba a punto de quebrarse, como una porcelana. En el camino de retorno al colegio, con los niños compungidos o llorosos, apenas si cambiaron unas palabras que por su parte fueron de consuelo; ella, en cambio, sólo manifestaba su congoja, sin acabar de estar ni dentro ni fuera de sí. Tampoco era una chica especialmente atractiva, al menos bajo su aspecto de profesora, el único que él conocía. ¿Tendría novio? ¿Cómo sería ante una cita, cómo se pintaría y se vestiría para una salida nocturna, por ejemplo una cena con un hombre?

Pero sí que era atractiva. Su rostro regular y lozano a pesar del momento que estaba pasando, sus labios bien dibujados, la nariz fina y chata, unos ojos castaños velados por la preocupación, la graciosa melena corta hasta el cuello, la piel clara, las manos delicadas... era su juventud lo que le hacía fijarse intensamente en ella. María, un nombre también sencillo. Él deseaba sencillez en su vida, una vida demasiado trajinada por vaivenes y desencuentros y rutina y cansancio y medias verdades e ingrata zozobra. De todos modos, cuando llegó a la dirección que le habían indicado, un edificio de los años del desarrollismo, anodino y vulgarmente funcional como todo lo que se había edificado deprisa y corriendo con abundante material de desecho, vaciló y empezó a pensar en darse la vuelta y regresar a su barrio. Justo al lado había un bar que exhibía una tosca lista de tapas y platos escrita con gruesa caligrafía en la cristalera del establecimiento y entró a tomar una cerveza y a reconsiderar su impulso inicial.

En realidad, no tenía explicación alguna que ofrecerle si se presentaba en su casa, pues no podía atribuirlo a la casualidad, lo cual equivalía a confesar abiertamente que la había buscado con deliberación. –¿Por qué? –le preguntaría ella, y él carecía

de toda otra respuesta que no fuera la verdad: porque le había atraído al primer golpe de vista. –Pero yo ese día estaba horrible –le diría ella. –No –contestaría él–, estabas tan hermosamente perdida, tan necesitada de amor en ese horrible momento... La cerveza estaba demasiado fría. El camarero le obsequió con una tapa de patatas alioli. La verdad es que, una vez allí, no se le ocurría el modo de abordar a la chica con naturalidad. En la secretaría le habían facilitado su nombre completo, María Fernández, que no podía ser más vulgar. Piso tercero, letra b. No sabía si vivía sola o acompañada; pensó en lo violento que sería llamar al timbre y que le abriera su novio. La única salida que se le ocurrió fue la de subir, tocar a la puerta y si le abría un hombre poner cualquier excusa y desaparecer escaleras abajo, pero le parecía humillante e impropio de una persona digna. En todo caso, si había llegado hasta allí, aún le parecía más ridículo volver a casa con las manos en los bolsillos, de manera que decidió tentar a la suerte.

Cuando levantó la cabeza para llamar al camarero, ella le estaba mirando. Se encontraba allí, al otro extremo de la barra, junto a la cristalera con las letras trazadas en blanco. Le miraba dudosa y se dio cuenta de que le había reconocido. Entonces él compuso su mejor cara de sorpresa y se dirigió rectamente hacia ella con una sonrisa espontánea.

–¡María! –le dijo alegremente–. ¿Te acuerdas de mí?

–Sabes mi nombre... –exclamó María, sonrojándose.

El abogado Perea estaba de excelente humor. Se encontraba en su despacho, un cubículo que constaba de una sola y amplia habitación antecedida por un vestíbulo, una segunda habitación, semejante a la suya, llena de archivadores, para la secretaria, un cuarto de baño minúsculo –lavabo, retrete y ducha– que daba a un patio interior por un ventanuco de rejilla y una *kitchenette* protegida por una mampara corredera de celosía. En el vestíbulo había un perchero de madera y un par de butacas con una mesita entre medias. El único hueco a la calle era el gran ventanal de su despacho. El resto del apartamento se hallaba permanentemente bajo la luz eléctrica.

Estaba solo, porque su secretaria había bajado a desayunar al bar de la esquina, con la puerta del despacho abierta para hacer corriente con la puerta de entrada entornada. Era una concesión a la secretaria, una mujer entrada en la treintena, pizpireta y de buen ver, para despejar el humo de puro canario que invadía su reducto. El ordenador de mesa estaba abierto y conectado a la página de su cuenta en el Banco. La caja fuerte empotrada en una de las paredes y disimulada bajo una copia enmarcada de un aguata de Picasso representando un lance de una corrida de toros, aparecía abierta dejando ver unos cuantos papeles en su interior pisados por una cajita de metal.

Los dos gestos habituales de Perea eran pasarse la mano por la parte superior de la cabeza, donde ya no quedaba pelo, y adelantar la barbilla hacia arriba como si quisiera añadir unos centímetros a su estatura, que no llegaba a un metro setenta. Fumaba unos puros canarios que adquiría en estuches de cinco y vestía siempre traje a rayas, cruzado, de colores gris o azul marino. Cuando reía lo hacía para dentro, haciendo unos ruiditos sordos con la garganta. Tenía fama de conocer todos los entresijos de la ley, por los que transitaba como un ratón casero.

Aquella mañana de un día de abril se demoraba en su satisfacción. Unos días antes, un sábado por la noche, había entregado en un sobre cerrado una información que valía mucho dinero y una suma de indicaciones para operar con el contenido del sobre. En él se detallaban una serie de operaciones encubiertas que desaguaban en el vertedero de la política. Su trabajo había sido desbrozar, identificar y clarificar el camino seguido por aquellas operaciones y entregarlo a su cliente, quien lo haría llegar a un medio de comunicación que se encargaría de dirigir la operación cara al público y concertar el escándalo con otros medios afines. Lo que estaba en juego era el cambio de manos de un Banco importante de ámbito nacional. Tal y como él lo veía, en aquel asunto estaba en juego no sólo un escándalo de primera magnitud sino su propio ascenso social a los niveles por los

que siempre había suspirado. Su elección como ejecutor de una operación muñida mucho más arriba era perfecta porque le estaban ofreciendo *su* oportunidad sabiendo que mataría por ella sin pestañear.

Su contacto era un hombre del *lobby* a quien conocía como cliente en pequeños asuntos legales en los que había dejado asomar su capacidad de desplazarse por el filo de la navaja, siempre al límite de la legalidad, en busca de posiciones de ventaja. Gonzalo de Laus lo había advertido en seguida y guardó su nombre en previsión de futuras operaciones de mayor calado. Ahora la ocasión había llegado por fin y a Perea le bastó el primer contacto para comprender de inmediato lo que se jugaba en el envite, que aceptó con una sonrisa explícita. Habiendo dejado la conciencia por el camino, Perea mantenía un principio inamovible: que el que la hace, la paga, y no tiene por qué quejarse de que, para cobrarse, el adversario –en este caso de la mano del propio Perea– utilice el juego sucio. De hecho, no concebía que la limpieza diera fruto alguno en el mundo que le había tocado vivir. Se había pasado la vida en los juzgados, batallando con colegas más duchos que él y clientes de toda condición y de toda laya, levantando alfombras para husmear debajo, acechando y lisonjeando a los funcionarios más rectos y a los más curtidos en el arte del disimulo. En fin, la suya había sido una preparación a veces desesperanzada y a veces agónica para llegar adonde estaban el poder y el lujo, sus dos caras reivindicaciones.

Era una experiencia única que nunca antes había conocido; la experiencia de una nueva intensidad que le hacía temblar de emoción; de una dimensión insospechada que se hacía realidad en su propia carne, como sucedía con los héroes; la sensación de sentir el peso del poder en sus manos; el momento inmediatamente anterior a la gloria, cuando el éxito está cumplido y sólo queda recibirlo y entregarse a él.

El escritor de novela negra sufría en silencio. Desde el día en que encontró a la rubia del Simon's su régimen de vida se había trastocado por completo. No conseguía escribir una sola línea desde entonces; no paraba de agasajarla con cenas en restaurantes sofisticados; los días se le iban en esperar la hora de la tarde en que se encontrarían para tomar unas copas antes de ir a cenar, o a la ópera, o al teatro, o al casino, en una sucesión celestial de citas que estaban mermando seriamente su potencial económico, puesto que no reparaba en gastos. Cada noche que aparecían por el Vereda Tropical había una botella de *champagne* esperándolos en la mesa y bailaban hasta la hora de cierre del local; otras veces cenaban y se divertían en el Florida Park, y al término del espectáculo salían a la noche primaveral del Retiro y se recreaban bajo las estrellas que chisporroteaban por encima de los árboles. Justo Paleta la abrazaba y besaba apasionadamente, cada vez con más ardor, con más ahínco, pero nunca llegaban a la cama porque la hermosa rubia vivía con su madre, que velaba por su virtud. La muchacha parecía una ingenua ligera de cascos, pero el escritor empezaba a sospechar que había algo más tras su frívola actitud. ¿Acaso pensaba cazarlo sin concederle una sola victoria? ¿O quizá se divertía a su costa mientras esperaba al hombre que solucionase su vida para siempre? Porque detrás de todo el *glamour* de hombre duro y tierno y mundano de Paleta no había más que un escritor de novela negra que vivía al día y la ingenua, sin duda alguna, lo había advertido desde el principio. Pero en ese caso ¿qué esperaba de él? Paleta tenía dos condiciones apreciables: era un vigoroso fornicador y sabía enredar a las damas con su labia. Normalmente era él quien dominaba la situación en sus relaciones con el elemento femenino, pero esta vez había dado con la rubia soñada y los sueños son tan frágiles, y tan brusco y tajante el despertar, que la cuidaba como si llevara entre las manos una delicada figura de cristal pronta a quebrarse al menor golpe del azar. Su vida estaba, pues, dedicada a esquivar tanto el azar como los posibles disgustos de la rubia, lo cual le colocaba en una posición de inferioridad de la que era tan consciente como deudor. De esta manera, era a la vez feliz e infeliz, alegre y mustio, seguro y dubitativo, rufián y caballero. Y de todas estas actitudes, la que más le excitaba era la de rufián; deseaba maltratarla, llamarla muñeca, obligarla a hacer el amor en los lavabos de señoras, vestirla con ropa interior negra de la más fina seda y desnudarla sin miramientos, hacerla gemir de placer mientras sentía las rojas uñas clavadas en la espalda... En fin, todo lo que se supone que debe hacer un auténtico escritor de novela negra a una mujer fatal que lo encela con su conducta casquivana.

Yolanda era una auténtica rubia natural prototípica de comedia americana

recriada en Chamberí. Si Paleta hubiera sido capaz de distanciarse de su mitomanía, es posible que hubiera reconocido en la conducta de la veleidosa lo que se califica comúnmente de calientapollas. Pero también es cierto que entre machos de la clase media madrileña no es fácil coincidir con este tipo de mujer. Medía un metro setenta sin tacones, tenía los ojos claros, la nariz respingona, labios diseñados para hacer morritos y abundantes curvas. Aún le faltaba esa profundidad de mirada que delata a la mujer fatal, pero lo demás era francamente apetitoso. A Paleta le desconcertaba la generosidad que desplegaba para lucir sus encantos y dejarse besar y sobar en contraste con la dificultad de acceso a un encuentro genital. Pero era su primera rubia natural, tan rubia y tan natural que el sólo hecho de imaginar el vello natural de su monte de venus le mareaba. Y la sola idea de perderla le provocaba arritmia.

La verdad era que en la novela que no estaba escribiendo debido a su circunstancia rubia, la novia del detective era morena. Por lo general las mujeres de sus novelas le servían para desahogar sus fantasías eróticas; solía utilizar sólo dos tipos: íntegras y pecadoras; a las íntegras solía maltratarlas y vejarlas antes de redimirlas y a las pecadoras, en cambio, las trataba como a damas hasta que ellas mismas se echaban a perder siguiendo su naturaleza. Pero el problema, ahora, era que estaba saliendo con una fantasía de verdad que mostraba ambas caras y sin embargo no se decidía por ninguna de las dos: ofrecía ingenuidad y prometía fatalidad; la oferta no pasaba de serlo y la promesa demoraba su cumplimiento. Había pactado con su editor la entrega de la novela para el mes de junio con la intención de editarla en octubre y el editor ya la había metido en su programa del último trimestre, de manera que no había marcha atrás. Cada vez que se sentaba al ordenador la pantalla se llenaba con el recuerdo reciente de la rubia y bloqueaba todo intento de escritura. Si al menos esta vez hubiera elegido a una rubia, aunque no fuera la novia del detective sino la del corrupto que aquel perseguía...

De súbito se le encendió una luz en el cerebro. Podía hacer que el corrupto repudiase a la querida con la que hasta ahora se solazaba y la cambiara por una rubia a la que encontrase en la barra de un bar, sentada en un taburete, con la falda retirada hasta el comienzo de un muslo firme y redondeado que lucía con impudicia natural mientras la mirada del corrupto ascendía hasta la cintura, alcanzaba un escote de barco que dejaba ver el prometedor comienzo de unos pechos saltarines, remontaba su esbelto cuello y se extasiaba ante la mimosa sonrisa con que lo seducían aquellos labios incitantes que se entreabrían para recibir a los suyos.

El escritor de novela negra se desabrochó otro botón de la camisa, se pasó la mano por la cara para reconocerse y tras unos momentos de indecisión ante la pantalla vacía del ordenador decidió ir a la cocina a prepararse un *gin tonic*.

Tenía que idear un plan de ataque definitivo o acabaría por volverse loco. Con

razón decía Raymond Chandler que los detectives no deben enamorarse en las novelas; lo que también debió haber dicho es que tampoco deberían hacerlo los escritores mientras las escriben. Una cosa es fantasear y sacar a pasear a la imaginación y otra muy distinta tener a mano un cuerpo como el de su rubia natural. Lo que no estaba claro es lo que ocurriría si de una vez por todas consiguiera hacerlo suyo; si podría seguir escribiendo o si, por el contrario, la pasión lo volvería literariamente impotente.

Porque aquella mujer, en cuanto la consiguiera, sería un volcán y ya se sabe lo que pasa cuando entra en ebullición: que no hay literatura que valga.

En una terraza del Paseo de Rosales con el Parque del Oeste al fondo. Veinte grados de temperatura, un sol que se cuele por entre las hojas de los árboles, mediados de abril. El camarero, manteniendo la bandeja bajo el brazo, toma nota en su cuaderno de comandas.

–Un *vermouth* rojo con un dedo de ginebra para mí, y para el señor... –dice Gabriel Cuneo haciendo un gesto con la cabeza hacia Antón Patriarca.

–Un *bloody Mary*, por favor.

–Te vas a morir el día menos pensado.

–Al contrario. Este trago es para salir de la resaca. Se nota que ya no practicas.

–No sé ni como te da la cabeza para pedir una cosa así. Tendría que llevarte a ver a mi padre para que te hicieras una idea de adónde te diriges.

–No sabía que tu padre fuera alcohólico.

–No es alcohólico. Está moribundo y con la cabeza perdida. Tendrías que ver la cara de la muerte porque tú vas a acabar con el cerebro licuado como él, pero de un día para otro.

–Te llevo diez años. Un respeto.

–Te lo digo con respeto.

–Amigo mío, voy a atenerme a lo que decía James Joyce en una novela de un joven novelista español, hoy no tan joven, y que no habrás leído: «Pues bien, ya que no podemos cambiar el mundo, cambiemos al menos de conversación». Tengo algo que decirte aunque no estoy muy seguro de adónde nos puede llevar; lo hago en el cumplimiento del deber y con todas las reservas atribuibles a un noctámbulo alcohólico como soy yo.

–Desembucha.

–¿Qué tal te llevas con tu ex actualmente?

–¿Qué quieres decir? Ya sabes que no me llevo. Sólo hablamos por razones prácticas, es decir, de dinero y de mis salidas con Martín. ¿Por qué lo preguntas?

–¿Sabes a qué se dedica?

–Hoy por hoy, no lo sé a ciencia cierta. Colabora con su marido y pilota el hogar, creo.

–¡Ajá! Su marido. ¿Cómo es él?

–Un sociólogo. Con eso está todo dicho.

–Me refiero a su aspecto físico.

–De tu altura, buena facha, un finolis un poco cursi, con una napia considerable y papada, peinado hacia atrás, siempre de traje y corbata, no sé qué decirte. Un gilipollas.

-Lo último no es una característica física. En fin, coincide en todo lo demás.

-¿Coincide en qué?

-Creo que lo he visto una noche de éstas en el Copacabana. Y a tu ex.

-Es natural, están casados.

-A ver cómo te lo explico. No estaban juntos. Y ella no estaba sola.

-¿Te estás haciendo el misterioso?

-Estaba en compañía de un tipejo mal afamado, un abogado especialista en trabajos sucios, un triquiñuelas de la peor estofa, un...

-¿Qué te hizo a ti?

-No a mí, sino a un amigo, un tipo decente al que llevó a la ruina. Un tipo tan decente que no podía imaginar que existiera gente de esa calaña.

-Bueno, pues espero que lleve también a la ruina al gilipollas del sociólogo.

-No te equivoques. Se estaba cerrando un trato.

-Más a mi favor.

-Escucha, infeliz. El abogado se comportaba como un inferior, un mandado, un intermediario turbio, ante los ojos de tu ex; ¿lo captas?

-Hay que ver cómo te afina el alcohol la intuición. Venga ya, no me fastidies. Tú qué vas a saber.

-Le pasó un sobre a tu ex, un sobre con documentación. Yo los vi y entonces tu ex me echó el ojo, me reconoció y tuve que salir de naja.

-Así que viste que el sobre tenía documentación gracias a tu visión de rayos X y luego mi ex te echó tal mirada que te viste obligado a dejar tu copa y salir de estampía. Menuda mirada debió de ser ésa.

-La mirada me la echó el abogado. Salí corriendo, me persiguió un matón, me escapé por los pelos y no paré hasta llegar a casa. Y el sociólogo estaba en la calle, esperando dentro de un coche.

-Esa película ya la vi en la tele. No era muy creíble.

-Sí, la verdad es que de esto último no estoy muy seguro. Pero lo que me impresionó fue ver el modo en que tu ex me reconocía y advertía al abogado. Ahí se cocía algo gordo, Gabriel, créeme. Era el gesto de una mala persona.

-Me estás tentando. No conocía yo esa faceta de mi ex, pero me parece excitante.

-Perdona, tío listo. A ti esa mujer te sigue gustando y te tiene comida la moral que no te dé ni cinco de pipas. Pues yo te digo que ha cambiado mucho para mal y que no te conviene seguir pensando en ella. Ya no es la mujer que se casó contigo.

-Y todo eso, deducido de un gesto.

-Enarcó las cejas y con un gesto de los ojos le obligó a mirarme. Yo vi lo que había detrás de esos ojos.

-Vaya por Dios. El hombre que leía el alma en los ojos.

-Esos tres están metidos en algo sucio. ¿Es muy importante el sociólogo? Quiero decir: en el mundo del poder.

-Bastante.

-Pues ahí lo tienes.

-Bien. Y yo ¿qué tengo que ver con eso?

-Espero que, por tu bien, nada. Pero ella no deja de ser tu ex y tu hijo vive con ella. No sé, chaval, te llevo diez años, recuerda, y la vida me ha sacudido mucho más que a ti. Siempre he creído que hay que estar lejos de las malas personas, por si acaso.

-¿Y esto viene a cuento de que entre la bruma alcohólica y la penumbra del Copacabana viste al sociólogo recibiendo el resultado de un hipotético trabajo sucio encargado a un abogado al que tienes enfilado?

-A *ese* abogado.

Isabel Pérez, esposa de Gonzalo de Laus, ex esposa de Gabriel Cuneo, madre de su hijo Martín Cuneo y de Gonzalito de Laus, nacida en Madrid en una familia de clase media, padre funcionario de Correos y madre ama de casa, con dos hermanas, una de ellas funcionaria como su padre y la otra casada con un apoderado de banca, estudiaba Biológicas en la Universidad Complutense de Madrid sin mucho éxito y escasa vocación cuando conoció a Gabriel Cuneo. Cuneo hacía Periodismo en la misma universidad porque no sabía cómo dar salida a su afición por la escritura. Había escrito teatro, poesía, artículos varios en revistas de poca tirada, y entrevistas y reportajes como *free lancer* en diversos medios de ámbito nacional y regional, e Isabel lo conoció en el bar de la Facultad de Derecho, adonde solía cruzar a menudo con alguna amiga buscando relacionarse con gente más movida que la de su facultad. La atracción fue mutua y empezaron a salir con regularidad hasta que Gabriel, que estaba en el último curso y vivía con dos amigos más en un piso del barrio de la Prosperidad, trasladó la regularidad también a la cama.

Aquel año se despenalizó en España el adulterio y el amancebamiento y la pareja comenzó una vida alegre y loca, libre de compromisos y no exenta de una cierta promiscuidad compartida en busca de nuevas experiencias. Fue el año en que se aprobó y entró en vigor la Constitución Española; el año de los Papas, pues murió Pablo VI, fue elegido el cardenal Albino Luciani con el nombre de Juan Pablo I y a la muerte de éste, dos meses más tarde, el cardenal Wojtyla con el nombre de Juan Pablo II, culminando el despropósito de los nombres compuestos; también fue el año en que Bob Dylan publicó *Street legal*, el *long play* fetiche de Gabriel; Aldo Moro fue asesinado por las Brigadas Rojas; y la todavía pacata sociedad española empezó a seguir por televisión la serie *Dallas*. Lo que se dice un año animado.

Isabel Pérez, al contrario que su apellido, era una mujer singular. De estatura superior a la media, morena, con presencia; tenía una cara ancha, boca grande, ojos brillantes y una graciosa nariz curva; vestía con gusto de manera informal y carecía de pudor, por lo cual era muy solicitada, pero no de personalidad, por lo cual era muy selectiva. A Gabriel le encantó desde el primer momento aquella chica desprejuiciada que miraba de frente a sus admiradores y se la apropió con una desvergüenza que nunca hubiera sospechado poseer. La verdad es que hacían una buena pareja, en opinión de sus amigos. Era una época de apertura al mundo y sus sensaciones, que disfrutaron conscientemente a espaldas de sus respectivas familias. A los dos años de conocerse alquilaron un piso para ellos dos solos donde solían dar fiestas de fin de semana y donde organizaron su cuartel general de vida alegre e irresponsable mientras progresaban en sus respectivos trabajos: Gabriel como

periodista en una publicación semanal e Isabel como relaciones públicas en una empresa de cosméticos. Durante los años de su amancebamiento, y aunque a tono con los tiempos aceptaran de manera esporádica otras relaciones sexuales, su unión se mantuvo inalterable. Sólo una vez estuvo la pareja al borde de la ruptura, cuando Isabel le confesó a Gabriel que, estando en Venecia por razón de su trabajo y coincidiendo con el Carnaval, había pasado una noche orgiástica con una máscara que conoció casualmente en la Plaza San Marcos, lo cual alarmó a su compañero como una señal de pérdida de control. No volvió a suceder nada parecido, ambos reflexionaron y resolvieron contraer matrimonio como señal y propósito de fidelidad, lo cual cumplieron religiosamente, con un par de excepciones concretas y fugaces. Isabel acabó quedando embarazada y a los nueve meses cumplidos nació Martín Cuneo Pérez. Ella tenía entonces treinta y dos años y él treinta y ocho.

Isabel no llegó a saber si ya habían agotado todas las posibilidades de vida en pareja, si los malentendidos inevitables y no afrontados venían socavando seriamente la relación, si la pereza y la comodidad la hizo confiarse, si la relación física se hizo rutinaria, si la llegada de Martín modificó vidas y horarios o si los cuarenta años de Gabriel cayeron sobre él como una losa. El caso es que para ella la relación había iniciado una curva descendente que moría en un final anunciado; lo vio con lucidez y a partir de entonces la erosión la volvió implacable. El resultado la llevaba en una sola dirección y comprendió que no había salida, estaba frente a un cambio de siglo, había conocido a un sociólogo que la halagaba como ningún otro hombre lo había hecho y a sus treinta y nueve años se hallaba en su plenitud sexual y personal. El año 2000 la encontró en Baqueira Beret en brazos del maduro sociólogo mientras Gabriel se quedaba a celebrarlo en Madrid con Martín. Era consciente de que Gabriel nunca se lo perdonaría. Lo hizo precisamente por eso.

A sus cuarenta y tres años, Isabel Pérez, divorciada y casada por lo civil con Gonzalo de Laus, era una mujer de una espléndida madurez, segura de sí misma, consciente de su atractivo y de sus posibilidades, con un cuerpo lleno y bien proporcionado, dedicada a compartir con su marido los negocios que éste tenía montados, tras haber asegurado convenientemente su posición dentro de los mismos. Había cambiado la aventura por la seguridad, la felicidad por el bienestar, y le había dado un hijo a su marido para acabar de atar todos los cabos.

Sólo una vez estuvo a punto de volver a sentir un movimiento de debilidad hacia Gabriel. Fue con ocasión de una fiesta en la que se celebraba la concesión de unos premios televisivos. Gonzalo tenía entonces alguna conexión con ese mundo, un negocio coincidente que poco después abandonó. Gabriel estaba en la fiesta y ella y él se encontraron de pronto frente a frente, Isabel espectacular con un vestido de cóctel y Gabriel embutido en un *smoking* que le sentaba lo suficientemente bien como para sospechar que no era alquilado. Su aparición la sorprendió preguntándose qué habría sucedido en la vida de él para haber incorporado

semejante prenda a su armario y aún más le sorprendió la mirada que él le dirigió de arriba abajo y en la que se leía un deseo que le recordó otros tiempos de pasión y felicidad. Fue una mirada en la que ambos cuerpos se desearon y ella lo sintió como hojas de terciopelo atravesadas por un viento silencioso, de un modo tan sensual que hubo de hacer un violento esfuerzo para mantener la serenidad y calmar su instinto. Pero no se volvió a repetir porque la siguiente vez que él la miró con deseo, poco después, al ir a recoger a Martín, ella no sintió nada, como si aquel viento se hubiera llevado consigo el último recuerdo de una vida amorosa.

Ahora se limitaba a saludarlo con una marcada indiferencia, una especie de superioridad triunfal, cada vez que él llegaba por Martín, como si le molestase el hecho de que alguna vez se hubieran amado íntimamente, sabiendo que él aún la deseaba.

III

Vidas reunidas

La fiesta de presentación del actor que encarnaría al protagonista de *Un hombre de su casa*, título de la película basada en la serie televisiva *El amo de su casa*, estaba en todo su apogeo. Elegido por mayoría tras votación popular, en una operación conjunta de la productora, la cadena de televisión que emitía la serie y una prestigiosa revista femenina, la propuesta había concitado la curiosidad y el morbo de decenas de miles de personas que se decantaron por el joven moreno, guapo y musculoso que en aquellos momentos era el centro de atención de todos los asistentes a la fiesta. Todo el mundo coincidía esa noche en que la idea y el modo de elección del protagonista era un verdadero éxito publicitario, uno de esos golpes de *marketing* que pasan a ser objeto de estudio en las escuelas de economía. La fiesta desprendía una clamorosa explosión de alegría natural, los camareros serpenteaban incansablemente entre la multitud portando en vilo sus bandejas repletas de tintineantes copas de *champagne*, las sonrisas brillaban en los labios pintados de las damas y los abrazos y saludos masculinos se prodigaban casi a ritmo de vals. Todo el mundo reía y se reconocía al aire libre bajo el cielo despejado de Madrid, con una temperatura de principio de verano tamizada por el incipiente frescor de la noche deliciosa que los acogía gratamente en los elegantes jardines del Hotel Ritz. Sí, todo el mundo estaba exultante, todos disfrutaban de la estimulante y jubilosa recepción. Todos menos Gabriel Cuneo.

Lo que afligía a Gabriel Cuneo era la clara conciencia de que allí terminaba su relación con el personaje que él había creado. En cuanto el joven modelo elegido para encarnar al personaje en la película apareció ante una destellante batería de flashes en el escenario montado al efecto y rodeado por el productor, el consejero delegado de la cadena, la directora de la revista, que hacía las veces de presentadora del acto, Perfecto Alumbre que no cabía en sí de satisfacción y dos azafatas que rivalizaban en estatura y buen tipo, comprendió que era él quien estaba de sobra, que le habían arrebatado el personaje, que a partir de ese momento, y si decidía seguir en el tinglado, estaría al servicio de aquel guaperas salido quién sabe de qué circuitos de *casting* o agencia de modelos. Le contemplaba con pesar, preguntándose por qué su personaje debía convertirse en aquel otro que sonreía bajo los focos con la pose de un muñeco de cera mientras el espíritu del que él creó se retiraba y desvanecía en el aire como un fantasma. A la mañana siguiente, cuando al fin el productor se dignara a convocarlo para empezar su trabajo, la cruda verdad se mostraría a la luz, la razón por la que hasta ahora no le había pedido ni un esbozo, ni una sola línea, ni siquiera una sinopsis que, a no dudarlo, estaba ya preparada y sobre la que él debería escribir la película que el productor

tenía en la cabeza y construir el personaje cuya apariencia tenía ante los ojos sabiendo además que el deseo íntimo del productor, que se disponía amigablemente a hacerle la vida imposible, sería que se despidiese y dejara el trabajo en manos más maleables que las suyas. Y no es que él no fuera capaz de hacer algunas concesiones para adaptarse al nuevo proyecto que estaba allí ante sus ojos, encarnado en aquella figura de prototipo masculino, sino que el asunto había tomado tal envergadura mediática que, sobrepasado por aquel resplandor, él quedaba empequeñecido, fuera de sitio, inadecuado para dar respuesta a tanta exigencia; él pertenecía a otra clase en el firmamento de la fama y contra esa convicción de patrono no cabía reacción alguna que no fuera acatar de mala gana los colaboradores que le impondrían o ceder su puesto a un guionista de relumbrón, quizá el verdadero fichaje que codiciaban. En fin, pensó mientras encendía el enésimo cigarrillo y recogía al vuelo otra copa de *champagne*, lo único sensato era presentarse al día siguiente en el despacho, poner el culo, dejar que le dieran la patada e incorporarse para recibir sonoras palmadas de agradecimiento por su excelente comportamiento y un cheque.

–Y lo malo es que lo voy a aceptar con una sonrisa y un apretón de manos –se dijo lúgubrementemente–, porque eso es lo que soy: un manso.

Los flashes se habían apagado ya y los fotógrafos se retiraban, salvo los de la organización del evento, que continuaban retratando a los asistentes, y un par de cámaras de televisión con sus periodistas que aún debían ocuparse en entrevistar a la nueva estrella. Gabriel levantó los ojos hacia la oscura masa del edificio del Museo del Prado al otro lado de la calle. Se encontraba junto a la verja que cerraba el recinto, solo como un verso suelto, ensimismado en sus pensamientos, hasta que una voz lo sacó de su abstracción.

–¿No te unes al triunfo? Todo esto empezó contigo.

Gabriel levantó la vista y se encontró frente a un sonriente Mario Pescador, puro en mano.

–Participo, Mario, participo –contestó Gabriel sin poner demasiada convicción en la respuesta.

Pescador sonrió torcidamente y le echó una mano al hombro.

–Ésta debería ser también tu fiesta. Porque te vas a encargar tú del guión ¿o no te han dicho nada aún? –era una pregunta con respuesta incluida.

–No lo sé, Mario, sé menos que tú del asunto –dijo Gabriel, molesto.

–Yo no sé nada. Yo sólo imagino. Pero déjame que te dé un consejo porque, la verdad, chaval, me caes bien –se tomó un respiro y aspiró su puro antes de proseguir–. Eres de las pocas personas decentes que conozco, en serio te lo digo.

–¿Consejo? ¿Para qué?

–O sea, que ya te das por vencido. No me digas que te rindes sin presentar batalla al pirata maricón.

–¿Y qué quieres que haga?

–Lo que yo te diga, Gabriel –volvió a aspirar su puro con la satisfacción del taimado que se dispone a hacer una buena obra–. Escucha: tú sabes que yo soy un cínico ¿no? Bien, pues también sabes que me trae sin cuidado lo que piensen de mí. Y eso, a tu manera, es algo que deberías aplicarte. Sí, sí –se apresuró a añadir ante los leves gestos de protesta de Gabriel–. No vivimos en el mundo que tú quieres, chaval, sino en el que nos ha tocado vivir. Y a ti te ha tocado ser un jodido asalariado. Tú y yo dependemos de alguien, siempre se depende de alguien, y en tu caso no hay un sueldo fijo, tú eres un *free lancer* que te puedes quedar en la calle de la noche a la mañana y a ver qué pasa, porque yo tengo mis artículos de sociedad y mis nuevas colaboraciones como jocundo comentarista político sujetas por un contrato laboral.

–No tenía ni idea, tío, me acabas de dejar de una pieza –dijo Gabriel sarcástico.

–Ja, ja, vale. Me he puesto profesoral ¿no? Lo que iba a decirte es que no creo que piensen en deshacerse de ti. No porque no puedan, que pueden y sin mover una pestaña, sino porque no es ese su objetivo. A ti, Gabriel, te pagan para tener ideas, pero en el precio va incluida la propiedad. O sea, para que me entiendas, lo que te paga el maricón no es sólo tu idea, es también que aceptes que la idea se le ha ocurrido a él ¿me explico? Y por eso, justamente por eso y por nada más que eso, es por lo que te necesita.

Gabriel esbozó una sonrisa triste.

–No le des el gustazo de despedirte, Gabriel, te lo dice un veterano. Mira: el otro día, mi hijo mayor, que ya está en la universidad y además va de rebelde justiciero, me echó en cara que me dedicase a lo que me dedico. ¿Sabes qué le contesté? Le dije: mira, cabrón, si vives como vives, tienes lo que tienes, has ido a Estados Unidos a aprender inglés y vas a hacer el supermáster de turno, ¿de dónde crees que sale la pasta para pagarlo? Pues del puto trabajo de tu padre que tanto desprecias. Porque yo tengo muy claro, Gabriel, que estoy donde está el dinero. Ni ideologías ni hostias, eso se quedó donde se tiene que quedar; y conste que no te considero mal porque tú tengas otra opción; es más, ya te digo que te aprecio, que aprecio tu decencia aunque no te sirva para nada y acabes tragando como todo el mundo. Pero no pienses que soy idiota; un vendido, sí, pero es mi elección, lo he elegido yo y que ladren por ahí. Lo he elegido y me importa un carajo lo que piensen otros, mis hijos incluidos. La diferencia entre tú y yo es que tú tragas y yo elijo y al final acabaremos los dos en el mismo barco, pero en distintos camarotes. Yo siempre voy en primera clase. Pero me caes bien, chaval, y por eso te digo que no te rindas. El productor no te va a echar, te va a resituar, se va a apuntar todos los tantos que marques tú y te va a pagar bien por ello. Así que acepta, límitate a dar forma a lo que él quiere, si se te ocurre algo extra a lo mejor lo puedes negociar y,

si no, deja que él también se lo apropie y, eso sí, pasa factura. También sin miedo. Mientras él crea que te necesita, eres tú el que manda en la sombra.

–Estoy entusiasmado –dijo Gabriel–. Es lo que he querido hacer toda mi vida y al fin veo colmados mis deseos.

–Vale. Desahógate. Conmigo lo puedes hacer porque no te voy a traicionar. Pero acepta, cariño.

–No me vas a traicionar, perdona, porque no te juegas nada, que si te fuera algo en ello...

–No te diría yo que no, ya sé que no eres tonto. Pero ese peligro, si asoma, se conjura siendo listo y evitando chocar entre nosotros. Como dijo Juan Carlos Lorenzo a un colega cuando vino a entrenar al Atlético de Madrid: «Che, entre bomberos no nos pisamos la manguera». Venga, campeón, que te estoy haciendo un favor. Yo insistiré contigo al maricón. Y piensa que peor sería que le gustases... ya sabes.

–Menudo favor –dijo Gabriel cariacontecido.

–Entonces... ¿me vas a hacer caso? –preguntó el cronista dando una nueva chupada a su cigarro.

–Qué remedio –protestó Gabriel.

–Así me gusta. Anda, vamos a repostar carburante y, de paso, saludamos y rendimos pleitesía a tu jefe. Le va a encantar.

Una vez alcanzado el punto más alto del espectáculo, la fiesta se había relajado. Un combo de cuatro músicos –piano, contrabajo, guitarra y percusión– desgranaba amables estándares que envolvían gratamente las conversaciones de los asistentes. El ambiente era como un extenso murmullo cuajado de sonrisas. Gabriel Cuneo se esforzaba en parecer agradable mientras se deslizaba entre unos y otros sin decidirse por ninguno. Había perdido a Pescador, pero no tenía el menor interés en recuperarlo.

Dentro de su profundo malestar, estaba tranquilo, como si se hubiera dejado llevar por un aplazamiento involuntario que dejase en una especie de limbo su situación anímica.

Quizá fuera efecto del *champagne*, del que se había servido generosamente. Si era así, lo agradecía porque, de entre todos los alcoholes, el *champagne* era el que lo suspendía en una comfortable neblina que no le restaba un ápice de lucidez y, al mismo tiempo, le hacía sentirse bien predispuesto a la conversación y el trato social. En un momento en que se encontró en tierra de nadie, consultó la hora y, pareciéndole adecuada, tomó su teléfono móvil y marcó el número del sociólogo y esperó. Nadie cogía el teléfono.

–Hola, ¿me estabas llamando?

Gabriel, desconcertado, levantó la vista hacia la voz que le había hablado y se encontró cara a cara con el sociólogo.

–¿Yo? –acertó a decir–. No. No te... es decir, sí, pero no a ti. Estaba... quería hablar con mi hijo. No sé lo que ha pasado.

–Que has marcado el número de mi móvil. ¿Cómo es que tienes tú mi número de móvil?

–Pues no lo sé. Me lo daría en algún momento Isabel, no recuerdo. Oye, siento haberte molestado.

–No te apures, estaba muy cerca.

–Ah.

Miró alrededor y sobre su hombro pensando en Isabel, pero no se encontraba a su lado.

–¿Cómo... cómo es que estás por aquí? –preguntó aparentando normalidad–. ¿Ha venido Isabel contigo?

–Sí, está por ahí. ¿Quieres que te dé el teléfono de casa?

–No, gracias, lo tengo. Ha sido una confusión. Mira, ¿ves? –dijo mostrando la pantalla de su móvil–, aquí lo tengo. Lo que voy a hacer es borrar el otro.

–No, hombre, no me apartes así de tu vida. Te puede resultar útil en algún

momento.

Gabriel estuvo en un tris de devolver con brutalidad lo que tomó por ironía, pero el *champagne* actuó de amortiguador. El *champagne* y la repentina aparición de Isabel.

–Hola, ex.

–Hola –respondió él un tanto cortado. La miró de arriba abajo–. Estás muy guapa. Y muy elegante.

–Ya ves, me gusto y me quiero –dijo ella sonriendo seductora–. Ése es mi secreto.

Gabriel se fue sintiendo paulatinamente empujado ante la pareja de triunfadores que tenía delante y empezó a incomodarse.

–Me alegro por ti –dijo–. ¿Os gusta la fiesta?

–Gabriel quería llamar a casa para hablar con Martín, pero se despistó y llamó a mi móvil –explicó el sociólogo a su mujer.

–Oh –ella consultó su reloj–. No sé si estará ya en la cama. En todo caso, por favor, no me lo entretengas mucho –le tendió la mano–. Me alegro de verte.

Gabriel hizo caso omiso del gesto, puso una mano en su cintura para atraerla y la besó en ambas mejillas mientras ella hacía por retroceder antes de aceptarlo. Después estrechó la mano al sociólogo, se despidió de los dos y se apartó a un rincón para telefonar con calma; aunque el encuentro no le había puesto del mejor humor.

Desafortunadamente, la interna le comunicó que el niño estaba ya durmiendo. Estuvo tentado de ordenarle que lo trajera al teléfono, pero de inmediato recordó que Martín solía caer como una piedra en la cama y no quiso romper su sueño. Maldijo su mala suerte y su retraso y maldijo a Pescador por haberlo entretenido; total para decirle lo que él ya sabía; aunque estaba dispuesto a reconocer que había acariciado la idea de mandar al diablo al productor y a todo el equipo.

Sin nada que hacer, se volvió hacia la gente y sintió una mezcla de desánimo y furor. Quizá la mejor idea fuera salir de allí subrepticamente, llegar a su casa y echarse en el sofá a ver alguna película o algún episodio televisivo y quedarse dormido, pero el paso de un camarero con una bandeja en la que quedaba una sola copa de *champagne* le pareció una oportunidad irresistible. Al fin y al cabo, en casa no tenía *champagne*, ni siquiera un cava.

A lo lejos, rodeado de aduladores, divisó a su productor en evidente estado de sobreexcitación. Se abrió paso hacia el grupo cuando sintió una mano que se posaba en su hombro y reconoció a Pescador, que debía de haber encendido otro puro.

–Al fin te encuentro, chupatintas. ¿Qué? ¿Vamos a felicitar al hombre de la noche?

–Siguiendo tus consejos –confirmó Gabriel.

El hombre de la noche los recibió eufórico. Sólo al llegar junto a él se percató

Gabriel de que tenía a su lado al galán de la película y sintió una instintiva repulsión que no se recató en disimular.

–Así que éste es el guaperas –dijo a guisa de saludo. El productor suspendió su euforia y lo observó enarcando las cejas mientras el galán le miraba con mirada muerta sin saber qué actitud tomar.

–Es broma –terció Pescador–. Estamos de coña ¿no?

Gabriel murmuró una excusa, pero el intercambio de miradas entre él y el productor no auguraba serenidad. De pronto el ambiente se había enfriado como si la temperatura de la noche hubiera caído varios grados. Un golpe de viento agitó las ramas de los árboles y azotó las caras de los presentes. La gente empezaba a dispersarse, la música había cesado y los músicos recogían sus instrumentos. Una sensación de término se apoderó de todos los presentes, como la piedra que cae en lo que hasta ese momento había sido una plácida superficie de bienestar. Los unos se despidieron de los otros tratando de renovar los parabienes y el productor y el actor se fueron con ellos subrayando así el fin de la velada. Gabriel y el cronista se quedaron solos mientras veían alejarse a los grupos. La poca gente que quedaba dispersa por los jardines se encaminaba también a la salida al tiempo que algunos camareros, ya desprovistos de bandejas, empezaban a levantar las mesas.

–¡Dios! –exclamó Pescador–. Ahora sí que la has jodido de verdad.

Gabriel se quedó merodeando por la zona, solo y sin ánimo de regresar a su casa. En aquel barrio, conocido como de Los Jerónimos, una isla de edificios nobles y calles tranquilas en el centro de un Madrid caótico siempre dispuesto a maltratar su propia arquitectura, apenas se veían viandantes. Tampoco era fácil encontrar un bar o un *pub* donde cumplir con la espuela. Lenta y pensativamente, rodeó el edificio del Ritz, cuya fachada resplandecía iluminada, se llegó al semicírculo ajardinado de la Plaza de la Lealtad y, tras un titubeo, tomó rumbo a la Plaza de Cibeles.

¿Había sido tan inconveniente su comentario? Ya no sabía qué pensar. Entre sus compañeros o conocidos habituales era cosa corriente meterse pullas sin otro ánimo que el de hacer risas y mostrar ingenio. Era un juego aceptado por todos y si alguna vez alguien se excedía, por el propio filo de la broma caminaban las excusas. Nadie, salvo un rapto de mal humor o una actitud torcida, se daba por agredido. Y de pronto, esta noche, al productor se le había mudado el color de la cara ante el comentario de Gabriel. Meditando, pensó si al divertirse a costa del galán no lo había hecho también con el ego del productor pues, a la postre, el guapo era la guinda del pastel que aquél venía elaborando cuidadosamente desde que se le ocurrió la idea de hacer la película. Sí –pensó Gabriel–, pero no se puede ser tan picajoso; él mismo le suelta cualquier fresca a cualquiera de los que le rodean, yo incluido, y nadie se lo toma a mal. –Sí –apuntó a su lado un imaginario Pepito Grillo–, pero él es el jefe y vosotros unos putos empleados.

El ruín de Mario Pescador tenía toda la razón. Su trabajo era suyo y lo firmaba él, pero a la hora de lucir méritos, el productor se los quedaba todos aunque le permitieran firmar el guión. ¿Quién había visto la idea? El productor. Sin su visión esa idea no valdría un pimiento. ¿Quién fabricaba el producto? El productor. ¿Quién lo colocaba en el mercado? El productor. ¿Quién plantaba su nombre por delante de los demás? El productor. ¿Quién se quedaba con todo? El productor. Ésa era una historia vieja como el mundo: materia prima-distribuidor-mercado.

Entre la patata que él cultivaba todo el año, extraía de la tierra –de su mente– y la ponía en manos del intermediario, limpia y oronda, hasta el precio final del producto envasado y colocado en el mercado, había un abismo tan grande como el beneficio que el último se embolsaba. Eso, entenderlo lo entendía y no le parecía justo, aunque lo acataba. Pero que el afán de protagonismo llevase al productor a hacerse una foto en mitad del patatal con una azada en la mano y un pañuelo de picos en la cabeza para promocionar su marca, le parecía una ignominia. ¿Y qué menos que poder desahogarse soltando alguna pulla malintencionada delante de

todo el mundo? Con eso nadie se llamaba a engaño y, a la vez, él expulsaba sus demonios con el consentimiento del jefe, que demostraba así su bonhomía. Ése era el pacto no escrito, nadie quedaba en mal lugar. Pero el éxito de la campaña y su culminación en la fiesta lo debía haber ensoberbecido de tal modo que había perdido por completo su escaso sentido del humor y por el contrario había sacado afuera el español trascendente y malcarado que llevaba dentro.

En la Plaza de Cibeles confluían riadas de coches procedentes de las anchas vías que venían a desembocar en ella desde los cuatro puntos cardinales, líneas de faros encendidos que se desplazaban como bandas de luces zigzagueando en la oscuridad de la noche. Gabriel levantó los ojos en busca del cielo y las estrellas, pero la luminiscencia de la ciudad las ocultaba. Desengañado, abrió los brazos con desánimo y suspiró. Un poco más adelante, en la Gran Vía, sí había bares, pero no iba a cambiar de trago: seguiría con el *champagne*. Cuestión de veteranía.

Bien, y ahora ¿qué? ¿Le repudiaría mañana mismo el productor? ¿Se le habría pasado el enfado? Acodado en la barra de Chicote volvió a ensimismarse. En la calle de atrás estaba el Cock, donde probablemente encontraría a alguien del mundillo e incluso cabía la posibilidad de ligar, o de flirtear al menos. El Chicote estaba medio vacío. La elección se hallaba entre dar curso a sus pensamientos mientras bebía poco a poco su copa o adentrarse en el vocerío tumultuoso del otro local, donde no había espacio para la meditación. Miró alrededor: no conocía a nadie y los que se sentaban allí charlaban entre sí; ellos por un lado y él, el solitario de la barra, por el otro. Pero le daba pereza cambiar de lugar.

¿Qué era lo que estaba sucediendo en el mundo? Gabriel no se atrevía a pronunciarse. Lo que le desorientaba era que nada parecía estar en su lugar, que mientras él estuvo ocupado en sus cosas y confiando en su entorno alguien había venido y lo había revuelto todo. El mundo, la vida, el orden natural de las cosas según le habían enseñado, estaba patas arriba y el medio donde él había aprendido a desenvolverse no le identificaba. Se sentía como si lo hubieran vestido con su más rancia ropa de bachillerato y metido de esa guisa en una fiesta de sociedad donde no lo reconocían ni los señores ni los criados y por la que pululaba preguntándose quién lo había llevado hasta allí y por qué. Lo peor de todo era la inseguridad, la incertidumbre, la zozobra de no saber qué suelo pisaba, ni si era suelo o pura descomposición incierta de materia orgánica o puro desecho informe. Gabriel se había criado en la seguridad que daba la pertenencia a una sociedad cerrada, autárquica, provinciana, carente de imaginación pero que, a fin de cuentas, no dejaba de moverse en un terreno conocido; también en la seguridad de una clase media tradicional cuyos hilos, por mucha que fuera la capacidad de superación y rebeldía de sus hijos, se comportaban como la urdimbre por la que pasaba la trama de un tejido de eficiente resistencia. Gabriel pensaba así en su padre, un fantasma al final del camino, y en su hijo al comienzo de la vida y la visión le producía una

severa desazón. Él estaba en medio de ambos, entre la vida y la muerte, y debería ser, justamente por ello, la referencia, el centro, el nervio central de una historia inmortal y no era más que un hombre asustado, lejos de su padre y de su hijo, perdido en un desierto donde caminaba de día alrededor de sí mismo y pernoctaba en un refugio del que no se atrevía a alejarse por miedo a perderse, a perder lo poco que amaba, un padre moribundo y un hijo que se aproximaba a la adolescencia. Porque, ciertamente, nada más de este mundo pertenecía a su corazón.

Un grupo de jóvenes de ambos sexos, que jugaban entre ellos a tocarse y empujarse, tomó asiento cerca de él y las risas y bromas le desconcentraron. Miró su copa vacía e hizo una seña al camarero para que le sirviera otra, pero al mismo tiempo le pidió la cuenta. Se le hacía duro regresar a casa y, sin embargo, se obligaba a volver. Pensó también en la imagen que ofrecería a aquella pandilla un tipo solitario apurando imperturbable una copa más en la barra de un bar de la Gran Vía. Pero ellos no advirtieron siquiera su presencia, ocupados en intercambiar risas, bromas y roces intencionados: estaban en la flor de la vida.

Perfecto Alumbre se pirraba por la farándula. Desde chico, allá en su pueblo manchego, había sentido pasión por las estrellas de la pantalla y soñado con ellas. Su esposa, que era una mujer dotada de un muy sabio sentido común, no sólo había aceptado la existencia a tiempo parcial, siempre y cuando se guardaran las debidas distancias, de una secretaria cariñosa, costumbre extendida en la España mojigata, sino que tampoco se oponía frontalmente al trato de los hombres con mujeres públicas, a las que consideraba, junto con los hijos, la más segura salvaguarda de su matrimonio y de su patrimonio. Por esta razón era razonablemente feliz, hacía una vida moderadamente independiente y tenía todos sus caprichos cubiertos gracias a la mala conciencia de su marido. La última noticia recibida de él, la idea de meterse en el mundo del negocio cinematográfico, la había puesto en alerta porque una lagarta del mundo del espectáculo no era lo mismo que una lagarta del mundo de la oficina. Con todo, confiaba en su astucia y en su intuición para mantenerlo a raya. Sí, porque Perfecto Alumbre no era dueño de sus emociones cuando se trataba de estrellas de cine. De manera que doña Milagros empezó a interesarse por todo el asunto de la producción de películas, inquirió al productor acerca del reparto, se timó con el galán elegido para protagonista sin otra intención que la de alegrarse la vista y dar envidia a las amigas y, en fin, solicitó su parte en el negocio. Alumbre, acostumbrado a lidiar con su señora, que según contaba a sus amigos era un Miura, la dejó hacer siempre y cuando no interfiriera en sus planes de aproximación al firmamento femenino. Y ella, coherente con su actitud, le dio carrete pensando que las estrellitas no son, al fin y al cabo, más que flor de un día.

Entre las personas que ella conoció estaba un guionista maduro y con aspecto de buena persona llamado Gabriel Cuneo. Le llamó la atención porque era un espécimen distinto a todos los que rondaban por los negocios de su marido. No era un hombre guapo, pero sí atractivo; con su aire melancólico y el pelo que blanqueaba en las sienes le recordaba a su propio padre, un hombre tranquilo, a cobijo de la matriarca, que trabajaba de sol a sol para traer el sustento a casa. El tal Cuneo tenía un aspecto más bohemio y era hombre de ciudad, pero doña Milagros le cogió cariño intuyendo que con toda su masculinidad era un hombre sensible y bien dispuesto. Dos veces lo invitó a comer a su casa junto con el productor de la película y en ambas admiró su buena educación, que contrastaba con la de los otros dos; porque, así como en lo tocante a las buenas formas a su Perfecto no se le había ido el pelo de la dehesa, y poco que le importaba, ella, doña Milagros, con su astucia y su capacidad de observación, había ido tomando nota de las normas de la

buena educación, lo cual le reportó muchos beneficios; sobre todo, evitó que le ocurriera lo que a las mujeres de otros hombres hechos a sí mismos como su marido, los cuales, cuando consiguieron entrar en sociedad, comprendieron que sus mujeres, amas de casa sin gracia, conversación ni modales, no eran la compañía adecuada en aquel medio al que tan costosamente habían accedido y se las quitaron de en medio casándose al cabo del tiempo con unas señoritas de compañía veinte años más jóvenes y artísticamente mundanas. Después, en un raptó de perspicacia, empezó a llamarse Mila. Doña Milagros había llegado a la conclusión de que estaban tan hartos de las nuevas esposas como de sus anteriores mujeres, pero las nuevas aportaban la cama y el brillo mundano; fuera de eso, sólo salían del gimnasio para ponerse en manos de la *esthéticienne* y de ésta a la sesión diaria de Pilates y de ésta a las tiendas de la milla de oro del comercio de Madrid y de éstas a cualquier evento de moda en la ciudad. También eran maestras en el arte de dar fiestas, que era donde más disfrutaban sus hombres ejerciendo de anfitriones y donde mejor podían lucir su estatus de nuevos ricos reconocidos y aceptados por la clase dominante tras pasar por las refinadas manos de estas elegantes, coquetas y glamurosas *geishas* nacionales.

Perfecto Alumbre sabía que con su mujer estaba a salvo de cualquier tentación de perder la cabeza. El pacto entre ambos funcionaba perfectamente y, en el fondo de su alma, también sabía que confianza como la suya no se la daría ninguna otra mujer. Si, sobre ello, le permitía sus escauceos, ¿qué más podía desear? Además, era la madre de sus hijos.

Alumbre era un hombre que se consideraba a sí mismo dinámico y que entendía por dinamismo tanto la falta de escrúpulos como la liquidación sin contemplaciones del adversario. Ferviente partidario de la supervivencia del más fuerte en seguida clasificó a Cuneo de perdedor nato y sólo el respeto que como profesional le profesaba el productor hizo que lo admitiera en su casa. Eso y la simpatía que había visto que despertaba en su mujer. Pero nunca temió que fuera a llegar a ninguna clase de intimidad con ella porque él, que se preciaba de calar a los hombres al primer vistazo, intuyó en dos minutos que aquella simpatía tenía más que ver con un sentimiento de protección que con cualquier clase de erotismo más o menos velada. De manera que prestó escasa atención a aquel frente, pues además se dio cuenta de que el guionista, a pesar de llevarse bien con las mujeres de la farándula, nunca sería un buen compañero de correrías, que era lo único que le importaba. Lo cual le hizo aproximarse más al productor, que estaba al acecho y que no tardó en presentarle a Mario Pescador. Ambos se hacían un buen servicio complementario sirviendo al mismo señor y cerraban el círculo en torno a su dinero. Perfecto Alumbre no era idiota, no tenía un pelo de tonto para estos lances, y lo aceptó sabiendo que era el precio del peaje. Ya se encargaría él de poner a cada uno en su sitio en cuanto tuvieran en su poder las llaves de aquel reino aún

desconocido. Se jugaba una timba de alto voltaje y eso era algo que los excitaba a los tres. Como hubiera dicho doña Milagros: «Dios los cría y ellos se juntan».

Perfecto se ocupaba personalmente de sus negocios. Contaba con colaboradores que se dividían en dos clases: la gente de su calaña, de los que no se fiaba un pelo, pero a los que sometía a control recabando para sí todas las decisiones finales, cualesquiera que fuesen, porque prefería la lentitud al exceso de eficacia, y la gente de su propio entorno, es decir, el lugar de donde procedía, una población manchega de dos mil habitantes; estos últimos eran gente que había estado a su lado desde el principio y entre los que el lazo de vecindad era tan fuerte como el de una fratría. De estos últimos, había colocado a cada uno en una rama del negocio y mantenía con ellos una suerte de *omertà* castellana. En el negocio inmobiliario, en cambio, concedía importantes responsabilidades a su cuñado, un hermano de doña Milagros agraciado con cualidades semejantes a las de ella, pero situado un escalón más abajo en el grado de confianza; todo el conjunto de sus negocios tenía un punto rancio y otro sospechoso. Doña Milagros era quien se había ocupado de la educación de los dos hijos viendo que su padre blandecía con ellos y les consentía en exceso, por más que luego, en flagrante contradicción, les recordase de continuo quién era él y de dónde había salido y les reprochase que no dieran un palo al agua. Ella entendió en seguida cómo había que proceder: se hizo con las señas de un psicólogo social especializado en educar, estimular y meter en vereda a hijos irresponsables de gente bien y consiguió no sólo que aprobaran el bachillerato, viajaran al extranjero a aprender inglés e incluso que uno de ellos entrara en la universidad a estudiar Ciencias Económicas, sino que poco a poco el menor empezara a meter la nariz en los negocios más presentables de su padre y el mayor ampliara estudios con un máster de Dirección de Empresas. Su padre, hecho a la antigua, recelaba más de este último, por sus estudios, que del menor, que se había decidido por meter las manos en la masa sin andarse con tonterías de titulaciones. Ésa era la opinión del padre. Por esa misma razón, la madre supo en seguida que al mayor había que abrirle camino lejos del negocio familiar y ahí se empleó a fondo para que, mientras se curtía en trabajos asalariados de diez y doce horas diarias, Perfecto fuera haciéndose a la idea de que tendría que abrir la bolsa y darle al hijo mayor la opción de montar su propio negocio cuando llegara el momento.

Así estaban las cosas el día de la fiesta que sirvió para el lanzamiento de la película que los reunía a todos. Una película de la que sólo existía un esbozo detallado de la historia, encargado a Gabriel. El productor no quiso saber nada del desarrollo en firme del guión hasta que tuvieran elegido al actor principal, para poder reservarse todos los cambios que considerara pertinentes. A partir de ahí, confiaba en su olfato y en el trabajo de Gabriel y de un guionista de cine, específicamente de cine, que había sido finalmente el elegido para colaborar con Gabriel porque éste nunca hasta entonces se había enfrentado a un guión para la

gran pantalla. Perfecto, a pesar de ser totalmente ajeno al medio, se preguntaba por qué demonios no se empezaba la película a la semana de elegir al protagonista para aprovechar tanto aparato mediático. ¿Qué ocurriría si Gabriel Cuneo, que seguía pareciéndole un dubitativo, alargaba la escritura del guión? «Tranquilo –le había contestado el productor–. Yo le he visto trabajar y es una máquina cuando se pone. Y si no, tenemos al guionista de cine-cine.» De todos modos, hasta el mismo Gabriel Cuneo pensaba que había un serio error de cálculo en el *timing* previsto.

El día de la fiesta coincidieron todos; el productor se marchó furioso ante la actitud retadora de Gabriel; Mario Pescador empezó a temerse que Alumbre desconfiara, lo que daría al traste con sus planes de sacar tajada de los aledaños del negocio; Gabriel quedó confundido y temiendo represalias; Isabel y el sociólogo disfrutaron de la amplitud de su estatus que les permitía codearse lo mismo con el Poder que con el *glamour* del dinero y la bohemia artística; y Perfecto Alumbre conoció a Isabel Pérez y cayó fulminado de admiración por ella. Porque allí estaba, bajo la seducción de la noche primaveral y en el marco de la fiesta más excitante de la temporada, la mujer con la que siempre había soñado.

A la mañana siguiente de la fiesta, desvanecido el esplendor, evaporados los efluvios del *champagne* y vueltos a la realidad laboral, Gabriel y su productor se encontraban sentados frente a frente, con una imponente mesa de despacho de caoba de por medio, mesa que situaba a cada uno en su lugar: al productor elevado sobre un amplio y confortable sillón de cuero y a Gabriel recogido en una simple butaca de brazos. De la actitud de ambos, el productor *agitato*, el escritor *ma non troppo*, se deducía que estaban enfrascados en una conversación que afectaba seriamente a sus intereses.

–De modo y manera –estaba diciendo el productor– que disponéis de un mes para terminar el guión. No hay excusa, no hay falta de tiempo, no hay enfermedad contraída por grave que sea, no hay asunto humano o divino que pueda ser causa del menor retraso. El plazo es un mes, si te parece bien como si no.

–¿Y si me planto y me largo? –pensaba Gabriel.

–Puede que tengas la tentación de largarte y dejarlo todo plantado, no creas que no te conozco. A la gente bohemia y artística como tú, en seguida se le ocurre esa salida estúpida, que no es más que una fuga vergonzosa propia de criaturas malcriadas, de esas que, en cuanto encuentran el menor obstáculo a sus caprichos, se meten debajo de la cama a esperar que papá venga a sacarlas con caramelos y mimos, pero a mí no me la das y, además, no soy tu padre, así que despídete del plan.

–*Mi pobre padre jamás tuvo que ir a buscarme debajo de la cama y si llegara a tener que hacerlo, que ya lo evitaba yo, me habría sacado a tirones para darme después una buena tunda* –pensó Gabriel.

–En todo el tiempo que llevamos trabajando tú y yo jamás te he faltado al respeto, pero sí he tenido que estar encima de ti con toda la paciencia del mundo por mil razones que no voy a enumerar ahora y en especial para que te ciñeras a lo que se te pedía; pues bien, ahora esas contemplaciones se han acabado, ahora voy a estar tan encima de ti, dale que te pego, que te voy a acompañar hasta el retrete a mear para que no pierdas un minuto.

–*Y este maricón, que ha debido de probar per angostam viam a la mitad del casting y luego al modelo, al que habrá que empezar por enseñarle a vocalizar, pretenderá que por la centésima parte del dinero que se va a gastar con el guaperas corriendo mundo, me encierre yo a trabajar en una casa aislada en mitad del campo, como ha visto hacer en las películas que tratan de guionistas americanos* –pensaba Gabriel.

–Si tu casa no te inspira, os dejo la mía en la sierra, que será lo mejor, para que

no podáis distraeros, solos los dos sin nada que hacer ni pensar en otra cosa que no sea terminar el puto guión. Sólo hay que ponerlo en el papel; está ya hecho el previo y tu compañero y tú os vais a entender a la perfección, sólo hay que ponerle ganas, sólo hay que responder como verdaderos profesionales. Éste es el negocio. Así es la industria. Una competición de ganadores.

–Y encima tendré que darle las gracias por no haberme echado después de un desplante como el de anoche en la fiesta. Total: un comentario con la mala leche justa y muy por debajo de lo que todo el mundo piensa, pero nadie dice –rumiaba Gabriel.

–Yo sé que eres bueno, que eres el mejor. Anda y que te den por saco. Es tu personaje, lo conoces mejor que nadie, puedes hacer maravillas con él, vas a sacar lo mejor de ti. ¿Será falso el tío? ¿Será posible que le esté aguantando esta babosada sin vomitar? Pues sí, es posible, y todo por el maldito parné. Yo te respeto, tú lo sabes, nunca te he coartado, te he dado a ganar buen dinero, no me cabreo cuando me das cortes como el de anoche delante de todo el mundo. ¿Qué más quieres? ¿Qué te la chupe? Sí, hombre, lo que me faltaba... Anda, vete; vete y no me provoques más; vete y ponte al ordenador como si fuera la tía que más te gusta, tíratelo, sácale humo, hazlo pedazos, pero termina en plazo. Un mes. Sólo un mes. Es lo último que te pido.

Gabriel alzó ambas manos para indicar que se rendía, se levantó de la butaca, puso una convencional cara de dignidad herida, dio media vuelta y salió por la puerta mientras el productor se repantingaba en su sillón muy satisfecho, saboreando los matices de su arenga.

Dos noches después, Gabriel abandonó exhausto el teclado del ordenador, despidió a su coguionista, salió a la calle, donde salvo ellos dos todo el mundo había disfrutado de un día templado de primavera que el viento había ido aclarando poco a poco, y sintió el aire limpio y el frescor de la noche filtrándose por las copas verdes de los árboles. El anochecer era dulce, casi mimoso; las calles, acogedoras; la gente caminaba distendida. El paseo lo llevó hasta la parada del autobús 21 en el Paseo de Rosales a las nueve en punto. Era la hora a la que se había citado con María después de un cúmulo de indecisiones que acabaron concretándose en un plan para cenar por el barrio de Argüelles.

Al cabo del rato llegó María y nada más verla bajar del autobús Gabriel presintió que algo iba mal. Antes, incluso, de que ella llegara, mientras paseaba ocioso por delante del quiosco de bebidas de la rotonda, se había preguntado qué era lo que lo empujaba a fijar esa cita con ella. Era una intención a cuyo cumplimiento no había podido sustraerse, sin saber bien de dónde venía el empeño, sospechando que su interés en la muchacha tenía un punto por igual difuso y morboso. Desde que la abordó a la salida del colegio, María se había mostrado siempre más bien retraída, y aunque por fin aceptó dócilmente salir con él, lo hizo de una manera un tanto forzada, como si careciera de voluntad o fuera un acto de fatalidad. Esta actitud enfriaba considerablemente a Gabriel que, sin embargo, era sensible a los modestos encantos de la chica. Ella hablaba poco, a la espera de que él le marcara el camino, sin animarse nunca a tomar la iniciativa en la conversación. Echaron a andar por el Paseo, sin prisa, tratando él de encontrar el tono y la voz que le hicieran merecer su confianza y caminando ella con paso vacilante y un tanto a la defensiva. Poco a poco, Gabriel fue ganando cercanía y ella empezó a abrirse y, a medida que lo hacía, aún con reservas, iba mostrando un encanto fresco e ingenuo que a él le dolió.

Le dolió porque sabía que tanto la cita como su interés carecían de futuro. Y sabía también que la actitud de ella era producto del miedo, del miedo a ser herida; de ahí el punto de desvalimiento que él había captado nada más verla bajar del autobús. Pero un deseo insensato le empujaba a seguir adelante contra sus presentimientos, un deseo que emparentaba con la búsqueda de los límites, la atracción de la frontera, semejante a la actitud del niño que fuerza y pone a prueba las marcas que han de irle abriendo al conocimiento de una manera empírica, sólo que ahora era un adulto y en su deseo latían también una malicia propia del adulto y la atracción del abismo. En todo caso, se aliviaba pensando que nunca sería algo que diera pie a un acontecimiento trascendente o a un trastazo de imprevisibles

consecuencias sino, todo lo más, a una aventura frustrada. Mas no por eso un inquietante vacío culpable dejaba de hacerse notar en su interior. Un vacío que se compadecía muy mal con la preciosa noche que los acogía.

Estuvieron paseando arriba y abajo porque al estar de pie el encuentro no dejaba de tener un aire provisional, lo cual parecía dejar flotando la idea de que quizá, finalmente, la cita no pasaría de ahí. Y de pronto a ambos, como si un viento que atravesara unas hojas de terciopelo los alcanzase, les invadió la sensación de que preferían continuar juntos.

Gabriel tenía su casa en el barrio de Argüelles, el barrio que frecuentó cuando era estudiante universitario en los años setenta y al que regresó cuando Isabel y él decidieron tener un hijo. De las deliciosas y concurridas tascas de los viejos tiempos apenas quedaba alguna. La Zamorana, Casa Ananías y tantas otras habían desaparecido o se habían transformado, pero aun así, llevado por la nostalgia, la tomó del brazo, caminaron hasta Moncloa y subieron por Fernando el Católico hasta llegar a Casa Ricardo. Allí tuvieron que aguardar en la barra a que se desalojara alguna de sus típicas mesas de mármol cubiertas con mantel de cuadros mientras disfrutaban de un picadillo de morcilla con piñones para entretener la espera. Con la caminata, el encuentro entre ambos se había aclarado y se veía a María más animada, más confiada. Gabriel no quería abordar el asunto del niño atropellado si ella no lo sacaba, pero era evidente que el recuerdo flotaba entre ambos. No fue sino cuando ya estuvieron sentados, servido el vino y ante sendos legendarios entrecots al ajillo, que María hizo una mención que abrió la puerta a las preguntas de Gabriel.

La muerte del niño se convirtió en una pesada carga para María, tanto más pesada cuando fueron pasando los días. Cada mañana, al traspasar la puerta del colegio, ella sentía el vacío del niño atropellado, las miradas del resto de sus compañeros en la clase como un reverbero de asombro permanente, una pregunta muda acerca de lo incomprensible de la muerte temprana; percibía el sentimiento de compasión que emanaba del resto de los profesores hacia ella y se ahogaba en su propio sentimiento de pena entre los muros del edificio. Nadie la instó a abandonar, incluso le ofrecieron una excedencia de un mes, pero ella comprendió que no podía seguir adelante y pidió la baja.

María compartía un piso con otra amiga, un piso pequeño por el barrio de Ventas, un dormitorio para cada una; salón, cocina y baño compartidos. Era licenciada en Filosofía y se había emancipado a los veintiséis años de la sofocante casa familiar. Su padre era funcionario de Renfe y la madre ama de casa; era un hogar al viejo estilo, donde habían quedado sus dos hermanos, chico y chica, aún en edad de estudiar. No era la típica muchacha rebelde, explicó a Gabriel, su independencia se debía a la necesidad de tomar aire y fue una decisión muy difícil, pero no reprochaba a sus padres su manera de ser. La diferencia era un problema

mental y biológico a la vez. Mental porque la distancia entre su experiencia de la vida y la de sus padres sólo se salvaba a través de una conciencia atávica; biológico porque a pesar de su educación tradicional, su demanda de felicidad la arrastraba en pos de emociones tan diferentes que la convivencia se hacía imposible entre ellos.

Gabriel, en el círculo que trazaba alrededor de ella, descubrió otra línea de dependencia: los dos hermanos pequeños. María era una criatura atada sentimentalmente al entorno familiar, de modo que cada domingo cumplía con el almuerzo en la casa paterna como si se tratara de una ceremonia inexcusable. Había nacido en el año 1975, por lo que la diferencia de edad con Gabriel era generacional, y sin embargo, a él esa dependencia le recordaba más bien a su propia juventud. Su modo de comportarse era apacible y estaba seguro de que sería una profesora más atenta a integrar que a regañar, pero decidida, aunque ante él se mostraba entre turbada y sumisa. Sin embargo, el brillo que poco a poco se fue manifestando en sus ojos a medida que transcurría la cena le hizo intuir que, finalmente, sí era hija de su tiempo, que su actitud era una máscara defensiva, que no iba a abrirse hasta que estuviera segura de que sus modos de ser, sus diferencias generacionales en definitiva, no chocaban necesariamente.

Al término de la cena, mucho más relajados ambos, se entretuvieron un rato sobre la acera de la calle para negociar la manera de continuar la cita, pues ahora él sí estaba seguro de que ella se encontraba a gusto en su compañía. Al final optaron por volver sobre sus pasos en busca del coche de Gabriel, que había quedado aparcado en el Paseo de Rosales. Durante todo el camino, ligero y cuesta abajo, Gabriel la cogió de la mano y se sintió libre de todo complejo y toda culpa, complejo y culpa que insistentemente lo habían acechado cada vez que pensaba en los veinte años que los separaban. Se preguntaba por qué aquella gazmoñería. Al fin y al cabo bajo su aspecto de muchacha tímida, María era una mujer adulta. Ni se estaba aprovechando de ella ni la había buscado con ánimo perverso: pero lo que sí sabía y no podía obviar, y quizá de ahí vinieran sus reservas para consigo mismo, era que contaba con que el peso de la culpa, el previsible bajo estado de sus defensas y la necesidad de confiarse a alguien le allanaran el camino. En cierto modo, había cierto ventajismo en su acercamiento a ella y era la conciencia de que lo hacía en un momento en el que su superioridad era evidente.

¿Tanto la deseaba? María era una joven que aparentaba menos edad de la que tenía, no destacaba por su belleza, aunque sus rasgos regulares, su rostro de expresión franca y un cuerpo juvenil eran puntos a su favor. En contra tenía su gusto en el vestir, un tanto inexpresivo. No pasaría del metro sesenta, se movía con gracia a pesar de que, acaso por la reciente depresión, se mostraba algo encogida, como si temiese ser sorprendida y reprimida por su descuido constantemente. Caminando al lado de él, siempre de la mano desde que salieron del restaurante, se la veía ya suelta y entretenida con la conversación. Cuando llegaron al automóvil,

Gabriel le propuso ir a tomar una copa y a bailar en un local que conocía en la Glorieta de Santa Bárbara.

Pero Gabriel se sentía inseguro. Hasta ese momento todo había ido bien. El paso siguiente que él deseaba, el de llevarla a su casa, parecía más complicado, quizá debería dejarlo para otra ocasión en vez de precipitar las cosas. Ella sentía confianza, sin duda, mas todavía era un sentimiento recién nacido y se hacía necesario cuidarlo y acunarlo antes de entregarse a él. El salto de la empatía al encuentro de los cuerpos desnudos se le representaba muy brusco y, por lo mismo, imprevisible. No deseaba romper el hilo delicadamente tendido entre ambos por causa de un movimiento equivocado. Él no era un hombre inexperto, pero de nuevo la diferencia de edad le retenía.

Bailaron y a la primera copa siguió una segunda. Gabriel continuaba sin decidirse y ella se comportaba con simpatía, aunque sin un solo gesto que alentara la esperanza que Gabriel había puesto inicialmente en la cita. Lo que debería seguir al paso por el local, después de que el baile, la conversación y las copas los acercara más, era evidente y por eso él, al no percibir señal alguna de respuesta a sus vagos tanteos dedicados a incitarla, a descubrir intenciones coincidentes, seguía sumido en la inseguridad. Al final optó por abandonar el local, acompañarla a su casa y regresar a la suya esperando que, al menos, el avance conseguido con esta salida se consolidase un poco más adelante, si antes no se retiraba él, presa de la inseguridad y con la conciencia de que a su edad ya no estaba a la altura de las circunstancias.

Cuando llegaron a su casa, aparcó justo frente al portal con el deseo de ganar unos minutos más; luego salió a despedirla con un beso en la mejilla y fue entonces cuando María, con una dulce sonrisa, le preguntó si no quería subir. Y una vez arriba, avanzaron cautelosamente hacia su habitación para no despertar a su compañera de piso y ella se le entregó con entera naturalidad.

Al escritor de novela negra le gustaba vivir peligrosamente porque lo consideraba parte de su oficio. A tal efecto, solía rondar por bares nocturnos que le parecían especialmente sórdidos, unas veces por las calles que se perdían a ambos lados de la Gran Vía –Desengaño, Ballesta, Valverde, la Corredera–, otras por la zona de Sol –Carretas, Espoz y Mina, Echegaray–, es decir, las que tenían más literatura encima pero que, aparte de los trapicheos habituales, eran tan inocuas como aparentes. Justo Paleta gustaba de ambientar en ellas algún capítulo de sus novelas y a tal efecto se dejaba el hígado consumiendo alcohol de garrafa con espumosos. Llamaba espumosos a las bebidas carbónicas con las que se montaba los pelotazos de ginebra y hablaba la jerga que le parecía más auténtica.

–¿Qué va a ser?

–Ponme otro cacharro y cobra también lo de aquí la señorita –contestaba.

Otras veces, cuando estaba por el *gimlet* o el mojito, se acercaba por los antros de Malasaña y Tribunal. En general salía todas las noches y presumía de aguante. Sólo se quedaba en casa los lunes, que era el día depresivo.

Pero a su rubia, de la que hasta el momento sólo había conseguido promesas y efusiones más o menos cariñosas, no se animaba a llevarla por tales lugares porque no las tenía todas consigo. Una rubia de esa calidad no se veía por tales andurriales. El escritor de novela negra no se achicaba, pero no veía necesario mostrar semejante mercancía a los ojos codiciosos del hampa madrileña. En cambio, concurría con ella a bares de postín, en parte por su propia tranquilidad y en parte para impresionarla.

Una noche en que se encontraban cenando en el ambigú del Palace, ella le preguntó, obsequiándole con una de sus enloquecedoras sonrisas:

–Oye ¿tú conoces a un periodista que se llama Mario Pescador?

–Por supuesto, de toda la vida –presumió Justo.

–Ay, pues a ver si me lo presentas, que me apetece conocerlo.

Mario Pescador y Justo Paleta habían hecho juntos el bachillerato en el mismo colegio madrileño. Nunca intimaron. De hecho, sólo se conocían de vista y de tropezarse alguna vez jugando al fútbol en los recreos, pero cuando el uno empezó a destacar como periodista y columnista y el otro publicaba sus primeras novelas, comenzaron a coincidir en actos sociales y decidieron que la fraternidad colegial bien merecía un reconocimiento y apoyo mutuos. En privado, cada uno consideraba al otro un personaje perfectamente prescindible; en público se halagaban con la cordialidad hipócrita propia del oficio. La pretensión de la rubia puso sobre aviso al escritor de novela negra. ¿Qué sabía ella de Pescador? ¿Por qué se interesaba en

él? Había oído las últimas noticias acerca de una oscura inmersión de Pescador, coincidiendo con su ascenso profesional, en el turbio mundo del sexo duro; quizá habladurías o mero exhibicionismo, pero habían despertado en Paleta una atenta curiosidad, reticente también y, por qué no decirlo, un tanto morbosa. Así que al minuto de manifestar la rubia su deseo de conocerlo, el escritor sintió en su carne el aguijón de los celos. Lo que se ventilaba a partir de ese momento era su propio prestigio. Paleta había mantenido a la rubia lejos del territorio de caza mediático y literario por el puro instinto de conservación, sabedor por experiencia propia del hambre de carne fresca que la manada experimentaba de continuo y la insaciabilidad de su apetito. Así pues se venía deslizando por la noche de Madrid con la deseable rubia, esquivando todo contacto y sin percatarse de que la estaba ahogando en una especie de tierra de nadie. La petición de la muchacha era el primer aviso de que la etapa de ocultación y dominio privado se acercaba a su fin porque el deseo de ella de encontrar un escenario adecuado donde lucir su encanto era de todo punto incontenible. La conclusión obvia, y desoladora, con la que se enfrentaba desde el momento fatídico en que mencionó a Mario Pescador era que él no la satisfacía como para hacerla sólo suya; y, para más escarnio, ni siquiera se la había tirado aún.

Llegado a semejante situación de agobio, decidió hablar con su viejo amigo Gabriel Cuneo. Lo cierto es que no sabía lo que buscaba con ese gesto, si era consuelo o simple comprensión o una solución que sabía que no existía. O quizá sólo buscaba un miserable desahogo antes de afrontar lo inevitable. O acaso una falsa dosis de entereza para reconocer los hechos. Cuneo, que no estaba para sutilezas en aquel momento, le habló con llaneza y conciencia histórica.

—Mira, Paleta —empezó a decir Gabriel—, todo esto comienza desde muy atrás, exactamente desde que tú y yo éramos dos cinéfilos felices. El cine era nuestro alimento espiritual, él nos dotaba de mitología, de esperanza, de sueños, de capacidad de observación y análisis. Godard dijo una vez que un *travelling* era una cuestión de moral y habíamos visto a Buster Keaton inventar el *travelling* en *El cameraman*. ¿Quién iba a sacudir nuestras defensas asentadas en semejantes convicciones? Más adelante, cada uno siguió su camino; yo me dediqué a ser redactor, guionista, publicitario, chico para todo... en fin, lo que ahora se llama pomposamente «creador de contenidos». Tú, en cambio, te dedicaste a escribir novelas de género con las que has alcanzado, en ese circuito de público cautivo, una merecida fama que no te llegaría para vivir si no fuera porque tu familia te dejó bien provisto. Pero la huella del cine negro americano está en todas tus obras.

Paleta le interrumpió, visiblemente molesto:

—Oye, que yo he venido a hablar contigo de mi rubia, no a que hagas un panegírico de nuestro pasado.

—Ay, gatito ciego, no me extraña que no te enteres de lo que te tienes que enterar.

Todo cuanto te digo viene a cuento de tu situación actual. Tú, hijo mío, sigues viviendo en un sueño servido por la fábrica de sueños. Estás tan metido en tu mundo de ficción que no eres capaz de comprender cuál es tu relación con la realidad. Esa rubia, por ejemplo. ¿Quién es esa rubia? ¿Qué es esa rubia? ¿Un sueño? ¿Una realidad? Tú dirás: una realidad; y yo te contestaré: un sueño. Oh, sí, ya sé que es real, pero pregúntate qué es lo que temes al presentársela a Pescador: que él se la beneficie de inmediato ¿no es verdad? Pescador va a ir directo a cogerle una teta mientras le susurra emociones diabólicas a la oreja; en cambio, tú ¿le has tocado una teta? No. No y te diré por qué: porque temes que el sueño se desvanezca, que tu rubia anhelada, que ahora es real, se convierta en un fantasma que huye de ti. ¿Y por qué iba a huir, me pregunto yo? Porque tú la espantas con tu indecisión, con tu miedo. Es como si se tratara de una muñeca de porcelana que no te atreves a coger con las manos porque temes que se te caiga al suelo y se haga añicos ¡calzonazos!

El escritor de novela negra tragó saliva.

–En esta vida, Paleta, hay que arriesgarse a perderlo todo para ganarlo todo. Hasta ahora te ha ido muy bien sublimando tus emociones y tus deseos con la novela negra. Esos personajes retorcidos, esos malvados sin escrúpulos, esa policía brutal, esos jueces corruptos... y esas rubias fatales. Y de pronto, a la vuelta de la esquina, en la barra de un bar, tomando un *gimlet*, vas y te encuentras a la rubia fatal de tus novelas que te mira sentada en lo alto de su taburete enseñando muslo. Desde entonces no vives, Paleta, no vives. Todas las mujeres que te hayas tirado eran mujeres de carne y hueso y has ido dejándolas de lado sin el menor asomo de mala conciencia. Mira: yo acabo de empezar a salir con una chavala, una profesora, que conquisté en dos patadas por el método de «aquí te pillo, aquí te mato». Si me hubiera comportado como un indeciso pensando: ¿Me arrimo a ella? ¿Estará dispuesta? ¿Y si no lo está? ¿Y si seguimos saliendo a ver qué pasa...? En fin que, comportándome así, aún estaría esperando; en vez de eso, tomé la iniciativa y le agarré la teta; me podría haber soltado una bofetada, pero no le di ni tiempo. No es que yo quiera hacerme ahora el atrevido sino hacerte ver a ti que no se vive de sueños, que el cine se está acabando, que la sala oscura y compartida ya sólo la comparten cuatro nostálgicos, que no hay *glamour* sino realidad, que no quedan ni acomodadores en las salas, que no hay rubias fatales sino unas niñas recién salidas del colegio para ir al *casting*. Los detectives no existirían si hubiesen tenido el miedo a perder que tú tienes.

–Tampoco Spade se las tiraba a todas –protestó débilmente Paleta.

Cuneo empezaba a sentir la conciencia cosquilleándole en el estómago y continuó huyendo hacia delante para calmarla. Se empezaba a sentir un falsario por ponerse como ejemplo, pero esos ejemplos personales –se decía– son los más convincentes entre amigos. Mucho mejor que una sesión de teórica. Y continuó:

–Lo que yo te digo es: baja a tierra; mira a tu rubia hasta que te parezca una mujer sin más, no una diosa; entonces, con decisión y arrojo, fornícatala, aunque no sé si ése es el verbo correcto, y luego, ya con el cigarrito que se echa todo detective que se precie después del acto, se la presentas a Mario Pescador. Ah, y no te olvides de dejar en la mesilla el tabaco y el mechero porque abandonar la cama para salir a buscarlos al salón queda mucho peor. La puesta en escena es algo que hay que cuidar siempre –terminó diciendo Gabriel, muy satisfecho.

Antón Patriarca tenía los años contados. Su afición al alcohol lo mantenía en un estado permanente de lúcida flotación que no había mermado ni su conocimiento de la vida ni su buen carácter, pero tenía los años contados, en opinión de Gabriel Cuneo. Antón seguía obsesionado con la idea de que un matón lo persiguió la noche en que pilló a Isabel Pérez en el Copacabana con el abogado Perea intercambiando información. ¿En qué embrollo estarían metidos esos dos? O tres, porque el sociólogo estaba fuera, esperando, camuflado en su coche. Lo de la persecución cada vez le parecía más improbable, pero de la conjura de los tres... de eso sí que estaba bien seguro. Antón había visto correr la vida desde su despacho en el Ministerio y creía saberlo todo respecto a la mediocridad, el enchufismo, la mezquindad y la conspiración. Su memoria no se había quemado aún y podía reproducir al detalle asuntos que iban de la villanía y la prepotencia a lo grotesco y el esperpento; sin embargo, era un hombre confidencial y poco dispuesto a la delación, lo cual no fue óbice para que advirtiese a su amigo y protegido Gabriel Cuneo de lo que había visto aquella noche en el Copacabana.

Cuneo era, en su opinión, un verso suelto, lo mismo que él, con la diferencia de que Cuneo rimaba a trompicones con la vida porque nunca caminaba en línea recta ni acompasaba sus pasos al paso del tiempo. Cuando salió de la universidad en el 68, Antón no era más que un licenciado en Periodismo cuyo primer trabajo profesional, de haberlo tenido entonces, debería haber sido un reportaje sobre el Mayo francés. Por el contrario, Cuneo apenas si había tenido una clara idea de los años finales del franquismo porque su primera conciencia de que existía una oposición al régimen coincidió con la muerte del almirante Carrero Blanco. Hasta entonces había sido un anodino alumno-masa de la Universidad Complutense de Madrid. De hecho, Antón lo conoció en los bares de Argüelles justo al día siguiente del atentado, cuando los dos se encontraron juntos en la acera contemplando el paso de un automóvil que hacía sonar escandalosamente la bocina mientras de una ventanilla emergía, sacando medio cuerpo fuera, un fulano vestido de negro con correa, guantes y un brazo alzado de manera desafiante en la posición del saludo fascista.

Así pues, eran amigos de antiguo; habían compartido disgustos, francachelas, paseos y conocimiento. La aparición de Isabel en la vida de Gabriel no mermó la amistad. A él le gustó Isabel en un principio, antes del nacimiento de Martín, porque era una chica desenvuelta, divertida y bastante libre de prejuicios. Con el nacimiento de Martín empezaron los cambios, como si así hubiera adquirido un nuevo estatus, ahora de mujer firme, muy interesada en figurar y un tanto

codiciosa. Esto no lo vio Gabriel pero sí Antón. Isabel se había convertido en la señora de y empezado a acaparar poder y posición para el futuro; al cabo del tiempo, Gabriel, que no quería dar más de sí de lo que buenamente era, se le empezó a quedar rezagado respecto de sus ambiciones. De manera que la aparición del sociólogo, un sedicente intelectual, profesor de universidad, cercano al poder y con recursos económicos, se produjo en el momento adecuado y, de la noche a la mañana, Gabriel se encontró despojado de esposa e hijo, en el piso matrimonial porque ella se lo dejaba y pagando una pensión mensual para la manutención y estudios de Martín. Ella no quiso que vendieran el piso común, que seguía siendo de los dos, y se lo cedió graciosamente con la condición de desocuparlo si algún día llegara a necesitarlo. Antón hubiera vendido y vivido de la mitad que le correspondiese devolviendo la otra mitad a su legítima propietaria, pero Gabriel no quería la guerra y accedió a las condiciones que ella le impuso, sobre todo para no encontrarse con trabas a la hora de ver al chico.

Antón fue recelando de Isabel a medida que ésta se convertía en una mujer tan guapa como ambiciosa. Era elegante, ahora vestía con verdadero gusto; era guapa aunque a él no le entusiasmase su nariz curva, que le daba aspecto de ave de presa; tenía un tipo estupendo a sus cuarenta y pico años y, sobre todo, tenía éxito social. A ojos de Antón, la distancia entre ella y Gabriel se había hecho estratosférica y por eso observaba con temor que Gabriel no la hubiera olvidado del todo, que quizá la echaba de menos, lo cual era una peligrosa señal de que el infeliz guionista no tenía plena conciencia del cambio habido en ella; Antón habría aprobado que aún la deseara físicamente porque, ya puestos, él la abordaría también si hubiera chance; pero la otra parte, la añoranza personal, era un espacio insalvable que sólo anunciaba frustración para su amigo.

Al abrigo de estos pensamientos se le ocurrió a Antón hacer una visita al abogado Perea. Conocía al triquiñuelas de haber coincidido en la noche madrileña, pues era un tipo afecto al copeo y a intimar con señoritas de pago. Tenía su cuartel general en el Domville, un bar de clientela pudiente del barrio de Chamartín donde uno podía encontrar compañía femenina de alto nivel a cualquier hora del día aunque las más concurridas eran las de la noche y –cosa que siempre le causó desconcierto a Gabriel– la de la siesta; por lo visto, ejecutivos de la zona solían ir a echar un polvo rápido después de almorzar y antes de volver a la oficina. Para ello se utilizaban unos pisos discretos de los alrededores.

Perea no daba el tipo de maduro finolis ni de nuevo rico; al contrario: no podía evitar, por su tono de piel cetrino, su calvicie y su mediana estatura, que pareciera un oficinista con ínfulas de señorito. Jugaba a las cartas, y con no poca fortuna, sobre todo al póker. Parecía tener una tendencia irreprimible a buscar clientela en ambientes turbios o quizá procediera de ellos y ese fuera su elemento natural. Su vida anterior era un misterio. Así como nadie se fiaba de él, todos sabían

perfectamente de su habilidad para manejarse en los juzgados y, en su profesión, tenía fama de cumplir sus acuerdos. Nunca había dejado a un cliente tirado ni se había pasado a la parte contraria; cuando tomaba un asunto entre sus manos, llegaba hasta el final. Ésa era su fama y su garantía y la razón por la que siempre estaba tan solicitado. Era rumboso, lo cual pudo apreciarlo Antón en más de una ocasión; pero, a la vez, era un tacaño. Rumboso a la hora de dejarse ver; tacaño a la hora del gasto cotidiano. En los juicios procedía con cautela sibilina, agudeza y facilidad de palabra, que empleaba con precisión y un tono de voz ligeramente chillón.

Antón, picado de curiosidad, se acercó un par de noches al Domville y no lo encontró. Estuvo esperando y acabó por dejarlo porque le resultaba incómodo estar bebiendo solo en la barra y teniendo que rechazar amablemente la compañía de las chicas. No era la clase de locales que él solía frecuentar, de modo que pronto desistió pensando que si alguna noche le sorprendía cerca del local no dejaría de asomarse. Y quiso la suerte que una noche en el Copacabana, mientras escuchaba a la Canal Street Jazz Band, un conjunto de músicos españoles entregados al *dixieland* con entusiasmo, se encontrase al abogado triquiñuelas muy animado y con ganas de pegar la hebra.

Mario Pescador, el productor y el guapo protagonista se reunieron en una cafetería de la calle Goya para analizar la situación. Según información del coguionista, Gabriel estaba haciendo todo lo que podía para torpedear la visión que del personaje tenía el productor.

–Yo lo entiendo –dijo el coguionista–. Es su personaje y no quiere apartarse de él. Pero ahora estamos trabajando sobre la película y él sigue con mentalidad de serie, además de no aceptar los cambios fijados para el protagonista. La verdad: yo lo respeto como profesional, pero me está resultando un agobio trabajar con él.

Mario Pescador, con su desparpajo habitual de cronista de sociedad, dijo que, en su opinión, Cuneo era un terco pagado de sí mismo, incapaz de aceptar la realidad de las condiciones de trabajo; que él ya le había puesto sobre aviso ante la película y que, al parecer, hacía caso omiso de sus consejos; que siempre sería un problema por pertenecer a esa clase de pseudointelectuales patéticamente aferrados a una dignidad de adolescentes y que sólo iba a pasar por el aro cuando comprobara de manera fehaciente que se estaba jugando las lentejas.

El productor, animado por tales palabras, propuso pagarle y apartarle del guión.

–Lo que yo me estoy jugando –dijo– no es para andarse con paños calientes. Yo aprecio a Gabriel, es un hombre que tiene ideas, es trabajador... al menos cuando le aprietas, pero tiene la mala costumbre de considerar que su trabajo es sólo suyo, que una película o una serie le pertenece, que los demás somos unos comparsas que estamos a lo que él quiera porque para eso es el autor.

–Esa palabra, autor, es la clave –dijo Pescador.

–Todos estos creativos tienen el pavo subido –continuó el productor–, se creen de otra clase o yo qué sé. Y los hay a patadas, de manera que nadie es insustituible. Ni siquiera yo soy insustituible. Pero yo lo acepto; lo acepto y me pongo las pilas. Éste –dijo refiriéndose a Cuneo– no; éste va de señorito por la vida.

El guapo escuchaba beatíficamente.

El productor siguió desahogándose un rato ante la paciente comprensión de Mario Pescador. El tiempo se estaba echando encima, insistía el productor, y el otro asentía con la cabeza mientras daba vueltas al puro entre sus gruesos labios. Y todo el montaje publicitario –seguía diciendo el productor– estaba apoyado en un *timing* intocable. Su director de *marketing* le apremiaba cada día. El cronista de sociedad y destacado columnista manifestaba su inquietud respecto al disparo de partida, que corría de su cuenta a la vez que daba a entender que él bien quisiera mas no disponía de la autoridad suficiente para apretar a los dos guionistas. Esa correa de transmisión se había convertido, por la presión de la fecha fijada para empezar a

rodar, en una cadena a la que la fricción diaria estaba ya sacando chispas, amenazando con desprenderse del eje de rodamiento y hacer saltar la maquinaria por los aires.

Llegados a este punto de excitación, el cronista pareció serenarse repentinamente y propuso entrar él mismo en la preparación del guión.

–Sólo como asesor –precisó–. Pero si me incrusto ahí, estoy seguro de que entre el coguionista y yo podemos meter en vereda a Cuneo. Dos contra uno. Total, yo no te voy a pedir una pasta flora por mi trabajo y en todo caso te va a compensar por la seguridad de saber que tendrás tu guión el día previsto. Yo tengo un peso moral sobre Cuneo diferente del tuyo –prosiguió al atisbar en el gesto del productor que su propuesta hacía mella en él–, y Gabriel no tendrá fuerzas para abarcar un frente de batalla tan amplio porque le conozco y sé que su punto de desánimo está por debajo del nuestro. Es terco, pero no posee nuestra resistencia.

El guapo contempló a Pescador con manifiesto interés y luego se volvió al productor haciendo un gesto de asentimiento. El productor, envalentonado, le cogió de la mano. Luego la soltó para apuntar al cronista con el dedo índice.

–Está bien, acepto. Ahora nos ponemos de acuerdo en lo tuyo. Pero tienes que prometerme que no te va a temblar el pulso a la hora de meterlo en vereda.

–Descuida –respondió el otro–, a mí no me tiembla el pulso ni ante el cañón de una pistola. Ah, y conste que te estoy sacando de un apuro –comentó sonriente.

–Lo sé, lo sé. Tú cumple y no te arrepentirás –dijo el productor con una mezcla de firmeza y advertencia.

El guapo le dirigió una mirada de admiración.

Gabriel apartó los ojos de la pantalla de su ordenador y miró a su hijo. Martín estaba concentrado en el viejo ordenador portátil de su padre, abstraído de todo cuanto le rodeaba. Le miraba con admiración y ternura, secretamente complacido por su habilidad ante el teclado, por la confiada seguridad con que se desplazaba en aquella nueva dimensión del espacio y el tiempo. Trató de imaginar por un momento el mundo que le esperaba y sintió vértigo. Luego sintió vértigo por sí mismo. La vida no estaba siendo amable con él en los últimos meses. Desde el día de la gran nevada un mal fario parecía haberse ido cebando en él, rodeándolo, y el último capítulo, por ahora, del sitio al que lo estaba sometiendo, fue la grave advertencia recibida acerca de su trabajo en el guión, un trabajo que ya odiaba, una historia que había dejado de interesarle. La tensa distancia que se establecía entre su desinterés y la prisa con que lo atosigaban se hizo tan insoportable que al final cedió, soltó la cuerda con la secreta esperanza de que restallara en el rostro del productor y abandonó. Lo cual le devolvió a su casa, a la lectura en lo positivo y a una especie de relajación envenenada en lo negativo de la que sólo se animó al salir en busca de Martín, cuando Isabel le telefoneó para pedirle que se quedara con el niño desde mediados de semana porque el sociólogo estaba fuera acompañando al presidente del Banco Castellano de Negocios en gira por tierras americanas y ella bastante tenía con dejar al pequeño al cuidado de la *nanny* y atender un ajetreado fin de semana que él supuso de fiesta en fiesta; pero estaba encantado con la oportunidad de pasar cuatro días con su hijo. También le divirtió pensar en esa palabra, *nanny*, que ellos jamás usaron en su matrimonio. En realidad era la *nanny* de Gonzalito pues, aunque Martín, a sus doce años, era todavía un chico infantil, ya empezaba a apuntar principios de responsabilidad. No solía comentar casi nada acerca de su vida en casa de su madre salvo el relato de hechos banales y Gabriel entendía su reserva, aunque hubiese preferido saber algo acerca de los sentimientos del chico hacia su padrastro, su hermanastro y la vida de casa en general; pero el chico no hablaba de ellos y sí, por ejemplo, del colegio, del que contaba anécdotas y sucesos variados. A la pregunta: –¿Qué tal en casa? le sucedía un lacónico: –Bien, del que Gabriel no sabía qué deducir, pero la renuencia a hablar con alguna extensión del asunto no le daba buena espina y se preguntaba cómo podría romper el semimutismo del chico, no por curiosidad malsana sino por saber si estaba a gusto o le causaba alguna clase de sufrimiento. ¿Quién sabe lo que se está formando en la mente de un chaval de su edad en lo que respecta a la afectividad, por ejemplo? Sin embargo se cuidaba mucho de interrogarle. No daba con la estrategia, pero la presión y la insistencia le parecían del todo inadecuadas. Sólo

insistía en establecer una naturalidad en la relación, tratando de interesarse por sus cosas, por ejemplo, con la esperanza de conseguir poco a poco un clima de confianza que le hiciera abrirse al fin. Sin embargo, en ocasiones no lograba frenar su curiosidad y entonces veía cómo el chico le contestaba no de mala gana, pero sí reteniendo información por el sistema de dar a entender que no le apetecía hablar mucho sobre el asunto. Pero el chico era muy cariñoso con él y entre ellos existía una afectividad expresa de ida y vuelta.

El curso de su pensamiento cambió repentinamente de dirección y se volvió hacia sí mismo. ¿Qué planes tenía para sí aquel que con inquietud se preocupaba por el futuro y la educación de su hijo querido? Ninguno en realidad, su mente estaba en blanco al respecto, alimentando su inacción. Gabriel vivía al día, de manera que cuando se acabase el dinero que había conseguido sacarle al productor a cambio de abandonar la escritura del guión de la película y regalarle su personaje, tendría que descubrir un nuevo modo de recargar su cuenta bancaria. No le importaba que se le hubieran cerrado las puertas de aquel productor porque era un perfecto imbécil. Existían otros, sólo tendría que hablar con ellos y presentar proyectos y esperar, como siempre había ocurrido. Ahora que se había descargado del fardo, lamentaba haberse puesto en manos de un tipo semejante, todos los productores tenían sus defectos, pero por lo general eran más tratables y, sobre todo, no eran unos maricones atravesados como él; Dios le librara de pensar mal de la sensibilidad homosexual, pero aquel tipo, que cuando te miraba con el ojo maléfico porque consideraba que le estabas quitando algo suyo era una verdadera arpía, formaba parte de la clase de enfermos de egocentrismo que carecen de toda moral.

Y si no, siempre podría volver a acercarse al periodismo, que tampoco había abandonado del todo con sus colaboraciones en algunos medios; o puede que intentara escribir una novela, una novela de entretenimiento sin más aspiración que contar una buena historia, cautivar al público y vender muchos miles de ejemplares. Gabriel era un serio lector, amaba la buena literatura y se sabía incapaz de escribir obras maestras, ése era un muro contra el que no pensaba estrellarse, pero estaba acostumbrado a desarrollar historias que atraían a la gente, como ocurría con todos sus trabajos de guionista de televisión, y aunque casi siempre –de hecho, siempre, excepto en *El amo de su casa*– había trabajado con otros colegas, se sentía perfectamente capaz de salir adelante por sí mismo.

Pero había algo más que lo reconcomía a veces, por las noches, antes de coger el sueño, y era la necesidad de entender el camino por el que el mundo al cual pertenecía como simple ser humano se dirigía al futuro; y esa necesidad traía consigo una zozobra que a veces lo desvelaba y en el desvelo alimentaba sus miedos, los miedos de toda la vida, los que quizá a su modo estuviera incubando ahora mismo Martín; y de los que él, por supuesto, ni sabía ni sabría nada porque

los niños son secretos. Los miedos se despertaban aprovechando la oscuridad de la vigilia y él no podía evitarlos, eran la parte dolorosa de una mala noche. Después se dormía y tenía sueños agitados que a la mañana siguiente no conseguía recordar porque se desvanecían con la luz. Entonces solía preguntarse por el sentido de las cosas, de la vida, de los actos más comunes, con la sensación de estar desnudo y a la intemperie. La noche inquieta, mala amiga en el lecho.

Unos días antes había encontrado y bajado un vídeo –en realidad no era un vídeo sino una foto fija que se mantenía durante la lectura de un poema y en la que se veía a Caitlin MacNamara apoyando su rostro en el hombro de Dylan Thomas– en el que se escuchaba la voz del poeta declamando *And death shall have no dominion*. Lo recitaba con una voz decidida cuyo sonido percutía con intensa emoción en cada verso a lo largo de una cadencia que sonaba como un martillo batiendo un metal noble y con la misma convicción con la que debieron de recitar los antiguos bardos galeses. La tenía guardada en su colección de favoritos. La buscó y pulsó el ratón para escucharla una vez más y la voz del poeta sonó en la habitación como una luminosa invocación y quedó prendido de ella y la repitió otra vez, conmovido, hasta que giró la cabeza hacia donde se encontraba su hijo y lo halló vuelto hacia él, mudo y serio y con los ojos brillantes, y cuando se hizo el silencio de nuevo, Martín dijo:

–Papá ¿ese señor es un rey?

Y Gabriel contestó, con la voz velada por una emoción repentina:

–Sí, Martín, es el rey de los poetas.

Mila tardó escasos minutos en descubrir a su rival. Su olfato, en lo referente a la vida emocional de su marido, era semejante al de un weimaraner siguiendo el rastro de un venado. Hasta ese momento no había sentido preocupación alguna por las mujeres por las que se interesaba porque todas eran del mismo corte: llamativas y con una escandalosa falta de clase; y, sobre todo, no se sentía afectada porque ninguna de ellas, incluida su secretaria particular, representaba una amenaza para la estabilidad de su sociedad matrimonial. Pero esta vez se echaba de ver que había un cambio sustancial en la rutina del flirteo. Sin que nada en Perfecto Alumbre sugiriera un interés distinto que su habitual mirada de aprecio por el conjunto de las mujeres bellamente engalanadas que poblaban la selecta recepción, Mila no pudo dejar de reconocer, apenas intercambiaron el debido saludo de cortesía, el profundo impacto que Isabel Pérez de Laus causaba en su marido. Fue como una conmoción que, teniendo su epicentro en él, sacudió toda la estructura mental y física de ella, creando un espacio de atracción en torno, del que sólo pudo sacudirse cuando un solícito Gabriel Cuneo, que se encontraba allí en calidad de invitado residual de los anfitriones, tomó la audaz decisión de alejar a Mila de la onda expansiva de aquel contacto eléctrico con el pretexto de compartir una copa de *champagne*. Mila se dejó llevar sólo para reponerse de la impresión recibida, pues su intención era, sin duda ni traba, la de acudir de inmediato en defensa de la fortaleza cuyas puertas tan confiadamente abría Perfecto; pero la información meramente casual deslizada a su oído por Gabriel de que él era el primer marido de Isabel Pérez la decidió a continuar a su lado por el momento.

Así fue como pudo enterarse de la vida y milagros de aquella mujer tan peligrosamente atractiva. Esa tarde, Isabel lucía un traje de seda negro de escote amplio, ceñido a la cintura, y falda justo por encima de la rodilla; un traje que destacaba por la serena elegancia con que realizaba su esbelta figura. El mismo Gabriel Cuneo había sentido una punta de celos al verla desenvolverse tan fácilmente entre los invitados, como si el suyo fuera un trato aprendido desde la infancia, lo que le constaba que no era así. El cambio experimentado por Isabel era en verdad extraordinario a sus ojos, que la habían conocido y amado siendo una muchacha universitaria de clase media y, eso debía reconocerlo, muy voluntariosa a la hora de perseguir sus ilusiones. De aquella jovencita desenvuelta, animosa y, justo es decirlo, ligera e ingenuamente provocativa, a esta refinada mujer de mundo existía una distancia recorrida con tal decisión y fluidez que de ninguna manera podría ser tildada de arribista, pues, aunque lo fuera, había trepado escalón por escalón con una soltura que nadie que no estuviera movido por la envidia se

atrevería a reprochar. Gabriel lo reconocía con algún resquemor, posiblemente motivado por la conciencia de pérdida que aún anidaba en su interior, mas no por ello dejaba de reconocer con admiración al personaje que ella había acabado por construir. Y en tanto hablaba de ella con Mila, tampoco pudo ocultarse a sí mismo el hecho de que aún la deseaba ni la impotencia con que lo comprendía. Actitud que, por otra parte, no dejó de advertir una mujer tan avezada en los asuntos de la vida como la esposa de Perfecto Alumbre. Así pues, Mila le hizo hablar y hablar y al término de la conversación lo dejó abandonado a su suerte y asumió que iba a tener que medirse con una formidable rival.

Perfecto Alumbre no cabía en sí de gozo. El melifluo productor que había echado a Gabriel con cajas destempladas se había convertido en el introductor de Isabel y ella no desaprovechó la ocasión para referirse a él ante Perfecto como el hombre que había dejado en la calle a Gabriel, lo que provocó una situación de extrema incomodidad entre los tres que se saldó con el productor escurriendo el bulto. A su modo, Isabel era leal, pero, además, el productor le desagradaba mucho como persona. Perfecto, deseando congraciarse, le hizo ver que él tenía en su mano la posibilidad de readmitir a Gabriel Cuneo en la producción de la película, proposición que no halló eco en ella, como mujer inteligente que era. A partir de ahí, él la estuvo rondando cuanto pudo, sin perder la compostura, ante la presencia discreta pero constante de su propia esposa, la cual mantuvo una distancia impecable entre la concesión y la advertencia hasta el momento en que pudo recuperarlo y llevárselo de vuelta al hogar.

Isabel había acudido sola a la recepción. Gonzalo estaba de viaje con el presidente del Banco porque pertenecía a su círculo de confianza. No era la primera vez que acudía sola, o acompañada por un *chevalier servant*, a una fiesta. Sin llegar a ser una frívola, porque tenía la suficiente cabeza para no serlo aunque a veces disfrutara pareciéndolo, le costaba dejar de acudir a encuentros sociales como aquél. En ellos brillaba por costumbre, se sentía a gusto, admirada y apreciada; era un mundo muy distinto al que había vivido con Gabriel, donde la amistad y el compañerismo tenían otro son y otro acompañamiento, pero éste le resultaba mucho más excitante. La experiencia le había enseñado que el esplendor no estaba tanto en las actitudes como en las apariencias, pues siendo éstas más interesadas, las otras carecían del brillo y el color de todas las cosas sofisticadas y deseables.

Gabriel iba por su segundo whisky cuando se decidió a acercarse a Isabel, que le acogió con su mejor sonrisa.

–Tengo que reconocer, Isabel, que estás deslumbrante esta noche –le dijo a guisa de saludo caballeroso.

–A ti, en cambio, te encuentro un poquito desastrado, si no te importa que te lo diga. A quién se le ocurre venir a una fiesta como ésta con esa pinta de *gentleman farmer*.

–Llevo corbata –protestó Gabriel.

–No es suficiente, querido, no es suficiente. La verdad es que deberías cuidarte un poco. No digo que no vistas como te dé la gana, pero cuando se viene a un sitio como éste conviene no dar el cante.

–No soy el único –dijo Gabriel echando una mirada alrededor.

–¿Qué tal te va? Me he enterado de que tu productor te ha dejado caer. Le he metido una pulla delante de Alumbre, que es el que pone el dinero, y se ha achicado.

–Vaya, gracias –dijo Gabriel sorprendido.

–Es lo menos que podía hacer por ti. No me cae bien ese tipo. Pero tú te has quedado colgado de la brocha ¿no?

–Me atrevería a decir que sí.

–Pues espabílate, que tienes un hijo.

–Gracias por recordármelo –contestó Gabriel. El comentario le escoció y sintió deseos de hacerle daño. Era un golpe bajo innecesario; se preguntó si disfrutaba haciéndole daño de esa manera. Ella lo advirtió.

–Lo siento –dijo–. No quería ofenderte.

–Tampoco yo me he acercado para que me ofendieras –respondió él–, pero así es la vida.

–Anda, no te enfades y dame un beso.

–No, gracias, no quiero dar envidia a todos estos caballeros. Por cierto, tengo entendido que tu marido y tú os tratáis con un abogado un tanto peculiar, un tal Perea.

–Lo cual no creo que te importe –dijo ella con un gesto de advertencia en la mirada.

–A mí no, pero vuestras relaciones me interesan por Martín. No quiero que reciba ningún mal ejemplo –dijo Gabriel con intención.

–Te lo consiento –dijo ella fríamente– porque te tocaba devolvérmela, pero no vuelvas por otra, no te conviene nada.

Antón Patriarca y el abogado Perea continuaban tratándose de usted al término de la primera copa; *scotch* con soda para Antón y cubalibre de Havana Club para Perea. Ambos dedicaron un buen rato a recordar de qué se conocían y en ese tiempo Antón temió ser descubierto, pero, al parecer, Perea no se debió de fijar en él aquella noche en que cambió un sobre con Isabel Pérez de Laus. Lo cual quería decir también que ningún matón lo persiguió y golpeó y que, simplemente, él escapó más borracho de lo que suponía huyendo de la mirada de Isabel. O puede que ninguno de los tres, pues incluía al sociólogo, le pusiera los ojos encima y fuera su propia bruma alcohólica la que lo confundió y lo obligó a emprender la huida.

Los dos se enredaron en una conversación animada por el alcohol, una conversación que tenía visos de no acabar nunca, cuando quiso la casualidad, aliada con la impericia de Antón, que éste mencionase a Isabel Pérez. En un primer momento, el abogado no cayó en la identidad de la persona mencionada, hasta que, de repente, sus ojos mostraron el reflejo de un brillo de astucia. ¿Acaso se refería a la mujer de un prominente personaje apellidado De Laus? Antón afirmó vehementemente con la cabeza y se lanzó a una vertiginosa escalada de adjetivos laudatorios de la mujer que no engañaron a Perea. Éste, con paciencia y habilidad, fue acorralando a Antón hasta que terminó por confesar que, en realidad, él no conocía a Laus más que de oídas, pero que la mujer había estado casada anteriormente con un íntimo amigo suyo. Antón era hombre agudo y precavido salvo en estado de embriaguez, porque entonces se convertía en una persona de bondad ejemplar y de ilimitado afecto por la Humanidad en general; aunque nunca perdía del todo la cabeza a menos que apurase esa copa que le pasaba al otro lado de la realidad. No era éste el caso, por lo que empezó a preocuparse por haber dado tanta información a Perea sin obtener nada a cambio y, para no estropear más las cosas y pensando en que el abogado quizá indagase con Laus, ya tenía decidido salir del local cuanto antes cuando, para su sorpresa, descubrió que Perea había dejado de interesarse en su relación con Isabel y Gabriel.

Así que a la siguiente copa empezó a adular a Perea interesándose por su labor profesional, dándole a entender que suponía que era un hombre que estaba metido en muchos fregados, manifestando una sincera admiración por su experiencia, haciéndole ver con un guiño cómplice que parecía ser un hombre dispuesto a todo... y el otro no fue capaz de resistirse al halago. Mencionó con la debida reserva algunas operaciones exitosas, dio a entender que manejaba toda clase de influencias e incluso le ofreció su ayuda si alguna vez se encontraba en un apuro de

cualquier índole porque, subrayó, él no desdeñaba ninguna clase de trabajo y siempre bajo la más rigurosa confidencialidad.

Y ¿había quedado contenta Isabel Pérez?

–Disculpe, amigo, yo nunca he trabajado para Isabel Pérez. ¿De dónde saca usted esa idea? –preguntó Perea con suspicacia.

Antón pensó que había vuelto a meter la pata, pero la cosa ya no tenía remedio.

–Perdone usted, amigo, me había parecido entender...

–Lo único que yo le pregunté a usted es si esa persona era la esposa de Gonzalo de Laus. ¿O no lo recuerda?

Antón se apresuró a contestar que lo recordaba divinamente, que se había hecho un lío y, como estaban hablando de sus casos, pensó que había intervenido en alguno en relación con esa señora.

–Pero usted ¿conoce o no conoce al señor De Laus?

Antón negó taxativamente:

–Es más, no lo he visto en mi vida.

–Pues nadie lo diría, viendo cómo se interesa usted por él –replicó el abogado.

Antón se tomó un respiro. Lo cierto era que Perea había conseguido rodearlo un par de veces, llevarlo a su terreno y obligarlo a ponerse a la defensiva y dudaba si aquel movimiento envolvente era una táctica o simple producto de la casualidad.

–Porque su amigo, el que estuvo casado con esa señora –prosiguió Perea–, ¿a qué se dedica?

–¿Él? Bueno, es escritor, escribe guiones para la televisión, también en alguna revista, creo...

–Ah –el abogado se interesó de inmediato– ¿es periodista?

–Más bien lo era. Ahora escribe guiones, como ya le he dicho.

–Así que periodista... ¿de qué clase? ¿de información general? ¿columnista? ¿de alguna orientación política?

–No, no; *era* periodista. A veces escribe, es verdad, pero sobre cine, música, algún comentario social...

–¿Social o de sociedad?

–¿Por qué le interesa a usted tanto si no lo conoce de nada? –Antón pensó que acababa de recuperar la iniciativa con su pregunta.

El abogado sacó un puro canario de su carterita de puros y procedió a encenderlo con toda parsimonia.

–Estos canarios vienen ya cortados, lo cual es una ventaja. Son casi panetelas ¿le apetece a usted uno?

Antón negó con la cabeza.

–Me interesa su amigo –dijo entonces Perea– porque me interesan los periodistas. Son parte de mi negocio. Yo trato mucho con periodistas... con cierta clase de periodistas metidos en política, en sociedad, en el mundo de los negocios...

en fin, los que saben, los que verdaderamente tienen información. A veces les hago favores, a veces me los hacen a mí. Es bueno estar al día porque nunca se sabe.

Antón se preguntó si le estaba echando un lazo o hablando por hablar. Evidentemente, el tipo conseguía información privilegiada para sus chanchullos y vivía de eso. No era un abogado al uso sino una verdadera rata de alcantarilla. Y con toda evidencia, aquel sobre que pasó de sus manos a las del sociólogo era el cumplimiento de un encargo. ¿En qué estaría metido el sociólogo? ¿E Isabel? Porque Isabel era demasiado lista para no saber nada acerca de la procedencia del dinero en el que ahora se mecía. El sociólogo estaba muy cerca del presidente del Banco, una escalada que lo había colocado en la excelente posición que actualmente disfrutaba, pero debía de tener otros negocios, quién sabe si derivados de su cercanía; en todo caso, su posición tenía que procurarle unas relaciones muy jugosas porque aquel tren de vida... Pensó en Isabel y se reconoció que estaba más guapa y más interesante que nunca; un cambio espectacular; una mujer demasiado deseable y, por lo tanto, en peligro.

–Ya me gustaría a mí tener una mujer como ésa –confesó Antón, descubriéndose y comido por una oscura nostalgia de la mujer que contempló aquella noche.

–Todo es proponérselo –comentó Perea con una sonrisa aviesa.

La señorita María, sentada en su cama, apartó el libro que estaba leyendo –*El despertar*, de Kate Chopin– y suspiró. Se sentía demasiado cerca del personaje como para continuar. La historia de la independencia de la ensimismada y dubitativa Edna Pontellier, venida de otro tiempo y de otro lugar a la actualidad de su propia vida, la conmovía sin que acertara a saber por qué. Era una empatía ajena a toda reflexión, semejante a la sensación de coincidir en las curvas de vibración de una misma onda. Luego su pensamiento se desplazó hacia la figura de Gabriel Cuneo y allí se mantuvo indeciso, expectante, como si aguardara a que la vibración sentida antes le revelara la dimensión del sentimiento que la oprimía. Había vuelto a telefonarla y aún se preguntaba si el encuentro de ambos en su propio lecho, tan simple, tan sencillo, era una concesión o un deseo cumplido. Le había despedido con pena en la madrugada porque no quería que su compañera descubriese su aventura, aunque le apetecía retenerlo. En realidad no sabía lo que el encuentro había significado para ella, si un pronto inducido por la curiosidad y la exaltación del momento, o el primer paso hacia un algo más estable y deseable. La idea de relación la acongojaba porque temía sobre todo a su propia inseguridad, al desvalimiento emocional en que la muerte del niño la había dejado. No tenía otra explicación para su entrega al profesor que la acompañara en aquella excursión al parque, y en la entrega a Gabriel percibía la misma sintonía. Al menos, Gabriel provenía del exterior de su vida cotidiana, pero ambos coincidían en un mismo punto: el niño muerto. Las pocas veces en que se acostó con su colega le habían dejado un progresivo y amargo regusto de sordidez y algo de ello había quedado prendido en las sábanas de su lecho cuando lo compartió con Gabriel, aunque esta vez recibió una ternura que era ajena al otro, una trémula sensación de cariño que acogió con alivio y gratitud después del acto. Sin embargo, no conseguía deshacerse de una turbadora impaciencia que inmovilizaba su entendimiento, una desazón física y moral a la vez cuyo sentido se le escapaba y por eso mismo lo temía. Es pura inseguridad –pensó tratando de tranquilizarse–, pero el hormiguillo continuaba dentro, sin que su mente ni su cabeza pudieran distraerlo, ya que no expulsarlo. Él le había telefoneado para proponerle una nueva cita cuyo significado estaba escrito negro sobre blanco y ella iba a aceptarlo más como un destino al que se sentía incapaz de sustraerse que como un encuentro esperado, pensando que desde aquel día fatídico de la excursión al parque había extraviado su voluntad.

Pero también le apetecía volver a verlo, y por eso mismo descubrió que la duda tenía algo de placentero a su vez, que a cada día le sucedía otro y que algo tenía que suceder en su vida, algo que estaba fuera de su alcance, como tantas otras cosas con

las que había soñado desde que era niña, cuando volvía del colegio sin saber lo que le esperaba en su casa, donde el humor cambiante de cada fin de jornada la empujaba a empequeñecerse camino de la invisibilidad hasta el momento querido en que se metía bajo las sábanas en busca del sueño al que se entregaba poco a poco, disfrutando con todo el poder de la intimidad de su imaginación.

IV

Verano y cambios

Con la llegada del verano, Gabriel decidió pasar unas vacaciones junto al mar con su hijo. Seguía sin tener una perspectiva laboral clara y por esa razón debía cuidar su dinero ahorrado, el fondo de resistencia, pero también pesaban los doce años de Martín y eso significaba un cambio de modelo de vida para el chico, un cambio que merecía celebrarse. Ya el año anterior percibió las primeras señales cuando Martín, que espontáneamente le daba la mano cuando caminaban juntos, empezó a retirarla, sobre todo al recogerlo en el colegio, y entendió que la primera muestra de independencia había llegado. Lo lamentó entonces y ahora aún lo añoraba, pero era ley de vida. La perspectiva de un mes de julio mano a mano era una excelente oportunidad de empezar a explorar unas relaciones personales necesariamente cambiantes. La infancia quedaba atrás, pero no sentía excesiva nostalgia, sin duda porque en los últimos cinco años sólo había compartido con él cortos veranos y fines de semana y los siete primeros años, tan absorbentes, quedaban ya muy atrás.

Las vacaciones tienen algo mágico, una expectativa que se parece a la imagen del paraíso; y quizá lo sean porque, en realidad, recuerdan los tiempos felices de la infancia de cada uno, la vida al natural, lejos de los agobios ciudadanos escolares o laborales; es el tiempo de la aventura, la indisciplina, la falta de horario, la luz, la irresponsabilidad y el optimismo. Y al fondo del recuerdo, el paraíso perdido.

El paraíso, para mí, tuvo siempre la orilla del mar como referencia. Desde que tengo recuerdo, el mar es la alegría y no puedo apartarme de él, no puedo dejar pasar un año sin visitarlo en cualquier lugar, en cualquier costa. No era sólo el mar porque los días, largos de luz, daban para mucho entretenimiento, había excursiones a la montaña cercana, por el valle donde corría el río de agua limpia y guijarros pulidos, por las orillas henchidas de matorral bajo el pie de la arboleda que se reflejaba en los remansos, por los senderos por los que trepábamos hasta la cima de aquellas montañas atravesando el bosque con la audacia y el tesón de aventureros a la conquista del cielo, porque allá arriba no había nada entre el cielo y nosotros y allí merendábamos exhaustos y felices contemplando el mundo a nuestros pies. Pan y chocolate, pan y mortadela, con mantequilla, tan buenos como la rebanada de pan sobre la que mi madre ponía una capa de nata, extraída de la leche que nos llevaba el vaquero, con mermelada casera encima, cuando merendábamos en casa, después de la siesta y antes de echarnos a correr entre los maizales del lado de acá de las vías del tren o por las dunas del lado de allá, hacia el mar.

Gabriel inició la busca de una casa cerca del mar o, en el peor de los casos, un apartamento, confiando en que el mes de julio fuera mucho más favorable que el de

agosto, que es el favorito de los españoles, pero no lo tuvo fácil. En España se estaba viviendo una época de bonanza y el dinero corría fácil. La especulación inmobiliaria debía de estar haciendo hipermillonarios a gente como Perfecto Alumbre, pero de aquello se beneficiaban todos. Gabriel se preguntaba qué ocurriría cuando todos los españoles tuvieran primera y segunda vivienda en propiedad y no quedara nadie a quien colocarle un triste piso, idea que quizá diera para una comedia de situación de carácter apocalíptico; pero entre tanto, la vida parecía fácil para todo el mundo; menos para él, si no se apuraba a encontrar un proyecto para el próximo año. Por eso decidió buscar un rincón para veranear en un lugar de precio asequible y vida discreta; lo que no fue fácil, después de todo.

Mi padre había encontrado un segundo trabajo, a la salida del primero, como contable por horas en un negocio de ultramarinos cercano a su casa, así que yo sólo lo veía por las noches, y no todas, porque a veces regresaba demasiado tarde, y los fines de semana, en los que se dedicaba a pasear y escuchar música en un buen equipo de sonido que él mismo se había montado con material sacado de Electrónica Martínez a buen precio. Cuando él se sentaba en el comedor a oír música nos echaban a la calle para que pudiera dedicarse tranquilo a su pasatiempo favorito o bien nos encerraban en nuestro cuarto para que nos entretuviéramos con lo que pudiéramos, así que preferíamos casi siempre bajar a la calle, a una plaza cercana, porque entre las tres literas –dos en ángulo recto y la tercera en alto sobre una de ellas– y los juguetes y los trastos apenas si podíamos rebullir en el cuarto. La imagen de mi padre contento por su segundo trabajo la tengo unida a la noticia de que aquel año veranearíamos en una playa, aunque ahora domina la imagen sobre la noticia, quizá por lo que me cuesta soportar su decadencia y recordar la ilusión que inundó la casa con la mejora económica a cambio de que al hombre apenas le quedara tiempo durante los días de labor más que para echarse a dormir después de la cena.

La playa que Gabriel conoció durante los veranos boyantes de la familia era una playa levantina, una playa mediterránea de turismo floreciente. Cuando empezó la dispersión de los hijos, la vida de los padres se hizo más reposada, el interés por cambiar de aires durante el verano declinó y ellos se fueron acomodando a no salir de Madrid mientras Gabriel y sus hermanos se dispersaban por la geografía nacional con sus novias y sus amigos. De todos ellos, Gabriel fue el primero en cruzar la frontera y adentrarse en Europa. Las primeras elecciones democráticas lo encontraron en su penúltimo año de carrera (había perdido un año vagando por Francia y aprendiendo francés) y al año siguiente conoció a Isabel, que acababa de empezar Biológicas. Entonces fue cuando escapó con ella quince días de un verano de alta temperatura erótica pasados en una minúscula casa rústica, una suerte de cabaña sobre la ría de Pontevedra que le prestó un amigo gallego diez años mayor, al cual había conocido al comienzo de su carrera universitaria en las noches de

Argüelles y que se había convertido desde entonces en una especie de guía y consejero: Antón Patriarca. El encuentro con el Atlántico supuso un descubrimiento deslumbrante, aunque el deslumbramiento también tuviera cuerpo de mujer, del que ya no pudo sustraerse, hasta cinco años atrás. Desde entonces hizo del Cantábrico su mar, desplazándose por la costa y llegando hasta Saint-Jean-deLuz. Luego olvidó la cornisa cantábrica y se dedicó al interior.

Cuando pensaba en su padre, pensaba en sí mismo ante Martín y se juraba no olvidar lo que había sido su adolescencia. La infancia la recordaba como un mundo feliz y divertido donde la escasez y las carencias no habían hecho mella en su ánimo porque se recordaba querido. La dificultad comenzó en la adolescencia, cuando el enfrentamiento con el padre llegó a términos de verdadera dureza, tanto que, apenas encontró su primer trabajo, se independizó. Fueron años difíciles caracterizados por una lejanía de los padres y un afán de superación en pos de una situación económica que le permitiera casarse con Isabel, cuyos padres, de clase media, pero mucho más acomodada que la suya, le miraban como al ladrón que ronda su tesoro. El padre temía por él porque había luchado y sacrificado muchas cosas para conseguirle unos estudios universitarios y, de pronto, el hijo elegía una carrera menor, como era Periodismo, en vez de aspirar a una Ingeniería, o a Ciencias Económicas o, en el peor de los casos, Derecho. En realidad, ahora reconocía que su elección lo había sido por descarte: algo hay que hacer cuando nada te interesa y, al menos, el periodismo tenía algo de aventura y de movimiento. Pero, volviendo a la actualidad, pronto tendría que enfrentarse a la adolescencia de Martín, un Martín que ocupaba la mayor parte de su tiempo en otro hogar del que Gabriel no se fiaba. Lo que sobre todo rechazaba era la idea de imponer estudios al chico; sin embargo le atormentaba la idea de que Martín eligiera estudios menores, como él había hecho con su padre, porque, al fin y al cabo, los tiempos habían cambiado mucho y para encontrar un buen trabajo ahora se necesitaba una muy buena formación. En España, el dinero corría poco menos que por las calles, pero Gabriel desconfiaba de la repentina riqueza que parecía reinar en el país y desconfiaba porque creía que el país no había hecho gran cosa para merecerlo. Había cambiado mucho y para bien, estaba irreconocible, se respiraba otro aire y, sin embargo, todo había sucedido demasiado rápidamente, más aprisa de lo que la Historia tarda en bautizar los cambios.

La casa se encontraba en el pueblo y la playa estaba a quince minutos a pie, aunque no era una sola playa sino una serie de ellas de arena fina conectadas entre sí y separadas tan sólo por promontorios que avanzaban hasta el mar. El pueblo no tenía mucho entretenimiento, salvo el de pasear por la calle central, paralela a la carretera general, subir al castillete desde donde se divisaba la inmensidad del mar y los prados que llegaban hasta las colinas o pasear por el puerto hasta el faro. Como era el mes de julio tampoco había demasiado turismo. Gabriel comprendió que las

excursiones en coche por la zona iban a ser el principal atractivo de las tardes junto con la playa por las mañanas. Unos kilómetros más allá, siguiendo la costa, encontraron la desembocadura del río, que venía hasta el mar por un estrecho valle entre montañas, y le compró una caña de pescar a su hijo. Era una zona donde se podía comer bien a precios asequibles si uno sabía elegir, la materia prima era excelente, sobre todo el pescado, y en la cocina local no se andaban con refitolerías; el paisaje mostraba un verdor de los que arrebatan a la gente castellana, había bosques y espacios para la aventura que un par de agencias tan elementales que parecían improvisadas ofrecían a los veraneantes y, en fin, Gabriel confiaba en que Martín hiciera alguna amistad en la playa porque era un chaval bastante abierto. Y pronto descubrió Martín que la lluvia fina y las brumas acuosas que cubrían las cumbres de las montañas o la niebla que emanaba del río y se adentraba en las manchas de árboles que cubrían las laderas misteriosas resultaban tan atractivas como la playa al sol.

¿Qué debió de pasar por la cabeza de mi padre cuando me fui de casa y estuve tanto tiempo sin apenas dar cuenta de mi vida? Tanto tiempo, ilusiones y carencias sacrificadas para sacar adelante a los hijos para que apenas reunidas unas pesetas se olvidaran de tanto esfuerzo y volaran lejos. Al menos mis dos hermanos mantuvieron el contacto cuando salieron de casa, pero yo... yo quería hacerle daño, hacerle doblar la cerviz porque me sentía incomprendido y maltratado, porque él era incapaz de ponerse en mi lugar y yo, ahora lo lamento, aún más incapaz de soportar a quien lo ha dado todo por mí. A una intransigencia se oponía otra no menor, o quizá mayor porque yo era joven y él ya no tenía la energía con la que nos sacó adelante; sí la cerrazón en el trato, pero no la energía; y debió de ser muy amargo para él, para ese hombre que ahora no me reconocía en su estado senil. Entonces, al dejar correr estos pensamientos, me atormentaba pensando si no acabaría yo actuando igual con Martín, porque más de una vez me había descubierto levantándole la voz por cuestiones que, bien miradas, no eran sino minucias, pero minucias que a mí me afectaban como si cuestionasen mi autoridad. Y al mismo tiempo estaba obligado a ser exigente por su bien... Por su bien. Una expresión maldita, una expresión que yo aborrecía en labios de mi padre. Y su experiencia, la experiencia esgrimida como autoridad, de la que yo me reía diciendo que no era más que una cadena de errores. Sí, eso es la experiencia: una cadena de errores. ¿Y qué? El aprendizaje no se hace sólo a base de aciertos. Pero el dolor de saber que el tiempo no retrocede, que ahora ya no podía siquiera pedirle perdón, que estaría dispuesto a hacerlo aunque sólo fuera por hacerle feliz, por demostrarle que su sacrificio y su amor, por equivocados que estuvieran, no habían sido en vano...

Los dos tenían que ocuparse de la casa. La señora que venía por las mañanas sólo se encargaba de la limpieza y de hacer las camas. Todo lo demás: la compra, las

comidas, la ropa sucia... todo se lo repartían entre los dos; excepto la plancha, que también era cosa de la señora. Gabriel estaba orgulloso de sí mismo y de Martín, dos hombres a cargo de una casa. La casa era pequeña y rodeada por un jardinillo mal cercado. Disponían de dos dormitorios, un salón amueblado con mal gusto en el que habían instalado una televisión de alquiler, la cocina y un baño. Era su castillo. La luz alargaba los días que ambos disfrutaban con la segura conciencia de que eran sólo suyos. De hecho, estaban tan a gusto que Gabriel negoció el resto del mes, pues había pensado alternar con alguna ciudad costera, pero descubrió que no les hacía falta. Conducir por carreteras de montaña era divertido y todo alrededor era territorio de conquista. No tenía otra cosa más que hacer que estar con su hijo.

A veces, cuando proyectaban una excursión más larga, aprovechando que el día no estaba de playa, solían bajar al pueblo a desayunar en una terraza bajo los soportales. Allí Gabriel leía el periódico y Martín se entretenía con los juegos del teléfono móvil de su padre. Y fue leyendo el periódico como se enteró del escándalo del Banco Castellano de Negocios.

Al parecer, el presidente y los consejeros de su confianza habían estado utilizando dinero para comprar a periodistas de diversos medios de alcance nacional, un fondo de reptiles que funcionaba concediendo créditos que un par de meses después eran provisionados; y, sobre todo, habían estado desviando dinero hacia su propio bolsillo, bien autoconcediéndose créditos a sí mismos, a familiares o a personas interpuestas, bien aplicándose sueldos desproporcionados y blindando sus contratos por cantidades ofensivas. El periódico especulaba sobre la solvencia del Banco tras semejante rapiña, lo que ocasionó una alarma generalizada que se tradujo en colas para la retirada de fondos por parte de los clientes y obligó a intervenir al Gobierno para evitar el pánico. El presidente y los directivos responsables habían sido detenidos y se les habían retenido los pasaportes por orden del juez.

El pensamiento de Gabriel voló rápidamente hacia Gonzalo de Laus e Isabel. Ambos se encontraban fuera de España en aquel momento. ¿Estaría metido el maldito sociólogo en el asunto? Se le ocurrió de pronto que quizá, si eso era cierto, no regresase a España, aunque tal actitud supondría, en el caso de estar implicado, ser perseguido por la Interpol. ¿E Isabel? ¿Sería acaso testaferro de los manejos del sociólogo? Porque lo cierto era que éste pertenecía al círculo de confianza del presidente del Banco y Gabriel sabía que en los últimos tiempos el dinero entraba a espuestas en aquella casa. ¿Y si Isabel tampoco volvía? Miró con aprensión a Martín, resuelto a no dejarlo salir de España. Incluso pensó, en su repentina preocupación, consultar con un abogado, aunque luego se le ocurrió que ni había peligro de momento ni podía tomar ninguna iniciativa sin estar debidamente informado sobre la gigantesca estafa y sus consecuencias para la madre de Martín, en el caso de que las hubiera. Pero estaba seguro de que las habría, al menos en lo referente al maldito sociólogo.

La situación era tan inesperada como desconcertante y, sobre todo, caía como un meteorito en mitad de sus vacaciones. Él no iba a decir nada a Martín, por no preocuparle respecto de su madre y porque pensó que no iba a entender nada, salvo que se lo contase como un cuento: que su padrastro era un ladrón y lo meterían en la cárcel; y para eso, mejor callar. Pero el asunto era en verdad

frustrante: habían dispuesto de todo un semestre para levantar la estafa y justo habían tenido que hacerlo durante el mes en que le correspondía estar con Martín. ¿Acaso las fechas del veraneo tenían que ver con la decisión de sacar el delito (presunto delito, se corrigió por rutina) a la luz? Lo cierto es que en verano el ciudadano está más relajado, menos proclive a la indignación desatada; por otro lado, la resonancia de una noticia semejante es mucho mayor en estas fechas precisamente por la habitual falta de noticias. Por más vueltas que le daba no conseguía colocar la mente en un punto de apoyo desde el cual analizar lo poco que sabía de la situación. Pensó en telefonar a Isabel, pero no quería hacerlo con el niño delante, así que lo pospuso para un momento más propicio. Tampoco sabía si al localizarla por medio de una llamada telefónica no le haría un flaco favor. ¿Tendrían los teléfonos intervenidos ambos dos? ¿Desde cuándo?

Lo más que consiguió averiguar, leyendo atentamente toda la información, era que, al parecer, los hombres del presidente, con él a la cabeza, habían preparado una acción para tomar el poder absoluto en el Banco y la estrategia se había vuelto contra ellos como un bumerán. Entonces recordó que un par de meses antes, más o menos, se había filtrado a la prensa un asunto escandaloso de trato de favor a una de las familias del Banco, la más poderosa; un asunto mezclado también con una turbia historia de sexo de alquiler que afectaba a algún consejero más, lo cual mantuvo entretenida a la prensa sensacionalista y, muy probablemente, pagada. Los implicados, fuera cierto o no, quedaron tocados y, según deducía Gabriel leyendo entre líneas, los otros accionistas se lanzaron a degüello contra los primeros con la intención de desalojarlos del poder y hacerse definitivamente con la mayoría de las acciones del Banco. Pero donde bebe un maleante beben otros maleantes y las cañas se tornaron lanzas cuando los despojados perdedores decidieron hacerse el *sepukku* y llevárselo todo por delante. Así, nadie ganaba y todos perdían, pero también el pequeño accionariado, los cuentacorrientistas, los clientes... es decir, como de costumbre, precisamente por su pequeño tamaño individual, los más dañados eran los más débiles.

Llegado a este punto el gesto involuntario de Gabriel reveló un golpe de ira y de impotencia tan visible que Martín levantó los ojos del móvil y se le quedó mirando como quien mira a un loco que habla solo. La mezcla de extrañeza y alarma que advirtió en el rostro de su hijo le hizo reír con ganas, lo que, de paso, le ayudó a relajarse. Rió hasta contagiar a su hijo y los dos siguieron riendo sin poder contenerse y sin saber de qué se estaban riendo en realidad.

Por unos momentos dudó de su lectura del periódico. No de la noticia, cuyo contenido era evidente, sino de lo que estaba imaginando que había detrás de la noticia. Imaginó también la desbandada que debía de estar produciéndose entre la mayor parte de los agraciados con los fondos de reptiles del presidente y su camarilla. Y al hilo de ello, de pronto, acudió a su mente Antón Patriarca.

No había querido traerlo consigo, ni siquiera una semana, como pensó en un primer momento, porque no quería que Martín se acostumbrase a verlo beber; y siendo Martín un chico avisado, estaba seguro de que en seguida notaría el ritmo de consumo de Antón, por más que éste soportase los efectos del alcohol con suficiente dignidad. De manera que al final no lo invitó, aunque le habría apetecido compartir una semana con él. Pero lo que ahora recordó con instantánea precisión fue el relato que le hizo su amigo de la visión, en un club nocturno de Madrid, de Isabel con un abogado... ¿cómo se llamaba?... un abogado muy poco de fiar llamado... sí, llamado Perea, y un sobre que éste le entregó a ella y la mirada delatora que ella cruzó apenas con Antón tras haberlo recogido.

Estaba fabulando. Además, Gabriel nunca creyó la historia de un matón que persiguiera a Antón a la salida del club y le obligase a poner pies en polvorosa, porque esa parte era más propia del sueño de un borracho que de la realidad de una noche de Madrid en un local de buena reputación. Pero ¿qué hacía Isabel sola en aquel local recibiendo un abultado sobre con pinta de contener informes de alguna clase? ¿Un sobre para quién? ¿Para Gonzalo? ¿Y por qué no lo recogía él mismo? ¿Se encontraría en casa esperando el resultado del intercambio? Estaba fabulando.

¿Y si fuera también cierto lo de que un tipo persiguió a Antón para intimidarlo? ¿Y si ese tipo era alguien, un chófer que aguardaba para recoger a Isabel? ¿Estaría Gonzalo aguardando fuera, en el coche, a que ella apareciese con el sobre misterioso? Pero no, esa parte de la historia era imposible, el delirio de un borracho cinéfilo como Patriarca.

Cuando llegó al final de la crónica, donde se mencionaban nombres, sí que estuvo a punto de saltar de la silla. Allí estaba, bien claro, junto a otros implicados, el nombre de Gonzalo de Laus. ¿Hasta dónde podía estar metida Isabel? La información recibida de Antón le ponía los pelos de punta a pesar de todo.

Entonces, como avisado por una señal exterior, levantó los ojos de la página que estaba leyendo, atento a captar su origen: Martín le miraba con un mudo reproche de impaciencia pintado en la cara.

Cuando Martín ya duerme, la casa está en silencio y la cocina recogida –porque no hay nada más deprimente que bajar a desayunar por la mañana y encontrar los platos y los cacharros sucios de la cena– es un placer sentarse a fumar en la oscuridad un Montecristo del 4 y servirse un malta, de origen Isley, por ejemplo, y dejar pasar las horas. Entonces es cuando de verdad puedo pensar. Si la noche está de buenas es maravilloso instalarse en el exiguo porche de la entrada, al aire libre, un show bajo las estrellas, como el Copacabana de La Habana, pero sin las bellezas del cuerpo de baile. Últimamente me ocupo sobre todo de mi padre y de Martín y casi nada de los proyectos que tendría que estar poniendo en marcha si quiero resolver mi futuro inmediato, pero me da pereza. Me apetece disfrutar de sentirme un perfecto irresponsable sabiendo que no lo soy, que trabajo a todas horas incluidos los fines de semana porque así es la vida de un free lancer si no quiere ser barrido por la competencia y por la realidad. Me gusta sentirme alejado de todo compromiso y perderme en esta sensación de placidez. Me gusta escapar por los cielos de mi pensamiento como les debe de gustar a los chavales hacer pellas, hay cosas que no se olvidan nunca.

También habría invitado a María si no fuera por Martín. De hecho aún está en el aire la última semana del mes si, como me advirtió, Isabel quiere que le deposite a Martín en Madrid para llevárselo a México y luego a Nueva York. Cosas de la gente pudiente. ¿Quién puede competir con semejantes ofertas? Será una semana que me cobre más adelante si llega a cumplirse el plan. En ese caso me gustaría que viniese María. Supongo que si Martín está acostumbrado a que su madre se acueste con un sociólogo cada noche no debería tener inconveniente en ver hacer lo mismo a su padre con una jovencita de la edad de alguna de sus profesoras, pero ellos están casados y lo nuestro es temporal y la institución matrimonial se contempla de otra manera. No es lo mismo una madre recasada que un padre tarambana. La verdad es que estoy tan a gusto con Martín que no echo de menos a María aunque me apetezca pasar unos días con ella, lo cual quiere decir algo. Es una relación indecisa, sí, porque no quiero un compromiso que vaya más allá del estar bien y, al mismo tiempo, no puedo dejar de ver que ella está esperando dar un paso más allá, que quizá, a medida que pase el tiempo, vaya quedándose más enganchada conmigo y si luego las cosas no funcionan o no dan más de sí, sea ella la que salga perdiendo; y me desconsuela la posibilidad de hacerla sufrir porque no es muy estable, está muy desacoplada consigo misma desde la muerte del niño atropellado en la excursión del colegio.

Hay veces en que no sabes dónde te estás metiendo y otras en las que la

conciencia te dice al oído que estás pisando suelo inestable, y, sin embargo, pones un pie tras otro llevado por una especie de actitud desafiante hacia ti mismo, porque te sientes seguro a pesar de todo, porque sabes que no eres tú el que puede salir dañado, que lo único amenazante es la incomodidad de tener que retroceder y desembarazarte de algo que sabías de antemano que no llevaba a ninguna otra parte que a cumplir con tu propia insolencia, algo que has hecho para sentirte poderoso respecto a la otra persona y liberar tus otros miedos, tus otras inseguridades, usando a alguien que cae en tus redes presa de su propio candor o de su propia inseguridad, lo cual es un imperdonable acto de cobardía. Pero ¿cuántas veces no estamos dispuestos a perdonarnos?

Yo sé que no hay futuro con María y quiero creer que ella también lo sabe, pero no lo hemos hablado, ésa es la verdad. Y yo, que estoy tan cerca de cumplir cincuenta años, tampoco tengo futuro.

En fin, ésta no es una noche para amurriarse, aparta esos pensamientos. Más me preocupa el futuro de Martín. Aunque viva con su madre no deja de estar entre dos hogares y esos dos hogares son demasiado distintos entre sí. El mismo viaje que le prepara su madre, sin ir más lejos: ¿de cuándo acá un chaval de doce años iba a hacer semejante viaje? Es muy educativo para él, sí, todo eso le va a proporcionar una soltura, una capacidad de desenvolverse muy útil, pero ¿a qué precio? La clase de moral que se respira en esa casa no es de las que ayudan a forjar el carácter sino, más bien, a debilitarlo: todo es fácil, todo está a la mano, la madre consentidora cubre su falta de atención arrojándolo en exceso y el padrastro es un chacal en busca de poder. ¿Qué le transmito yo al chico? ¿Que hay que saber sufrir? ¿Que el esfuerzo es decisivo en la vida? ¿Que hay que saber superar las frustraciones? ¿Que la vida hay que merecérsela? La vida en la que habrá de desenvolverse no será la que le están enseñando sino otra bien distinta en que hay que ganarse el dinero con el trabajo, porque el chico no tiene fortuna. Su hermanastro es posible que sí, si esa pareja sigue acumulando dinero y propiedades, pero él no. Y si la tuviera habría que enseñarle a usarla con honestidad, que es un concepto que en esa casa ha de brillar por su ausencia. Martín puede acabar forjando su carácter entre tirones de dos actitudes tan opuestas y eso me preocupa y no sé si yo sé hacerlo mejor que su madre o si, aunque sepa, eso será lo mejor para él. Me aterra el poder de ese vínculo, el de los padres respecto de los hijos; por más que te lo advierten, no sabes lo que es hasta que el lazo se cierra.

¿Ése fue el vínculo de mi padre conmigo? No sé qué pensar. A veces pienso que no, que él era un padre a la antigua, de los que ponen el respeto y la autoridad por delante del cariño, lo cual no quiere decir que éste no exista sino que no se manifiesta para no dañar el respeto y la autoridad. Lo cual quiere decir que la sujeción es la misma, pero con menos frutos. Mi padre nunca me dio un beso y me quería o no hubiera quemado su vida por nosotros, pero ésa es una virtud militar,

no paternal. Un superior jamás podrá demostrar afecto a un soldado aunque se vea obligado a esconder lágrimas de emoción ante un acto de valor de un subordinado en el cumplimiento del deber. Para dar afecto, en las familias ya estaban las madres. Pero recuerdo muy bien que cuando reaparecí por el hogar paterno, una vez calmadas las aguas de las disputas y los desencuentros, me abrazó. Fue un acto insólito y, por lo mismo, inolvidable. No mejoraron grandemente las cosas, pero al menos nos reconocimos y para entonces, al tener yo casa propia, había abdicado necesariamente de su poder. Yo, en cambio, he sido muy afectuoso con mi hijo desde que era un bebé. Es tan fácil querer a un bebé que no entiendo cómo mi padre me dejó a esa edad en las manos exclusivas de mi madre, o así me lo contaba ella. Él no quería saber nada de mí hasta que no hablase, así que ahí empezó la distancia: no tocar sino hablar. Los hombres hablan, poco; las mujeres besuquean. Así no hay manera.

La sensación de estar aquí a la luz de las estrellas, mientras Martín duerme como un bendito en su cama, es una de las sensaciones más placenteras de este verano. Hay que ver qué cosa tan tonta es la felicidad, a veces.

El fraude del Banco Castellano de Negocios se convirtió en la noticia del verano. No era la primera vez que un Banco quebraba en España, pero sí la segunda dentro del período democrático. La intervención del Banco de España, del Fondo de Garantía de Depósitos y del mismo Gobierno calmó los ánimos, pero, en cuanto noticia, estaba ahí y la prensa –y en especial la prensa sensacionalista madrileña– no estaba dispuesta a soltar la presa en un mes ayuno de noticias. Gabriel había tratado de conectar telefónicamente con Isabel sin resultado: su teléfono móvil estaba apagado o sin cobertura. El asunto le preocupaba dentro de lo razonable, pues estaba convencido de que ella y el sociólogo se encontrarían a salvo fuera de España ya que Isabel tenía previsto regresar el penúltimo día de julio para recoger a Martín. Por lo tanto, disponía de tiempo por delante para contactar con ella. Lo que realmente le preocupaba –siempre recordando la información que recibiera de Antón Patriarca– es que ella estuviese también implicada en la estafa. Al parecer, el presidente y su camarilla habían puesto en circulación información confidencial acerca de ciertos turbios manejos de la familia más importante de entre el grupo de accionistas del Banco con la intención de desplazarlos ampliamente de las zonas de poder y la familia había contraatacado poniendo al descubierto el espectacular vaciamiento de fondos llevado a cabo por los hombres del presidente. El resultado final era como dispararse un tiro al corazón: todos perdían. Gabriel, que como creador de contenidos era proclive a dejar correr la imaginación, había asociado desde el principio la información confidencial con el sobre que el abogado Perea entregó a Isabel, idea que interiorizó calurosamente Antón Patriarca en cuanto se la sugirió Gabriel por teléfono. Antón estaba excitadísimo pensando que había sido testigo del inicio de la trama y prometió investigar en el entorno de Perea –es decir, en los locales que éste frecuentase–, de lo cual hubo de disuadirle alarmado su amigo con toda energía. Antón bebido tratando de sonsacar a un tipo como Perea componían la viva imagen del lobo y el cordero en amena conversación.

Lo que atañese a Isabel atañía también a Martín. Gabriel sabía bien que cuando uno comete un delito financiero en gran escala ha de tener la precaución de reservar una considerable cantidad de dinero para pagar al bufete capaz de minimizar los daños o reducirlos a cero. Sin duda, los defraudadores contarían con ello y era de esperar que Gonzalo de Laus también; pero la situación en la que quedaría ese hogar y ese matrimonio a partir de este momento era algo que no conseguía pronosticar. No se imaginaba a Isabel sola ni escondida en el extranjero. Sin duda que Gonzalo volvería a España, pues era preferible un juicio que un exilio donde acabarían dando con él. En el peor de los casos, el juicio se demoraría y demoraría

hasta agotar todos los recursos y la paciencia de los jueces y quizá, aunque condenado, ni siquiera tuviera que pisar la cárcel o lo haría por pocos años y a la salida le estaría esperando el fruto de su rapiña puesto a buen recaudo. Así eran las cosas. Entre tanto, Isabel viviría como una reina con sus dos hijos. Incluso pensó en la posibilidad de que se animase a ponerle los cuernos a su marido con su ex marido, es decir: con él, idea que acarició con gran fruición. La verdad era que en la actualidad esta Isabel, tan distinta en sus ambiciones a la mujer con la que había convivido, tan bien plantada en sus cuarenta y cuatro años, tan elegante y arrogante y, a pesar de todo, no lejana, ejercía un poderoso atractivo sobre él, un atractivo que, sobrepasando incluso la mera llamada física, entraba ya de lleno en el morbo erótico.

Se había perdido en la ensoñación y regresó a toda prisa a sus pensamientos. La cuestión era Martín. No le hacía ninguna gracia que Martín permaneciese en aquel hogar de presuntos delincuentes. Tampoco él podía ofrecerle una vida hogareña acorde con las necesidades de un preadolescente, pero al menos era una persona decente. Gabriel era un convencido de los efectos del ambiente sobre un chico por educar y, desde luego, Gonzalo e Isabel podrían darle caprichos y estudios en la misma proporción, pero también iban a enseñarle la vida fácil y la amoralidad que ellos practicaban con tanta liberalidad. Toda la educación –o deseducación– que la pareja le proporcionase, lo alejaría de él. Y ahí sí que no estaba dispuesto a transigir.

¿Cómo había dejado que las cosas llegasen a este extremo? En realidad no era culpa de nadie. Quizá si hubieran tenido otro hijo, y si hubieran hablado a tiempo de lo que había que hablar en vez de dejarlo pasar, y si se hubieran esforzado en unir al amor un componente de camaradería para llenar los vacíos de la rutina... pensaba en todo eso y pensaba también si, en el fondo, no habían seguido cada uno el camino que en verdad les interesaba, que los caminos no eran coincidentes a medio plazo, que se habían bifurcado por su propia naturaleza incompatible. Sea como fuere, ahora Gabriel se encontraba en una edad a la que no le podía pedir a nadie comprensión propia ni ajena porque ya era un maduro maníaco en crisis de contingencia, incapacitado para volver a emparejarse, preocupado por la imagen que reflejara en Martín, indeciso en cuanto a su labor de padre y dependiente, sí, dependiente del enorme amor por su hijo. No hay vínculo más poderoso que el del padre hacia el hijo.

En aquellos días de vacaciones que estaban pasando los dos juntos se había desvivido por el chico, tratando de no agobiarle, pero siempre en activo, siempre buscando planes, como si tuviera un miedo cerval a que el ritmo de entendimiento se detuviese, lo mismo que la bicicleta al dejar de pedalear. También sabía que este ritmo era insostenible más allá de los días que pasarían juntos y por eso la idea que había empezado a tomar cuerpo en su mente de exigir a Isabel, ahora que quizá se

avicinaba un cambio de situación, que Martín pasara más temporadas con él le atraía tanto como le asustaba. ¿Cómo sería la cotidianeidad? Imposible saberlo. El recuerdo de la vida cotidiana con Isabel en los últimos años de matrimonio no lo animaba; el día a día se fue pareciendo poco a poco a una travesía del desierto, con sus oasis, ciertamente, pero atacado por un profundo deseo de escapar de allí; el día a día con Martín y sus problemas podría llegar a ser más difícil de llevar; el distanciamiento con Isabel pudo soportarlo con la ayuda del cansancio de la vida en común, mas eso no podría dejar que sucediera con Martín porque si llegara a ocurrir, en lugar de alivio sentiría un espantoso desconsuelo, una impotencia que lo atacaría en el centro mismo de su conciencia. Lo que en el caso de Isabel fue la pérdida de su pareja, en el caso de Martín sería una pérdida de sí mismo.

Todas estas reflexiones se las hacía al anochecer, cuando su hijo ya dormía y él salía a fumar su habano y paladear su copa si hacía buena noche y, si no, a pasear por el escueto salón con la puerta de la calle abierta para escuchar la lluvia y asomarse de cuando en cuando a recibir la presencia de la Naturaleza.

Aunque lo pasamos bien, tengo la impresión de que Martín está empezando a aburrirse. Es tan difícil hacer coincidir gustos entre padre e hijo... Recuerdo que mi padre se sentaba en el salón a escuchar su música favorita, música clásica, y mi madre nos quitaba de en medio para que el hombre tuviera su espacio de distracción sin las molestas interferencias de tres bigardos sin sensibilidad como éramos mis hermanos y yo. La música clásica nos parecía un tostón, pero he de reconocer que, en lo que a mí respecta, no dejaba de impresionarme la dedicación de mi padre a escucharla durante horas. Su favorito era Beethoven y su sinfonía preferida, la Quinta. También escuchaba muy a menudo el concierto El Emperador, siempre dirigidos por Furtwängler. Yo, en cambio, prefiero la versión de Carlos Kleiber. Durante una temporada estuve oyendo alternativamente las versiones de la Quinta de los dos Kleiber, padre e hijo, sin acabar de decidirme por ninguna de las dos. En fin, ahora que sí disfruto con la música clásica, no dejo de preguntarme sobre el contraste entre la sensibilidad necesaria para disfrutar de aquellas audiciones y la cerrazón autoritaria de mi padre en lo referente a las cosas de la vida, incluida su tormentosa relación conmigo. Tan abierta la mente para unas cosas y tan cerrada para otras... pero ¿cómo convive esa contradicción en la cabeza de una persona? También me lo pregunto cada vez que veo aparecer en el rostro de mi hijo señales de desacuerdo. No puede ser de otra manera, naturalmente, y me pregunto si estoy preparado para afrontar los desacuerdos sin prejuicios. Que están a punto de llegar.

Los niños son secretos. Eso es algo que sólo sabes cuando creces y te conviertes en adulto. Los niños callan y ocultan sus miedos, sus temores, sus inseguridades. Si tienen problemas en el colegio, problemas de trato con los demás, por ejemplo, tienden a ocultarlo a los padres, hay que estar con cien ojos para advertir cambios de comportamiento que hagan pensar que atraviesan por dificultades. Y aún entonces has de sacarles la verdad con fórceps y no siempre lo consigues. Ellos prefieren soportar los malos ratos en silencio. En lo que se refiere al colegio, tienen miedo de ser considerados chivatos, cobardes, blandengues, si denuncian alguna clase de intimidación o agresión, pero ésa no es explicación suficiente. La verdadera explicación es que los niños son secretos. Ellos van desarrollando un sentido de la vida que no comparten con nadie, si acaso con su mejor amigo, que calla también, solidario con él. La impenetrabilidad de ese mundo, y la consiguiente visión del mundo alrededor que se van creando, te produce impotencia porque sabes que tiene que estar desarrollando lo que tú no puedes controlar ni proteger o encauzar. Sólo queda esperar a que algo aflore. Y no es que no tengan confianza contigo, es que la tienen para otras muchas actividades, pero no para ésta de sobrevivir en su medio,

un medio donde los padres no tienen cabida. Y por más que intentas hacerles saber que la intimidación por chivato no es más que la patente de corso de matones, mezquinos y cobardes, te das cuenta de que te atienden, pero no te siguen, porque su mundo es su mundo, su mundo es el secreto.

Por más que rebusco en mi memoria, no recuerdo el tiempo en que yo era también un niño secreto. Sin duda lo fui. No lo reconozco. Es un espacio en blanco que, sin embargo, ha debido de dejar huella en mi comportamiento, quizá ahora mismo esa huella actúa sobre mí sin mi consentimiento, una especie de sombra autónoma y subconsciente que influye en mis actitudes, en mis decisiones. La idea de que alguien o algo me dicte órdenes sin que yo lo sepa da miedo. Si al menos tuviera el recuerdo de niño secreto podría dar con la llave que abre la puerta del silencio. Quizá es mejor así, es imposible proteger al hijo en todo momento, hay que saber dar un paso atrás, un angustiado paso atrás. Pero llegan otros recuerdos. ¿Qué sería lo que esperaba mi padre de mí? Todo su afán era que estudiáramos una carrera para no ser como él. Con los otros dos le salió bien, aunque hoy sean dos tipos ininteresantes. Conmigo... no lo sé, no me rechazó del todo y temía por mi suerte. Cuando nació Martín, tras habernos casado Isabel y yo, no tanto por tranquilizar a las familias como por dar un estatus jurídico a la situación en general, se produjo una especie de reconciliación definitiva no exigida ni pactada sino sobrevenida, sin más. No se entiende muy bien que un contrato matrimonial produzca semejante confianza en el encarrilamiento de un futuro en los tiempos que corren. ¿Qué pensaría hoy mi padre de verme solo, semiapartado de mi hijo y metido en un oficio tan volátil como el mío? Su preocupación era dejarnos situados a los tres; mi madre me explicó que le obsesionaba, que a veces les acosaba el miedo a sabernos desgraciados, quién sabe si viviendo debajo de un puente o simplemente infelices o económicamente apurados. Como si él no hubiese estado apurado toda su vida. Lo que pasa es que en la tierra de mi padre ser hombre era ser capaz de criar a los hijos, protegerlos y sacarlos adelante, muy por encima del honor conyugal.

El día que nació Martín mi padre se plantó en la clínica, un poco cohibido ante la familia de Isabel, que había tomado prácticamente la planta de la Maternidad, y estuvo contemplando arrobado la figurita que asomaba bajo el arrullo de la toquilla. No era su primer nieto, pero era mi hijo, el hijo del díscolo por el que tanto había temido, y con ello daba por cumplido el ciclo vital: tres hijos casados, nietos de los tres. Y en esto, preguntó por el baño y salió afuera. Yo lo seguí, satisfecho y conciliador, con la intención de acercarme con él a la cafetería. Luego decidí entrar yo también a los servicios; entonces escuché un extraño suspiro; movido por la curiosidad, me paré junto a la puerta entreabierta de la cabina de donde salía el sonido y ahí me detuve en seco, conmocionado: mi padre, de cara a la pared, sin apercibirse de mi presencia, estaba sollozando con la mano en la cara, como escondiendo la vergüenza por la emoción que lo embargaba.

A mediados de julio, los medios de comunicación seguían desgranando noticia tras noticia acerca de la crisis del Banco y Gabriel procuraba no ver los informativos de televisión por si aparecía Gonzalo y lo reconocía Martín, así que lo estuvo siguiendo principalmente por la prensa. Isabel tardó en llamar, lo que tuvo en ascuas a Gabriel por unos días. Al fin y al cabo se trataba de su hijo y, de hecho, Martín se lo reprochó cuando tomó el teléfono: –Mamá ¿por qué no me has llamado? Gabriel tuvo que cazar el móvil al vuelo, cuando ya colgaban, para inquirir detalles de la situación, pero Isabel no estaba para detalles; sólo confirmó que Gonzalo había volado a Madrid al saber que se le mencionaba en la investigación y se había presentado voluntariamente ante el juez. Naturalmente, para ella se trataba de una situación muy desagradable con la que su marido no tenía nada que ver y, en general, todo era una operación diseñada por una parte de los consejeros del Banco para tumbar al presidente y a su círculo de influencia. Cuando Gabriel empezó a hacer las preguntas que se correspondían con el relato de los hechos según la prensa, Isabel se fue por las nubes y le despidió remitiéndole a llamadas posteriores.

De todo ello, Gabriel dedujo que la cosa era seria. Le admiró la serenidad y seguridad con que hablaba Isabel y se preguntó qué le procuraba tal firmeza. Ella era una persona de carácter y muy decidida ya cuando él la conoció, pero su seguridad actual tenía un tono distinto, una sensación de superioridad que nunca antes le había notado, como si procediera de un mundo donde los titubeos o las dudas no tienen dominio. Por ejemplo: no estaba intranquila. Pero cuando en los primeros años de su matrimonio aparecieron problemas económicos, uno de ellos por deudas importantes, ella mostró temor, como lo mostró él también, con esa actitud de la gente feliz en su circunstancia hasta que un cálculo errado o un imprevisto los somete a una sacudida externa y aparentemente ingobernable y amenaza una confianza que se muestra de repente frágil como el cristal. Ahora, en cambio, ante un asunto de la envergadura y las consecuencias de una gigantesca estafa, manifestaba una seguridad inatacable. Sí, había cambiado mucho desde que ambos se separaron. Inconscientemente la comparó a María –con quien ni siquiera mantenía una relación de pareja, pues aún era esporádica– y reconoció que no había color entre una y otra. Su relación con María era una relación indecisa, sin convencimiento, apoyada en su superioridad personal. Isabel, por el contrario, casi le intimidaba, debía esforzarse para no perder pie ante ella.

El futuro de Martín se complicaba. Gabriel volvió a telefonar a Isabel, sin éxito, hasta que se convenció de que no aceptaba llamadas. Había que esperar a que ella

telefonease. ¿Acaso temían que el juez hubiera dictado orden de intervenir sus teléfonos?

Trató de acomodarse a la situación aunque le disgustaba y le parecía injusta, sobre todo por su hijo, que acusaba la ausencia de la voz de la madre. En su preocupación, estuvo a punto de localizar a su amigo Antón Patriarca para pedirle que indagase cerca del abogado Perea, pero de nuevo la prudencia lo contuvo. Poco a poco había ido tomando forma en su cabeza la idea de que Isabel no era ajena al escándalo financiero. Cada día escudriñaba el periódico por ver si aparecía el nombre del abogado, como confirmación de sus temores. Y lo que le parecía más convincente de tales temores era justo la serenidad de ella, ese aire de superioridad, de hallarse en otra esfera de la realidad, contemplando desde lo alto los apuros y tropiezos de la gente del común, sus dificultades, menores en comparación con la magnitud de los auténticos conflictos de la clase dirigente. Como se dice de los caballos de gran premio cuando compiten con rivales de menor entidad, en una carrera de hándicap: «Es otra clase». Efectivamente, Isabel y Gonzalo corrían en carreras distintas de la suya.

Lo que también sabía Gabriel es que nunca competirían, por la misma razón. Eso le dejaba un margen de libertad y también un último regusto de no tener que jugarse un prestigio en tales pistas. Él jamás se hubiera subido al carro que los llevaba hacia un horizonte de bienestar ilimitado. Gabriel podría luchar por conseguir un buen contrato o una gran idea que convertir en serie, en película... Pero incluso si lo conseguía y eso lo llevaba al cenit, no estaba dispuesto a hacer una vida de triunfador. A vivir bien, sí, muy bien; a hacer una vida de triunfador, nunca. La vida de triunfador es una pesadilla, una amenaza constante, un mar de miedos. Lo había visto en gente a la que trataba por causa de su propio oficio, él era un buen observador. Su amigo –o lo que fuera– Pescador le diría que era un acobardado, un perdedor, y nada más falso que eso. El propio Mario Pescador era el ejemplo vivo de una vida indeseable para Gabriel, siempre bailando al son de la gente famosa, hurgando en la mierda, siempre a rebufo de la camarilla negra atrincherada en la infamia, la calumnia y el chantaje contra la gente pública, siempre viviendo de lo que otros pudren o dejan pudrir. Era simpático y vividor, pero su simpatía apestaba, aunque no fuera de los peores.

Martín y él jugaban a la pala en la playa. Martín era muy ágil y rápido de reflejos, con lo que compensaba su menor envergadura frente a su padre. Gabriel descubrió en estos juegos cómo pesaban los cincuenta años que pronto cumpliría y lo descubrió con desolación. Aún no había empezado la edad de convivir con los achaques, pero el médico le había dicho que empezase a hacerse análisis regulares, al menos una analítica completa al año. Que empezase a regular la bebida de alta graduación, aunque le permitía un habano diario, que Gabriel convertía en dos habitualmente, a cambio de abandonar los cigarrillos, recomendación nada difícil

de cumplir porque no fumaba mucho. Que no descuidase la presión arterial, que distanciase la ingesta de grasas, que el colesterol... En otras palabras: que se preparase para una decadencia digna.

Una mañana en la playa, en la que estaba tan atento a deleitarse con el cuerpo tendido en la arena de una atractiva rubia en *topless* que el propio Martín acabó por llamarle la atención, un tanto turbado, pero molesto: –¡Papá...!–, descubrió estupefacto que el tipo que se encontraba tumbado junto a la rubia era ni más ni menos que el escritor de novela negra.

–¡Justo!

–¡Gabriel!

Se golpearon animosamente las espaldas mientras la rubia se incorporaba radiante en su desnudez y Gabriel trataba de mirar a todas partes excepto hacia ella por consideración a su amigo. Se presentaron cordialmente, Gabriel introdujo a su hijo y Martín, quizá por primera vez en su vida, recibió el impacto de aquellos maravillosos senos con un expresivo y conmovedor gesto de ingenua admiración pintado en el rostro.

Durante unos días seguí sin noticias. Isabel había vuelto a enmudecer y yo no dejaba de darle vueltas a la cabeza porque estábamos casi a quince de julio y yo tendría que devolver a Martín al finalizar la tercera semana; devolverlo, quedar con María para apurar la última semana en la casa alquilada y después ya veríamos. Si el sociólogo se había presentado ante el juez –lo cual, de ser cierto, no lo reflejaron los periódicos– era evidente que Isabel se encontraba también en Madrid, pero me asaltaban algunas dudas; por ejemplo: ¿no hay vacaciones judiciales? En ese caso poco iba a avanzar la investigación de aquel asunto. A eso añadía el temor de que a raíz de tales investigaciones Isabel apareciera de algún modo involucrada, porque entonces: ¿qué hacíamos con Martín? Yo no estaba dispuesto a devolverlo sin garantías e incluso, gracias a que mi oficio me ha hecho imaginativo, estuve pensando en la posibilidad –en el caso de que Isabel resultase implicada– de solicitar una revisión de nuestro acuerdo de custodia.

Estaba abrumado. El asunto iba a más, en cuanto a sus implicaciones y consecuencias, a medida que lo meditaba. En el mejor de los casos, el juez decretaría actuaciones que podían ir desde la retirada del pasaporte hasta el pago de una fianza si pasaban a la condición de imputados, lo que tenía toda la pinta de ir a suceder. ¿Qué haría entonces Isabel? ¿Enviar a Martín con sus abuelos maternos? ¿Quedarse con él en Madrid a pasar el verano si sólo imputaban a Gonzalo? ¿Huir al extranjero? Esto último no, desde luego; ni yo lo aceptaría, e incluso los perseguiría adonde fuesen, ni Isabel, que tiene la cabeza en su sitio, cometería semejante disparate. De todo el asunto, lo único que realmente me importaba era el destino de Martín. Me había convertido de repente en garante de la seguridad de Martín.

Las dudas me están amargando el veraneo. Cuanto más lo pienso, más imprescindible me parece tener una conversación con Isabel. En primer lugar, porque necesito que ella me cuente la verdad del conflicto. No me hago la ilusión de creer que ella lo haría motu proprio, pero sí creo que estaría dispuesta a discutir el futuro inmediato del chico. Lo inmediato, lo primero a resolver, sin lo cual no se puede seguir adelante, es saber hasta dónde le alcanza la responsabilidad, si es que la tiene. De no tenerla, la cuestión es saber cómo va a organizar su vida con Gonzalo en la cárcel o a la espera de juicio; espera que puede durar una eternidad tal y como andan las cosas en la Justicia española. Y de tenerla, hay que tomar decisiones cuanto antes para asegurar la estabilidad del chico.

Lo que me preocupa sobre todo es que les congelen las cuentas y tenga que hacerme cargo de todos los gastos de colegio y manutención de Martín porque, y en

eso ella fue generosa, no me obligó a aportar una suma muy cuantiosa tras la separación. Es verdad que con ello se aseguró una superioridad moral sobre mí, pero no por eso voy a dejar de reconocerle el gesto. Lo negativo es que me pilla en un momento de impasse laboral. Yo lo que soy es un puto trabajador autónomo que no puede acogerse al paro en un momento de dificultad y que debe pagar un máximo a la Seguridad Social a cambio de una futura e hipotética pensión de jubilación mermada con respecto a un asalariado con nómina. Puedo vivir hasta fin de año con lo que tengo si lo cuido, pero si se me viene encima el gasto de Martín, o encuentro algo de aquí a septiembre o me voy a ver en apuros. Digo yo que Isabel, que es tan lista para lo que es suyo, habrá previsto un fondo de resistencia destinado a situaciones como la de ahora. Por eso es necesario hablar, para que yo pueda dejar de hacer elucubraciones en el vacío.

¿Lista? Dios mío, Gabriel, eres un pardillo. Esta gente tiene siempre su dinero a salvo. Tú eres el típico gilipollas que sería trincado con una maleta de dinero rumbo a las Caimán o dejando huella de todas tus operaciones fraudulentas en el ordenador. Ellos no. Ellos se mueven ahí como el pez en el agua, lo cual no quita para que yo vaya a resolver este problema de tú a tú, por muy prepotentes que ellos sean. Sí, pero al menos reconoce que perteneces a otra especie, la verdad no duele; en este caso humilla, pero no duele.

Supongo que Isabel pasa de mí por la sencilla razón de que no me necesita. ¿Para qué? Por mucho que haya que discutir para llegar a un nuevo acuerdo, a ella se le da una higa la parte que le corresponda resolver porque lo tiene todo resuelto. El problema es mío: ¿estoy en disposición de proporcionar una buena educación a Martín? Lo cierto es que no. A ver: moriré intentándolo, si hace falta, pero poder, no puedo a priori. ¿Por qué? Porque éste no sabe la que se le viene encima. Hoy en día un trabajo no lo consigues como lo conseguía yo al principio: el país ha cambiado mucho, ahora los buenos trabajos sólo los consiguen los buenos currículos y un buen currículo cuesta mucho dinero y mucho tesón. Hay trabajo, sí, al menos por ahora, el país se ha enriquecido, el dinero corre, pero es un dinero fácil, hay mucho margen para los pelotazos, etc. Pan para hoy y hambre para mañana. Los ciclos cambian. Martín, si quiere mantener la calidad de vida que tiene –más gracias a Isabel que a mí, todo hay que decirlo–, se va a tener que fajar con gente muy preparada, gente bilingüe, pero bilingüe o trilingüe de verdad, no ese inglés comercial mal pronunciado del que ahora alardean tantos infelices, universidades de verdad, másters de verdad... en fin, no sigo porque me va a dar pena de mí mismo.

Le he dicho a Martín que me retiraba a echarme la siesta, pero lo que buscaba era estar un rato a solas, pensando sobre tanta preocupación. Hoy le he enseñado a hacer spaghetti con carne picada, en plan sencillo, sin florituras, y el chaval estaba entusiasmado. Eso sí se lo puedo enseñar y no le va a venir nada mal si un día se encuentra como yo me encuentro hoy, solo. Nunca me negué a participar en las

labores de la casa porque Isabel ¡hay que ver qué tiempos aquellos! era bastante feminista y yo creí a pies juntillas que aquello era una obligación moral y también una manifestación de afecto. Ahora da igual que lo crea o no porque lo practico por necesidad, lo de las labores de casa; así me salió de bordada la serie que el hijoputa del productor se ha quedado para él. Sin embargo, al final me ha acabado gustando por una razón: me hace sentirme autosuficiente y eso es un valor y un estímulo ¡qué diablos! Para un trabajo como el mío se requiere mucha disciplina o los días se te pasan sin darte cuenta y sin haber dado un palo al agua.

Martín ya sabe prepararse platos sencillos de pasta a sus doce años: macarrones con tomate –aunque siempre se quema al sacarlos del horno–, spaghetti alle vongole... sabe vigilar una pizza y sacarla del horno en el momento justo... Lo de la carne picada de hoy es un paso cualitativo muy importante aunque en general me da miedo la manipulación del aceite caliente o el agua hirviendo, por eso lo hemos hecho a medias, él más bien de pinche aventajado; no le dejo freír en sartén ni acercarse al aceite caliente ni a los cuchillos, pero creo que antes de que nos vayamos le habré enseñado a preparar una hamburguesa y hacerla a la plancha –así me adelanto a las cadenas de hamburgueserías a la americana, en cuyas garras caerá sin duda alguna–. Con algún año más de edad entraremos en el reino de los sofritos.

Pero ahora la prioridad es comunicar con Isabel. No estoy dispuesto a soportar ese silencio que es en realidad un desprecio, aunque sea involuntario. Lo malo de los prepotentes es que no son conscientes de aplastar con su superioridad porque la tienen tan asumida que les parece lo natural. Por mí, no me siento afectado; por Martín, sí. Quien, por cierto, acaba de llamar a la puerta, siempre tan discreto, porque hoy nos toca acercarnos a Gijón para comprar un bollo preñado, que le priva como merienda, e ir al cine. Te mataré si no telefoneas, Isabel.

Justo Paleta y su rubia compañera estaban de paso, recorriendo la cornisa cantábrica y parando a dormir allí donde les sorprendía la noche porque, afortunadamente, en el mes de julio siempre era posible encontrar alojamiento sobre la marcha, aun cuando a veces no fuera más que una habitación libre, bien en posada, bien en casa particular. El escritor de novela negra tenía una tendencia a lo sórdido proveniente de muchas lecturas de género mal digeridas y a la rubia se la veía desganada y decepcionada. Gabriel, que con las mujeres creía tener un *coté* rumboso de caballero trasnochado, se lo reprochó:

–¿Para esto soñabas tú con una rubia de película? ¿Para arrastrarla por tristes habitaciones de pensiones de medio pelo? Tienes suerte de que sea más simple que una mata de habas y a pesar de eso te acabará dejando por un macarra como dios manda.

Los invitó a almorzar en la casa después de pasar por la pescadería donde se hizo con una lubina y una masera que le aseguraron que estaba llena. Mientras trajinaba en la cocina, Paleta intentó convencer a Gabriel de que la chica era feliz con él, que era la rubia de sus sueños, que fornicaban diariamente y que pensaba promocionar su carrera artística consiguiéndole un papelito en una película de un amigo suyo. Todo ello entre comentarios sarcásticos de Gabriel, que no tenía un día complaciente. Entre tanto, en el salón, Martín, con esa falta de disimulo propia de los chavales, estaba prendido del canalillo retador que dividía los espléndidos pechos de la muchacha.

Vista de cerca, la pareja de Paleta destacaba sobre todo por su cabellera rubia natural y sus magníficos pechos, pero el resto era bastante vulgar e incluso mal proporcionado. Como todas las mujeres de abundante delantera, tenía un trasero liso. Además, sus piernas eran como alfileres en relación con la parte de arriba de su anatomía y apenas vocalizaba correctamente. El escritor de novela negra presumía de ella sin percatarse de que caminaba por el borde del abismo sentimental.

–Yo con una rubia natural y un buen sádico asocial que llevarme a mis novelas tengo la vida hecha –decía henchido de satisfacción.

Gabriel, en un raptó de generosidad del que se arrepintió, como tenía por costumbre, al momento de haberlo tenido, ofreció a los dos amantes la posibilidad de pernoctar en su casa, oferta que fue aceptada de inmediato. La llegada de la pareja puso la casa patas arriba. Todo el orden laboriosamente construido por el padre y secundado por el hijo se vino abajo apenas depositaron sus maletas en el suelo del salón. Como primera medida, Gabriel pasó a dormir en la cama contigua

a la de su hijo para dejar el dormitorio principal, con cama de matrimonio, a la pareja. De primeras, Justo y la rubia desparramaron sus pertenencias por toda la habitación cedida, invadieron el cuarto de baño común y revolvieron la cocina en busca de algo con que saciar su hambre y, no encontrando nada que les satisficiera, bajaron al centro del pueblo para adquirir provisiones que mostraron a la vuelta con todo orgullo a sus benefactores: latas de pulpo en tinta, de navajas y de mejillones en salsa, más una docena de cervezas y una sandía para el postre. Gabriel rindió su alma de *gourmet* y, excusándose, entró en la cocina a cocer la masera viva y preparar la lubina extraída del mar esa misma madrugada.

Justo Paleta intentaba siempre mimetizarse con lo que él suponía que eran los modales de un detective privado. Llevaba la ropa arrugada, vestía con descuido, tenía los zapatos siempre sucios y los bolsillos de la chaqueta cargados de bultos. Se peinaba hacia atrás, en invierno con algo de brillantina, un cabello que debía de lavar una vez a la semana y llevaba un grueso anillo en el anular de la mano izquierda con el que confiaba en marcar la cara de sus adversarios en el caso de una pelea. Chascaba los labios al comer para mostrar su aprecio por una buena chuleta y reía solapadamente detrás de cada comentario propio que se le antojara ingenioso, por subrayarlo. La rubia lucía sandalias de alto tacón, pantalones cortos, camisa anudada a la cintura y un botón abierto de más con el que jugaba a mostrar los pechos que pretendía esconder. Si algo sabía hacer, además de poner cara de ingenua sorprendida por cualquier revelación, era atrapar las miradas masculinas con sus dos alegres y revoltosos atributos.

Gabriel, mientras horneaba la lubina, no dejaba de preguntarse qué había visto el escritor en él para hacerse amigo suyo. –Qué tengo yo que mi amistad procuras... –recitó con sorna. Era una de esas amistades que un día encuentra uno instalada en su vida sin haberlo pretendido y con la sensación de llevar con ella una eternidad. Ni siquiera podía recordar cuándo había empezado. ¿Quizá se lo presentó el sinvergüenza de Pescador? En cualquier caso –pensó– ahí estaban sin remedio y debía de ponerse en alerta para evitar que se apalancaran en la casa el resto del mes porque, según su experiencia, todas las personas que presumen de libres e improvisadoras y de buscarse la vida según viene, en cuanto encuentran un lugar cómodo, acogedor y donde se sienten mantenidos, se aferran a él como lapas. El escritor de novela negra amaba lo de vivir la vida peligrosamente, pero más bien era un peligro para los demás.

Como, a pesar de los pesares, Paleta era un tipo cordial, sobre todo desde que había encontrado a la rubia de sus sueños, y debía vigilar la cocción de la lubina, Gabriel olvidó momentáneamente el asunto que más ocupaba sus pensamientos. Fue el otro quien se ocupó de recordárselo sin percatarse de que las paredes hablan.

–Por cierto –empezó a decir–, qué fuerte lo de tu ex y su marido con el escándalo del Banco ¿eh?

–Cierra el pico, gilipollas, que te puede oír mi hijo –respondió Gabriel hablando entre dientes, muy irritado.

Pero ya no pudo evitar que en la preparación del almuerzo interfiriera el hecho de que Isabel no había vuelto a telefonarle desde hacía tiempo. Le crispaba su silencio, ante el que se sentía impotente. Estando donde estaba, en un pueblo de Asturias, desconectado del mundo, desconectado de la madre de su hijo y sin otra ocupación que la de pasar unas vacaciones divertidas y memorables, el desasosiego habría hecho presa en él. Lo único que la preocupación genera es más preocupación. En un estado de espera como el suyo, sin indicios ni noticias salvo lo que pudiera deducir de lo que los medios de información ofrecían, que cuando no estaban por la cautela optaban por el escándalo, la ansiedad es quien impone su ley. Toda la preocupación de Gabriel se centraba en su hijo, en el futuro inmediato de su hijo, para ser más precisos.

–¿Y qué vas a hacer con Martín? –preguntó Paleta despegándose por un momento de la rubia, que había entrado en la cocina y se abrazaba a él por detrás, como en las películas de los años cuarenta.

–¿No te he dicho que cierres el pico estando el chico delante? –protestó Gabriel en el acto de arrojar la masera al agua hirviendo.

–Joder, pobre animal –exclamó Paleta retrocediendo espantado.

–Mira el duro escritor de novela negra –murmuró Gabriel–. Si lo prefieres, te preparo un biberón.

La educación de su hijo le traía de cabeza. Todo padre tiene que ocuparse de la educación de su hijo; no de llevarlo al colegio sino de educarlo en toda la extensión de la palabra. En su caso, no contaba con la madre, no porque la madre no estuviera pendiente sino porque cada uno iba por un camino distinto. Él no dudaba del cariño de Isabel por su hijo, pero sí de la atención que le dedicase en lo referente a educación global: ambiente, incentivos, iniciativas; Gabriel se ocupaba también de que hiciera deporte, se interesara en la música, por ejemplo, aprovechando que era una enseñanza del colegio, una enseñanza que los padres, incluida Isabel, consideraban menor al lado de las matemáticas o el inglés. Incluso le estaba enseñando cocina para que aprendiera a educar el paladar, para que no lo estragase con ketchup y hamburguesas sintéticas. Y ahora, con la posibilidad de que su madre quedara a la intemperie sin Gonzalo, teniendo que reorganizar su vida otra vez, si es que no acababa también en la cárcel o teniendo que devolver toda la pasta que habían afanado... Pero ¿cómo era posible que se hubiese dejado enredar en semejante tinglado?

Sacó la masera del perolo y la dejó en un plato aparte. No, ella no se había dejado enredar, ella había metido de lleno las manos en la masa, de eso estaba seguro. No había rehecho su vida con Gonzalo para vivir un cuento de hadas sino buscando lo mismo que buscaba él: una posición social, con todo lo que ello

conllea. En realidad estaban hablando de lo que se había convertido en moneda corriente en el país desde que empezó a crecer el dinero por todas partes: lo que la gente llamaba comúnmente el pelotazo. Porque hubo un tiempo en el que ser un ladrón o un estafador era una mancha, una deshonra, y los culpables se avergonzaban por ello, existía un rechazo social, al menos de boca para afuera; pero ahora más bien parecía una llegada, un triunfo, un reconocimiento económico y social. Él había tenido que meter tiempo, experiencia y trabajo en su dedicación hasta conseguir dar con un producto que le convirtiera en un profesional cualificado y fiable; incluso ahora, cuando un maricón insoportable le acababa de arrebatarse su propiedad, que no su currículum, era un guionista apreciado y cotizado y un tipo en cuya rectitud y honestidad se podía confiar. En cambio, los del dinero rápido no sólo escapaban a la acción de la justicia o se libraban con condenas reducidas y toda clase de beneficios penitenciarios sino que todo el mundo los trataba de Don Fulano o Don Mengano en vez de afearles su conducta o darles la espalda.

–En este país ya no hay vergüenza –dijo entre dientes mientras apagaba el horno y dejaba reposar el pescado con la puerta entreabierta.

–¿Te importa que nos quedemos un par de días? –preguntó el escritor de novela negra asomando la cabeza por la puerta de la cocina.

Gabriel empezó a maldecirse en voz baja por haber ofrecido una noche en su casa que, de momento, iba a convertirse en tres.

–Depende del ruido que hagáis follando –respondió, para desahogar su malhumor.

–Hombre... lo normal –dijo el escritor, perplejo–. Eso no se regula.

–Tú, que no sabes –Gabriel empezó a abrir la masera–. Escucha: estoy con mi hijo. No creo que sea tonto, pero no quiero tener que explicarle en qué consisten las relaciones sexuales, de manera que haz el favor de contener tus impulsos de macho salvaje. Que te conozco y sé que eres un exhibicionista.

–Pues hace poco el vecino del piso de al lado, cuando me lo encontré en la escalera, me felicitó por lo que había oído a través de la pared; que fue una noche bestial, por cierto.

–¿No me digas? Pues a mí el bestialismo me parece una aberración, mira por dónde. Y ahora, venga, a la mesa todo el mundo. Vamos a tirarnos a este bicho –dijo presentando el plato donde reposaba la masera abierta en canal–. En el buen sentido de la palabra –añadió con una maligna sonrisa.

Otra vez un techo estrellado. Son miríadas de puntos de luz parpadeantes que cubren el cielo como una música de las alturas. Puedo pasarme las horas muertas contemplándolo. Mañana se llevan a Martín. Ahora mismo estoy desconcertado, no sé qué hacer. Isabel manda al chófer para que recoja al chico y lo lleve a Madrid. No ha querido decirme cuál es su destino de vacaciones, probablemente porque aún no lo sabe. Con el pasaporte retenido, Gonzalo no puede salir del país y aún deben de estar decidiendo adónde ir. Apuesto por Marbella o las Baleares. El caso es que me quedo sin Martín la última semana de julio bajo la promesa de que seré recompensado con una semana dentro del año. Al pronto pensé que tramaban salir del país y llevárselo con ellos, pero no lo creo; han pagado la fianza y el juicio se verá cuando a los abogados del grupo de conspiradores les parezca oportuno, siendo, como suelen, expertos en dilaciones.

No sé qué hacer. ¿Llamar a María? Ésta era la posibilidad que estaba en el alero mientras se decidía el regreso de Martín a la casa materna, pero ahora lo pienso y me da pereza. No por María, pobre, sino por desgana. Martín aún no había empezado a aburrirse, era una ocasión única de confraternizar y la cosa iba bastante bien; está en una edad interesante, abriéndose al mundo exterior, saliendo de la crisálida.

Pero el destino está siempre ahí, al acecho, para estropearlo todo. O quizá yo me hago ilusiones y, en realidad, le he dejado marchar precisamente para no tener que llegar al punto de aburrimiento. Al fin y al cabo, prefiero consolarme pensando que guardará una imagen positiva del veraneo con su padre. La verdad es que el año pasado nos equivocamos porque yo me empeñé en recordar mis años de infancia en las playas levantinas sin prever que, tanto tiempo después, habrían desaparecido bajo la espesa masa de cuerpos apiñados y tumbados al sol y al olor de las fritangas y las falsas paellas de los chiringuitos.

¡Cómo cambian los hijos de un año para otro! Con lo aniñado que estaba Martín, esta vez me conmovió la seriedad con que atendía a cuanto le iba explicando, la voluntad de demostrar que se empezaba a hacer mayor y, por lo tanto, a la curiosidad natural unía un interés conmovedor por el sentido de las cosas. Conseguimos pescar en el río, una modesta perca, y salimos al mar a bogar en una barca con un marinero al que convencí para remontar la costa que divisábamos desde la orilla y tiramos la caña con el resultado de dos diminutas lubinas. Subimos al monte de excursión, con la mochila al hombro y un buen picnic y visitamos pueblos y lugares. En fin, que me ha dado una vida de padre ciertamente dichosa

gracias a su buena disposición. Pero mañana se marcha y ya lo estoy echando de menos.

Por eso no sé si telefonar a María para que venga, porque sé que estoy disfrutando del regusto de unos días perfectos y lo voy a seguir haciendo, al menos hasta que la nostalgia me obligue a despertar. Quizá sea entonces cuando llame a María, ahora no me apetece. O sí, pero no con el empuje necesario para descolgar el teléfono. Y sé que ella debe de estar esperándolo porque esta última semana iba a estar dedicada a ella una vez supe que Martín me dejaría. Cuando cedí la semana a Isabel me consolé pensando que la disfrutaría con María y ahora me da pereza; quizá no esperaba que las vacaciones salieran tan bien como han salido.

Lo único que me inquieta es el ambiente que habrá en casa de Isabel. Imagino las preocupaciones y reuniones de todo tipo que tendrán, la tensión de la batalla, los movimientos para poner a salvo el dinero, los planes inmediatos... y Martín observando; porque he comprobado que es muy observador y como también es un chico sensible no se le van a escapar muchas actitudes que va a ver, lo que emana de las almas de esos sinvergüenzas, un aire demasiado denso y turbio para respirarlo con sólo doce años. Sólo espero que la entidad de Isabel sea capaz de aminorar los efectos más perniciosos, pero es inevitable que en una casa de tramposos las trampas no estén a la vista. Lo que Isabel y Gonzalo piden a la vida es bien distinto de lo que pido yo; y no me refiero al dinero, que a todos nos gusta, y cuanto más mejor porque la calidad de vida depende de él, sino a actitudes que tienen que ver con la amoralidad, con la pérdida del sentido de la honestidad, de la solidaridad, de la amistad verdadera, del reconocimiento y el respeto a la dignidad personal. Yo creo que la educación tiene mucho que ver con el ejemplo, que no emana de las monsergas ni de las advertencias porque en la adolescencia éstas suelen caer en saco roto. ¿Qué ejemplo pueden darle a Martín un corrupto como Gonzalo o una mujer tan calculadora como Isabel? Lo único positivo de Isabel es que quiere a su hijo, pero ¿para qué lucha? ¿Qué planes de vida, qué fines va a inculcarle? No basta el amor.

No temo por el Martín presente sino por el Martín futuro, el que un día deberá buscarse la vida y responder por la vida de otros; el que buscará compañera y lo que buscará en ella, y en su plan de vida y en la educación de sus hijos. Porque lo veo ahora, tan tierno, tan inocente, tan maleable que se me encoge el corazón. Y, sin embargo, habré de confiar en él. Quererlo siempre y en toda ocasión. Hasta que la muerte lo rompa, no hay vínculo más poderoso que éste sobre la tierra.

V

La influencia de los hechos

Después de una semana con María, que Gabriel tuvo el coraje de cumplir a pesar de sus dudas y reticencias, quedó claro para él que la diferencia de años entre los dos sería el factor que, de un modo completamente natural, más influyera en la previsible no continuidad de sus relaciones, y eso, en vez de afligirle, lo calmó. Pensó que lo más importante era disfrutar del tiempo que pudieran mantener aquella relación afectiva –y era consciente, al utilizar esa palabra, de que no utilizaba la otra: amorosa.

La semana que pasaron juntos en la misma casa que había alquilado para Martín le produjo sobre todo una grata conciencia de estabilidad. María no parecía tener otra exigencia que la de pasar unos días juntos como pareja. A Gabriel no dejaba de admirarle lo acomodaticio de su carácter que, sin embargo, no se acompañaba de la blandura o sumisión que una actitud así suele comportar. Estaba a punto de admitir que María se sentía a gusto y no parecía pedir más, que ella tampoco deseaba que la relación entre ellos se volviera más exigente, y la idea le gustaba y le disgustaba a la vez.

–¿Por qué siempre tienes que estar buscándole los tres pies al gato? –solía decirle ella cariñosamente cuando Gabriel manifestaba sus dudas sobre esto o aquello. Era evidente que ella no penetraba en el carácter y la profundidad de las dudas de Gabriel porque éstas se basaban en una clase de inseguridad a la que ella debía de ser inmune: la que se desprende de la asunción o, al menos, la conciencia de estar a las puertas de una madurez desde la que se atisbaba con nitidez la decadencia. –Cincuenta años no son nada, es sólo la mitad de la vida –fanfarroneaba el escritor de novela negra cuando el asunto salía a colación. –¿Los cincuenta? El mejor decenio –decía su amigo Antón Patriarca desde sus sesenta años cumplidos–. La mejor edad. Pero ni el uno ni el otro ni nadie le convencían de que los achaques que habían empezado a manifestarse no eran sino la avanzadilla de las curtidas legiones de las sombras. Y eso que él no temía a la muerte sino a la decadencia que la precede. Por eso el encuentro con el cuerpo juvenil y dispuesto de María y con su buen carácter, que poco a poco había ido imponiéndose a la depresión que sufriera por la muerte del niño a su cargo, lo tomaba como la oportunidad final de disfrutar del último crucero por la felicidad antes de sumirse en un lento y patético adiós a la vida.

A veces, su propio regodeo en estos pensamientos le producía una exasperante sensación entre infantil, cursi y melodramática; entonces volvía a sumirse en la trémula ansiedad de la incertidumbre, sin dejar de azotarse con toda clase de ramalazos de lucidez que le impedían entregarse a la negrura definitivamente. Y,

por supuesto, él se daba cuenta de que María observaba sus reacciones, y a veces necesitaba alejarse a pasear en solitario. Entonces abandonaba el salón, salía al escueto porche desde el que se despedía avisando que se iba a dar una vuelta y bajaba hasta la carretera al otro lado de la puerta del jardinillo para enfilarse sus pasos bien hacia el pueblo, bien hacia la dirección opuesta. Caminaba hasta sentir el primer cansancio y entonces daba la vuelta y regresaba contento de volver a estar junto a ella, que se había habituado y lo esperaba con naturalidad para responder a sus deseos sin la menor explicación. En cierto modo era un rito con el que se descargaba él de sus obsesiones e inseguridades y ella de sus recelos y de la observación misma a la que con más consideración que preocupación lo sometía.

En todo caso, aquella semana dio paso a una relación consentida en términos de desigualdad, pero que parecía ser sólo el mejor acomodo para una situación en la que el uno no deseaba ir a mayores y la otra se preguntaba si quería hacerlo, porque ella también recelaba de la diferencia de edad, pero, al contrario que él, no se atormentaba por ello. En el fondo ambos se encontraban cómodos, cada uno a su manera, por más que supieran que, en un momento dado, habría que dar un paso adelante o disolver la sociedad. La comodidad es un vicio, una especie animal de vicio capaz de sustentarse de manera satisfactoriamente precaria mientras no se la atosigue, momento en que escapa en busca de lugares más propicios para acomodarse de nuevo.

Así fue como Gabriel entró en el mes de septiembre, sin una alternativa clara de trabajo, aún con dinero en el Banco y sin muchos deseos de buscar un modo de incrementarlo, lo cual le parecía una actitud de perfecta inmadurez.

El 25 de septiembre de 2005 fue el día elegido para el estreno mundial de la película *Un divorciado en apuros*, versión cinematográfica de la serie televisiva de gran éxito *El amo de su casa*. El astuto productor de la serie y la película había decidido curarse en salud ante la posibilidad de una demanda por apropiación indebida tras ser advertido por sus abogados de que, según el contrato de la serie, Gabriel Cuneo figuraba como autor de la idea, lo que enturbiaba un tanto el asunto de la propiedad de la misma. El guionista que, tras abandonar el proyecto Gabriel, quedó como directo responsable del guión cinematográfico junto con un coguionista contratado a última hora, aceptó la sugerencia del productor para efectuar un cambio consistente en trasladar al protagonista de la condición de parado a la de divorciado. Gabriel, por cuya cabeza no había pasado la idea de reclamar la propiedad de la misma, creyó llegada la hora de la venganza al enterarse de la noticia, bajo la convicción de que el cambio sería, sin duda alguna, para peor, pues se veían obligados a cambiar a la esposa-ejecutivo de la serie por una divorciada y habían añadido además una novia al protagonista. De manera que, a la vuelta de las vacaciones, contactó de nuevo con el productor para desearle suerte con la película y éste, relajado ante la felicitación y sin sospechar siquiera que ésta contuviese el menor asomo de malicia, aprovechó para zanjar las diferencias entre ambos y lo invitó cordialmente al estreno y la posterior fiesta de celebración en los salones de un elegante hotel de la capital. Eso era exactamente lo que Gabriel pretendía que hiciese y, en consecuencia, el día señalado se presentó en la alfombra roja que la productora había extendido sobre la acera de la Gran Vía al pie del local de estreno, sorteó la muralla de fans arracimados en espera de los artistas e invitados y se introdujo en el cine por un lateral exhibiendo su invitación. Una vez en el vestíbulo, se dedicó a saludar a todos los conocidos del *métier* como el oficial que se reincorpora al frente tras unos meses de convalecencia en el hospital. Allí esperó a pie firme la llegada del productor y su novio y protagonista del film para abrazarlos ostensiblemente ante la concurrencia a la vez que, con el abrazo, se refocilaba pensando que la idea de lucir al protagonista como novio del productor era una mala idea que sumar a la de los cambios habidos en el argumento. «Pero – se dijo para su colete, saboreando la cita clásica con deleite– los dioses ciegan a aquellos a los que quieren perder.» Tras lo cual, se dirigió a su butaca, tomó asiento y aguardó.

No tuvo que esperar mucho para reconocer, henchido de satisfacción, que la película se les había ido de las manos. A pesar del aplauso de cortesía que siguió a la proyección y los «¡bravos!» de la claqué, era evidente que entre el público

predominaba la división de opiniones; no expresada, desde luego, pero sí intuida por un profesional como él. Mario Pescador, con quien coincidió en el pasillo del patio de butacas al salir, le dejó caer al oído un «¡vaya cagada!» seguido de un guiño cómplice que quería decir: «Si la hubieras escrito tú...»; lo cual no se contradijo con el abrazo y la entusiasta enhorabuena que dedicó al productor, cuyo semblante pasaba de la incertidumbre a la euforia con rítmica cadencia.

El desalojo de la sala fue lento porque en la calle se amontonaban los coches que debían trasladar a los invitados a la fiesta de celebración. Gabriel, vestido de esmoquin, decidió ir caminando no sin causar alguna curiosidad en las gentes con las que se cruzaba, pero el hotel se hallaba a unos quince o veinte minutos de paseo y le apetecía disfrutar de la excelente temperatura de la noche. A medida que avanzaba con paso firme y decidido, iba regodeándose en una sensación de triunfo alegre y expansivo. A lo largo de su vida había transitado por tantas noches de Madrid que las consideraba territorio propio, tanto para lo malo como para lo bueno, y bajo su cielo oculto por la luminiscencia había ido desgranando año tras año infinidad de sentimientos, lo que las convertía en unas compañeras de valor inestimable; pero esta vez acudían a su mente con un calor y una ligereza de espíritu tal que estuvo a punto de iniciar unos pasos de baile sobre la acera del Paseo del Prado casi vacío. Y, de manera absurda, pues es una canción de decadencia que no casaba con su ánimo, se puso a entonar a media voz unas estrofas de aquel «Vecchio Frac» de Modugno que tanto le gustaba:

E giunta mezzanotte/ si spengono i rumori/ si spegne anche l'insegna/ di quel'ultimo caffè/ le strade son deserte/ deserte e silenziose,/ un'ultima carrozza/ cigolando se ne v`a./Il fiume scorre lento/ fruscando sotto i ponti/ la luna splende in cielo/ dorme tutta la città...

El gran salón central, orgullo del hotel, lucía con fúlgido esplendor cuando Gabriel accedió a la fiesta. Reparó de inmediato en la extraordinaria mezcla de tipos y atavíos que se extendía por toda la enorme estancia, desde algunos esmóquines como el suyo hasta diseños fantasiosos o harapos de lujo. La gente del cine solía tener un gusto estrafalario en el vestir, cuando no decididamente aborrecible, pero se los veía tan contentos en su rechazo a la elegancia; por eso no escaparon a los ojos de Gabriel los escasos hombres y mujeres bien vestidos que despuntaban entre la masa de modernos y modistillas y, en especial, la reconocible figura de Isabel Pérez en el centro de un corrillo mayoritariamente masculino.

Por un momento su presencia le desconcertó, pero en seguida le vino a la memoria su encuentro con ella el día del lanzamiento de la nueva estrella protagonista de la película. La diferencia que en seguida le saltó a la vista era la ausencia de Gonzalo de Laus. ¿Acaso lo habían encarcelado ya o simplemente se escondía por prudencia en un lugar donde abundaba la prensa? Si la memoria no le fallaba, la fianza impuesta por el juez instructor del caso era una cifra de seis ceros, de donde dedujo que la presunta apropiación indebida tuvo que haber sido un botín digno de Alí Babá. Isabel, en cambio, no había tenido problemas, al menos en la primera escaramuza, pero Gabriel estaba seguro de que en alguna parte debía de existir un gran dinero a su nombre, además de propiedades, porque así es como se hacen las cosas en sociedad, y le consoló saber que algo le tocaría a Martín el día de mañana. No era un pensamiento moralmente aceptable, aunque se apresuró a aplicarse el refrán de que «quien roba a un ladrón merece cien años de perdón», y a reconocer, con la boca pequeña, que él nunca tocaría un capital de semejante procedencia. A veces la tentación, sobre todo si se te ofrece libre de riesgo, es demasiado poderosa y por ello lo verdaderamente digno es no colocarse en situación de recibirla. Ahora, al tener ante sus ojos el hermoso y envidiable resultado de la caída en la tentación que representaba Isabel reconoció el impacto de la seducción irresistible que contenía. Lo más llamativo era comprobar cómo la gente hace la corte al ladrón, en este caso a la compañera del ladrón. El honor y la decencia quedaban, en aquel acto social, para los que no podían ser de otra manera, o sea –como diría el productor– unos pusilánimes. Por eso se le vino a la mente la imagen de su padre, cuya única fortuna en la vida había sido la de sacar una familia adelante sin otros medios que su tenacidad. Menos mal que, en su estado, ya no podía ver ni comprender lo que Gabriel estaba viendo.

Isabel le reconoció de lejos y, con un estilo que dejaba ver su dominio de la situación, se deshizo del corrillo de admiradores para acercarse a él.

–No creí que te encontraría hoy aquí, después de la faena que te hicieron –dijo tomándole de las manos afectuosamente.

–¿Faena? No sé –respondió él–. A lo mejor me han hecho un favor.

–No trates de impresionarme. No te han hecho ningún favor y, además, han acabado con la serie, al menos tal y como tú la concebías. Pero la verdad es que habría sido mucho mejor que tú intervinieras. La película no vale nada. Ya se lo dije a Perfecto, pero se ve que le hacía ilusión meter la nariz en el mundo del cine.

–No te creas, lo mismo la película gusta a la gente. Se sabrá a partir de mañana, cuando el público de pago llene o abandone las salas. Eso es lo único que cuenta hoy en día y ya se ocupará el productor de mentir con la publicidad y untar a los medios.

–En fin –concluyó Isabel–, ganas de tirar el dinero. Lo siento por ti. ¿Tienes planes?

–Estoy dando vueltas a un par de ideas. Ya es hora de ponerse en marcha.

–O sea, que no tienes nada.

–No te pases de lista. Cuando digo que estoy pensando en algo nuevo es que estoy pensando en algo nuevo.

–Bueno, como tú quieras –Isabel giró sobre sí misma y se quedó mirando a la concurrencia–. ¿Sabes? A lo mejor yo puedo ayudarte –dijo y se volvió hacia él luciendo una sonrisa encantadora.

–¿Algo que ver con la televisión?

–Algo que ver con algo parecido –respondió bajando la voz de manera insinuante. Gabriel la miró con gesto interrogante, pero se reconoció que Isabel había conseguido sorprenderlo.

–No sé qué decirte. Estás de lo más misteriosa.

–¿Te parece?

Gabriel empezó a perder pie.

–Escucha: si tienes algo que contarme...

Isabel le selló los labios con su dedo índice, en un gesto inequívoco de coquetería, y dijo:

–Shhh. Ahora no. Yo te llamaré; pero –añadió mientras se despedía– creo que es algo que te va a interesar mucho más que tus planes.

Gabriel se quedó desconcertado entre la multitud mientras ella se alejaba. La siguió con la vista unos segundos y acto seguido se desplazó en busca de una copa, olvidando momentáneamente a la persona, mas no la propuesta. ¿Qué había querido decir? ¿Qué podía ofrecerle ella? Unos minutos antes había estado pensando en la manera de apartarse de la tentación y ahora, de pronto, algo parecido a la tentación se había acercado a dejar caer unas palabras en su oído, unas palabras que no decían nada de una manera misteriosa.

¿Ésa era la forma en que la tentación operaba? Desde luego, había conseguido

excitar su curiosidad con el morbo de lo desconocido. Sin embargo –pensó–, toda propuesta proveniente de Isabel había de tener un lado turbio. ¿O no? La verdad es que tampoco tenía por qué desconfiar de ella a priori. Al fin y al cabo su relación no era mala, incluso tenía que calificarla de civilizada y respetuosa y siempre había sentido por parte de ella una forma de afecto que, si bien había evolucionado lejos de lo amoroso, seguía siendo sensible y cariñosa. Ningún mal gesto, ninguna disputa seria, ningún reproche desde que la separación, y luego el divorcio, confirmaron lo definitivo de la ruptura (más concluyente en el tiempo para ella que para él). En todo caso, no encontraba razón alguna que justificara el temor a una mala pasada o a la utilización para algún asunto dudoso y se reprochó haber tenido un mal pensamiento. De todos modos, ella estaba en medio –apareciese o no así– de un delito financiero de altos vuelos desdoblado en *vendetta* y tampoco podía prescindir del rechazo que le producía este aspecto de su vida, por bien que le fuera. Es más, le resultaba imposible concebir que ella no hubiera estado al tanto de todos los tejemanejes de su repentinamente famoso marido sociólogo.

Pero entonces otra idea cruzó por su mente. No era una idea sino una imagen. No. No era una imagen sino una palabra. Perfecto. Sí, ésa era la palabra, en efecto, y muy importante además porque todos sus sentidos se pusieron alerta al recordarla e incluso sensaciones olvidadas, o al menos sepultadas, le erizaron la piel involuntariamente.

Perfecto, sí. La pregunta no era si ella conocía a Perfecto Alumbre sino si el tono de naturalidad con que pronunció ese nombre revelaba algo más que una simple mención.

El escritor de novela negra estaba volcado de bruces sobre la barra del Simon's, con las piernas firmemente aferradas al taburete en el que se sentaba y protegiendo con ambas manos un *gimlet* a medio consumir. Así lo encontraron Antón Patriarca y Gabriel Cuneo cuando decidieron, a media tarde y porque les cogía de camino, entrar en el bar a regalarse con un refrigerio.

Justo Paleta se hallaba en una condición lamentable. El camarero les informó de que estaba ya en su tercer *gimlet*, pero no se atrevía a calcular la cantidad de alcohol ingerido anteriormente, aunque la suponía abundante a tenor del estado en que se había personado en el local. Sus dos amigos trataron de sonsacarle sin éxito alguna información, pues se limitaba a balbucir palabras inidentificables cada vez que lo sacudían para sacarlo del punto de embotamiento al que había llegado. Antón acertó a sugerir que quizá se tratase de palabras emitidas en algún idioma euroasiático dada la frecuencia con que utilizaba sicarios de estas nacionalidades en sus novelas, pero ante la sarcástica reticencia del camarero, que lo conocía desde que se independizó de la tutela paterna y entró a formar parte del círculo de ahogapenas clientes del Simon's, optaron por aceptar que se trataba, sin más, de sonidos inarticulados procedentes de una temporal estrangulación de la glotis.

Como no articulaba, procedieron a ofrecerle diversas hipótesis o variantes de congoja con la intención de acertar en el motivo de su estado, de tal manera que, cuando llegaron a la rubia, el estremecedor gemido gutural que emitió el desmadejado Paleta les convenció de que habían dado con la causa. Así que la rubia lo había dejado tirado: mira que se lo advirtieron.

Agotados por el esfuerzo y recordando su intención original al entrar en el local, los dos amigos encargaron al camarero –que les advirtió que él era un barman, no un camarero– dos *dry martini*, el uno con aceituna y el otro con cáscara de limón, y le sometieron a un astuto interrogatorio con la intención de dilucidar si la trompa de su amigo escritor de novela negra era un suceso aislado o una actividad constante.

–Desde hace dos semanas –confesó el barman– lo tengo que sacar a la calle y meterlo en un taxi. Nunca sé si ha llegado con bien hasta que al día siguiente se me presenta otra vez en el bar. Este hombre se está matando.

El autor de *Los hombres duros no beben té* apartó la cabeza de la barra, alargó el cuello y miró con ojos extraviados a los dos tipos que tenía delante, en su acción arrastró y volcó su vaso de *gimlet* y se balanceó peligrosamente en el taburete en que se sentaba; al hacerlo, soltó las piernas, las extendió en el aire y, con este, se fue de espaldas. Sólo ese último reflejo que el instinto procura en defensa de la vida y

la integridad física de las personas por muy borrachas que estén, le permitió clavar la punta de los dedos de la mano derecha en el borde de la barra y sostener el peso de su cuerpo con el mismo brazo, quedando así colgado con las piernas desmadejadas mientras el taburete se estrellaba contra el suelo emitiendo un sonoro golpetazo.

Antón y Gabriel se lo llevaron al servicio de caballeros y durante un buen rato estuvieron dándole friegas de agua fría hasta que recobró el sentido y fue capaz de ponerse en pie por sí mismo. A continuación y sin mediar palabra se dirigió al retrete donde depositó de manera brusca el contenido íntegro de su estómago y quizá alguna glándula u órgano propio desprendidos por la violencia del escopetazo, lo que en un primer momento produjo no poca intranquilidad a sus dos amigos. Cuando lo sacaron de allí y lo depositaron en una silla su aspecto había mejorado sensiblemente aunque la cabeza le daba vueltas y las palabras se le escapaban de la boca sin orden ni concierto. Pese a todo, lograron averiguar que, en efecto, la mítica rubia que trastornara sus sentidos había acabado por trastornar su vida entera al ponerle los cuernos con alguien a quien los dos amigos no conseguían identificar por la incoherencia con que se expresaba el cornudo.

Al final lo dejaron por imposible, a la espera de que mejorase con el paso del tiempo y un café bien cargado, y se quedaron en la barra con sus *dry martini* calientes que, a pesar de todo, decidieron no desaprovechar mientras encargaban unos de repuesto. Hablaron con el barman de los fatales efectos del alcohol en las personas, de cómo cambia el carácter del bebedor, del arte o la ciencia –en esto no acababan de ponerse de acuerdo– de la ingestión de espirituosos de cuarenta grados o más y del alcoholismo como forma de suicidio lento, tesis esta última defendida por Antón al ser la razón por la que lo practicaba.

Una forma de suicidio –explicó el barman mientras preparaba otro par de *dry martini*– a menudo asocial porque los borrachos, por lo general, se volvían unos pelmazos de cuidado y había que bregar con ellos como él venía haciendo con su amigo el escritor de novela negra.

Antón aprovechó la ocasión para reivindicar su caso, que era exactamente el contrario; es decir: que él era un hombre que se volvía más y más bondadoso a medida que iba bebiendo y cuando terminaba se había convertido en un auténtico pedazo de pan. Gabriel le recordó que, si bien lo de la bondad era cierto, lo difícil era aclarar a qué llamaba él «terminar» porque a veces no hacía distingos entre fin y principio, a lo que Antón respondió que su legendaria resistencia a morir se debía a que disponía de un estómago de acero cromado que se deterioraba muy lentamente. Así continuaron practicando el levantamiento de pesos ligeros con envidiable espíritu deportivo mientras mermaban las existencias del local y proseguían su charla acerca de los nocivos efectos del alcohol en el organismo, pero también de las ventajas que traía consigo como, por ejemplo, el optimismo ante el

futuro, la sensación de etereidad que proporcionaba a las almas atribuladas, la alegría irrefrenable y contagiosa que irradiaba, el desprendimiento de todas las ataduras sociales y el gusto por la canción tradicional española.

Cuando ambos llegaron al capítulo de recuerdos de los tiempos felices el barman se negó a prepararles nuevos *martinis* aduciendo que se había acabado la ginebra, lo cual no pareció a los dos amigos del alma un argumento de peso, pues de inmediato se manifestaron dispuestos a pasarse al whisky, en parte por adaptarse con el mejor espíritu a las circunstancias y en parte por aprovechar sus beneficios cardiovasculares como vasodilatador, a lo que habría de unirse el hecho de que se trataba del más sano y benéfico de entre los licores fuertes. Llegados a este punto, y por fortuna para el barman, que ya se veía luchando a brazo partido para poner a la puerta del local a los dos alegres compinches, el escritor de novela negra, que había logrado ponerse en pie y avanzar por el bar sin tropezar con ningún artefacto, se hizo cargo de la situación; y tras pedir un taxi utilizando su propio móvil, lo que demostraba que había recuperado buena parte de la consciencia, los tres se embarcaron en él en cuanto llegó a la puerta del Simon's y, como la tarde ya estaba metida en sombras, se perdieron por la oscuridad de las calles madrileñas con rumbo más bien incierto.

¿Perfecto Alumbre? Pero... ¿qué clase de gancho tiene ese mastuerzo? Una cosa es estar forrado de millones y otra bien distinta seducir a una mujer de condición tan alejada de la suya. Eso, en el supuesto de que realmente haya conseguido a Isabel, como sostiene Antón. Es inimaginable que una persona de la clase y el estilo de Isabel se avenga a convertirse en amante de semejante zopenco. Es una indignidad, es... No puedo entenderlo, me supera, me abruma. ¿Cómo va uno a creer en nada si esta noticia se confirma? ¿De qué sirve ser educado, consciente, elegante, culto, selectivo, con personalidad, si de repente entra en escena un charrán en chanclas tirándose pedos y sacándose rollos de billetes de los bolsillos a dos manos y te pones a lamerle el culo o la polla sin el menor reparo delante de todo el mundo? No puedo creerlo, esto es consecuencia del delirio alcohólico de Antón, que cada día está peor, viendo fantasmas por todas partes hasta que acabe por ver cucarachas trepando por las paredes de su cuarto. ¿Isabel, con toda su personalidad y su refinamiento, prendida del brazo de un destripaterrones convertido en un empresario sin escrúpulos? ¡Qué digo empresario! ¡Un sucio capataz de finca, un matón de vía estrecha, una rata de alcantarilla! ¿Cómo podría soportar a ese tipo ella, tan delicada, tan exquisita...? ¿Qué puede compartir con él, qué?

¿El estruendo de su formidable ignorancia? ¿Sus maneras de patán?

—El dinero.

Ya está aquí la conciencia, que siempre aparece cuando menos se la necesita. El dinero, dice. Pero ella tenía todo lo que quería con el sociólogo: dinero, posición, éxito social... Ahora ¿qué va a hacer? ¿Meter al zopenco en una academia de modales para poder salir a la calle con él sin enrojecer de vergüenza?

—El dinero desconoce la vergüenza.

La verdad es que nada valioso se tiene ya de pie hoy en día. Lo que me hace pensar en Martín. ¿Qué hago yo con él? ¿Cómo lo educo? Decirle que sea honesto, solidario, que crea en el esfuerzo, el sacrificio, la satisfacción del deber cumplido, la cooperación, el trabajo en equipo, el respeto a los demás y todas esas cosas que me metieron en la cabeza mi padre y los educadores (¡educadores! ja, ja) y que a mí sólo me han servido para ser un pringado decente y dubitativo, con pocos amigos verdaderos. ¿Eso voy a decirle? La honestidad es el recurso de los que carecen de fortuna, desengáñate. Y yo al menos me las he apañado para sobrevivir con dignidad y cierta felicidad intermitente, pero ¿él? Hablarle de valores morales en los que hoy sólo creen los que no han conseguido instalarse en el sistema es como echar un cordero a los lobos. Mejor que aprenda a abrirse paso a cuchilladas o que sea un

tonto, ésa es también una solución, un tonto no se entera de que lo están puteando, incluso es feliz en su ignorancia mientras tiene de qué comer, aunque sean sobras.

Todo lo sólido se desvanece en el aire. Qué razón tenía Marx. Ése es el suelo que hoy pisamos. Pisamos aire. No hay mayor zozobra. Por el aire, en cambio, vuelan los pajarracos soltando graznidos mientras planean sobre nosotros y la carne que nos queda. Parecen insatisfechos, insaciados, pero a la altura a la que planean resultan estéticos y uno se deleita como un turista viéndolos volar. Yo, al menos, sé cómo sobrevivir, pero ¿qué es lo que debo enseñar a Martín para que no se convierta en un frustrado, en un desdichado? Todo padre siente ansiedad ante el futuro de su hijo porque sabe que un día no estará en este mundo para protegerlo. Yo sé que él tiene que volar solo, pero mientras siga con vida siempre sentiré que puedo apoyarlo en un mal paso, que puedo darle cobijo si queda a la intemperie. Yo, un tipo que contempla cómo un forajido se queda con mi idea y mi serie para convertirla en una película ridícula y tópica y otro, que además ha invertido dinero en ella para comprarse un lugar en el mundillo social del espectáculo, se encama con la madre de Martín. No sé qué pensar de mí mismo. Estoy en la pura marginación de decisiones que afectan a mi vida sustancialmente, soy patético.

—Tú no dictas las reglas. Jódete.

A veces llego a pensar que en este mundo no hay más delincuentes porque la gente tiene miedo a delinquir y que lo atrapen, no porque crea que delinquir es injusto. O también que para que haya verdugos tiene que haber víctimas por la ley de las proporciones adecuadas y no hay otra salida que elegir entre unos y otros. O le doy la vuelta al asunto y admito que soy una persona decente porque no sé cómo ser un hijo de puta, que mi educación me ha hecho así y qué voy a hacer, entonces, con Martín. Mi padre, con todo lo elemental que era, sí creía en la decencia, en la dignidad, en la honradez y ahí lo tienes, con demencia senil en una residencia que puede pagar gracias a que yo le completo su retribución de pensionista. La verdad es que soy un manso.

En fin, creo que hay días en los que uno no debería levantarse por la mañana. Todo lo que vengo pensando proviene a su vez de una confidencia de Antón Patriarca. No sé qué hace este hombre por las noches que siempre acaba cruzándose con Isabel para traerme las peores noticias. Primero, aquella vez en que creyó reconocerla recibiendo un sobre del abogado Perea, justo antes de que se pusiera en marcha el escándalo que acabó volviéndose contra el puto sociólogo y su panda de bancarios; después, con esta noticia del enredo entre el Millonetis e Isabel; y lo malo es que tiene visos de verdad, como ya pude comprobar una vez. Menuda lista es Isabel, qué camas tan confortables elige y qué a tiempo las permuta. Lo único que espero es que en el pecado lleve la penitencia porque soportar al burro del Millonetis no es precisamente un horizonte de placer. Claro que a cambio... Pero, a ver, ¿por qué la vida nunca es como tiene que ser?

—¿Y cómo tiene que ser, listo, que eres un listo?

Lo que importa es qué va a ser de Martín si esto se confirma, si no es un capricho. ¿Adónde irá a vivir? Tengo que hablar con Isabel y saber. Saber si ha cambiado de hombre, saber si se dispone a vivir con él o sigue con el sociólogo. El sociólogo debe de tener unas tragaderas imponentes, estadísticas, pero la situación es abominable en lo que respecta a Martín. Y lo peor de todo es que yo tenga que enterarme de esta movida por un amigo. ¿En qué está pensando Isabel? No tiene un compromiso conmigo pero sí con Martín, no puede hacer y deshacer a su antojo ni llevarlo de una casa a otra así por las buenas. Yo soy el padre. La naturalidad con que se refirió a Perfecto («ya se lo dije a Perfecto») el día del estreno... Estuve ciego. ¿Cómo no lo vi en aquel momento? Y luego: «A lo mejor yo puedo ayudarte. Te llamaré». No, si todavía tendré que agradecerle que me arregle la vida gracias al zopenco. No se puede caer más bajo.

Claro que vamos a hablar, pero vamos a hablar de Martín. Martín no va a cambiar de hogar otra vez. Ya he aguantado bastante el peso del sociólogo como para aceptar ahora que quede bajo la tutela efectiva de ese tipejo. Es mi hijo. Isabel lo quiere mucho, sí, pero lo va a llevar a rastras de sus ambiciones y eso no es justo. Aunque quizá debiera yo cazar a una millonaria para equilibrar la situación, yo, que soy un Adonis, como todo el mundo sabe. Maldita sea mi estampa. No voy a ceder, esta vez no. Es mi hijo. Tengo que hablar con Isabel ya. Tanto si convive con el burro pueblerino como si no. He sido pasivo y complaciente, pero eso se ha acabado.

—Y has buscado la comodidad, también.

¡Cállate, conciencia de los cojones!

Perfecto Alumbre, siempre generoso consigo mismo, se recreó contemplándose en el espejo de cuerpo entero del dormitorio, dispuesto a encarar el otoño con espíritu primaveral, y abandonó la habitación hecho un pincel. Cuando salió a la calle, el chófer lo estaba esperando. Perfecto le dio los buenos días con aire campechano, esperó a que le abriera la puerta y dejó caer su corpachón sobre el amplio y confortable asiento trasero de su Jaguar Sovereign. En el día de hoy tenía sobrados motivos para sentirse satisfecho, pero era uno en particular el que lo justificaba por sí solo. Esa noche, después de una fiesta multitudinaria, y de acompañar a Isabel Pérez al apartamento que ocupaba provisionalmente tras la separación de hecho y de derecho de Gonzalo de Laus, le había pedido convivencia y ella la había aceptado.

Era, sin duda, una propuesta apresurada pues ni él ni ella habían obtenido el divorcio de sus respectivos cónyuges, pero ambos lo daban por hecho a tal punto que, de no ser porque Isabel tenía que ocuparse de su hijo, ella se habría trasladado al domicilio de Perfecto si no para instalarse, sí para compartir las noches como habían convenido mientras la justicia seguía su curso. Esta misma mañana, Perfecto e Isabel se reunirían con sus respectivos abogados para tramitar y negociar ambos divorcios, lo cual era el más claro exponente del deseo que los unía de relacionarse con entera libertad. Libertad a cuyo término Isabel contemplaba sólo el matrimonio.

Cuando llegó a su oficina, situada en un emblemático edificio del complejo empresarial y comercial Azca, entró en el ascensor amagando unos pasos de baile que no cesaron hasta llegar a la planta. Entró erguido, exultante, merecedor de una flor en el ojal, derramando cordialidad a su paso y sembrando con su actitud las más contradictorias sensaciones en el alma de su secretaria particular. Ya sentado a la mesa advirtió que no se le interrumpiese bajo ningún pretexto, contempló la vista sobre Madrid que le ofrecían los amplios ventanales del despacho y, tras una vacilación, cogió el teléfono, marcó un número y, en cuanto obtuvo contestación, se entregó a un intercambio de afectuosidades con la mujer que se encontraba al otro lado de la línea tan sólo por el placer de hacerlo y, de paso, por reiniciar la conversación abandonada a duras penas la noche anterior y ratificar ahora, en claro y a la luz del día, lo que se dijeron y acordaron en la despedida. Sí, era un día espléndido del otoño madrileño, la mejor estación del año en la capital de España.

Cuando por fin colgó el teléfono, permaneció reclinado en la amplia butaca de cuero, ante la mesa de trabajo desproporcionadamente grande, en una especie de estado de beatitud. Todo era grande en aquel despacho forrado de madera noble, y

Alumbre expresó su conformidad y reconocimiento con una detallada mirada alrededor que acabó por retirarse hasta el rincón de la memoria. Allí apareció un pequeño pueblo manchego, abrasado por el sol de verano y los fríos del invierno, en una árida llanura apenas cortada por cerros de origen volcánico. También apareció la laguna, que en el verano se desecaba creando un gran pastizal. Aparecieron figuras de su infancia pobre y sobre todas la de la maestra que le obligaba a estudiar contra el criterio de su padre y le daba caramelos a hurtadillas. Aquella mujer fue la única que creyó en la listeza y la capacidad de esfuerzo del chico y aunque no pudo hacer mucho por él en lo tocante a los estudios, descubrió en él lo que le llevaría a escapar del pueblo con lo puesto y, de la mano de un tratante de comercio al que había caído en gracia, iniciar a los veintiún años cumplidos (pues quería evitar que el padre enviase tras sus pasos a la justicia) la aventura de Madrid que lo convertiría en un potentado. Todavía recuerda el día en que regresó al pueblo a bordo de un flamante Mercedes de segunda mano que dejó a sus vecinos boquiabiertos. Para entonces ya se había llevado a la capital a un hermano y a un cuñado y sólo quedaba la pequeña en el pueblo al cuidado de los padres. El padre fingió no ver el coche y la madre le dio un apretón de brazos y tampoco hizo referencia al Mercedes. Sólo la hermana lo celebró y le asedió para que la llevase a dar una vuelta. A la noche cenaron unas migas que la madre había preparado por expreso deseo de Perfecto y luego vieron la televisión y Perfecto advirtió estupefacto que su padre contestaba al presentador del programa cuando éste se presentaba y saludaba a los televidentes. Sólo cuando vio a su padre hablando con la televisión comprendió que su hermana no podía quedar más tiempo allí o se convertiría en una oveja más del rebaño, así que se comprometió a enviar un dinero regular a una vecina para que se ocupara de ayudar en la casa porque su padre no quería saber de limosnas y se volvió a Madrid con la hermana pequeña, a la que dejó en casa de su cuñado con la otra hermana. Así se cerró el clan con el que llegaría a convertirse en propietario de inmuebles, gasolineras y fincas agrícolas de su tierra de origen.

Al mirar de nuevo alrededor y contemplar la impresionante *boiserie* del despacho dos imágenes acudieron a su mente; la primera, la del suelo de la habitación de la pensión de Madrid donde se hospedaba, cubierto de billetes de banco de mil pesetas producto de la primera transacción comercial de importancia que había logrado efectuar por sí mismo. La segunda, el campo llano hasta el infinito y enteramente cubierto del esplendoroso color lila de la flor del azafrán en septiembre, un espectáculo que lo dejó anonadado pues, a pesar de estar relativamente cerca, incluso dentro del mismo Campo de Calatrava, nunca había salido del pueblo hacia aquellas extensiones. La sensibilidad del muchacho quedó definitivamente marcada por aquella imagen, y quizá se debiera a ese estremecimiento ante la belleza, y quién sabe si a otras impresiones como aquélla,

la afición que había desarrollado por la elegancia, de la cual no tenía ni remota idea hasta que, atento y listo como era, se fue fijando e imitando la de aquellas personas que parecían poseerla. Quizá también fuera esa sensibilidad la que, al poner sus ojos en Isabel Pérez, le hizo comprender que ella no era sólo la imagen de sus deseos sino también la maestra y guía que, como aquella que lo desbastó en la infancia, necesitaba para medrar en un mundo de verdadera altura social. Por ello se propuso hacerla suya sin perder un minuto y, en su afán, no dudó un segundo en dejar de lado a la familia de manera terminante, afrontar las reticencias del clan y despedir a doña Milagros, que, práctica como era, estuvo impecable en su bien conseguido papel de mujer moderna y negoció con la misma dureza que su marido las condiciones del divorcio, y no sin ganarse antes el apoyo del hermano y de los cuñados para dejarlo todo bien atado.

Volvió a repasar con la mirada el despacho, símbolo de todo cuanto había conseguido, e imaginó a Isabel, tan elegante, entrando alegremente por la puerta para recogerlo camino de un cóctel de temporada.

A las 10:56, hora de Madrid, del día 3 de octubre de 2005, fue visible durante cuatro minutos y once segundos un eclipse anular de sol que hizo descender la temperatura de la capital 3,5 °C. Hacía 241 años que un eclipse anular no era visible desde Madrid. Los astrónomos que siguieron el fenómeno junto a millones de españoles anunciaron que no volvería a verse otro semejante hasta el año 2028. Como era un lunes, Martín lo vio desde el colegio con sus compañeros y profesores y Gabriel desde el Parque del Oeste, porque deseaba contemplarlo rodeado de naturaleza. Después, volviendo a su casa, se metió en un bar de la calle de la Princesa a desayunar un café con churros y se entretuvo en hacer cálculos sobre el próximo eclipse. Las conclusiones lo dejaron indefenso: él tendría setenta y dos años en 2028 y Martín treinta y cinco; es decir: que en la imagen se le había acercado a sólo catorce años de los que él tenía ahora, sí, pero convertido en un hombre maduro e independiente. La visión de ese nuevo e impensado Martín le aterró como si esos treinta y cinco años de edad fueran ya actuales y debiera imaginarlo como un hombre un poco más joven que él: una aberración.

Espantó la idea y trató de concentrarse en otra cosa, pero no lo consiguió. Entonces recordó la fotografía de Martín que tenía en una balda de su biblioteca, un niño guapo y adorable de seis años, y se obligó a compararlo con el que era hoy a sus doce años y la diferencia, el cambio extraordinario, saltó ante el ojo de la mente con toda crudeza. Sí, habían pasado seis años y tras esos seis años el niño encantador era ya un pequeño hombre, otra figura, otro ser; una transformación producida ante sus ojos sin que se percatara del formidable cambio operado. Seis años que se habían desvanecido sin tener conciencia de ellos, sin haberlos desmigado cuidadosamente para no perder detalle. Y en el próximo eclipse él sería un viejo lleno de achaques y su hijo alguien cercano a él en edad y autonomía. Sintió miedo y zozobra.

Sintió también el paso del tiempo como una pérdida. El tiempo no podía conservarse como se conserva, por ejemplo, un objeto cargado de recuerdos personales. El objeto sigue ahí, aunque el recuerdo pertenezca al tiempo ido. Pero el tiempo... una mirada atrás le revelaba una suerte de nada porque nada permanecía de todas sus experiencias. Quedaba la memoria, sí. La memoria es un sucedáneo de la vida que pasó, de las cosas que sucedieron, es como una nube donde se guardan las huellas de las vivencias, esas marcas etéreas, inasibles, que parecen tan fantasmales como la nube misma. La realidad es que poseímos algo que ya no poseemos: pura pérdida, pues. En el colegio se lo dejaron bien claro: *pulvis eris et in pulvis reverteris*. Una imagen terrible: emerger y por fin deshacerte de

nuevo, parece un proyecto concebido por un sádico. Y todo ese período consiste en una pérdida progresiva de tiempo, el tiempo que nos constituye es el que nos deshace, como arena entre los dedos.

Su pensamiento se había ido ensombreciendo lo mismo que el día bajo los cuatro minutos largos que duró el eclipse. La extraña sensación de que su hijo había estado a punto de alcanzarle en edad todavía le provocó algún escalofrío. ¿Qué era lo que provocaba estos nubarrones del entendimiento? Tenía muchos problemas y muchos asuntos tangibles de los que ocuparse como para andar perdiendo el tiempo en fantasías amenazadoras. Por ejemplo, resolver el problema de ubicación de su hijo. También recordó que le debía una visita a su padre, sólo lo había visto un par de veces el mes anterior, a la vuelta de las vacaciones de verano. Y tenía que poner a trabajar la cabeza para crear alguna alternativa a la serie condenada porque si el productor decidía seguir, era evidente que no contaba con él ni él aceptaría una oferta en ese sentido. La serie estaba viva tras su primera temporada y el muy estúpido del productor la había enterrado con la película y el nuevo protagonista sin comprender que mataba a la gallina de los huevos de oro. En fin, que la vida acuciaba y no podía permitirse el lujo de enredarse con la metafísica.

Pero a veces le asaltaban pensamientos extrasensoriales que circulaban por vías desconocidas de su cerebro y al tratar de identificarlos o apresarlos se escapaban hacia un abismo donde el miedo y la hondura se aliaban con la incompreensión, con la imposibilidad de abarcar el sentido de lo percibido, y todo ello lo atraía hacia una especie de vacío y de vértigo mental del que sólo era capaz de desprenderse con un angustioso esfuerzo de la voluntad.

–Pero este vacío... este vacío repentino... esta pérdida del norte... –se preguntó con pesadumbre. Y acto seguido, como si ésa fuera la raíz de su desconcierto–: ¿Sé querer a mi hijo? ¿Lo sé?

El año anterior el Gobierno de España había vuelto a manos socialistas, tras el período de oprimente mayoría absoluta del presidente Aznar, que en sus delirios de grandeza se había separado de la realidad para elevarse sobre la corteza terrestre. Era el resultado lógico de lo que puede llegar a suceder en la mente de un inspector de Hacienda de Valladolid cuando planta los pies en la mesa del tresillo del rancho del presidente de los Estados Unidos de América, es decir: en el mismísimo regazo familiar del Imperio. Más tarde, ya de regreso a España y quizá sobrado de tal campechanía, decidió enmascarar la verdad de un atentado atroz a sus súbditos, dos mil y pico de los cuales habían saltado por los aires, y su legado voló con ellos. Le sucedió un tal Zapatero, del que Antón Patriarca dijo, nada más verlo: «Un chico que ha saltado del Colegio al Partido sin cruzar por la Vida no es de recibo». Todos callaron, escandalizados, excepto el poeta Ullán, que se encontraba casualmente en el corrillo y aportó una sonrisa sibilina.

Gabriel no estaba de acuerdo, pero incluso el mismo Antón, tan descreído, reconoció que la derecha se merecía un buen rapapolvo. La vida española, a pesar del dinero que fluía a chorros, seguía soportando una derecha tradicional e inculta, resentida y reaccionaria, cuando no democrática por conveniencia, incapaz de pensar en algo que no fuera su propio interés. «Debe de ser duro –pensaba Antón– tener ya todos los cargos y prebendas distribuidos, y que te den un revolcón semejante; no me extraña que estén rabiosos.» Rabiosos estaban, sin duda, a juzgar por sus invectivas tan ciegas como despiadadas. Y para incomodidad de ambos amigos, Mario Pescador, que ya era una mala lengua de por sí, se había apuntado al bando de los periodistas encabronados con el nuevo Gobierno.

–Pues ya verás en cuanto aparezcan los turiferarios de ese Zapatero –decía Antón a Gabriel, quizá para consolarse.

–Buenas salenas cronopio cronopio –dijo Gabriel Cuneo al acercarse a la jaula del oso peligroso en el Parque del Retiro, donde había quedado citado con su amigo Antón Patriarca. La jaula del oso peligroso llevaba decenios vacía, pero seguía allí, en su sitio, y Antón llevaba un tiempo pensando en la melancolía con que el oso peligroso, en sus lejanos días de encierro, debió de observar a los madrileños bogando en barca de remos por el gran estanque.

–Buenas tardes, fama –respondió Antón–. Tregua catala espera.

La noche anterior había sido ventosa y ahora, tras la calma, el aire era transparente como una verdad y sobre la ciudad lucía en todo su esplendor ese único y clamoroso azul del cielo velazqueño. Había entrado el otoño templado y dulce propio de la estación y los viandantes paseaban distendidos por delante de la gente que se sentaba en las terrazas de los chiringuitos a contemplar su paso. Los árboles conservaban aún sus copas llenas de verdor, con la excepción de los castaños de indias, que eran los primeros en desprenderse de ellas, y los parterres exhibían los colores de los crisantemos como flores de temporada junto a la alegre variedad de las trinitarias. El aire se poblaba de voces y gritos revoloteando como mariposas y de algunas notas de música callejera. Las palomas se desplazaban en bandadas sobre las cabezas de los paseantes, los gorriones picoteaban juntos por el suelo y los mirlos rebuscaban entre el césped, los machos luciendo sus picos amarillos. Todo el lugar exhalaba el espíritu propio de la encantadora algarabía de sonidos que inundaban el vasto espacio del parque.

Los dos amigos echaron a andar hacia la plazoleta donde se alzaba la estatua del Ángel Caído. A sugerencia de Antón, se trataba de acudir a la última floración de la Rosaleda antes de resignarse a admitir la todavía lejana llegada del invierno. El ánimo de Gabriel, sin embargo, no estaba para ceremonias, pues en él se juntaban dos preocupaciones máximas: el destino inmediato de su hijo (y el no inmediato, pero ése era una constante de la que sabía que nunca se aliviaría) y la necesidad ya urgente de encontrar una salida a su falta de ingresos actual antes de tener que comerse su ahorros.

–En mi opinión –empezó a decir Antón– lo que tienes que hacer es pactar con tu ex una nueva distribución en el reparto de tu hijo, pero lo que no te conviene es quedártelo tú. Aparte de que eso sea posible o no, instalarlo en tu casa y ocuparte tú solo de él durante toda la semana dejándoselo a tu ex los fines de semana es revertir una situación que no va a hacer más que crearte problemas de todo tipo. ¿Qué vas a hacer? ¿Contratar a una empleada de hogar a tiempo completo? Eso es una pasta y además tiene que ser buena como profesional y de toda confianza en lo

personal porque es para dejarle el gobierno de la casa con todas sus consecuencias. Y luego ¿qué haces con Martín cuando tengas que salir de noche o viajar? ¿Devolvérselo a tu ex? La vida de un padre soltero es dura, muchacho. Y espera, que hay más: ¿dónde vas a meter a tus ligues?

–Mi ligue –corrigió Gabriel.

–Tu ligue. Tu María. Por ahora –confirmó Antón con algún retintín–. Pero al fin y al cabo tu ex se ha vuelto a casar, se está divorciando y supongo que planea una nueva boda; o sea, al final, siempre ayuntamientos legales. Lo tuyo, en cambio, es más propio de un tarambana. ¿Qué ejemplo le vas a dar a tu hijo?

–Es la vida –argumentó débilmente Gabriel.

–También es la vida la Iglesia católica, si vamos a eso, y no por ello vamos a misa los domingos y fiestas de guardar. ¿Por qué? Porque los dos sabemos que la Iglesia es la principal responsable del atraso cultural de España, como sostiene también Castilla del Pino, por cierto.

–Y eso ¿a qué viene ahora? –preguntó Gabriel.

–A todo, porque es una desgracia secular y no conviene que lo olvidemos.

–A ver, también ha habido casos de pederastia y no por eso vamos a culpar a la Iglesia en bloque. Además, estábamos hablando de otra cosa.

–Venga ya, pardillo. No digo yo que no haya curas bienintencionados, pero esos obispazos que los gobiernan son compendio y suma de todos los defectos que cabe atribuir al ejercicio del poder. Sí –continuó con creciente ardor– porque su reino es de este mundo y lo defienden con la más absoluta intolerancia y el más enconado cerrilismo debido a que no creen en Dios sino en sí mismos; y lo mismo te digo del Papa y de la curia romana si hace falta.

–Eh, no te embales porque nos estamos yendo del asunto.

–Está bien, muchacho, ha sido un arrebató, lo cual no quita un ápice de verdad a todo lo dicho.

–Vale. Sí. Y ahora volvamos al principio de la conversación. Estábamos en que yo tenía que contratar a una empleada de hogar.

–Lo que siempre ha sido una chacha –precisó Antón.

–Pero el problema no es encontrarla o no encontrarla; eso es sólo uno de los muchos aspectos del problema. La esencia sigue siendo si es mejor que viva conmigo o con su madre y ya me contarás la clase de educación y visión de la vida que va a tener en el hogar de Perfecto Alumbre. Dinero fácil, trapacerías a la vista, consentimiento en todo lo que le apetezca... Bastante tiene Isabel con educar al bruto del Millonetis para ocuparse también de Martín.

–Sí –consideró Antón–. Lo tendrán a qué quieres boca, le darán todos los caprichos, lo convertirán en un pequeño lord Fauntleroy, dejará de apreciar el valor del esfuerzo y la constancia, pondrá el cerebro en barbecho, se casará con una tonta

histérica bien forrada, vivirán sentados sobre las costillas de los desheredados y sobre ellas engendrarán a sus hijos...

–Para, oye, para.

–Bueno, más o menos.

–Qué angustia, joder; mira que eres agorero –dijo Gabriel; y agregó exasperado–: ¡So lúgubre!

Durante un rato caminaron en silencio.

–Estaba pensando... –empezó a decir Antón.

–No. No lo intentes.

–A mi edad es lo propio, ya no estoy para aventuras. Estaba pensando en ti, en tu trabajo, y se me acaba de ocurrir una idea luminosa.

–¿Sobre mi trabajo?

–Ah, mira, la Rosaleda. Vamos a dar una vuelta.

Gabriel le siguió, perplejo, y recorrieron el recinto donde los rosales, bien en arriates geoméricamente trazados, bien a lo largo del seto exterior que actuaba de cerramiento, estaban acotados por hileras bajas de boj, recortadas aunque con brotes, y aquí y allá la tierra aparecía invadida por malas hierbas, desgajadas y anárquicas, que daban sensación de descuido. Pero el conjunto, a la radiante luz de la tarde y con la presencia de las últimas rosas del año, la fuente central y los adornos de piedra tallada, se mostraba particularmente entrañable y acogedor. La gente entraba y salía, se inclinaba sobre los macizos, leían atentamente los letreros, las parejas se sentaban en los bordes de la fuente y los padres reprendían a los niños.

–Este lugar y el Ángel son mis favoritos –confesó Antón–. A veces me vengo al chiringuito que hay a un lado de la estatua ¿lo ves? y echo un par de cervezas o, si es domingo, un *raff*.

–Qué antiguo suena eso, un *raff*.

–Así es como se denomina. Hay retóricos que lo piden como «un cubalibre de ginebra»; qué retorcimiento ¿no te parece?

–En Asturias llegan al bar y dicen: «Ponme un cacharro».

–Sí, pero llaman cacharro a cualquier bebida fuerte con espumoso. Una ginebra con naranjada, por ejemplo.

–Vale. Antes de entrar en un tratado general de espirituosos...

–... que es uno de mis temas favoritos...

–... nos sentamos en el chiringuito, te pides lo que te apetezca y tratamos de tener una sola conversación sobre un solo tema porque no sé si estás disperso porque sí o es que querías traerme al huerto, o sea, al chiringo, y no sabías cómo embaucarme.

–Si quieres que te diga la verdad...

–No. No quiero. Lo que quiero saber es lo que ibas a decirme antes acerca de mi

trabajo.

Conversando, los dos amigos habían llegado al punto de destino, donde tomaron asiento. Un desocupado camarero se arrancó del estado de abulia en que parecía encontrarse y se dirigió a ellos con la bandeja colgando de la mano y el paño al hombro.

–¿Qué van a tomar los señores?

–Un *raff* y una caña –adelantó Gabriel. El camarero se quedó mirándolo como a una aparición.

–El señor quiere decir –intervino Antón– un cubalibre de ginebra y una caña.

El camarero pareció asimilar el pedido y todavía escamado dio media vuelta rumbo al quiosco.

–Te está bien empleado, por hacerte el listo –comentó Antón.

–Anda, dime a ver qué es eso de mi trabajo, que me abrumas –contestó Gabriel.

–Ah, sí: lo que he estado pensando. Escucha: tú tienes un talento natural para las comedias de situación y se me ha ocurrido que puesto que ahora están tan de moda ¿por qué no escribes un culebrón a la española? Espera. No te agites –dijo Antón abriendo la mano ante su amigo como barrera–. Todos los culebrones que vemos aquí, y algunos tienen trama, pero trama trama, son americanos. Y me digo yo: si esos enganchan con lo cursis y exóticos que son ¿cuánto no más engancharía un culebrón español? Hay que dar con la idea, de acuerdo, pero si das con ella te forras, entre otras cosas porque duran tantos capítulos, como doscientos o así, que ahí tiene que haber dinero ¿no crees?

Gabriel tardó un rato en reaccionar. Se sintió ofendido en lo más hondo porque en su triunfante y liquidada comedia de situación había creación de personajes; había costumbrismo, sí, pero con una mirada crítica; había amor, sí, pero no desgarros de amor, ni bebés abandonados, ni luchas por heredar una hacienda, ni...

–En fin –concluyó– que aunque no se trate de dramas excelsos de nuestro tiempo, yo trato un tema con dignidad, con categoría, con...

–¿Y quién ha dicho que no lo hagas? Oiga –se distrajo para dirigirse al camarero–, esta ginebra ya viene servida.

–Sí, señor. Lo que usted me pidió.

–No, señor. Lo correcto es traer la botella, para ver la etiqueta, y servirla aquí, en la mesa. A saber lo que viene aquí dentro –dijo señalando el vaso con la mano.

–Oiga, que esta casa no trabaja con garrafón.

–Hombre, ya sé que no me va a haber servido un cubalibre de alcohol metílico, pero lo correcto es traer la botella, así que vaya con tiento cuando le pida el próximo. ¿Y quién ha dicho que no lo hagas? –retomó la conversación aplazada con Gabriel dando la espalda al camarero, que le fulminó el cogote con una mirada asesina–. Tú sólo tienes que dar con la idea y hacer un melodrama digno. No seas despectivo, no te creas que es tan fácil hacer un buen melodrama, muchacho.

Ahora estás en alza, pero dentro de un tiempo nadie se acordará de ti. Mete una buena estocada, entra a matar. Ya imagino las críticas: por fin un culebrón a la altura de una televisión digna gracias a la pluma del talentoso Gabriel Cuneo, autor de aquella serie que se llamó *El amo de su casa*. Lo veo tan claro...

La señora Milagros, Mila en la actualidad, era oriunda del mismo pueblo que su marido pero de familia algo más elevada porque, ante el analfabetismo de los Alumbre, sus padres presumían de saber leer y escribir, aunque no practicasen ninguno de ambos conocimientos salvo en contadas ocasiones, pues ni tenían a quién escribir, por razones endogámicas ya que toda la parentela pertenecía al pueblo, ni se aplicaban a un texto escrito distinto del impreso en la cara y el reverso de las hojas del calendario anual del Mensajero del Corazón de Jesús.

Mila era un colchón contra la adversidad. Tenía apenas diecisiete años cuando el joven Perfecto se despidió de ella camino de Madrid a hacer fortuna y le prometió volver a buscarla en cuanto ganara sus primeras cien mil pesetas. La despedida la afectó pensando que caería en las redes de las mujeres de la ciudad y nunca volvería a saber de él. En cuanto a la cantidad que marcaba el retorno al pueblo para cumplir su promesa, le pareció tan fabulosa como el tesoro de El Dorado. Por su educación y la estrechez de miras que la rodeaba consideraba a la adversidad como un miembro más de la familia y se había acostumbrado a ella gracias a una innata mezcla de inteligencia y astucia que le permitía disfrutar de alguna felicidad íntima y no deteriorar su buen ánimo, un buen ánimo que ella convertiría en práctico con el paso del tiempo.

Una vez que se hubo casado con Perfecto y trasladado a Madrid, se hizo cargo de la casa, los hijos y el humor de su marido convirtiendo casa y familia en un bastión. Esto lo sabía bien Perfecto y el matrimonio se había mantenido como cosa hecha hasta el momento en que Perfecto conoció a Isabel Pérez y cayó flechado por ella. Hasta entonces, Mila había llevado con naturalidad las infidelidades de burdel de su esposo, infidelidades de las que estaba al tanto porque cada una que se producía le reportaba un regalo extraordinario, generalmente una valiosa joya o un caro capricho de vestir. Pero es que, además, había llegado a la conclusión de que la institución de la prostitución era una de las más firmes defensas del matrimonio y de la familia, cosa que la Iglesia española ya había descubierto solapadamente antes que ella en su constante dedicación al perdón de los pecados de los personajes más acomodados e influyentes del reino. Lo cual contribuyó también a que ella sintiera favorablemente sancionado su pensamiento. De resultas de todo ello los hijos crecieron en un ambiente favorable, el matrimonio se mantuvo en el cumplimiento del deber y de los deberes conyugales, que practicaban entre sí con rústico entusiasmo ya que las excentricidades quedaban reservadas al trato con las meretrices, y la fortuna se alió con los métodos un tanto gansteriles del cabeza de

familia. El clan de los Alumbre alcanzó el éxito económico a falta del social. Entonces fue cuando la señora Milagros decidió llamarse Mila.

Mila no tenía un pelo de tonta. Sabía que su cambio de *look* no iba a modificar sustancialmente su vida, salvo en un aspecto. Cuando Perfecto se reunía con la gente de su entorno (otros habrían dicho calaña) los hombres solían aparecer con mujeres despampanantes veinte años más jóvenes que ellos; porque sus esposas, incapaces de quitarse el pelo de la dehesa y participar de sus conversaciones, no sólo no resistían la comparación sino que los avergonzaban con su aspecto tocinero, no menor que el de ellos, por otra parte, pues como dice el refrán: «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda». Pero ellos tenían el dinero y o bien tomaban querida o bien se divorciaban y se casaban de nuevo. Mila, en cuanto vio el panorama, exigió acompañar a Perfecto a sus fiestas y como éste, además de estar muy agradecido, sentía dependencia de ella, aceptó; y comprobó que Mila ni se cortaba ni desentonaba, aceptaba con naturalidad a las jóvenes despampanantes e incluso se convertía en la confidente de algunas de ellas. Perfecto, en el fondo, admiraba a Mila.

Con los hijos ya encarrilados, ella empezaba a preguntarse qué tipo de vida le depararía el futuro cuando Isabel Pérez se cruzó fortuitamente en sus vidas. Mila no necesitó más que una primera impresión para darse cuenta de que había aparecido una enemiga formidable contra la que no disponía de armas efectivas. De una parte, los hijos ya no formaban parte del hogar pues se habían independizado o estudiaban lejos; su peso en el reino familiar era esporádico, de la misma manera que la importancia real de aquél para Perfecto: el hogar eran sólo ellos dos. De otra parte, reconoció en Isabel de inmediato el refinamiento social que Perfecto anhelaba y que Mila no podía darle. De modo que luchó, sí, pero apenas vio que ya las primeras escaramuzas la dañaban sólo a ella porque el final era inevitable, al menos mientras durase la fiebre de su marido, con su admirable sentido práctico entendió que su única línea de defensa era sacar la mayor tajada posible de la situación.

Perfecto, que se sentía muy obligado con ella, ni siquiera regateó y aceptando el argumento hábilmente planteado por Mila de que finalmente todo iría a parar a los hijos, la dejó con la mitad de su fortuna e incluso se ofreció para asesorarla en el manejo de la parte que le correspondía, lo que ella rechazó no porque no confiara en su buen instinto (y en sus eficaces aunque dudosos métodos) sino por dignidad e independencia. Cuando la separación de cuerpos, además de la de bienes, se consumó, Mila se quedó pensando que ahora Perfecto se quedaba sin su principal sostén y con las espaldas descubiertas a una mujer que sólo buscaba el brillo de su dinero a cambio de unas lecciones de modales y de la relación sexual con una puta fina, ante lo cual concluyó con un «Ya te arrepentirás» que escondía un fondo de desconsuelo y una más que probable realidad que de todos modos la hería en su

orgullo. Pero una vez finalizado el asunto, su preocupación era qué hacer, a su edad y en sus circunstancias, con su vida. Era una mujer entrada en años y moderadamente en carnes, vestida y decorada con el dudoso *look* de clase media adinerada, y lucía como mayores encantos una franqueza que desarmaba, unos ojos grandes y negros realmente deslumbradores y un punto de desparpajo insinuante adquirido con dolor que, en su conjunto, le daban un aspecto bastante interesante.

O por lo menos eso le pareció a Antón Patriarca, que nunca la había visto antes, cuando se la encontró almorzando sola en una cafetería del centro cercana al Ministerio de Defensa, una cafetería a la que él siempre se acercaba a la salida del trabajo (por llamarlo de alguna manera) para atizarse la primera copa del día.

La situación en que se encontraba Martín era un tanto delicada. Seguía viviendo con su madre, que se había trasladado a un apartamento de lujo en un conocido edificio de la ciudad. Isabel también se había llevado a la interna y a una *nanny*, que cuidaba del más pequeño. Todo lo cual creaba un importante desorden a pesar de las apariencias porque ella, a su vez, tenía que estar pendiente de Perfecto, quien le aportaba la vida galante que ella deseaba. En bastantes ocasiones Isabel ni siquiera dormía en el apartamento. El desorden dejaba a Martín bastante desamparado, de lo cual el chico se quejó a su manera, y lo dejaba traslucir. El desorden también era origen de ligeras desavenencias entre la *nanny* y la criada.

Esta situación sólo traía desasosiego al alma de Gabriel y la queja de su hijo le tenía conmovido. Como buen imaginador de escenas a causa de su oficio, se representó a Martín tratando de hacer sus deberes mientras masticaba su soledad esperando la aparición de una madre que faltaba de su hogar noches enteras. Todo lo que venía sucediendo desde que Isabel saltara inesperadamente a los brazos de Perfecto Alumbre le parecía producto de un desquiciamiento total no sólo de sus vidas sino del mundo en general. ¿Dónde estaban los héroes, las ilusiones e, incluso, las nieves de antaño? Todo andaba manga por hombro, los delincuentes triunfaban, los mentirosos eran creídos, la aparente riqueza del país había condenado la solidaridad al olvido y la vida social era una carrera para trepar y subir a costa de quien fuera, el exhibicionismo y la impudicia colocaban bajo los focos de la fama a ejemplos de inutilidad e ignorancia manifiesta, la inmoralidad se consideraba un medio natural de medro, los políticos habían dejado de pensar por sí mismos y sólo pensaban lo que les decían las encuestas, la bronca cotidiana se había revelado como una eficaz arma de destrucción del adversario, la mentira repetida se convertía en verdad y los fines justificaban los medios.

Cuando pensaba en todo esto, Gabriel se sentía aturdido. Unos años atrás se habría sentido indignado, habría reaccionado con cólera, pero ahora sólo se sentía aturdido, como si el ruido del mundo hubiera creado un acúfeno ambiental que ensordeciera por igual a todos los hombres y mujeres del Occidente cristiano. El aturdimiento entraña confusión, debilidad y extrañeza e incapacita para reaccionar; al menos para reaccionar con un mínimo de claridad mental.

Pero ahora lo más urgente era sacar a Martín de aquel embrollo y la única manera que se le ocurría de hacerlo era hablar con Isabel e intentar convencerla de que consintiera en dejarlo a su cuidado, al menos hasta que la situación se clarificase. En estos momentos, para ella los dos niños eran una molestia porque no podía irse a vivir con ellos y con Perfecto bajo el mismo techo, ya que si el divorcio

de este último era un hecho, Gonzalo de Laus aún no había aceptado el suyo. Que Gonzalo estaba tocado era evidente, y por partida doble: por su implicación en el escándalo financiero del Banco de Negocios y por la infidelidad de su mujer. La confluencia de ambos sucesos, la publicidad del primero en los medios de comunicación y la del segundo en su entorno social le habían dejado con la autoestima por los suelos y respiraba por la herida. Normalmente, dado su carácter frío, habría sabido sobreponerse al golpe y pensar con la misma frialdad que se le atribuía, pero ésta no era tal. La frialdad de Gonzalo ocultaba una inseguridad revanchista producto de su origen: hijo único del propietario de una modesta tienda de ultramarinos del barrio de Retiro, había pasado de estudiar en la escuela pública y ayudar a la familia como mozo de almacén en el tiempo libre que le dejaban los estudios a cursar Sociología, donde destacó por su capacidad para ganarse la protección de algunos de sus profesores, acostumbrado como estaba a acatar la autoridad sin cuestionarla formalmente, según lo practicara con su despótico padre. Y esa misma capacidad era la que lo había ayudado a trepar por la escala social desde que consiguiera un puesto de asesor en la sección de atención al cliente del Banco hasta que algún directivo empezó a valorar la capacidad de aquel joven para originar análisis de comportamiento que lo llevaron a la sección de recursos humanos, donde asentó un prestigio que lo elevó hasta la planta noble de la central. En esta escalada, apoyado en una indiscutible buena formación, pues había sido un estudiante constante y aplicado al que lo empujaba su ansiedad por salir del asfixiante círculo burgués en el que había crecido, desarrolló una despiadada capacidad de tomar decisiones que sólo una persona tan astuta como Isabel fue capaz de atribuir al encubrimiento de su inseguridad básica. Cuando lo conoció, Gonzalo era ya un personaje prominente y ella una profesional divorciada que buscaba una oportunidad para olvidar su pasado más progresista, una oportunidad que la vida no le acababa de conceder, en su opinión, por el hecho de ser mujer. De modo que se subió al carro de un Gonzalo en pleno ascenso y empezó por fin a disfrutar de una situación verdaderamente acomodada. Era una mujer de su tiempo, atenta a la realidad, con ideas propias y una buena formación: justo lo que Gonzalo estaba dispuesto a apreciar.

De entonces acá –pensaba Gabriel– había demostrado con creces lo certero de su elección. La antigua joven desinhibida, libre y abierta a nuevas experiencias que vestía sin complejos como una combativa oruga politizada se había transformado en una mariposa de bellos colores y airoso vuelo que lucía sus galas con una elegancia producto de su excelente capacidad de observación y adaptación al medio y que había desarrollado ese don que tienen contadas mujeres, generalmente a causa de su elegante educación, de hacer sentirse interesantes y únicos a los hombres con los que trataban. En su caso, la educación no era la adecuada, pero sí

su infalible instinto para distinguir entre atención y seducción. Y así había conseguido nublar la razón y derretir el corazón de Perfecto Alumbre.

Posiblemente sin quererlo –pensaba a veces Gabriel–, sólo por naturaleza, como el caso del escorpión que convenció a la rana de que lo transportara al otro lado del río. Pero Gabriel todavía sentía debilidad por Isabel y se resistía a reconocer en ella una arteria que hubiese puesto en cuestión los años en los que se amaron. Gonzalo, en cambio, herido en su amor propio, pensaba lo peor de ella y ése era el motivo de que el divorcio no acabara de cuajar; el sociólogo se estaba vengando y, al mismo tiempo, abrumado por la situación en que se había colocado y la amenaza de cárcel, sentía una suerte de amor-odio hacia ella que lo inhabilitaba para ver las cosas con claridad; para ver, sobre todo, que estaba ciego por su propia inseguridad, que Isabel conocía muy bien y sobre la que pensaba actuar para conseguir un trato definitivo, aunque aparentemente cediera mucho terreno al adversario. El único problema era el hijo en común, del que ninguno de los cónyuges se sentía capaz de hacerse cargo, aunque ella se lo llevó a su apartamento por pura responsabilidad maternal. El rencor, en Gonzalo, se situó por encima de la paternidad.

Gabriel preparaba su estrategia contando con que la agitada vida de Isabel, presa de tan diversos compromisos, sería un factor a su favor si le proponía hacerse cargo de Martín e invertir los términos del acuerdo: la semana con él y el fin de semana con ella. Al fin y al cabo la libraba de una responsabilidad atadora y al mismo tiempo no dejaba de ver al chico con regularidad; porque lo cierto era que Isabel tenía que atender a un Perfecto que la necesitaba constantemente y que había dejado a su mujer y a sus hijos por ella.

Pero había que atar cabos. Si él no encontraba pronto una fuente de ingresos, el mantenimiento de Martín podía volverse especialmente gravoso. Además, él quería tenerlo consigo para compartir su vida (y ahí las compañías hipotéticas y la compañía real que era María podrían constituir un obstáculo), lo cual significaba dedicación, una dedicación a la que no lo había acostumbrado su vida de soltero, un orden de vida, un tiempo que restar a su trabajo. Gabriel era un hombre disciplinado, pero acostumbrado de un tiempo a esta parte a organizarse la vida a voluntad. La disciplina le permitía trabajar a pleno rendimiento, pero la molicie y la vida de soltero tendrían que cambiar radicalmente, y empezó a sentir miedo.

Uno de esos días marcados por la duda se acercó a ver a su padre a la residencia, con la habitual mala conciencia de no hacerlo más a menudo, y una vez más acabó deprimido en la barra del Simon's, dispuesto a cenar un cubalibre y una ración de panchitos. Entonces recordó aquella expresión de la tierra paterna que dice que un hombre lo es porque saca adelante a sus hijos antes que por cualquier otra razón y la imagen del padre dejándose la vida de la mañana a la noche por alimentarlos a él y a sus hermanos, vestirlos y educarlos, se le vino a los ojos y tuvo que esconder las lágrimas de la mirada del camarero. Sí, él sacaría adelante a Martín aunque

tuviera que renunciar a cuanto hiciera falta. Por su padre, por Martín y por él mismo.

Mario Pescador vivía momentos de gloria. Su dedicación a participar e informar de la trivialidad sustancial de la gente famosa, que le había ido otorgando una progresiva popularidad con apariciones en radio y televisión, estaba tomando nuevo rumbo y ampliando su campo de acción hacia terrenos más comprometidos, como el de la política. Junto a sus picantes reportajes de gente guapa o de guapos advenedizos aparecía ahora una columna dedicada a glosar los dislates reales e inventados del Gobierno socialista ya que, debido a la reciente pérdida de las elecciones por la mayoría conservadora a causa de la flagrante mentira en que fue pillado el presidente del Gobierno anterior sobre los atentados que reventaron varios trenes de cercanías en Madrid, con el resultado de casi doscientos muertos y un número muy superior de heridos, hervía un resentimiento conservador tan fuerte que cualquier medio de comunicación dispuesto a disparar indiscriminadamente contra el nuevo Gobierno salido de las urnas tenía la parroquia asegurada y, por lo tanto, allí afluía el dinero.

El resentimiento llegó a tal grado que alimentarlo se convirtió en un negocio, y al calor de ese fuego prendió una teoría conspirativa e interesada en desacreditar el legítimo resultado de las elecciones que metía, con afirmaciones no probadas e insinuaciones maliciosas, al propio partido en el poder y a la organización terrorista ETA en el mismo paquete tratando de sugerir la idea de que ambos eran los autores reales del atentado. Y a Mario Pescador, que se movía como un pez en aguas turbias, le faltó tiempo para comprender que ahí estaban tanto el dinero fresco como una honorabilidad aparente que la crónica del mundo insustancial de los famosos no le concedía.

El escándalo del Banco Castellano de Negocios participaba más del mundo de los recién llegados a la riqueza que de la política, pero al tratarse de Banca, la política no era ajena. El escándalo, por tanto, era una perita en dulce para Mario Pescador, que con él podía reunir las que ahora eran sus dos dedicaciones profesionales, el chismorreo y el análisis político, en una sola; en consecuencia, se convirtió en el más punzante de los periodistas que se encargaron de seguir el caso, su fama empezó a crecer y su pluma a cotizar al alza entre un público que lo único que deseaba era que le contasen lo que quería oír. Así comenzaron sus días de gloria y así comenzó a codearse con gente de la que anteriormente sólo podía esperar un saludo que lo colocaba a la distancia debida. Por fin, el cronista de sociedad dejaba de ser un *parvenu* entre la clase alta, política y financiera, que consentía en aceptarlo. Mario Pescador vivía momentos de gloria. Al fin y al cabo, la maledicencia se había convertido en el deporte nacional, en el alimento de las

masas. La televisión, las revistas, la prensa diaria... todos se habían volcado en convertir lo privado en público con escarnio, e incluso en difamar si salía al paso. Si la buena fama del otro se podía dinamitar, toda alma miserable se apresuraba a hacerlo como quien borra en un espejo la imagen que le mortifica y le recuerda su miseria moral. El nuevo periodismo era la gallina de los huevos de oro de todos los advenedizos e inmorales reciclados en periodistas y comentaristas de la vida actual. Y mucha gente, a su vez, en su afán de figurar, se dejaba maltratar y escarnecer con gusto a cambio de un fajo de billetes.

Todo ambicioso ha de saber calcular cuándo debe poner el pie en el siguiente escalón. Un paso en falso puede desequilibrarlo e incluso devolverlo al pie de la escalera y cuanto mayor sea el estrépito del tropezón, mayores las consecuencias del error cometido.

Mario era un hombre de doblez, alimentado en la cocina de los sentimientos mezquinos, y nunca se arriesgaría a actuar con verdadero impulso sino taimadamente. Pero esta vez tenía carne donde morder y el placer de hacer daño le estaba haciendo salivar. Como buen resentido social no buscaba una victoria sino una humillación y ahora que la tenía ante sus ojos no estaba dispuesto a privarse de ella.

Por eso un día de primeros de octubre citó a Gabriel Cuneo en uno de los restaurantes favoritos de éste, un pequeño, encantador y cordial local de aire francés, escondido al fondo de un callejón ajardinado, pintado en azul y decorado con un buen gusto, sencillez e intimidad verdaderamente acogedores, llamado Sacha, para tener una conversación –dijo– sobre asuntos que concernían a ambos. Era un local de cocina galaico-catalana con las paredes cubiertas de cuadros y dibujos que combinaban tradición y modernidad con la misma exquisitez que lo hacía la inventiva culinaria de su dueño.

–Ante todo –empezó a decir Mario cuando hubieron encargado el almuerzo– quiero saber qué estás haciendo después de tu exitosa *El hombre de la casa*, que, por cierto, vaya pifiazo el de la película ¿no? El productor está que echa las muelas y encima el prota se le ha escapado a México a rodar con no sé qué director de dudosa sexualidad. Así aprenderá a no ser tan prepotente.

–No tenía ni idea, y la verdad es que me importa un pito tanto si se lo tiran como si lo dejan tirado.

–Ay, jaa, jaa, jaa –rió animadamente Mario haciendo temblar su labio inferior–. Cuanta más mala leche, más gracioso eres.

Gabriel sonrió a su pesar. No estaba cómodo.

–El que le ha retirado el saludo es Perfecto Alumbre. No sabe bien el enemigo que se ha buscado, pero, claro ¿para qué aceptas meter en el proyecto a un gánster como ése? Si todo va bien, te sacará las tripas, en ésta o en la próxima ocasión; y si va mal... si va mal no te quiero decir lo que es jugar con el dinero de ese pájaro. Yo

creo que Alumbre quería abrir el campo y beneficiarse a alguna actriz o a alguna *starlette*, en fin, lo que cayera siempre que fuera de la farándula. Lo mismo le parten las piernas el día menos pensado.

–¿A quién? ¿Al productor?

–No sería la primera vez que ocurre. En el mundo del petróleo, sin ir más lejos...

Mario se deleitó contando a Gabriel un par de anécdotas sobre personas que trataron de entrar por su cuenta en el negocio del crudo y, viendo el gesto horrorizado del otro, sonrió satisfecho.

–Tú no conoces a Alumbre ¿verdad? –preguntó Mario.

–Pues no, la verdad es que no –respondió Gabriel con cautela.

–Yo sí, muy bien. Es de mi tierra. Un perfecto hijo de puta hecho a sí mismo; el nombre le va que ni pintado.

–Bueno –dijo Gabriel restando importancia al asunto–, estas fortunas repentinas y extraordinarias ya se sabe que no se hacen de la noche a la mañana sin mediar juego sucio.

–¿Juego sucio? Desde luego, Gabriel, eres encantador. ¡Juego sucio, dice! Por Dios... ¿Qué te parece si te dijera que también ha estado metido en el asunto del Banco Castellano?

–¿Alumbre? Pero si él no tiene nada que ver...

–Al contrario, querido. Tiene mucho que ver –Mario se echó para atrás, como si se dispusiera a contemplar el efecto que su confidencia fuera a causar en Gabriel–. Alumbre es accionista minoritario, pero accionista. Él se habría puesto de acuerdo con el presidente si con ello tuviera algo que ganar; pero resulta que ganaba más poniéndose en su contra. El apoyo de Alumbre, y la información que éste compró y entregó a la familia Valvanera, que como sabes es la más importante de entre las que poseen acciones en el Banco, han sido decisivos para desmontar la operación que planeaban el presidente, su adjunto y Gonzalo de Laus para hacerse con la entidad y convertir a los demás en meros comparsas. Y a fe que han estado a punto de conseguirlo –siguió hablando sin detenerse en cuanto vio en la expresión de su cara que Gabriel había mordido el anzuelo–, con lo que eso habría supuesto de vuelco a la imagen del Banco. Porque te diré que el adjunto es un verdadero lince en lo que se conoce como ingeniería financiera. Hay quien dice que lo que pretendían era vaciar el Banco, y yo no digo que no aunque prefiero pensar que preferían hacerse con él y operar desde ahí. ¿Vaciarlo? ¿Para qué? Aunque ya me gustaría ver sus cuentas personales. Nada de eso ha salido a la luz aún, pero saldrá, no te quepa duda...

–¿Gonzalo de Laus? –le interrumpió Gabriel como en trance.

–Gonzalo de Laus –confirmó Mario.

–Pero... –insistió Gabriel– él no es un pez gordo del Banco ni nada por el estilo.

–Hombre, no sé lo que entiendes tú por pez gordo. Hasta donde yo sé, que no es mucho –se apresuró a añadir–, está lo que se dice en el ojo del huracán. Y ahí ha metido también la nariz un abogado poco escrupuloso llamado Perea, aunque –mintió– no sé cómo ni de qué manera.

–¿Perea? ¿Un abogado llamado Perea? –el sobresalto de Gabriel era visible.

–Eso tengo entendido. ¿Por qué? ¿Lo conoces?

–No. Para nada. Creo que he oído hablar de él a alguien –Gabriel se dominaba a duras penas y, en todo caso, su turbación era perfectamente visible para Pescador; no así la maliciosa y bien escondida satisfacción del periodista para Gabriel–. No recuerdo a quién.

–De alguna manera está relacionado con Gonzalo de Laus. Y no me gustaría estar en la piel de quien hubiese tenido tratos con él, porque se dice... en fin...

–¿Qué se dice? –preguntó Gabriel con un punto de brusquedad en la voz.

–Se dice que el tal Perea es el supuesto autor de una filtración de documentos comprometedores para los Valvanera. De hecho, el presidente creía tenerlos agarrados por los cojones con ellos.

–¿Un chantaje?

–Algo parecido. Lo malo es que el presidente y los suyos estaban en las mismas y hay quien dice que alguien intervino para comprar a Perea y proteger no se sabe a quién filtrando todo el complot a Luis Valvanera, que se ha movido como un rayo.

–Perfecto Alumbre –murmuró Gabriel para sí, instintivamente.

–Ya –comentó Pescador–. Y me pregunto quién sería ese sujeto, porque de ser alguien que se beneficia de la operación de contraataque de los Valvanera estoy seguro de que no tardará en salir a la luz, ya sabes, lo mismo que abren las flores.

El rostro de Gabriel exhibía una manifiesta preocupación.

–La pregunta es –dijo Mario–: ¿Se enteró Alumbre de la conspiración por Perea? Yo creo a Perea perfectamente capaz de jugar a dos bandas. ¿O sería por medio de una tercera persona? El misterioso señor Quién. ¿Tú qué opinas?

–Yo opino que no tengo ni idea –contestó secamente Cuneo.

El escritor de novela negra, que era hombre muy sentido a pesar de su oficio, ni siquiera había conseguido empezar a digerir el intragable plato de sobras y desperdicios que supuso resignarse al abandono por parte de la rubia de sus sueños, cuando recibió el golpe moral de descubrir que le había dejado para echarse en los brazos de una rata de alcantarilla, un sucio y rastrero periodista que se decía amigo suyo, el tal Mario Pescador.

Durante días y días anduvo perdido ahogando sus penas en alcohol y durmiendo a trompicones, prácticamente sin comer nada sólido, llorando como una Magdalena y sintiendo una intensa compasión por sí mismo. La naturaleza, sin embargo, acabó imponiéndose a la psique y paso a paso, subrepticamente, se fue abriendo camino en su mente la idea de la venganza. Pero ¿cómo podía vengarse él sin acudir a los expeditivos métodos que utilizaban los personajes de sus novelas?

Este dilema ocupó su cabeza de manera febril durante una semana entera, al cabo de la cual pudo gritar: ¡Eureka!

El escritor de novela negra se duchó por fin, se afeitó, sacó ropa limpia del armario, salió a la calle, se cortó el pelo en la peluquería de la esquina, se fue a dar un buen paseo por el barrio, compró el periódico, que leyó tranquilamente sentado en un bar mientras desayunaba unos huevos fritos con beicon, café con leche y zumo de naranja natural, y regresó a su piso, donde la asistenta estuvo a punto de no reconocerlo y agredirle con la mopa.

–Es que después de estar hecho un guarro, y la casa igual, que yo es que he estado a puntito, lo que se dice a puntito de mandarle a tomar por saco, ahora me viene usted con estas pintas y una no está acostumbrada a estos cambios; a ver qué me voy a encontrar cuando venga el próximo día –protestó la mujer, aliviada sin embargo de verlo de nuevo vestido de persona humana.

El escritor se disculpó con toda clase de zalamerías, le regaló un reloj despertador que le habían enviado de un programa de radio como compensación a una intervención en directo tiempo atrás, y hasta se puso a ordenar sus cosas para impresionarla. La asistenta le observaba con evidentes restos de recelo, en especial hacia la cordialidad que él le demostraba generosamente para hacerse perdonar. Por fin, ella terminó su faena, se vistió de calle y se despidió de su patrón advirtiéndole de los peligros de dejarse llevar por la dejadez y la vagancia.

–Sinvergüenza, que es usted un sinvergüenza –dijo al despedirse, en la puerta, con un guiño cómplice.

Frotándose las manos de gusto, admiró la limpieza y pulcritud de su apartamento, recogió su paquete de cigarrillos mentolados y el mechero Dupont

plateado, los dejó en su mesa de trabajo junto con un cenicero limpio, pasó a la cocina a servirse un *bourbon* con un solo hielo, plantó el trasero en la silla giratoria y se enfrentó a la mesa haciendo chascar los dedos de los huesos, como tenía por costumbre antes de empezar a escribir.

Abrió el ordenador, y cuando la pantalla se puso a su disposición, empezó a teclear a toda página:

CIEGA VIOLENCIA.

Una novela de

Justo Paleta

No sé por qué voy a ver a mi padre, esto es puro masoquismo. Hoy tampoco me ha reconocido y, además, ha estado antipático, como si deseara hacerme pagar por algo, no sé qué pueda ser, porque no rige. Es impresionante que tu propio padre no te reconozca. –Mire, mire quién ha venido a verle, Virgilio –ha dicho la enfermera con su vocecita compasiva. Mi padre me ha mirado como quien mira a un extraño. –¿Y tú quién eres? –ha dicho al fin, pero sin interés porque de inmediato ha desviado la vista. El hombre que se ha quitado el pan de la boca para dártelo a ti, que se ha deslomado para ofreceros a ti y a tus hermanos lo que él nunca tuvo, no te reconoce, no sabe quién eres, prefiere volver la cabeza para seguir el vuelo de un pájaro de una rama a otra. De repente se me saltaron las lágrimas al vivir esta escena y se me vuelven a saltar ahora, en el tren de vuelta, al recordarlo, maldita sea mi estampa. Lo más curioso es que no pensaba en mí en esos momentos, es decir: en que a mí me ocurrirá lo mismo o algo parecido cuando pegue el viejazo; no, pensaba en Martín; de repente me imaginé allá lejos en el tiempo a un Martín viejo y con la cabeza perdida y sentí una pena horrible y un deseo aún mayor de protegerlo y acariciarlo como estaba haciendo con mi padre, que es el único estímulo al que reacciona con una especie de sonrisa boba. Supongo que debería ser más maduro y preocuparme por mí, pero el caso es que yo no tengo miedo alguno por mí, por mal que me vaya, y en cambio temo constantemente por Martín pensando qué será de él, pensando si se casará y será feliz en su matrimonio o si se separará y sufrirá lejos de sus hijos, al volver a casa solo cada noche; si sabrá escapar de gente como el puto productor de mi serie o lo atraparán y explotarán de mala manera; si tendrá un techo donde cobijarse al final de su vida; si acabará siendo un mediocre escondido o un luchador; si será una persona honrada y decente en un mundo de lobos sin escrúpulos y lo pagará convertido en un frustrado... No sé por qué siempre pienso lo peor, supongo que tengo miedo por él, que soy sobreprotector y no puedo evitarlo porque le voy siguiendo paso a paso, del bebé al niño, del niño al preadolescente que empieza a ser, de su natural encantador y generoso a una adolescencia incierta... Pero soy un agonías y, sobre todo, un desconfiado. –Papá, ten confianza en mí. Me lo dijo, por primera vez, cuando tuve que dejarlo en casa solo, mientras le martirizaba con toda clase de peligros y precauciones: –No juegues con las cerillas, no abras la puerta a nadie... Yo tengo confianza en mí, por eso no pienso de mí con miedo sino con confianza, en los malos y en los buenos tiempos. ¿Acaso soy el único que se siente seguro? Mi inseguridad es Martín, eso es, deja ya de engañarte con tu amor de padre, pura sobreprotección. Tengo que confiar en él, tengo que ir cediendo confianza de la misma manera que se lanza el sedal al río y

luego lo vas recogiendo lentamente, lentamente, hasta que el pez muerde el anzuelo. A veces se escapa, otras queda bien enganchado y sólo es cuestión de traerlo a la orilla con la mayor suavidad. Martín no es el pez ni yo el pescador, pero la paciencia y la habilidad sí que son necesarias porque no se trata de atraparlo sino justamente de lo contrario: de darle alas. ¿Qué clase de amor es éste que si es lúcido y verdadero tiene como fin alejar al ser querido, separarte de él? Porque los chicos crecen y se van y hay que amarlos y proveerlos de todo lo que necesitan para el gran viaje, pero el vínculo permanece, es indestructible y hasta el último día de mi vida en la tierra temeré por él. Ahora me ocupo del abuelo y del nieto, del abuelo vencido por la senilidad abismal y del nieto que nada hacia la superficie y la luz.

Bien, ya estamos llegando a Atocha, apenas ha pasado un año y pico desde que esos enfermos reventaron los trenes con toda la gente dentro, trenes como éste. Pensamientos sombríos. La vida está llena de gente cruel y codiciosa y entre ellos se esconden los buenos amigos que yo le deseo a Martín porque, al fin y al cabo, la buena gente es el premio para las personas decentes como quiero que él sea. Tengo que aprender a confiar en él, darle carrete sin miedo a que caiga, ayudándolo a levantarse, ahora, justo ahora, ésa ha de ser la verdadera protección, la verdadera enseñanza, ahora que puedo, ahora que es el momento. No hay premio sin esfuerzo: la gratuidad es un veneno para el alma. El mundo es voluntad, la vida es voluntad, la frustración o el desfallecimiento son yunques donde la voluntad se forja para ayudarnos a salir adelante. Sí: la felicidad consiste en merecerse la felicidad. Repítelo mil veces. Hemos llegado.

Mila no perdió un minuto de su tiempo en explicarse el súbito interés que había despertado en aquel tipo vestido de oficinista medio, de traje gris y corbata recién aflojada colgando bajo el cuello desabrochado de una camisa blanca, que la observaba sin disimulo, instalado en la barra ante un cubalibre. Tenía todo el aspecto de haber salido de un trabajo que no le reportaba satisfacción, lo que justificaba la copa que tenía ante sí. Era un hombre alto y desgarrado, pero atractivo, con el pelo revuelto –posiblemente a la vez se soltó la corbata–, ojos claros, nariz ganchuda, mandíbula prominente y labios afilados, pero sensuales. El pelo mostraba además dos profundas entradas que completaban su imagen de maduro atractivamente descuidado. El tipo no le quitaba los ojos de encima y Mila, que comprendió que buscaba una excusa para acercarse y no atinaba a dar con ella, extrajo un cigarrillo de su bolso y se puso a mirar alrededor con gesto inocente. Tal como supuso, al hombre le faltó tiempo para acercarse a su mesa.

–¿Me permite? –preguntó a la vez que ofrecía su mechero encendido.

–Con mucho gusto, caballero –contestó ella desplegando una sonrisa acogedora.

Al poco rato lo tenía prendido de sus hermosos ojos negros, los mismos que en su juventud conquistaron el corazón del joven Perfecto Alumbre.

Antón Patriarca tenía labia y modales. Por las mañanas se presentaba pulcro y repeinado en el Ministerio, pero a lo largo de la jornada iba desviando su imagen de administrativo hacia una postura de desaliño que le hacía desmerecer ante sus superiores y compañeros más convencionales, pero que cautivaba a sus colegas femeninas, tanto a las veteranas como a las de mediana edad; lo cual, unido a su buena disposición, un generoso sentido del humor y un último aire de melancólica tristeza hacía que lo considerasen un romántico trasnochado, un incurable. Ese punto entre la sonrisa noble y la melancolía era el que había llamado la atención de Mila, el que la había predispuesto a favor de entablar conversación con el desconocido. Una conversación bastante amena porque Antón lo era de por sí y Mila no se quedaba atrás, de modo que la conexión se hizo fácil y sencilla.

Si Gabriel no concertó una entrevista inmediata con Isabel para tratar del futuro de Martín no fue porque decidiera esperar a ver qué sucedía con su divorcio de Gonzalo, que amenazaba con alargarse hasta donde llegara el resentimiento del sociólogo, ni tampoco por esperar a ver si se iba a vivir con el Millonetis, sino porque de pronto se le vino a la cabeza, junto con el título, una historia con tales posibilidades melodramáticas que empezó, de una parte, a esbozar con urgencia una extensa y enredada sinopsis y, de otra, a negociar con productoras de televisión la entrega de un culebrón de padre y muy señor mío que se llamaría –ya estaba viendo los títulos de crédito– *Vencida de amor*: un dramón protagonizado por una desdeñosa mujer de alcurnia y en muy buena posición económica que se ve arrastrada por una pasión innoble a una serie de situaciones de la más baja y humillante condición y a la que sólo un viejo amor despreciado será capaz de salvar de la ignominia.

–Ya. Y se llamará Isabel ¿no? –comentó Antón Patriarca con sorna.

Gabriel hizo oídos sordos al malicioso comentario, le robó horas al sueño para trabajar a destajo y en una semana tuvo listo el tratamiento. Un director a cuyas órdenes había trabajado tiempo atrás, Marciano Escudero, que actualmente se dedicaba a la producción con bastante buena fortuna y que además se ocupaba de importar seriales brasileños para todo el mundo, se interesó inmediatamente por el proyecto, le firmó un precontrato y le encargó que empezase con el primer capítulo el mismo día de la firma. Gabriel le paseó el contrato por la cara a su amigo Patriarca y se puso manos a la obra con el mayor optimismo. En el fondo alimentaba también cierto deseo de venganza. «Un culebrón español –se decía–. Esto va a hacer época.»

Por eso no captó las llamadas de auxilio de Martín hasta el día en que, al ir a devolverlo a casa de Isabel, éste opuso una inesperada resistencia. En principio, Gabriel creyó que se trataba de un capricho o una rabieta, poco habituales en él, pero de pronto leyó en el rostro compungido del muchacho una suerte de súplica que lo dejó angustiado. Sí, porque, en realidad, no había en él ningún rechazo a la madre, como en seguida pudo comprobar, sino una resistencia a seguir adelante con el modo de vida que dos adultos le habían impuesto por comodidad –eso tampoco entraba en su reproche, pero fue lo que Gabriel captó al vuelo– y olvidando por completo los sentimientos del chico y su ineludible necesidad de sentirse acogido en lo que él pudiera llamar tierra propia; es decir: la continuidad de un verdadero hogar. Entonces trató de animarle, pero, sobre todo, le hizo la firme promesa de ocuparse sin más dilación del problema que lo atormentaba.

–Tú tranquilo –le dijo– que tu padre se va a ocupar de arreglar esto.

De manera que Gabriel, armándose de valor, citó a Isabel y le expuso la situación y el estado de ánimo que afectaban a Martín. Esperaba una reacción encorizada de Isabel y se quedó más bien perplejo cuando ella reconoció que, en efecto, la vida de Martín no era la adecuada para un chico de su edad. Necesitaba alguna fijeza y lo malo era que ni ella ni Gabriel estaban en disposición de dársela, por lo que habría que arbitrar un sistema que le ofreciera estabilidad y ella ya lo tenía pensado e incluso hablado con Alumbre: Martín iría a un internado inglés durante el curso; es verdad que éste ya había comenzado, pero ella contaba con relaciones suficientes en el Reino Unido para conseguirle una plaza; como venía estudiando inglés desde los diez años no le costaría mucho adaptarse y, al mismo tiempo, empezaría a ver la vida de otro modo que bajo el mímico continuo. Por supuesto, ella iría a visitarlo una vez al mes o quizá más porque, al fin y al cabo, un fin de semana en Inglaterra siempre es apetecible. Había localizado ya un colegio católico cerca de Bath que le ofrecía todas las garantías.

Gabriel, que fue pasando del blanco al verde en su semblante, tardó un tiempo en reaccionar, pero cuando lo hizo empezó a echar fuego por la boca.

–¡Primero! –enumeró–. Resulta que tú ya te habías dado cuenta del estado de Martín y en vez de decírmelo, vas y le organizas la vida sin contar conmigo.

–Creí que tú no le dabas importancia... –empezó a decir ella con sosiego.

–¡Segundo! –la interrumpió sin miramientos–. No hay colegio de Inglaterra que acepte a un alumno, con el curso ya bien empezado, por su cara bonita. Tú estás tan sobrada de dinero e influencias que crees que no tienes más que abrir la boca para que se cumplan tus deseos, pero has de saber que hay instituciones que tienen de sí mismas un concepto muy superior al que tú tienes de ellas.

–¿Me estás echando en cara mi vida? –preguntó Isabel con una sonrisa torcida.

–¡Tercero! Lo que Martín necesita es afecto y continuidad y no que nos lo quitemos de encima para ponerlo en manos de la severidad inglesa o de cualquier otro internado, que es una solución infame.

–Te estás excitando sin motivo –dijo con tranquilidad Isabel.

–¡Y cuarto! Quiero una respuesta y una solución ya. ¿Te puedes hacer cargo de Martín como una madre normal, o sea, día a día y estando con él, no de fiesta en fiesta y de cena en cena? ¿Sí o no? Si no, no pasa nada, yo me lo quedo y te lo dejo el fin de semana, o sea, al revés que ahora. Porque tú tienes en estos momentos un lío del diez: dos hijos, cada uno de su padre, estás separada de ambos padres y vives en una casa que es como si no fuera tuya porque siempre estás en la del tercero, la de Alumbre. ¿Qué clase de atención vas a darles? Y conste que hablo sólo por Martín porque Gonzalito que se las arregle contigo y con su padre.

–Para el carro –dijo Isabel con firmeza–. En primer lugar deja mi vida tranquila, que no es tuya sino mía.

–En la medida en que afecta a Martín –interrumpió Gabrieleles también mía.

–¡Que te lo has creído tú! –exclamó Isabel–. Te recuerdo que hay un acuerdo firmado ante el juez que especifica las condiciones bajo las que se rige Martín. Pero ésa no es la cuestión y te lo quiero dejar bien claro: si tienes algo en contra de mi actitud como madre, querido mío, ahí están los tribunales para dirimir el asunto. Lo que tú no tienes en cuenta es que yo, a pesar de la vida que dices que llevo y que en buena parte responde a tus fantasías, sí que me ocupo no de uno sino de dos hijos, a los que atiendo, educo y cuido como su madre que soy. Y me resulta inconcebible que hayas llegado a pensar lo que has dicho que piensas de mí, sinceramente.

–Isabel –Gabriel se había calmado repentinamente–, seamos sensatos. Tú tienes una vida muy complicada, reconócelo. Yo no he dicho que seas una mala madre sino que estás, probablemente, sobrepasada por una situación extraordinaria. Hasta tu casa es provisional. Martín tiene doce años, Isabel, y es un chico que piensa y siente ya con una cierta individualidad. Se está preguntando por qué va de unos brazos a otros y de una casa a otra, por qué después de tener que adaptarse a Gonzalo ahora sale de su vida así por las buenas y entra otro tío con el que ni siquiera convive, pero que sabe que es el novio de su madre... Hay que darle respuestas, Isabel, no meterlo en un internado donde lo único que sentirá es que nos hemos deshecho de él, que lo hemos abandonado porque llevamos una vida que no nos permite tenerlo con nosotros. Eso es lo que va a pensar, no lo dudes, no te engañes, ponte en su lugar. Y yo te propongo que cambiemos, que se venga conmigo... por lo menos hasta que tu situación con Alumbre se regularice de alguna manera.

Isabel cruzó los brazos y se quedó mirándolo fijamente.

–Así que tu vida es más tranquila y juiciosa que la mía ¿no?

–Yo creo que sí.

–Pues yo creo que no –dijo Isabel con toda convicción–. Tú eres un solitario. No sé si tienes a alguien en tu vida ni me importa, pero un solitario como tú no es el mejor ejemplo para Martín y, además, no puedes ofrecerle esa garantía de continuidad que tú tanto pregonas. En tu oficio no hay base fija ni horario fijo; lo mismo un día estás tumbado a la bartola que trabajando hasta las tantas; lo mismo estás aquí escribiendo que en un rodaje supervisando diálogos. Ahora vives a tu aire y te arreglas con un par de bocadillos, pero a Martín hay que programarle la vida, la alimentación, el tiempo de estudio... ¿te sientes capaz de ocuparte de todo eso y de ti mismo además de tu trabajo?

–Oye, te recuerdo que el amo de casa era yo.

–Ya, ya. He visto la serie de televisión. Pero yo hablo del día a día...

–Que tú resuelves a base de internas y *nannies*.

–Porque puedo, cosa que no puedes decir de ti mismo, señor amo de casa, que

nunca darías abasto. Conmigo Martín tiene todo resuelto, ésa es la realidad aunque te duela.

–Pues no está contento, así que tú me dirás. Y te voy a decir otra cosa: no me lo vas a convertir en un niño rico porque tú lo seas.

–Ah, eso es lo que te da miedo. Tú crees que se merece una vida como la tuya ¿no es eso? Estás lleno de prejuicios, cada vez más, con la edad.

–Yo creo que se merece luchar por la vida, como todo el mundo, en vez de sentir que la vida es un regalo para niños afortunados. Yo quiero un hijo independiente y capaz de vivir por sí mismo, capaz de pensar y decidir por sí mismo, sin que su mamá lo meta en el palacio de los elegidos y me lo convierta en un gilipollas.

–Pero ¿de qué estás hablando? Ése no es el asunto que estamos tratando. Hablamos de su presente, no del futuro. ¿En qué mundo vives tú, con tus pensamientos de clase media? Por Dios, Gabriel, que ya no tienes veinte años.

–Parece mentira, cómo has cambiado...

–Lo que parece mentira es que tú no hayas cambiado un pelo –Isabel se alzó sobre sí misma y él no pudo dejar de admirarla, tan segura, cada vez más atractiva, más deseable a medida que iba construyendo la figura que se había propuesto, afinando su personalidad, una personalidad que, con toda su trayectoria, seguía mostrando su anclaje en la muchacha que él había conocido.

–No eres tan distinta de la mujer de la que estuve enamorado –afirmó Gabriel a media voz, como si en realidad se lo confesara a sí mismo.

Isabel le miró con una mezcla de afecto y cansancio.

–Gabriel... tú eres débil y lo sabes. No eres el mejor ejemplo. Deja las cosas como están.

–¿Para que lo despaches a un internado? ¿Para que inicie su vida de pequeño lord Fauntleroy? –la suya era, de pronto, una voz despechada.

–Ja, ja –rió ella de buena gana–. ¿Te acuerdas? Eso es de nuestra jerga juvenil, qué tiempos. De acuerdo –dijo volviendo al gesto serio–, olvida el internado. Vamos a seguir como estamos. ¿Vale así?

–No, Isabel, no vale. Tú y yo no importamos, el que importa es Martín, que tiene un problema que tenemos que resolver. Y si tú no quieres que sea por las buenas, será por las malas.

–Que es lo que más le conviene a él: ver a sus padres peleándose.

–Algo hay que hacer.

–Pues procura no equivocarte, Gabriel. Procura no equivocarte –dijo Isabel remarcando un inequívoco tono de advertencia. Volvía a estar muy atractiva y a él le dolió.

–¿Me estás amenazando?

–Sí; puede decirse que sí –contestó ella frunciendo los labios para dibujar un gesto agrio.

«Bieito Calleja tenía una mandíbula larga y huesuda, con el mentón sobresaliendo en forma de uve bajo la más flexible uve de su boca. Estaba sentado a la barra de un garito semiclandestino disfrutando de una ginebra helada y esperando. ¿Qué era lo que esperaba? Ni él mismo lo sabía. No recordaba con claridad lo sucedido la noche anterior, cuando fueron a celebrar la buena suerte de haberse conocido, Nora y él, pero al despertar se encontró solo y tendido en la cama, sin desvestir. Se habían jurado amor eterno y ella había volado. O se la habían birlado. Era una rubia despampanante. Apenas llevaban dos semanas juntos, pero desde el primer momento en que le echó el ojo encima supo que era la mujer de su vida. Y ahora había desaparecido sin dejar rastro; ni teléfono, ni dirección: la conoció en la noche y se desvaneció en la noche. Habían sido las dos semanas más felices de su vida. Poco dura la felicidad en la casa del pobre, pensó. Sí, porque él no era más que un pobre diablo metido a investigador privado, tan privado que su trabajo se ceñía a comprobar adulterios para clientes cornudos. Y era pobre, al menos en comparación con la clase de tíos que se engolfan con rubias como Nora. Pero era la mujer de su vida y tenía que encontrarla. Porque, además, le había dejado sin blanca.»

El escritor de novela negra abandonó momentáneamente el teclado y se frotó las manos. Releyó lo escrito y le pareció que era un buen principio, sí señor, un auténtico buen principio. Encendió un cigarrillo, que dejó de inmediato en la ranura del cenicero, dio un buen sorbo al *bourbon* que tenía sobre la mesa y chasqueó los labios con aprecio.

«En realidad, tenía un par de miles en el Banco, pero éstos eran para la subsistencia mientras se hacía con nuevos encargos. Lo cierto era que desde que se encamó con la rubia, no había dado un palo al agua, ni siquiera había pasado por su despacho, una simple habitación doble con baño y ventana a la calle en una colmena de apartamentos cercana a la Puerta del Sol. Era un edificio sucio por dentro y por fuera, lóbrego y mal conservado, con pasillos interminables llenos de puertas, una de las cuales era la suya. A veces dormía allí mismo, cuando la pereza le atacaba; entonces bajaba a cenar a alguno de los bares de la calle y se obsequiaba con una cerveza y un bocadillo de calamares. Era una zona de trajín nocturno: turistas, noctámbulos, lumpen, lumis y gente de tapeo, todos mezclados a la espera de alguna oportunidad difusa de pasarlo bien alargando la noche o hacerse con unos euros.

Ella, la rubia, estaba aquella noche, la noche en que se conocieron, acodada en la barra de su freiduría favorita y a él le pareció que desentonaba en aquel ambiente,

de modo que se le acercó como si fuera a protegerla y ella lo acogió con una sonrisa de bienvenida. Desde ese momento no habían vuelto a separarse... hasta su misteriosa desaparición. Tenía unos hermosos pechos naturales que no ocultaba, el talle fino, unas piernas de vértigo y un trasero convincente, pero no era una puta. Lo que buscase allí era un enigma, pero él no se preocupó de aclararlo. Quizá debiera haberlo hecho. Sólo tenía su nombre, Nora, y una vaga esperanza de volver a encontrarla. Ella, en cambio, sí conocía su dirección; de hecho allí habían pasado la mayor parte de aquellas dos semanas. Se le había entregado con una fogosidad desconocida, como si estuviera hambrienta de él. Si aquella entrega había sido real, y lo fue, ella tendría que volver por pura necesidad, por puro deseo, esas cosas no se fingen, ni un fuego se apaga con un golpe de agua. Algo le había sucedido, sin duda, pero no conseguía recordar nada de la noche anterior. Tuvo que cogerse una buena cogorza, no había otra explicación. ¿Quizá ella al verlo tan cocido decidió dejarlo durmiendo? Pero en ese caso habría vuelto, hoy, al día siguiente. Era de todo punto incomprensible, después de haber disfrutado de sus cuerpos como lo habían hecho.»

El escritor de novela negra hizo un alto, con el corazón encogido.

Mario Pescador estaba como sobre ascuas. Día a día, la información que iba llegando a sus manos, producto de andar husmeando como un hurón en las guaridas financieras, se volvía más y más relevante. Había abierto una puerta, en parte por suerte y en parte por su habilidad para tirar del hilo de cualquier sordidez, experiencia que venía de haberse movido sin asco ni vergüenza por las alcantarillas en que desaguan los personajes de moda, y descubrir y seleccionar las deposiciones y desperdicios que circulaban por ellas; todo para alegría y sustento de su alma de rata, en opinión de Gabriel Cuneo. Sólo que ahora había dado un salto cualitativo de gran importancia porque el mundo del dinero y de la política constituían otro grado jerárquico: allí era donde se hallaba el verdadero poder, no a la luz de los focos sino en los cuartos oscuros y los jardines en sombra. La ordinariez está siempre a la vista y de actualidad –pensaba–; en cambio, la verdadera clase sólo tiene sentido en los espacios reducidos y selectos, al abrigo de las miradas del común.

Su entrada (por la puerta de servicio) en el distinguido clubdel-poder-en-la-sombra se debió a la suerte del correveidile: estuvo en el momento oportuno y en el lugar oportuno. Y su suerte fue encontrarse a la puerta del Copacabana la noche en que Antón Patriarca vio al abogado Perea entregando un abultado sobre a Isabel Pérez. Cuando ella se levantó para irse, Antón, espantado porque lo reconociera y trastornado por el alcohol, se adelantó a salir aprisa del local con tan mala pata que justo a la salida, antes de atravesar las pesadas cortinas rojas de la entrada, tropezó con Mario Pescador. Borracho como estaba, temió por su integridad y trató de empujar al periodista, el cual instintivamente le golpeó en la cara sin otro ánimo que el de apartarlo de su camino y evitar ser reconocido. Isabel no se fijó en uno ni en otro y salió después que él. Antón huyó calle arriba dando bandazos y Pescador, urgido por la situación, entró en el club y se disimuló en un lateral. Así vio pasar a Isabel y la siguió hasta la calle donde, para su sorpresa, reconoció en el hombre que estaba aguardando al volante del automóvil a Gonzalo de Laus.

¿Qué tenía de extraño que su marido pasase a recoger a Isabel? Nada. Pero Pescador, profesional del chismorreo y la maledicencia de la prensa rosa, debutante en la amarilla y acostumbrado a pensar siempre mal de los demás, había visto también a Perea sentado a una mesa y no tardó en relacionar al abogado triquiñuelas con algún negocio lo suficientemente oscuro como para que De Laus prefiriera esconderse y utilizar a su bella y elegante esposa de correo. De hecho, en un principio no entendió que el misterioso y tentador sobre fuera entregado en un local público de la noche madrileña. ¿Se trataría de un pago en metálico por

servicios ocultos? Ahora bien, Perea no podía ser el pagador; en todo caso sería a la inversa. De manera que la siguiente conclusión a la que llegó fue que el sobre contenía información confidencial, materia reservada. Una cita en el Copacabana arrastraba consigo la sospecha de haber buscado un lugar fuera del alcance de miradas indeseadas, así que el sobre debía de contener material que no podía ser entregado en otro momento ni lugar y afectaba a gente que nunca hubiera pasado por allí a tomar una copa. La verdad es que ni Perea ni Isabel frecuentaban el Copacabana, allí eran desconocidos; así que Mario pensó que le había tocado la lotería, si su intuición no le engañaba y sabía jugar sus bazas. Había dos personas a las que sacar una bonita suma de dinero a cambio de un silencio hábilmente manipulado: De Laus o aquel otro a quien afectase el contenido del sobre. Una bonita suma de dinero o una posición de influencia, pensó luego.

Sin embargo, la verdad estaba lejos de su alcance por el momento. De haber sospechado lo que había detrás de aquel intercambio en la penumbra del Copacabana es posible que nunca hubiera intentado meter la nariz en tal asunto. Fue su propia inconsciencia, o quizá sería mejor decir petulancia, lo que le llevó hasta el despacho del abogado Perea en busca de información.

Mario Pescador sólo conocía de oídas al abogado, de manera que se presentó a él fingiendo una consulta profesional y ocultando su condición de periodista. Estaba dispuesto a desembolsar un primer dinero por su falsa consulta a cambio de ganarse la confianza del abogado, para lo cual se fiaba ciegamente de su don de gentes; y eso fue lo que le descubrió ante un sujeto tan astuto y curtido como Perea. Pescador vio en él a un tipo de aspecto vulgar y corriente, de avanzada calvicie, delgado y cetrino y con un gesto imperioso de barbilla que más parecía resaltar su escasa estatura que mostrar autoconfianza; esa presencia, sin embargo, ocultaba una mente rapidísima, una capacidad extraordinaria para la intriga y un olfato impecable para detectar las debilidades de sus contrarios. Lo cual quiere decir que Mario Pescador quedó fichado y archivado en segundos y Perea se limitó a esperar a que el periodista descubriera su juego. Pero la suerte es tan ciega como la justicia –esto segundo bien lo sabía él–, y de todo lo que fue extrayendo poco a poco de la boca de Pescador, el abogado concluyó que tras el negocio en que le habían metido Gonzalo de Laus y su bella esposa había otro aún mejor y más sustancioso.

El mayor acierto del abogado Perea en toda esta historia fue la decisión de dejar en barbecho la función de Pescador e ir a hablar con Isabel Pérez. Y aquí es donde, de nuevo, la suerte hizo de las suyas. Isabel se encontraba en una encrucijada: uno de los caminos la llevaba al delito de la mano de su esposo, un delito en cuyo resultado pesaba el hecho de que a Gonzalo le venía demasiado grande; Gonzalo no dejaba de ser un sociólogo, un profesor de Sociología, posteriormente encumbrado a una asesoría en el Banco Castellano de Negocios donde pronto se

ganó la confianza del presidente; una carrera demasiado rápida hacia arriba, pero aceptable en el medio social. Ahora bien, el salto que ahora pretendía dar Gonzalo de la mano del presidente del Banco era sobre un abismo inquietante e Isabel lo percibía así y no se le ocultaba el peligro. Era cierto que en España se había consolidado la llamada «cultura del pelotazo» con el resultado de miles de nuevos ricos que pasaron del utilitario al yate en un dos por tres; pero los riesgos eran cada vez mayores, pues la confianza en la impunidad es justo el mayor peligro para esta clase de operaciones. El otro camino de la encrucijada tenía nombre y apellidos: Perfecto Alumbre.

Perfecto Alumbre había consolidado su fortuna antes de que la «cultura del pelotazo» se convirtiera en una juerga y su posición era muy firme. Si la «cultura del pelotazo» reventaba, él no iba a ser una de sus víctimas. Y Perfecto Alumbre tenía sus ojos puestos en Isabel desde que la vio por primera vez en la fiesta de presentación de la película que le habían birlado a su ex marido Gabriel Cuneo. Isabel no opuso más resistencia de la debida a las atenciones de Perfecto cuando vio que éste consideraba la posibilidad de divorciarse de su mujer por ella y comprendió que una fortuna mayor y una vida mejor se ponían a sus pies sin necesidad de correr riesgo alguno. Ése fue el momento de la feliz conjunción de todas las suertes en una sola.

Perea no tardó en atar todos los cabos; incluso recordó su conversación con aquel borrachuzo, Antón Patriarca, en la que salieron a relucir los nombres de Gonzalo de Laus, Isabel Pérez y el ex marido de ésta. Observó que Mario Pescador parecía conocer a todos y empezó a preguntarse qué tenían que ver en realidad unos con otros. Le llevó tiempo convencerse de que había más de casualidad que de nudo en esa conjunción y comprendió que la llave que abría todas las cerraduras era Isabel Pérez. Por eso fue a hablar con ella. Y se encontró con una mujer que le llenó de admiración y de lascivia a partes iguales. Por un momento estuvo tentado de probar suerte en la cama, pero su instinto de negocio le persuadió de que aquel era un camino que sólo satisfaría sus apetitos libidinosos a cambio de nada; aparte de que a una mujer así, un tipo como él sólo podría aspirar a seducirla mediante el chantaje, no por el dinero ni por sus dones. No, el chantaje no merecía la pena, o lo que merecía la pena era esperar a otra ocasión en que no hubiera tanto en juego; porque lo que sí descubrió fue que tenía en la mano una carambola prodigiosa; seguir a Gonzalo de Laus era *peccata minuta* frente a la posibilidad de hacer un doble y excepcional favor a Perfecto Alumbre: darle la llave del Banco, ofrecerle la ocasión de convertirse en una de las mayores fortunas del país y acabar de echarlo en sus brazos. Y así fue como decidió vender a Gonzalo de Laus y, con él, a toda la cúpula que rodeaba al presidente del Banco Castellano de Negocios. Perea había preparado para Gonzalo de Laus la parte escandalosa de la trampa en la que debería caer la familia más importante del Banco, el primer detonante de una

operación destinada a poner el Banco en las manos de los hombres del presidente. Y esa operación, poco tiempo antes de estallar, se la entregaba en bandeja a Perfecto Alumbre por intermedio de Isabel para que éste, a su vez, se la ofreciera a los Valvanera haciendo que se adelantasen a los conspiradores. La gratitud y los beneficios de toda índole que caerían sobre Alumbre serían incontables (y también los que cayeron sobre ella y su patrimonio personal, que no estaba dispuesta a descuidar). Una jugada impecable, grandiosa, que a su vez hizo sentirse a Perea como un prodigioso geniecillo en la sombra.

Mario Pescador asistió a la operación desde fuera, mudo de admiración y encantado de haber podido conocer al menos una parte de la trama medio a rebufo de Perea. A él también le gustaba Isabel, como buen salaz, pero después de ver que se había movido en toda esta intriga como un auténtico agente doble y que triunfaba de un modo tan impecable, con todo a su favor, sintió hacia ella el mismo ataque de lujuria que había prendido en Perea; y, como a éste, su alma mezquina le dijo que no era mujer para ellos sino para Alumbre. Se lo dijo con un decidido rencor de clase, pero reconociendo también que en este asunto sólo era espectador, aunque la escasa información que poseía de todo el enredo esperaba capitalizarla algún día. Lo que le molestaba era que esa mujer a la que deseaba con su característica salacidad lo había sido, y durante mucho tiempo, de Gabriel Cuneo, a quien ubicaba varios escalones por debajo de él. Y de este segundo rencor surgió en su mente la misma frase que también se había mecido en la mente del abogado Perea: «Torres más altas han caído». Por aquel entonces, Pescador ya estaba embarcado en la frecuentación de garitos donde la adicción al sexo se practicaba con viciosa liberalidad.

Isabel estaba demasiado ocupada como para conceder verdadera importancia a las pasiones que iba desatando a su alrededor. Se sabía admirada, sí, y también deseada, lo cual le producía satisfacción, pero lo aceptaba al modo de un reconocimiento natural que no iba más allá de la voracidad de los hombres en general. Sus problemas caminaban por otro lado: Gonzalo, traicionado y resentido por el efecto de una ambición frustrada cuyas consecuencias le superaban, no estaba dispuesto a consentir en un divorcio de mutuo acuerdo y masticaba la negativa como la única manera de vengarse; pero Isabel sabía que se había venido abajo, que al final bastaría un buen empujón para rendirlo. Encargó la batalla a Perea, al abrigo de la euforia que le produjera el óptimo resultado de la traición, sin detenerse a pensar que se ponía en manos de un tipo peligroso e infiel; quizá en otro momento no habría tenido esta debilidad, quizás habría debido ir a un experto matrimonialista; en todo caso su descuido quedó ahí.

El otro problema era Gabriel. Lo cierto es que ella estaba, a pesar de todo, en una posición incómoda porque no podía instalarse en casa de Alumbre, y mucho menos con los niños, ya que con ello daría una buena baza a la posible reclamación de custodia de sus respectivos hijos tanto por parte de Gabriel como de Gonzalo. Esto la obligaba a mantenerse en el apartamento que ocupaba provisionalmente a la espera de poder celebrar su matrimonio con Perfecto. Isabel quería a sus hijos y necesitaba convivir con ellos y educarlos, aunque sin poner trabas a los respectivos padres; y si bien era cierto que su ajetreada vida social le ocupaba mucho tiempo, siempre buscaba el modo de estar cerca de ellos todos los días, salvo aquellos en los que acompañaba a Perfecto en sus viajes fuera de Madrid. Sobre todo dedicaba su atención al pequeño, porque Martín ya tenía doce años y una perceptible autosuficiencia precursora de la individualidad, pero a los dos los quería por igual.

En esta expectativa, y por más que su perspicacia y meticulosidad en el orden de su vida no la abandonase, era muy natural que se distrajera ante asuntos aparentemente menores o no pusiera demasiada atención en decisiones que podían conllevar algún peligro inherente a su condición y posición en la vida. Uno de esos peligros era, precisamente, poner en manos del abogado Perea la negociación con el abogado de Gonzalo para la tramitación del divorcio. Y hubiera continuado con él de no ser por la natural buena fe de Gabriel, para el cual la vivencia de los años de matrimonio compartidos con ella sí eran un fondo de confianza. Por eso, cuando ella le advirtió que lucharía por la custodia de Martín, sin rencores, pero con todo ahínco y con todos los medios a su alcance, y le anunció, para inquietarlo, que el asunto estaba en manos de Perea, Gabriel se apresuró a aconsejarle que se dirigiera

a un acreditado despacho matrimonialista, el más importante y eficiente de la ciudad, porque Perea era un peligro viviente, como ya había tenido ocasión de comprobar. No fue una muestra de ingenuidad por su parte sino de decencia, tanto hacia ella como hacia Martín, pero abrió los ojos a Isabel, que se apresuró a seguir el consejo.

–Y tú –le dijo ocultando sólo a medias el golpe de nostalgia que la actitud de Gabriel le había provocado– ¿con quién te vas a juntar? Con alguien de Comisiones Obreras, seguro.

–Pues sí –contestó Gabriel–, con una vieja amiga que estuvo en Comisiones cuando éramos jóvenes, que ahora tiene despacho propio con unos colegas y que va a poner en esto el alma que los tuyos no pondrán.

–Yo sólo les pido que sean profesionales; y los mejores. Eres un sentimental, Gabriel.

–Claro que soy un sentimental, pero eso no me nubla el sentido. Mi abogada es una muy buena profesional, ya lo verás. ¿Y tú? ¿Tú no eres una sentimental? ¿Tanto has cambiado?

Al despedirse, Gabriel se disponía a recibir un beso en la mejilla, pero ella, inesperadamente, dejó un beso breve en sus labios.

Cuando entró en su casa aún sentía el agradecimiento por la confianza y la naturalidad con que Gabriel la había advertido del peligro y recordó el beso con un suspiro.

Lo primero que hizo fue telefonar para pedir hora en el despacho de los abogados matrimonialistas y, a continuación, a Perea para comunicarle su cese con las mejores palabras. El abogado estuvo halagador y comprensivo, pero ella se sintió mejor después de haberlo despachado, aunque intuía que a Perea no le habría gustado nada verse tan repentinamente apartado de una pieza que ya debía de haber empezado a saborear. «Mala suerte para ti, Perea», se dijo Isabel en voz alta cuando colgó el teléfono y se preguntó qué pensaría el abogado de saber que el consejo provenía del mismo Gabriel.

–Pensaría que Gabriel es un pardillo, un infeliz. Perea es incapaz de pensar más allá del provecho propio, en eso tiene razón Gabriel, aunque sea un poco pardillo – concluyó mientras se dirigía al vestidor para cambiarse de ropa para la cena. Martín no había llegado del colegio y Gonzalito dormía agotado tras su sesión de guardería. Perfecto pasaría a recogerla a media tarde porque antes debían acudir a un cóctel; pero de pronto sintió que prefería quedarse y esperar a Martín y al despertar de Gonzalito. Después pediría un taxi para ir a recoger a Perfecto a tiempo para la cena.

Dicho y hecho. Abandonó el vestidor no sin antes mirarse detenidamente en el espejo y dejó un aviso a la secretaria de su amante tras apuntar la dirección del cóctel donde recogería a Perfecto, se instaló en una de las sillas de Marcel Breuer

que había adquirido recientemente para el salón y se dedicó a hojear sin mucho interés unas revistas. Después se puso en pie y se dirigió a la librería que ocupaba casi por completo una pared del salón y se entretuvo en examinar los lomos de los libros hasta que eligió uno de ellos: *La locura de Almayer*, uno de los favoritos de Gabriel; tal y como tenían por costumbre en aquellos años, sus dos nombres aparecían caligrafiados en una de las páginas de respeto.

Enredos y daños

«A Bieito Calleja nunca le gustó Piscator. No le gustaban los periodistas en general, pero a Piscator lo tenía entre ceja y ceja. Era el clásico huelebraguetas, un tipo despreciable en todo, desde su boca babosa y soez hasta el tufo de sus calcetines embutidos en unos zapatones deslustrados. Y ahora Piscator le había birlado la novia, por lo que se sentía, como suele decirse, cornudo y apaleado y profundamente humillado. En esos precisos momentos, Bieito no tenía ningún asunto entre manos; en realidad no tenía un solo encargo desde hacía un par de meses porque poco a poco la relajación de costumbres había dejado el adulterio – que era su principal fuente de ingresos– reducido a una costumbre más, que a nadie parecía afectar, sobre todo entre la gente adinerada, que es la que paga para que encuentren a su mujer o amante en brazos de otro. Bieito vivía del odio entre los cónyuges, no de su sensatez ni de su capacidad de negociar.

En compensación, esta situación le daba la oportunidad de ejercer su oficio sobre el odioso periodista. Buscaba venganza y decidió no perderlo de vista, convencido de que un tipo de su calaña ocultaba muchos trapos sucios. Y no andaba descaminado porque al cabo de una semana de acecho intensivo lo descubrió encontrándose en un bar escondido y siniestro con un abogado de acreditada mala fama. Intercambiaron sendos sobres por debajo de la mesa a la que se hallaban sentados. De lo que hablaron, no pudo averiguar nada, pero vio el abultado sobre que recibía Piscator y el apretón de manos que lo siguió, uno de esos apretones de manos propio de facinerosos después de sellar un trato. Si el sobre hubiera contenido información, no habría dudado en asaltarlo en la primera esquina, dejarlo inconsciente y escudriñar el contenido antes de volver a dejarlo en su bolsillo, no sin haberle limpiado el reloj y la cartera para que pareciese un vulgar atraco; pero su instinto le dijo que en el sobre sólo había dinero, así que prefirió seguir al abogado y continuó siguiéndolo durante todo el día a la espera de que algo sucediera.

Y sucedió. Esa misma tarde el abogado se presentó en las oficinas de un conocido hombre de negocios, salió al poco rato con un bulto sospechoso en el bolsillo de la gabardina y se dirigió a su bufete. Una vez en él, y mientras tonteaba con la secretaria, Bieito pudo ver por la puerta descuidadamente entreabierta del despacho cómo extraía el bulto del bolsillo de la gabardina y lo guardaba en la caja fuerte. No vio más porque en ese momento el abogado se apercibió de la puerta entornada y se apresuró a cerrarla.

Bieito Calleja, que había sido cocinero antes que fraile, marchó a tomar un tentempié en un bar cercano y se instaló en una mesa junto al ventanal, donde

siguió con café, copa y puro. El abogado salió pronto del edificio, no así la secretaria, lo que le obligó a mantener la posesión de la mesa con un par de copas más. Estaba tan a gusto ayudado por los efluvios del alcohol que no se percató del regreso del abogado, así que cuando vio salir a la secretaria, ya atardecido, se puso en pie y se dirigió al bufete sin más dilación. Mientras esperaba el ascensor, apoyado en la caja exterior y ocupando a medias la escalera, alguien que bajaba a pie lo empujó al pasar y lo hizo trastabillar. ¿Serían los efectos de la bebida? El ascensor llegó, descargó el personal que transportaba y lo recibió a él. En cuanto llegó arriba buscó la puerta del bufete y allí se llevó la primera sorpresa: la puerta no estaba cerrada. Asomó cautelosamente la cabeza, pero no vio a nadie. Entonces pasó por delante de la mesa de la secretaria, avanzó decidido hacia el despacho del abogado y en el umbral mismo se detuvo, paralizado de asombro: el abogado yacía en el suelo y la caja de caudales estaba abierta. Tocó al yacente para descubrir que estaba bien muerto, husmeó en la caja, donde se veían papeles, pero no el sobre que buscaba, salió a la carrera cuidando de no tocar nada, dejó la puerta como la encontró y mientras descendía en el ascensor telefoneó a la policía desde su móvil. Después se perdió en la oscuridad de las calles.»

–Papá –dijo Martín Cuneo–, ¿por qué estás peleado con mamá?

Gabriel respiró hondo y miró a su hijo. Martín estaba sentado y tieso en el sofá, mirando hacia delante, hacia la pantalla del televisor, como si la pregunta no fuera con él.

La mirada estaba en la pantalla, pero las orejas estaban alerta, atentas a no perder palabra de la respuesta, que Gabriel demoró.

–Tu madre y yo no nos hemos peleado –dijo al fin.

–Entonces ¿por qué no vivimos todos juntos?

Hasta ese momento, y por mucho que lo hubiera presentido, no se dio cuenta Gabriel de lo embarazoso de la respuesta que venía a continuación. En su mente estaba clara y ordenada, pero al intentar exponerla se encontraba con un obstáculo invencible, un obstáculo que era, paradójicamente, la evidencia misma: porque no podemos seguir estando juntos. ¿Cómo decir eso a un chico de doce años?

–Pero, entonces –siguió el chico– ¿es que ya no la quieres?

–Claro; claro que la quiero –se apresuró a decir Gabriel–. Lo que pasa es que ahora la quiero de otra manera.

–¿Y a mí? –dijo Martín tras una pausa–. ¿También me quieres de otra manera?

–A ti te quiero y te querré siempre de la misma manera.

Lo dijo de golpe, sin darse tiempo a pensarlo. Siguió un silencio prolongado, con el chico mirando siempre a la pantalla, como si ésta lo ayudara a reflexionar.

–¿Es por mi hermano? –preguntó al fin.

–No. ¿Por qué? ¿Eso qué tiene que ver? –Gabriel trató de ganar tiempo para adivinar por dónde, exactamente, venía la pregunta de su hijo.

–Porque no es tu hijo –contestó el chico.

–Tampoco tú eres hijo de Gonzalo y, sin embargo, vives en su casa. Lo mismo podría ser al revés.

–Sí, pero eso es porque quiere mamá. Tú no te has casado otra vez.

–Si no me he casado es porque no he encontrado a nadie con quien me quiera casar. Pero imagina que yo me caso y tú vives conmigo: a lo mejor yo tendría otro hijo que sería tu medio hermano, igual que Gonzalito. El caso es que tu madre y yo decidimos separarnos porque era lo mejor. ¿Qué te parecería si, por ejemplo, mamá y yo siguiéramos juntos y tú nos vieras pelearnos a todas horas? Eso no te gustaría.

–Entonces os habéis peleado –insistió el chico.

–Bueno... –Gabriel buscó desesperadamente un clavo al que asirse–. Lo que pasa es que tenemos carac... maneras de ser diferentes y había muchas cosas en las que

no estábamos de acuerdo y cuando dos personas no están de acuerdo pueden pelearse y eso no es bueno para los hijos –sabía que se estaba equivocando, pero no podía ni sabía cómo evitarlo. Miró a Martín, que había bajado la cabeza por un momento.

–A mí no me importaría que os pelearais a veces.

Gabriel sabía que se estaba equivocando y rectificó:

–Escucha, Martín: una cosa es ser amigos y otra quererse como marido y mujer. Eso ya lo entenderás algún día. Tu madre y yo somos buenos amigos, nos llevamos bien, te queremos igual y tú has nacido porque ella y yo nos queríamos; pero resulta que ahora somos muy amigos, muy buenos amigos, pero nada más. Es mejor así, porque las cosas se acaban de una manera, pero siguen de otra: antes nos queríamos y ahora somos amigos. Los amigos no viven juntos, pero se quieren y se ven a menudo.

Martín regresó a la pantalla. Era una película convencional de la factoría Disney, una de aventuras, de la que ambos se habían desconectado aunque seguían mirando.

Tras unos momentos, Martín volvió a hablar.

–También se han peleado mamá y Gonzalo.

–Se han separado, Martín, no peleado.

–Se han peleado, papá, no digas que no.

–Vale. Se han peleado, pero no como tu madre y yo.

–Es igual.

–No, no es igual. Ahora tu madre también está sola.

–No es verdad, está con el gordo.

–Se llama Perfecto, Martín, no seas despectivo, hijo. A lo mejor un día quiero a otra persona y me caso con ella. ¿Qué te parecería?

–Mal.

–Entonces ¿tú quieres que yo viva solo toda mi vida?

–No –dijo Martín.

Gabriel le miró, vio que se le escapaba una lágrima y se maldijo por su falta de tacto. Abrazó al chico, conmovido.

–No pienses ahora en estas cosas. Piensa sólo que tu madre y tu padre te quieren más que a nadie en el mundo, eso es lo importante. Yo siempre estaré a tu lado, hijo, siempre; cuenta conmigo.

Martín escondió la cara en el abrazo, tratando de contener las lágrimas.

Hacía un esfuerzo evidente por no llorar. Sin deshacerse del abrazo, protegido en él, dijo luego:

–Ya lo sé, papá. Tú también cuenta conmigo.

Ahora fue a Gabriel al que le costó contener la emoción.

-No me digas que has conocido a la ex de Alumbre, Antón, no me jodas.
-Pues así ha sido.
-Pero tú... pero ¿cómo?..
-Como en los viejos tiempos: en una cafetería.
-¡No me lo puedo creer! -exclamó Gabriel.
-Yo tampoco. Yo estaba en la barra y ella sentada a una mesa comiendo un plato combinado, que, por cierto, en esa cafetería son muy buenos, ella sacó un pitillo, yo le di fuego...
-Y ella no tenía encendedor, claro.
-Pues no sé -Antón tardó unos segundos en recapacitar-. No pensarás que estaba tratando de ligar. Si yo no sabía ni quién era.
-Pues ella te lo explicó al exhalar la primera bocanada -dijo Gabriel sarcástico.
-No, chaval, eso me lo dijo después de estar un buen rato pegando la hebra -respondió Antón un tanto mosqueado-. A ver si te enteras de con quién estás hablando y dejas de hacerte el sabiondo.
Gabriel dejó pasar unos segundos.
-Bueno ¿y qué? ¿Qué tal?
-¿Qué tal de qué?
-Pues que qué te parece ella.
-Ah, muy bien, muy simpática.
Gabriel renegó para sus adentros.
-¿Nada más?
-Ah, ya -Antón se tomó un tiempo para ordenar su descripción-. Una mujer madura, de buen ver, rellenita, unos ojos espléndidos, así como de pueblo, pero reciclada; se ve que se cuida, lo que no es de extrañar porque debe de tener una pasta... Y natural, fíjate, muy natural, como si no renunciara a ser quien es. La verdad es que tiene algo, tiene personalidad.
-Será un poco basta. No digo un putón verbenero, pero un poco basta ¿no? Muy pintada y todo eso.
-Muy arreglada, sí, pero nada de putón verbenero. Te digo que tiene personalidad.
-Ya. Y habéis quedado.
-No. Bueno... sí, de aquella manera. Ella me contó que suele ir a almorzar a esa cafetería, yo le comenté que suelo ir a menudo al salir del Ministerio y nos dijimos aquello de «a ver si nos vemos».
-Pero si tú estás ya para el arrastre. Si sólo te alimentas de sopa de ginebra.

–Tengo mi encanto, no te creas.

–Como se entere Alumbre de que un tipo como tú ronda a su ex te manda a un par de sicarios para que te rompan las piernas; porque ese tío no renuncia a nada, que el dinero de ella al final va para los hijos y eso te digo yo que lo protege... Vaya si se ocupará de protegerlo.

–Pues ella está tan campante. Me explicó que está separada y más feliz que nada, empezando una nueva vida. Se ve que le doy confianza.

–Antón, de verdad; yo que te tenía por un suicida noble que se está matando lentamente, copa a copa, en un dignísimo adiós a la vida y, de repente, te descubro asediando a una rica divorciada de tu misma edad.

–No, debe de ser un poco más joven que yo. Y de asediar, nada de nada; mantenemos las distancias. El tal Alumbre la debía de tener como a la tonta Tomasa y, como de tonta no tiene un pelo, pues ahora se lo ha soltado. La vida, que nos da estas sorpresas.

–Te veo que estás como unas castañuelas.

–Es que me ha gustado la dama.

–Y te la piensas beneficiar, si no lo has hecho ya.

–Yo soy un caballero.

–Los caballeros también joden.

–Sí, pero no de cualquier manera.

Gabriel, de pronto, se echó a reír. Fue una risa fuerte y contagiosa y Antón no pudo por menos de acompañarlo, con lo que el encuentro se convirtió en un alivio de carcajadas.

De hecho, les llevó un rato serenarse.

–Este mundo es un pañuelo –sentenció Gabriel–. Quién iba a pensar que acabaríamos todos enredados en los hilos de la misma madeja. Si no fuera por el miedo que me da Alumbre, la verdad es que te felicitaría de todo corazón.

–¿Qué va a hacer Alumbre? Si está totalmente encoñado con tu ex, y perdona la expresión. A él se le da una higa lo que haga Mila porque está en otro nivel, inalcanzable. Yo creo que ni nos ve, de pequeños que somos.

–Tienes razón. Estaba pensando en otra cosa.

Antón se tomó unos segundos antes de hablar.

–Te fastidia lo de Isabel ¿no? –aventuró.

–No. O sea, sí, me fastidia, pero es agua pasada y ni modo, como dicen los mexicanos. No, lo que me preocupa de verdad es que Martín acabe un día viviendo en esa casa.

–O no. También se puede quedar contigo.

–Isabel no lo aceptará nunca. Ella lo quiere. Es su hijo.

–¿Y qué va a hacer con el otro?

–¿Con quién? ¿Con Gonzalito?

-Sí.

-No lo sé.

-¿Tú crees que el padre se lo va a dejar quitar? Ni hablar. Salvo que acabe en la cárcel; y yo creo que conseguirá escurrir el bulto y te voy a decir por qué: porque no es la cabeza financiera del escándalo sino un mero acompañante y, sobre todo, atiende bien, porque Isabel está implicada, al menos indirectamente, en favor de Gonzalo y con la sombra de Perea detrás. Y Alumbre no va a permitir que a ella la toquen, lo que quiere decir que procurará que Gonzalo se deje los menos pelos posibles en la gatera.

-¿Isabel implicada?

-¿Has olvidado ya lo que vi aquella noche en el Copacabana? No ¿verdad? Bien: pues saca tus conclusiones. Tú lo que tienes que hacer es reclamar, incluso judicialmente, a Martín.

-Y enfrentarme a Alumbre.

-Ya lo dudo. Hoy por hoy, para él lo que quiere Isabel va a misa, pero reflexiona: los dos niños son un estorbo para esa relación. Yo creo que si aceptas un sistema razonable de visitas, ella acabará cediendo. Y lo mismo digo de Gonzalo, si no se deja llevar por el rencor y sabe jugar sus bazas.

Gabriel se quedó meditando gravemente.

«Bieito Calleja estaba hecho un lío. Ahora se reprochaba haber salido corriendo del despacho del abogado. ¿Estaría muerto o sólo inconsciente? Lo evidente era que ya no tenía el sobre en su poder, el que le entregó Piscator, de modo que éste había de ser su próximo objetivo. La otra cuestión era saber para quién trabajaba el abogado, pero respecto a eso tenía alguna referencia: la amante de un millonario, una *femme fatale* en su esplendente primera madurez.»

El escritor de novela negra se detuvo. La idea de una mujer fatal liada con un millonario lo devolvió a una realidad cercana. ¿No me estaré pasando? –pensó–. Luego decidió seguir en nombre de la libertad de creación.

«El abogado y la *femme fatale* eran viejos amigos de correrías.» Este punto de distancia le gustó. «Tiempos en los que él apenas tenía trabajo y ella se contoneaba en un bar de alterne de la Gran Vía. Cada uno trepó por una cucaña social donde ella al fin llevó las de ganar, pero no se había olvidado de su antiguo amigo y ocasional amante ni él de ella. La mujer, dada la laxitud moral del tipo, le proporcionó asuntos de su nuevo entorno y él la aconsejó sabiamente: así llegó a los brazos del millonario. Bieito estaba seguro del trayecto recorrido por el dinero hasta llegar a manos de Piscator, pero lo que no sabía era el contenido de la información proporcionada al abogado por el periodista. Por esa razón eligió poner cerco a Piscator. Pero ¿quién se había llevado la información de la caja fuerte? Y ¿qué contenía esa información?»

Bieito Calleja se instaló en un sórdido apartamento desde cuya única ventana podía observar el portal de la casa del periodista y lo estuvo siguiendo durante todo el día. Empleaba más tiempo en zascandilear por calles y cafés que en trabajar en la redacción, por lo que la persecución le resultó agotadora. Al anoecer se instaló en la ventana y descansó. Las luces del salón del tipo estaban encendidas y la persiana alzada. De pronto, una mujer apareció en la habitación. No la había visto entrar en el portal y maldijo el descuido. La mujer se echó en los brazos del periodista y Bieito echó mano de los prismáticos dispuesto a no perderse una sesión de porno. Cuando enfocó estuvo a punto de sufrir una apoplejía: la mujer era Nora, su propia rubia, la que lo había dejado tirado en su casa dos noches antes, borracho y dormido como un cerdo.»

Perfecto Alumbre, «Per» en la intimidad, se detuvo, indeciso, ante la colección de corbatas que colgaban en su armario. Isabel había encargado a una amiga decoradora el diseño del ancho y cómodo vestidor del millonario, un suntuoso despliegue de madera que cubría por entero sus dos paredes mayores y donde cada camisa tenía su cajón independiente, los trajes de vestir colgaban en un armario de doble hoja acristalada y las chaquetas de sport en otro, los zapatos se alineaban bajo las cajoneras en una fila de pared a pared y las corbatas, que ahora observaba con ojo crítico, se alineaban a su vez en otro mueble de cajones donde se guardaban el resto de complementos: jerséis, pañuelos, calcetines, cinturones... Al fondo, entre las dos paredes cubiertas de suelo a techo, un espejo de cuerpo entero se ocupaba de sancionar su imagen. Sin embargo, sólo confiaba definitivamente en la mirada final de su amante.

Precisamente en ese momento, Isabel apareció en el cuarto abrochándose los pendientes y acogió con una sonrisa la irresolución del hombre. Perfecto, que la vio primero en el espejo, se volvió hacia ella con gesto de impotencia.

–Nunca sé cuál es la que me conviene –dijo pesaroso.

Isabel vestía un traje de cóctel cerrado por delante al cuello, negro y con la espalda descubierta casi hasta la cintura y estaba descalza. Mientras ella echaba un vistazo a la colección de corbatas, Perfecto se echó a un lado para admirarla y cuando ella eligió una al fin, alzándola entre sus dedos, él introdujo ambas manos por la abertura de la espalda y la sujetó por los senos desnudos. Al sentirse atrapada, Isabel se estrechó contra él y se dejó acariciar voluptuosamente mientras el hombre hundía su boca en su esbelto cuello. La corbata, suelta, se deslizó hasta el suelo.

A ella le encantaban estos juegos, pero, prudentemente, conociendo el empuje de su amante, se soltó el lazo anudado al cuello para evitar que sufriera el traje. El hombre, excitado ante la visión de su desnudez, estrujó sus senos con violencia. Ella, al sentir el cuerpo de él pegado al suyo, se desprendió hábilmente del traje dejándolo caer a sus pies. Llevaba unas medias negras ceñidas a medio muslo rematadas con un encaje, como a él le gustaban. Sintió cómo se deshacía del cinturón primero y del pantalón después con movimientos convulsos; después le bajó las bragas de un tirón y ella alzó delicadamente un pie para deshacerse de ellas. Entonces, de manera incitante, se inclinó sobre la bandeja de las corbatas, abrió ligeramente las piernas al sentir el miembro tenso y enfebrecido del otro y le ofreció su trasero guiándolo con la mano. El hombre la penetró sin contemplaciones.

Cuando al cabo del rato Perfecto se vació, sudaba copiosamente, pero apenas se repuso, volvió a la carga. Él solía presumir ante sus amigos de que era capaz de hacerlo hasta cuatro veces sin sacarla, lo que ocasionaba no pocas sonrisas de aquiescencia que escondían más suspicacia que envidia, pero Isabel sabía que no mentía. Por eso siguió inclinada sobre la bandeja de las corbatas tras sentir la primera descarga, a la que siguió de largo una segunda tras la cual él inició la retirada, no sin antes sacudirle unas buenas palmadas en las erguidas y aún tersas nalgas de Isabel al correrse; después, el hombre le dio la vuelta, se dejó caer de rodillas y hundió su rostro entre las piernas de ella.

Le enloquecía la posesión de Isabel, que no parecía desdeñar la violencia con que él se comportaba. En esto era un tipo sin doblez que iba siempre a su objetivo sin reparar en su *partenaire* ni considerar que ella pudiera desear otra cosa que entregarse y dejarle hacer. Nunca sintió lo que se conoce entre el elemento masculino como «la muerte pequeña», ese extraño vacío triste que sigue a la coyunda. Cuando Isabel manipulaba su miembro, bien con las manos, bien con la boca, sentía un placer morboso al verla arrodillarse ante él, un placer incomparable sustentado en el dominio y sumisión de aquella mujer que para él representaba el colmo del refinamiento. Era ese el momento en que la excitante sensación de tener a sus pies a la bella, la mujer elegante a quien consideraba la máxima representación de la exigencia social, trastornaba por completo la ruda apariencia de su figura para colmar sus pulsiones más íntimas y atávicas. Pero a su modo y desde el fondo de su corazón, la quería.

–La chica es monilla –dijo Antón, condescendiente.

La vieron alejarse, a María, hacia la boca de metro situada a poco más de cincuenta metros de la terraza en la que estaban sentados. A Antón le pareció pequeña y delgada, de cuerpo gracioso y andar alegre. Tenía que ir a recoger a su madre para llevarla al médico.

–Tiene su encanto –añadió sin apartar los ojos de ella. María, antes de descender por las escaleras del metro, se volvió, hizo un pícaro gesto de despedida y, en dos segundos, se la tragó el subsuelo.

Gabriel había accedido a presentársela a Antón. Venía saliendo con ella sin una continuidad, pero regularmente iban al cine o de paseo, picaban algo en los bares de la zona de Argüelles, se acostaban o no y volvía a empezar la ronda. Ella ya no vivía en casa de sus padres, cerca de Reina Victoria, adonde regresó temporalmente, y había vuelto al piso que compartía con su amiga y a la docencia, pues daba clases, de nuevo a pequeños, en un colegio privado cerca de la colonia del Viso.

–Supongo que no hay nada serio entre vosotros, o sea –especificó Antón– un plan de futuro. Le llevas treinta años, por lo menos.

Gabriel no abrió la boca. Estaba pensando en otra cosa.

–Chaval, te llevo diez años, un mundo en este país. Cuando yo era joven, lo de follar no era un pecado sino un milagro. Lo mío son las filas y el guardapolvo en el colegio y los granos y el onanismo en la adolescencia. Lo que estamos viendo y viviendo ahora, entonces era inimaginable: ahora somos ricos y mojamós, de manera que aprovecha; la clave es aprovechar y vivir lo que nos quitaron con toda la gazmoñería catoliconá. Hasta ahí, todo bien. Pero no vayas a caer ahora y atarte como un chorlito a un cuerpo joven y desenvuelto. Yo no digo que María no sea una chica estupenda y bienintencionada –dijo al ver el gesto de rechazo de Gabriel–, sólo digo que no te corresponde ni te conviene y que ya tienes edad de saberlo.

Gabriel le miró enarcando las cejas.

–¿Qué tal te va a ti con la tal Mila?

–Fenómeno. Pero no hay trato carnal todavía, si es a eso a lo que te refieres. Mila es muy suya. Nos llevamos estupendo, le parezco un caballero, pobre, pero caballero, y no le importa que me beba mis *riffs* aunque, claro, no me sigue toda la noche porque se acuesta a ver la tele antes de dormirse y yo aún no me he insinuado ni creo que lo intente. Así que ella se va a la cama y luego yo sigo a lo mío. Soy lo que se llama un señor de compañía. Hasta hemos ido a bailar.

–¿Minués?

–Somos antiguos, pero no tanto. Pasodobles, falso tango, foxtrot...

–Buena situación, a fe mía. No te imagino libando ahí en el lecho mientras pasan una comedia romántica. Le gustan las románticas ¿no?

–No creas. Le va más la cosa castiza, las comedias de situación como la tuya. Le he hablado de ti. Lo mismo se anima a invertir en tu culebrón que, por cierto, ¿va en serio?

–No tengo ingresos, Antón, ¿cómo no va a ir en serio? Además, me divierte hacerlo; es un reto.

–Si nos viera Cortázar... –suspiró Antón.

–¿Te acuerdas? Cuando me pasaste *Rayuela*.

–Ésos eran buenos tiempos, amigo. Pasión, emoción, devoción... nunca volveremos a ser jóvenes.

–Eso le envidio a María.

–¡Cuidado! Es una trampa. Por ahí puede llegar el desastre. Eres lo que eres, no te engañes. Somos dos señores maduros. Yo mucho más que tú, así que hazme caso como me lo hiciste entonces. A mí me corresponde Mila, pero a ti no te corresponde María. No te enganches; por Dios, no te enganches.

–Vale, papi.

–Te hablo en serio.

–Como yo.

–Me voy a pedir otro *raff*, si no te importa.

–Pregúntale a tu hígado.

El teléfono de Gabriel Cuneo saltó a las doce de la noche de un lunes. Le llamaban desde la residencia geriátrica donde se encontraba su padre para advertirle de que se lo acababan de llevar a un hospital del sur de Madrid. Sin perder un minuto, se vistió y se echó a la calle en busca de un taxi. En el hospital se encontró con su padre intubado y afectado por un grave descenso de sus defensas que lo tenía en el límite entre la vida y la muerte. En realidad, como le dijo el médico, le estaba fallando todo. «A su edad y en su estado, cualquier infección se lo puede llevar por delante.» Tras hablar en privado con el médico, Gabriel telefoneó a sus hermanos. La opción era retirarle la intubación y dejarle morir tranquilo bajo el efecto de los sedantes. No había garantía alguna de supervivencia y mantenerlo artificialmente con vida era un espectáculo terriblemente penoso para Gabriel y doloroso para el padre. Ante su estupor, los dos hermanos se manifestaron opuestos a dejarle morir dignamente. «No sabemos si siente algo aunque a nosotros nos parezca que está ido; no podemos arrebatarse esa última esperanza...» Gabriel acabó por colgar furioso el teléfono y se encerró en el cuarto de baño de la planta a desfogar su ira hasta que lo sorprendió un ciudadano que huyó espantado ante el aspecto demente de aquel iracundo que despotricaba a solas.

No podía dar crédito a la reacción de sus hermanos. Incluso llegó a dudar de que fueran familia. Preferían que el padre siguiera atado a una máquina infernal antes que darle un descanso que hasta la misma Naturaleza estaba intentando propiciar. Cuando pudo calmarse, regresó abatido a comunicar al médico la decisión familiar. Se excusó, volvió a interrogarlo en busca de argumentos, se quedó junto a su padre haciendo de tripas corazón y, al final, consiguió dormirse en una butaca de la sala de espera. Al despertar por la mañana, el estado de su padre seguía siendo estacionario y él sufría una dolorosa tortícolis.

Cuatro días después, su padre volvió a la residencia. Ya no podía valerse, tenían que atarlo a la cama para que no se cayera durante la noche y había que acompañarlo a todas partes. Por la mañana, cuando le llegaba el turno, lo soltaban, lo aseaban, lo instalaban en una silla de ruedas y lo dejaban en la sala de la televisión. A mediodía pasaba al comedor de impedidos y le embutían un menú insípido y reiterativo, luego se quedaba dormido y a media tarde un robusto enfermero le obligaba a dar unos pasitos. Después, la cena y a la cama, atado con las correas. Y así un día tras otro. Gabriel no conseguía comprender a los enfermeros y enfermeras que cuidaban de estos despojos humanos, pero se lo agradecía infinito porque nunca los oyó quejarse, incluso se cruzaban bromas entre ellos y con los pacientes, tanto si los escuchaban como si no.

Esa semana no pudo ver a Martín, pero habló con él por teléfono y notó que el chico se quedaba preocupado por la salud del abuelo, así que decidió mentirle. El chico era muy sensible. Además, Gabriel estaba muy preocupado porque la decisión de acudir a los tribunales para cambiar el régimen de Martín aún no se la había comunicado a Isabel (que, naturalmente, no estaba dispuesta a aceptarlo, como ya lo explicó con toda firmeza ante los tanteos preliminares). Ella le advirtió que le echaría encima a sus abogados si trataba de seguir por ese camino, él volvió a advertirle acerca de la inconveniencia de permitir a esa clase de gente el acceso a algo tan íntimo y ella replicó que tenía a Perfecto cubriéndole las espaldas.

Bien ¿qué podía hacer? No iba a dejar que Martín se educase en el territorio de Perfecto Alumbre y no quería una guerra abierta ante el juez. Cualquiera que fuese la decisión que tomara, se trataba de elegir la menos mala. La súbita recuperación de su padre, que seguía expuesto a un desenlace fatal en cualquier momento, le angustiaba porque su nula calidad de vida era insoportable. Sus hermanos ni siquiera se habían pasado por la residencia al saber que había abandonado el hospital. Todo ello le afectaba de tal modo que quien sufría las consecuencias era su propio trabajo. Por más que lo intentaba, cada vez que se ponía delante del ordenador para continuar el desarrollo detenido del culebrón *Vencida de amor* la mente se le quedaba en blanco, no lograba creer en nada de lo que le sucedía a la desamparada protagonista, la joven profesora que se había visto obligada a entregar a su hijita en adopción por la exigencia de su amante, el jefe de estudios del colegio, un hombre mucho mayor, pues ella se había negado a abortar; esto último indignaba a Gabriel porque el aborto hubiera sido el mal menor, la solución más coherente, pero, entonces, se acababa el culebrón. «Lo que hay que hacer para ganarse el pan», pensaba con toda su conciencia culpable. Porque, ciertamente, tenía la conciencia de culpa más grande que nunca antes hubiera soportado: el juicio, la situación de su padre, la protagonista de su serie y, por si faltara algo, María, que cuanto más reconocía él que tendría que apartarse de ella para no hipotecar su futuro, más afecto parecía demostrarle, como si diera por hecho que al final su paciencia se vería recompensada con el matrimonio. La realidad era que estaba engañando a todo el mundo, empezando por él mismo, porque se sentía incapaz de tomar decisiones.

Y tampoco había comentado nada con Martín, lo cual le reconcomía. ¿Cómo iba a iniciar un juicio contra Isabel sin saber antes cuál sería la reacción de Martín? ¿Con quién preferiría vivir su hijo, con él o con su madre? Daba por descontado que el elegido sería él, pero era sólo una intuición. La vida lo estaba envolviendo en una tela de araña en la que se enredaba cada vez más, a la espera de ser comido. Por un momento acudieron a su mente las imágenes tantas veces vistas con morboso detenimiento de la mosca atrapada en la tela y agitándose desesperadamente para desprenderse de ella sin considerar que cuanto más se movía, más se enredaba y

con mayor precisión delataba al predador su situación exacta. También aquella escena de película en la que un científico obsesionado por su labor de investigador se encierra en un ingenio de su invención para teletransportarse a un segundo situado en la misma habitación; desgraciadamente, no se percata de que, al introducirse en él, una simple mosca se ha metido también en el aparato. Al producirse con éxito el fenómeno buscado, se siente eufórico y extraño a la vez: entonces descubre horrorizado que se halla en el segundo ingenio, sí, pero convertido en un monstruo, un ser humano con cabeza de mosca; aunque lo más terrible venía a continuación, cuando en el jardín se veía a una mosca con cabecita de hombre atrapada en una tela de araña, gritando ante el bicho que se dispone a inmovilizar a la presa.

De repente, toda su vida era un dilema que se agitaba ante él como una hidra de múltiples cabezas.

«Todo el mundo parecía haberse enriquecido en España. Todo el mundo excepto Bieito Calleja. En un primer momento la depresión lo abatió. Piscator subía cada vez más alto a medida que destruía reputaciones, la *femme fatale* se comportaba como una marquesa, Nora lucía joyas y un nuevo vestuario y se dejaba ver en los locales de moda; el único que seguía comiendo de menú en los bares más tirados era él. El dinero corría a chorros, no había más que salir a la calle a recogerlo con un bidón, y él seguía llegando tarde a todas partes, al humo de las velas de las ceremonias en que se repartía la riqueza. Además, algo gordo se estaba cociendo delante de sus narices y tampoco era capaz de verlo, sólo de olfatearlo. Una vez más se disponía a asistir a un gran golpe sin poder meter la mano en él. Tenía que encontrar una pista y hundir a Piscator: ésas eran sus dos únicas dedicaciones.

El abogado acabó en el hospital con una fractura de cráneo, lo que en gente de tan baja estofa es sólo el equivalente a un rasguño; más le debió de doler la pérdida del sobre que contenía la información. Con buen criterio, Bieito decidió seguir a Piscator confiando en volver a encontrarse con él. Pero no sucedió nada de eso. Entonces empezó a pensar en otra dirección: ¿quién había robado el sobre del despacho del abogado y para quién? A pesar de todo, siguió al periodista, y varias veces estuvo a punto de sucumbir a sus impulsos y estrangularlo porque el seguimiento iba acompañado de la obligación de asistir a los apasionados escarceos amorosos entre el ladrón y su presa, Nora. Al final llegó a la conclusión de que debería estrangularla a ella también, pero después de tirársela.

En cuanto el abogado mejoró lo suficiente como para volver a usar el cerebro, la secretaria se presentó en el hospital. De lo que hablaron, Bieito no pudo saber nada porque el riesgo de ser pillado a la puerta de la habitación del convaleciente era extremo, pero al salir del hospital, la secretaria llevaba consigo la cartera con la que había entrado, pero, por la soltura con que la portaba, dedujo que el contenido se había quedado en la habitación. Durante buena parte del día, Bieito Calleja permaneció en la sala de espera de la planta, que le permitía tener vigilada la puerta de la habitación del abogado. En ese tiempo mantuvo conversaciones sobre desgracias propias del lugar en que se hallaba con la madre de una atropellada, la familia de un hombre al que una guillotina le había arrebatado el brazo derecho, una hija y la mujer de uno que se había caído de un andamio... También aceptó un par de cafés y se resignó a no almorzar ni, presumiblemente, merendar. Tenía el estómago resonando como una cañería vacía. Afortunadamente para él, una tía de la atropellada se ofreció a subirle un sándwich de la cafetería. Todos sentían una gran conmiseración por él.»

Al escritor de novela negra le entró hambre. Abandonó el ordenador y se dirigió del mejor humor a la cocina. Solía comprar periódicamente unas bolsas de rebanadas de pan blanco sin corteza que le servían de tostada para el desayuno y la merienda o de sándwich de emergencia, según la hora del día. Comió con fruición, porque la creación de vidas negras era propicia a ello, y regresó al ordenador con una lata de cerveza abierta en la mano.

«Las miradas de las enfermeras de planta sobre Calleja empezaban a tornarse ya desconfiadas, ya suspicaces, cuando un brioso taconeo resonó acercándose al pasillo que Bieito tenía bajo vigilancia. Cuando levantó la vista y vio aquel cimbreado cuerpo de mujer adentrándose en él, pensó que si aún no había sacado nada en limpio de la espera quizá ahora se abrían otras posibilidades; cuando la esplendorosa mujer que se alejaba de espaldas entró en la habitación del abogado, su interés se multiplicó por dos; cuando la puerta de la habitación volvió a abrirse y la mujer se expuso a sus ojos, de frente, éstos estuvieron a punto de salirse de las órbitas: la misteriosa visitante era nada menos que la *femme fatale* y a Bieito no le cupo la menor duda de que portaba un algo extra en su abultado bolso.

¿Así que la amante del millonario era el correo elegido para cumplir aquel recado?

¿Y el destinatario? ¿Y qué contenía el sobre? Y sobre todo ¿por qué seguía siendo tan valioso incluso después de robado? Trató de seguir a la mujer, que se introdujo en un coche negro con chófer y partió a toda velocidad, pero no encontró taxi a mano. Entonces se le ocurrió una idea que le fascinó de puro fantástica.»

Me pregunto por qué la vida es tan dura, por qué tenemos que estar siempre eligiendo, por qué no hay descanso. Cada vez que alcanzas algo que deseabas, y lo alcanzas a menudo con más esfuerzo que beneficio, lo que aparece ante ti no suele ser un horizonte placentero donde disfrutar de lo conseguido sino una nueva dificultad. Es como esos paseos colina arriba en los que, a medida que avanzas, fijas el final del camino con la vista, la cumbre donde podrás descansar y otear, y al llegar a ella descubres que en realidad no es sino un rasante que ocultaba el camino a otra cumbre un poco más alta tras la cual, empiezas a sospechar, no estará el placentero valle que persigues sino un nuevo rasante que oculta una nueva cumbre; y te desfondas pensando que nunca llegarás a encontrar un punto estable de referencia que te permita, si no cumplir con una meta que parece alejarse de ti, si tomar una decisión en cuanto a seguir, desviarte en otra dirección más amable o volver sobre tus pasos.

No me oculto que me intimida la idea de pleitear contra Isabel. Es más: me provoca un hueco en el estómago cada vez que lo pienso. No se trata de miedo, no, es más bien algo parecido a transgredir un tabú, una expectativa culpable. Evidentemente, yo no tengo los arrestos que tiene ella, que no tardaría un minuto en tomar la decisión. Lo mío es pereza, puro rechazo a pisar un terreno resbaladizo en el que no me siento seguro, si es que hay algo en lo que me sienta seguro. Siempre ha sido así y, sin embargo, siempre he acabado afrontándolo, fuera lo que fuese, incluso el rechazo a afrontar. En cierto modo yo diría que la vida es algo que se dedica a empujarme para que actúe y yo actúo, de mala gana, pero actúo, lo cual hace todo más dificultoso. Me gustaría ser como Isabel.

No hay vínculo como el del padre con su hijo. También al revés, del hijo con el padre, pero es distinto porque el hijo va en busca de sí mismo mientras que el padre ve alejarse así al objeto de su amor, al que, si es un padre consciente, ha tenido que preparar, primero, y empujar, después, para el viaje en busca de su identidad y de su sitio en el mundo; pero el vínculo y la preocupación por su suerte lo acompañarán hasta la tumba, al padre, a los padres, porque el vínculo creado es indestructible. No hay amor más poderoso sobre la tierra porque no depende de ningún trato, como es el amor de pareja, sino de una marca a fuego desde el momento mismo del nacimiento. Al fin y al cabo, la madre lo ha llevado y sentido carne de su carne durante nueve meses, es una parte física de ella misma de la que se desprende para poder amarlo como distinto; para el padre, en cambio, por más que haya compartido el deseo de procrear y la procreación misma, el vínculo es un compromiso de amor, no la fisicidad de ese amor. He dado muchas vueltas a todo esto desde que Isabel y

yo nos separamos, no sé si por dolor o por exasperación analítica, pero desde entonces me ha surgido la necesidad de formular lo que pienso, una pasión que me arrebató y me desespera a la vez porque, al revés que Isabel, yo soy un hombre de inacción.

O quizá no, quizá no sea más que un primer reflejo que no quiero pensar de dónde viene porque a estas alturas, a punto de cumplir los cincuenta, mejor no saberlo. Se me ocurre pensar, de todos modos, si mi padre, por la pura humildad de su origen y la necesidad de sobrevivir, no sería un manso, pero la verdad es que su lucha por sacarnos adelante requiere un coraje que ni mis hermanos ni yo tenemos, ellos por mediocres y yo por raro; por bohemio, como dice mi hermano mayor, que es un gilipollas y un ignorante aunque le vaya bien en la vida.

Mi padre no vio venir la demencia senil que le aqueja, pero a veces me pregunto si no la intuyó y si acertó a comprender la impotencia y el abismo en que se sumía. Yo creo que como padre se limitó a cumplir porque era su ley de vida y así la aplicó. Eso sí que tiene mérito. Lo suyo no era comprender sino cumplir, por el honor de sí mismo, es verdad, pero también por el amor a los hijos, porque en la distancia que ponía entre él y nosotros siempre nos hizo notar, al menos a mí, su impulso amoroso. Qué extraña manera de sentir y de comunicar, qué tiempos los de la autoridad competente, el hisopo y el espadón. Y, sin embargo, el amor se abrió paso entre ellos, cosa prodigiosa. En superficie o bajo tierra, el agua no deja de correr hasta dar con el mar.

Es el ciclo de la vida. El río de la luna que misteriosamente rige la vida y que nadie ha visto nunca, frío y ensimismado, atento sólo a su curso mientras nosotros nos bañamos en el agua que corre. El río que vierte sus aguas en el origen del mundo para reiniciar el ciclo y volver a empezar a regarlo no es más poderoso que el vínculo que une al padre con el hijo y al hijo con el padre. Y aun cuando el padre muere, como va a morir el mío, el hijo lo sigue buscando por todas las calles de la vida y ése es el último aliento que queda de él, el vínculo convertido en espíritu protector.

No hay infamia mayor que la de ser un mal padre. Me pregunto si este paso que voy a dar es justo y necesario o es un capricho temporal, acuciado por las circunstancias; me pregunto si no debería hablar con Martín antes de tomar la decisión. La verdad es que sólo tiene doce años.

El abogado Perea estaba casado con una mujercita vulgar y corriente, entrada en carnes, pero pizpireta y muy charlatana. Tenían tres hijos varones que parecían fabricados en serie y carecían de todo signo distintivo; los tres eran gorditos, ordinarios y de corta estatura y estudiaban en un colegio religioso. Cuando acudían juntos a alguna parte, su madre los exhibía con orgullo y el padre se hacía el desentendido. Evidentemente no colmaban sus aspiraciones de progenie. Perea seguía estirando el cuello y proyectando la mandíbula como si ello le añadiera centímetros a su escasa estatura y los niños, que seguían a la madre como patitos, empezaban ya a probar el mismo gesto. El efecto era grotesco pues los tres alzaban sus piquitos en un movimiento de abajo arriba en tanto que la madre anadeaba con un movimiento de derecha a izquierda de sus anchas caderas.

Todo el afán de Perea, que compensaba sus deficiencias físicas con un cerebro extraordinariamente ágil, era hacerse con un capital que le permitiera alcanzar una posición dominante. Su reino era el reino de la sombra, de la astucia, de la insidia, lo que le obligaba a recogerse sobre sí mismo para no ser visto; pero si algo deseaba era justo lo contrario: ser visto y reconocido, y sabía bien que sólo el color del dinero le permitiría salir a la luz sin complejos. Delgado, cetrino, con cara de pájaro, de calvicie pronunciada y corta estatura, lo que su privilegiada cabeza ambicionaba, su cuerpo se lo negaba.

En estos momentos, el abogado se debatía entre dos opciones. En primer lugar, su posición ante un hombre con el poder de Perfecto Alumbre debería haber sido del todo favorable después de la venta de información efectuada, que había supuesto un negocio redondo para el millonario; sin embargo, no percibía la gratitud esperada sino otra de rango inferior, como si, en el fondo, Alumbre pensara de Perea que poner en sus manos aquella información que lo colocaba en excelente posición dentro del Banco era poco menos que la obligación de un empleado. Pero Perea no era un empleado del tal Alumbre: se consideraba un vendedor de una mercancía valiosísima para Alumbre y por todo agradecimiento había recibido una sustanciosa suma de dinero y un modesto reconocimiento. Ahora se preguntaba si no hubiera debido entregar la información de forma gratuita y no onerosa; quizá ese gesto le habría valido un trato mucho más gratificante y un serio ascenso social y profesional; pero, aunque lo consideró, pensó también que un predador como Alumbre no tenía por qué ser ni compasivo ni agradecido. Más valía un dinero en mano que la expectativa de unas promesas que el magnate pronto olvidaría. «Esta gente –se dijo entonces– piensa que todos debemos rendirles pleitesía.» No se arrepentía de haber cobrado, y muy bien, sus

servicios, pero no entró en sus cálculos la conclusión a la que naturalmente había llegado Alumbre: todo traidor tiende a traicionar. Por este motivo prefirió no tenerlo cerca, que hubiera sido la feliz recompensa que buscaba Perea.

Sin embargo, no podía negarle el reconocimiento del favor por bien pagado que estuviera; éste era un compromiso de orden moral, podría decirse, si no se tratara de un asunto entre amorales acreditados. La señora de Perea pronto empezó a calentarle la cabeza a su marido cuando vio que no eran invitados a los actos mundanos que, en su imaginación de pequeñoburguesa, Alumbre celebraba de continuo. Cuando supo del éxito de la maniobra de Perea, también ella había empezado con un cambio de estatus que en seguida desbordó su imaginación y la hizo estremecer de emoción y esperanza. Luego, al ver que la presentida apoteosis social no llegaba, su pequeña alma se fue ennegreciendo, su buen humor agriando y su figura ensanchando del disgusto. Mal negocio es el reconcomio, pero unido a un alma torva, y ésta era la de su marido, acabará destilando veneno.

La segunda opción de Perea apuntaba a Isabel Pérez. Si su amante y próximo marido no estaba dispuesto a llevar al abogado hasta la posición que éste creía y ambicionaba merecer, quizá sí lo lograra ella. El único inconveniente de este plan de acción era ese turbio periodista llamado Mario Pescador, de quien no se fiaba un pelo, pero a quien necesitaba como testigo de la implicación de Isabel en la operación de toma de poder del Banco por parte del presidente y su grupo de conspiradores y en la posterior traición a su marido, Gonzalo de Laus, en favor de Perfecto Alumbre. En realidad, lo que tenía *in mente*, era un plan para chantajear a Isabel: silencio a cambio de un ascenso de categoría y una puerta abierta a otra clase de clientes de los que tenía. Pero recelaba de Pescador.

El periodista era consciente de la entrevista entre Perea e Isabel en el Copacabana y la posterior salida al encuentro de De Laus en el automóvil. También disponía de un testigo de las visitas de Isabel a su despacho, cuando urdieron la venta de información a Alumbre: su propia secretaria. No era mucho, pero más que suficiente para, si quisiera, filtrar a los medios la historia de la traición, porque la impunidad estaba prácticamente asegurada a medio plazo gracias a la lentitud de la justicia. El escándalo que seguiría, con pruebas o sin pruebas, con testigos fiables o sin testigos fiables, con mentiras y medias verdades, sería clamoroso y malo para todos los implicados. La deriva de cinismo y sectarismo en que se habían metido buena parte de los medios de la capital y las luchas intestinas entre grupos de poder ofrecían el caldo de cultivo adecuado. Para agitar esas aguas también necesitaba a Pescador. El problema era lo que pediría el periodista a cambio. Los traidores se reconocen a primera vista entre sí.

Perea temía, sobre todo, que Pescador, enardecido, quisiera tomar el timón. Era un tipo peligroso porque carecía de sentido de la medida. Su ambición era tan evidente y su necesidad de trepar tan imperiosa que alejaba a la prudencia. Para un

hombre calculador y estratega como Perea, resultaba una amenaza, si no a corto, a medio plazo, en cuanto el escándalo se asentara. Pero necesitaba a un tipo en su situación para iniciar el ataque.

De todos modos, aún había tiempo. Quizá si él mismo se encargara de tantear a Isabel, su reacción le indicaría la posibilidad de iniciar por su cuenta un chantaje silencioso, que es lo que él prefería, sin necesidad de utilizar a un Pescador al que habría de contarle todo lo que ignoraba de la trama de acoso y derribo al Banco. Una información demasiado peligrosa en sus manos. Al fin y al cabo, Pescador sólo era testigo casual de un encuentro que, sin el testimonio de Perea, no valía nada, se quedaba en un puro chisme social sin contenido.

Aún quedaban muchos cabos por atar.

Antón Patriarca se había acostumbrado a encontrarse con Mila los lunes a la hora del almuerzo en la cafetería cercana al Ministerio de Defensa. En realidad no estaba tan cerca, pero ya le había cogido la querencia. Ella se tomaba su plato combinado favorito –la verdad es que se comía muy bien allí– y él iniciaba su ronda del día. Habían elegido el lunes porque el comienzo de la semana siempre es duro y había que hacer algo por alegrarlo. Antón sentía una gran curiosidad por el personaje de Mila y ella, encantada, se dejaba halagar. Sólo eran, como suele decir la prensa rosa, buenos amigos.

–Aunque recientes –precisó Antón.

–Yo soy toda reciente –comentó Mila atacando un apetitoso lomo de corzo–. O sea, menos en las cachas, que son herencia de familia, la verdad es que, desde que me divorcié, soy toda reciente. ¡Quién me iba a decir a mí –añadió– que me divorciaría de mi Perfe! Vamos, es que ni en sueños. Esas cosas ni se pensaban antes.

–Es la libertad. Nos llega tarde, pero nos llega.

–Aunque no te creas, que yo era muy libre. Yo hacía lo que me daba la gana, pero con mi Perfe. Al principio no, porque una se queda prendada, pero a los pocos años ya sabe cada uno de qué pie cojea el otro y por ahí, a la chita callando, las mujeres somos muy prácticas. Así que no, no me faltaba libertad, pero, claro, no es lo mismo que esto de ahora, que no tienes compromiso y te quitas la parte pesada del matrimonio.

–Pero tú hubieras seguido con Perfecto.

–Hombre, a ver.

–¿Y no es mejor esto, el estar libre de compromiso y de aguantar las manías del otro?

–Pues no, porque te haces a ellas. Si no ¿para qué te casas? Lo que pasa es que Perfecto, que es un bodoque que se quiere hacer el elegante y el donjuán, ha caído como un chorlito con esa Isabel, muy fina ella y todo lo que tú quieras, pero que lo va a llevar de la nariz; y me parece bien, además, porque se merece una lección.

–Ella es muy atractiva.

–¿Cómo? –saltó Mila–. ¿Es que tú la conoces?

–No... bueno, yo... Sé quién es –trastabilló Antón–. Es decir, que la he visto en fotos y también una vez, en una fiesta... cultural.

–¿Cultural ésa? Ésa está a lo que está ¡no te giba! Y lo encuentro natural –se explicó– porque no se pierde un sarao, que es lo que más le gusta a mi Perfe. A mí me cansaba mucho tanta fiesta.

–Pero ¿qué me dices? Si tienes cuerpo de baile, mujer. Seguro que las disfrutabas.

–No me des jabón, que no hace falta. Si me hubieras visto antes, cuando Perfe no era lo que es ahora, te habrías molido de risa. Sí, sí, no hagas gestos. Yo era una pueblerina, lo mismo que él. ¡Pues no las he pasado moradas acompañando a Perfe en las cenas! Y no es que me intimide nadie, pero, hijo, se pasa fatal con tanta educación y tanta tontería. Y, mira, me fui adaptando; por Perfe, claro. Ahora, que se las apañe él, que yo me he librado de toda esa pelmada social. Yo ahora voy a mi aire y tan a gusto.

–O sea, lo que yo decía antes, la libertad.

–Pues será –dijo ella lacónicamente antes de empezar a rebañar la salsa con un pedacito de pan.

–Ya veo que te gusta hacer barquitos –comentó Antón.

–¡Anda éste! ¿A ti no?

–Yo estoy con mi copa tan a gusto.

–¿Y cuándo comes?

–Luego, sin prisa. Yo soy un funcionario y no tengo libertad hasta la tarde, así que la comida no me dice ni fu ni fa.

–Pero te escapas para venir aquí.

–Justamente. Es la hora de la comida y la aprovecho para beber. Y para estar contigo –añadió con una sonrisa provocativa.

–Oye, que a la hija de mi madre no se la ronda así como así, que una es cosa fina de paladear.

–A mí me lo vas a decir.

–A ti te lo digo, para que no te embales.

Antón Patriarca rió y se echó para atrás en la silla. Le gustaba aquella mujer, tan distinta de todas las que conocía. Le gustaba su gesto franco, su redondez vital, su desparpajo. Si no fuera por la fortuna que ella tenía sobre sus espaldas, y que le intimidaba porque, a su edad, aún sentía reparo de que lo tomaran por un vivales en busca de dinero, ya se habría animado a tirarle los tejos. En su modestia se consideraba un caballero y nunca se permitiría hacer un solo gesto interesado. Así que se limitaba a marear la perdiz, irresoluto y también reprimido. La mujer aún estaba de buen ver y a él le seguían gustando llenitas.

–Hay una cosa que me agrada de ti –dijo Antón.

–¿Sólo una?

Antón sonrió.

–Tenía que haber previsto esa respuesta. Tengo una gran capacidad de servir en bandeja las respuestas a los demás. Entre eso y mi *esprit de l'escalier*, así me ha ido en la vida –hizo una pausa–. ¿Te digo cuál es? ¿La cosa?

–A ver.

–Que el dinero no parece haberte cambiado.

–¿El dinero? Pues si me hubieras visto cuando Perfe me trajo a Madrid, te caerías de espaldas, que yo no había salido de mi pueblo.

–No me refiero a que seas una mujer rica, sino al espíritu.

–¿Y por qué me iba a cambiar el dinero? Además, ya lo tenía de antes; compartido, pero lo tenía. Bueno, en realidad, tenía todo lo que quería y además, como mi Perfe era bastante tarambana, cada vez que tenía un lío por ahí me regalaba una joya de las buenas. Y yo, ya ves, tan tranquila. Las cosas que son, son; y las que no, no pueden ser. No hay que amargarse la vida, digo yo.

–A eso es a lo que me refería. La gente se vuelve loca cuando le cae, como a ti, un baño de oro. Ahora lo tuyo es sólo tuyo.

–Bah. Yo sé muy bien que mi Perfe ha soltado el dinero porque me conoce y sabe que irá a parar a mis hijos; si no, de qué habría sido tan sencillo, por muy encoñado que esté. Lo que pasa es que yo no me podía dejar comer ni dejar que la otra se llevara una tajada de lo que me corresponde ¿no? Lo único que me fastidia es la gente que se te pega con zalamerías. Parece que lo llevas escrito en la frente, oye.

–Es lo natural. También la riqueza tiene sus servidumbres. ¿Qué cuesta arrimarse a ver qué cae? Aunque contigo me parece que lo tienen difícil. Pero –hizo una pausa al ver que ella lo miraba con atención– a cambio estás mucho más sola, sin hijos, sin marido... –terminó de decir, adivinando qué era lo que ella guardaba en el fondo de su mirada.

–Ésa sí que es una verdad –sentenció Mila cruzando los cubiertos sobre el plato.

La puerta del salón se abrió y una larga fila de gente cogida por la cintura y cimbreándose bulliciosa al compás de la música avanzó por el pasillo cantando a voz en cuello:

*La conga
de Jaruco
va y viene
arrollando.*

La fila iba encabezada por un galán maduro que avanzaba echando las piernas alternativamente a un lado y a otro y marcando el paso a todos los que le seguían. La comitiva se retorció tras él, sujetándose unos a otros con las manos plantadas en la cintura del que le precedía, y exhalaba una alegría alcohólica considerable. Mario Pescador, con un puro entre los dientes, los ojos desorbitados y un contundente vaivén de caderas, se desplazaba aferrado a la cintura de Isabel Pérez. La fiesta, que había comenzado a la medianoche, alcanzaba ahora su máximo esplendor con esta explosión de entusiasmo de los asistentes que aún se mantenían decorosamente en pie.

A Pescador le excitaba sentir en sus manos el movimiento del cuerpo de Isabel. Todos los que formaban esa suerte de serpiente humana que avanzaba dando bandazos por los pasillos de la casa, hombres y mujeres, participaban de una suerte de contoneo medio erótico estimulado por el alcohol ingerido y las propias ganas de divertirse. Algunas señoras se habían desprendido de sus zapatos de tacón para andar más ligeras, acordes con el aire de juerga que se había apoderado de la fila. Excitados y jadeantes, cantaban, reían y gritaban hasta perder el aliento.

*La conga
de Jaruco...*

Perfecto Alumbre, que se había unido tarde al grupo, en el que ya no faltaba prácticamente nadie, excepto los invitados de edad más provecta, era uno de los más animados. Le encantaba llevar a una señora delante y otra detrás y lo expresaba con alegre clamoreo mientras se ceñía alternativamente a una u otra. La fiesta se celebraba en el imponente chalet del millonario en una urbanización exclusiva a las afueras de Madrid, y a ella había acudido una selecta y numerosa concurrencia del mundo de los negocios, aunque tampoco había faltado la prensa que, a lo largo de la semana, daría buena cuenta del acontecimiento. Los

fotógrafos, sin embargo, ya se habían retirado un tiempo antes de que se organizase la conga con la que se estaba dando fin al festejo, al filo de las cuatro de la madrugada.

Mario Pescador sentía la euforia subir por dentro de su cuerpo como las burbujas del *champagne* que había estado degustando durante toda la noche, pero no se debía sólo a la bebida. Una fiesta de esta clase era una mina para un tipo como él. Si uno sabe estar con el oído atento y la mirada alerta, puede descubrir pecados y vergüenzas de suma utilidad para el negocio de la información maliciosa. Gestos, detalles, miradas, descuidos, enfados o reconocimientos... todo era susceptible de ser interpretado por una mente lo suficientemente sucia como para vivir de ello.

La música cesó repentinamente y la conga se fue disolviendo entre risas y comentarios. Pescador tardó unos segundos más de lo debido en retirar las manos de la cintura de Isabel y ésta se volvió hacia él con una sonrisa burlona.

–¿Lo has pasado bien? –preguntó maliciosa.

–Ah, sí, claro que sí, por supuesto. Una fiesta deliciosa –respondió apresuradamente el periodista–. No ha faltado de nada.

–Eso me ha parecido –dijo Isabel–. Sobre todo alcohol.

–Generosísima –aplaudió el otro–, generosísima. El colmo de la abundancia.

–Me alegra que te hayas divertido –Isabel miró a uno y otro lado, como si buscara a alguien–. Me vas a perdonar, pero creo que hay invitados que ya se están despidiendo.

–Naturalmente, naturalmente. Yo mismo voy a ver si recupero mi abrigo. Por cierto... –añadió con gesto dubitativo– yo creo que ya nos habíamos visto antes.

–Antes de ahora –simuló meditar Isabel– no sé, como no sea que haya visto tu nombre en la lista de invitados que me pasó el secretario de Perfecto...

–Tienes razón. No nos hemos tratado antes de hoy *personalmente*. Pero estoy haciendo memoria y... no sé... ¿en un restaurante quizá? ¿En un club? Yo suelo frecuentar el Copacabana.

A Isabel no se le alteró el semblante, pero el periodista advirtió un relampagueo en el fondo de sus bonitos ojos.

–¿El Copacabana? He oído hablar de él, creo. ¿Tiene buen ambiente?

–Estupendo, con música en directo. Suele estar muy concurrido y allí se ve de todo.

–¿Tanto?

–No te lo imaginas. Si vuelves por allí, espero que me permitas invitarte a una copa.

–¿Volver? Ya te he dicho que no lo conozco.

–Pues razón de más para conocerlo.

–No lo creo. Por cierto, ten cuidado con la bebida, me parece que vas un poco

cargado.

–Querida –Perfecto Alumbre se hizo repentinamente visible junto a ellos–, algunos amigos se están marchando y te reclaman. No te estaría acaparando el amigo Pescador, ¿verdad? Ten cuidado con él porque tiene muy mala fama.

El periodista rió la ocurrencia.

–Isabel es extraordinaria –dijo después–. No le extrañe que todo el mundo quiera acapararla.

–Pero, querido, los invitados... –le apuró Isabel.

–No me extraña –dijo Perfecto despidiéndose de Mario–, pero aquí el único que acapara soy yo. Gracias por venir y buenas noches. Espero que se haya divertido.

Tomó a Isabel del brazo y se alejó. Pescador se quedó viéndolos caminar hacia la entrada de la casa donde se iban agolpando los invitados con sus prendas de abrigo y volvió a encender su puro por enésima vez. El anzuelo estaba echado.

«Bieito Calleja, plantado con su coche ante la casa de la *femme fatale*, no tenía la menor idea de lo que hacer a continuación, de modo que la espera le vino bien para tratar de ordenar sus ideas. Tenía una metida entre ceja y ceja: si ella había salido del hospital con el sobre por el que se pagó una presunta gran cantidad de dinero en efectivo, eso quería decir que o bien era el sobre bueno, y el robado al abogado sólo un señuelo, o a éste no le habían robado ningún sobre tras agredirlo y el agresor había actuado en vano. En consecuencia el sobre tenía que estar en la casa de la mujer y sólo quedaba esperar a que el agresor desconocido apareciese en escena. Si tan importante era el contenido del sobre, el agresor aparecería pronto o tarde, en cuanto sumara dos y dos.

Una segunda idea, tan fantástica que hasta podría ser cierta, sugería que el verdadero autor de todo aquel embrollo fuera el millonario amante de la mujer, aunque se le escapaba el motivo que lo empujaba a actuar de manera tan contundente y violenta. Y, sin embargo, la intuición tiraba de su mente con mucha mayor fuerza que su inteligencia deductiva. Y podría ser cierta porque los millonarios nunca se manchan las manos pues para eso son millonarios y pueden permitirse pagar a perros de presa para hacer el trabajo sucio.

Encendió un cigarrillo y, por rutina, se dedicó a ajustar el retrovisor. Al hacer un movimiento brusco, el espejo se desvió y le mostró una escena que lo sacudió de los pies a la cabeza: en el coche de atrás había una pareja que reconoció al momento: el vil Piscator y la rubia traidora estaban morreándose sin el menor recato. Era evidente que no le habían visto –ni tampoco él a ellos– hasta ahora mismo y la casualidad lo anonadó. Como primera medida se caló el sombrero que llevaba en el asiento del copiloto y así camuflado se dedicó a observarlos.

La casa donde vivía la mujer fatal era un edificio de apartamentos en una de las calles laterales del Paseo de la Castellana. Varias veces, el detective había estado de copas por la zona, muy concurrida por ejecutivos dispuestos a desahogar la libido a la hora de la siesta o por noctámbulos a la de los bares de alterne, pero aquella era una hora de nadie y lo único que pasaban eran los minutos. Bieito Calleja, aunque perro viejo, tenía sentimientos y la escena que contemplaba le revolvió el estómago. Miraba alternativamente atrás y adelante para cubrir sus dos objetivos. ¿Qué estaría buscando ese miserable de Piscator en aquel lugar? ¿Acaso no había terminado ya su sucia misión de correveidile? ¿Y qué hacía con Nora, la habría traído para disimular la vigilancia?

De repente, Piscator se desprendió de la rubia y saltó del coche como un resorte. Bieito creyó que le había descubierto y echó el seguro de las puertas por

precaución mientras aferraba la barra antirrobo, dispuesto a todo, pero Piscator pasó a su lado, cruzó por delante y se dirigió a paso rápido a la puerta del edificio. ¿Qué sucedía? ¿Qué había visto? Porque el tipo, morreándose y todo, había captado algo que a él, solo y desocupado, se le había escapado. Miró por el retrovisor y vio a Nora arreglándose la cara ante un espejito de mano: era su ocasión, el momento de raptarla, llevársela a su guarida, abusar de ella sin freno ni medida, torturarla y arrojar luego su cuerpo a un vertedero. Pero el deber profesional se impuso. Él era un detective en ejercicio y su principal misión era la de desentrañar el asunto con el que se había topado. De manera que, aprovechando el ensimismamiento de Nora, salió cautelosamente del coche cubriéndose con el sombrero, cruzó la calle y se adentró en el edificio donde vivía la *femme fatale*.

Una vez dentro, se preguntó adónde iba.

El luminoso del ascensor le indicó que se hallaba en movimiento y, sin pensarlo dos veces, echó a correr escaleras arriba. En cada rellano echaba un vistazo para seguir el trayecto del aparato. Por fin, con los pulmones al límite de su capacidad, alcanzó el piso en el que acababa de detenerse. A lo largo de un pasillo se alineaban cuatro puertas todas idénticas y se detuvo a escuchar. Tras una de ellas oyó voces. No dudó en dirigirse allí. La puerta estaba entornada en realidad y la empujó con extremo cuidado. La escena que contempló lo llenó de espanto.

Tendido en el suelo, en medio de un charco de sangre, se encontraba el amante de la mujer, el millonario. Ella tenía en la mano un revólver que contemplaba con los ojos dilatados por el miedo; cuando los alzó, se clavaron en Bieito de una forma que él interpretó como una mezcla de petición de ayuda y advertencia desesperada. Eso fue lo último que vio, porque un segundo después, recibió un durísimo golpe en la cabeza que lo precipitó en un abismo de inconsciencia.

Cuando despertó, el cadáver seguía allí.»

El escritor de novela negra hizo rodar hacia atrás su silla de trabajo, encendió un nuevo cigarrillo y, después de expulsar el humo a gusto, se preguntó si no se estaba metiendo en un lío peor del que tenía atrapado a su personaje.

Una mañana de sábado en la que Gabriel recogió a su hijo para pasar juntos el fin de semana, decidieron darse una vuelta por el Parque del Oeste porque en su colegio le habían hablado al chico del templo de Debod, que se alzaba en un segundo parque de menor importancia entre el del Oeste y la Plaza de España. Los dos admiraron el pequeño templo con sus inscripciones jeroglíficas y después continuaron camino por el Paseo de Rosales hasta la estación del teleférico, donde se abría una encrucijada de calles con una glorieta semicircular, y se internaron en el parque hacia el Paseo de Camoens. Una vez allí, se sentaron en un banco en medio de la pradera en cuesta que bordeaba el Paseo. Era una mañana de clima templado y deliciosamente otoñal. El curso escolar durante el cual cumpliría trece años acababa de empezar para Martín a mediados del mes anterior.

Aunque se acercaba a la adolescencia, su hijo era todavía un chico transparente y Gabriel adivinó sin esfuerzo que estaba preocupado por algo; en vista de lo cual, empezó a tantearlo por ver si daba con el conflicto. No tuvo que indagar mucho porque, a pesar de la inicial reticencia del chico, la verdad salió a la luz en seguida: vivía en permanente desazón con su madre, sobre todo porque la sentía distante, no falta de cariño sino distante, tan ocupada en sus asuntos y en su vida social que apenas disfrutaban de momentos de afecto, más bien fugaces. Quizá Gonzalito, siempre atendido por la *nanny*, no lo notara tanto, pero Martín, que ya empezaba a sentir los primeros tirones de la personalidad, se hallaba en tierra de nadie: ni era objeto de los mimos de la *nanny* por su edad, ni recibía de la madre una atención diferenciada. Esto lo volvía hosco ante una madre que no comprendía su actitud y reconcentrado ante un padre al que no se atrevía a confiar su problema, muy posiblemente porque lo consideraba como una traición a la madre.

Gabriel, con su mejor voluntad aunque rechinando los dientes, trató de explicarle que su madre tenía una nueva vida que le ocupaba mucho tiempo, lo mismo que si trabajara en una empresa sin límite de horas, pero se topó con una realidad evidente: Martín era muy observador y muy sensible y, naturalmente, había notado que las ocupaciones de su madre daban quehacer justamente a las horas en que ambos podrían verse; es decir: que Isabel se levantaba tarde, empleaba la mañana en ocuparse de sí misma y desde la hora del almuerzo iniciaba el contacto con su círculo de relaciones. Él no estaba en casa para verlo, pero los detalles que daban cuenta de la cómoda actividad de su madre no se le escapaban. Muchas veces, al llegar a casa, visitaba la habitación de su madre y allí o en el baño descubría pequeñas muestras de una salida reciente —el colegio estaba cerca de casa y él regresaba a comer cada día porque Isabel prefería la comida casera a la del

colegio—, o su ausencia, que ya se había hecho casi permanente, a esa hora del almuerzo en que bien podrían aprovechar para estar juntos en lugar de almorzar solo en el *office* bajo la atenta mirada de la interna.

El chico no dudaba del amor de su madre, pero había sacado sus conclusiones y se sentía olvidado o relegado. No quería admitirlo y Gabriel, prudentemente, no trató de presionarlo. Si lo sentía así, era asunto suyo, tenía que resolverlo él, a pesar de su corta edad; no podía inducirle a sacar esa conclusión.

Estuvieron jugando un rato al fútbol con la pelota que el chico había traído consigo. Gabriel era más bien torpe con el balón porque en el colegio había practicado sobre todo el atletismo, llegando a competir en los juegos escolares como saltador de pértiga. Nunca ganó una medalla, pero tenía prestigio entre sus compañeros. Ahora la pasión escolar era, sobre todo, futbolera; Martín jugaba al fútbol en el equipo de su curso y lo disfrutaba; por eso el fin de semana siempre encontraban los dos un rato para darle al balón, aunque lo normal era que, tras el primer peloteo entre padre e hijo, Martín se las arreglase para armar un partidillo con algunos chavales del parque que se acercaban a mirar, con o sin pelota, y otras veces era Martín el que miraba; el caso es que casi siempre jugaban y Gabriel se quedaba cerca mirando feliz a los chicos. Después, Martín regresaba, sudado y satisfecho, junto a su padre y ambos emprendían el camino a casa no sin antes tomar un refresco en alguno de los quioscos cercanos.

Esa tarde, sin embargo, temió que la conversación sobre la relación con su madre le hubiera afectado especialmente porque parecía más reconcentrado de lo habitual. Ambos volvían por los caminos del Parque de la Montaña de nuevo hacia el templo de Debod, llevando Martín la pelota bajo el brazo en vez de ir guiándola por el suelo con el pie, cuando de pronto dijo:

—Papá ¿por qué nunca me llevas a ver al abuelo?

A Gabriel se le abrió un agujero en el estómago.

—¿Tú quieres ir a verlo? —preguntó.

—Sí —contestó el chico lacónicamente.

—Muy bien, pues el próximo fin de semana te llevaré a verlo. Pero piensa que el abuelo está con la cabeza un poco perdida y no se entera bien.

—¿Como si estuviera en el cielo?

—Algo así. No pasa nada, sólo que a veces no se acuerda de las cosas.

—¿Y de nosotros?

—Bueno, si le coges de la mano y le sonríes, él te sonríe a ti. O sea que sí, que a lo mejor te reconoce, pero luego no se acuerda de los nombres y de repente se queda dormido.

—¿Y no puede jugar al fútbol ni nada?

—No, mi amor, no puede. Está siempre en su silla de ruedas y no puede echar carreras ni dar patadas a un balón.

–A lo mejor conmigo sí quiere jugar.

–A lo mejor. Ya lo veremos ¿no te parece?

–Vale.

La mañana lucía su esplendor otoñal bajo las nubes extendidas por el cielo y Gabriel, inspirado por un golpe de alegría, propuso a su hijo coger un autobús e ir a comer a una cafetería que él frecuentaba desde su juventud y adonde lo había llevado más de una vez a disfrutar de los mejores perritos calientes de la ciudad y a Martín le entusiasmó la idea. Mientras los dos retrocedían para salir al Paseo de Rosales hacia la parada del autobús, Gabriel contempló con nostalgia las praderas y el camino de tierra que empezaban a cubrirse con las hojas caídas de los árboles, preludio de la estación melancólica, y de pronto se escuchó a sí mismo diciendo:

–Martín ¿te gustaría que le preguntara a mamá si no le importaría que vivieras más tiempo conmigo, en mi casa?

Las nubes se abrieron. El rostro del chico resplandeció como la verde hierba de la pradera que bordeaban repentinamente bañada por el sol.

No. Decididamente, Martín no se encontraba a gusto en el nuevo apartamento de su madre. Había que tomar una decisión ya, cualesquiera que fuesen las consecuencias; aunque la idea de enfrentarse a Isabel le ponía un nudo en la garganta.

–El amor es algo que nos gusta a todas las mujeres –dijo Mila porque es tan bonito cuando lo piensas... pero al final te tienes que conformar con lo que te toca.

–No lo veo yo así –protestó Antón–. Es la elección de cada uno. Te equivocas o aciertas, pero no es «lo que te toca». Uno puede elegir.

–¿Elegir? ¿Qué es lo que eliges? Para poder elegir hay que tener dónde. Uno puede elegir, vale; pero una, no. A una la eligen, yo no me engaño ya a estas alturas de la vida. Eso le he dicho a mi hija: tú que podrás, no te dejes elegir. No me hará ni caso, ya lo verás. La costumbre es la costumbre.

–Te veo muy determinista.

–Lo que sea. Yo creo que las cosas casi siempre te vienen dadas y lo que hay que hacer es sacarles el mejor partido. Tú es que debes de ser un romántico y así te va, con esa pinta de poeta trastornado que tienes y más solo que la una –le pinchó–. ¿De qué, si no, te ibas a acercar a una matrona como yo? Lo digo en buen plan ¿eh?

–Gracias, pero eso no tiene nada que ver –contestó Antón, torciendo la sonrisa–. Yo lo que soy es un gilipollas, pero eso es de nacimiento.

–Mal se le debió de dar a tu madre, entonces.

–No, no es cosa de mi madre; es cosa mía; una habilidad especial que no tiene cualquiera. Pero hay mujeres que sí eligen. Isabel Pérez, por ejemplo, si no te molesta que la saque a colación –Antón le devolvía el alfilerazo.

–Mejor la sacas a pasear, que aquí no la quiero. Pero te diré una cosa: esa mujer tiene agallas en el alma.

Antón Patriarca se quedó unos segundos en suspenso, admirado ante la expresión que acababa de escuchar.

–No más que tú –acertó a contestar al fin.

–Quita, no me adules, que somos muy distintas. Ella tiene lo que quiere, eso es verdad, y le durará lo que le dure, porque mi Perfe acabará volviendo a casa como yo me llamo Milagros. Si es lista, le sacaré los cuartos y, a su edad, ya no le quedará mucho tiempo para buscar otro nido.

–¿Y si no vuelve?

–Cargaré con la otra hasta que se avieje y empezará otra vez la ronda; pero eso es muy cansado con los años, por eso te digo que volverá, con el rabo entre las piernas, pero volverá.

–Qué vida tan triste me pintas, la verdad; casi me alegro de ser como soy.

–Tú eres un buen hombre; a ti sí que te elegiría alguna lagarta, pero tienes la suerte de no ser rico y eso te protege.

–A lo mejor una lagarta pobre...

–Ésas son las peores. Cuando una de ellas consigue llevarte al altar, te amarga la vida y acabas en la taberna para no tener que volver a casa.

–Bueno, alcoholizado ya estoy yo por mi cuenta.

–Mejor que sea así.

Era lunes y Antón había acudido puntual a su cita semanal en la cafetería. A través de la cristalera veía el bullicio de la Plaza de Colón, la plaza más fea del mundo. Con un suspiro, encendió un nuevo cigarrillo y, habiéndose descubierto ante ella, pidió un segundo *raff* al camarero.

–Parece que van a prohibir fumar en los locales cerrados –dijo.

–Ya. El caso es mandar; lo que sea, pero mandar.

–Es como una cruzada. Algo tendrán que expiar, algo negro dentro de la conciencia; porque para eso son las cruzadas, para expiar pecados.

–A mí eso me da igual. Yo casi no fumo. Lo que fumo es porque da tono.

–Mejor para ti. Así vivirás más. Tienes que darle tiempo a tu Perfe para que vuelva y estar tú ahí.

–Yo eso del cáncer del tabaco no me lo creo. De lo que se muere uno es del aire que respira en la ciudad. Pero, sí, espero ver a mis hijos todavía durante muchos años. Y tener nietos. Muchos nietos.

–Los nietos de la abuela moderna –dijo Antón con simpatía.

–Sí, tú riéte. No hay nada como los nietos. Una a mimarlos y los padres a educarlos. Así se enteran de lo que nos ha costado sacarlos adelante.

–No me esperaba yo esa vena vengativa –comentó Antón con guasa.

–Pues sí, hombre, sí. A ver si se dan prisa.

Antón levantó los ojos hasta la estatua de Colón, firme sobre su historiado y alto pedestal y señalando el camino de las Indias con el dedo, el estandarte en la otra mano. Así llevaba el hombre desde el siglo xv y así pensaba Antón que seguía siendo España: ensimismada, ruidosa e inmutable, *este país de todos los demonios*.

–Esto es lo que yo llamo una posición dominante –dijo el abogado Perea.

Perfecto Alumbre asintió. Ambos se encontraban en el despacho del segundo. La ciudad se extendía al otro lado del amplio ventanal, que la mostraba hasta sus mismos límites debido a la altura privilegiada en la que se encontraba, en el último piso de uno de los edificios más altos y exclusivos de Madrid. Después del oblicuo trato habido con el millonario por intermedio de Isabel, ésta era la primera vez que Perea visitaba el santuario de Alumbre y no pudo por menos de admirarse y complacerse a la vez en la visión que se le ofrecía: la de la altura misma del poder.

Había comentado la imponente vista con tal elogio y sinceridad que consiguió arrancar una sonrisa de satisfacción a su propietario; ahora, sentado en un confortable sillón de cuero, disfrutaba también de la sensación ambiental del mismo poder. Lo que inundaba la habitación, a efectos de su sensibilidad, era el olor del dinero expresado en la calidad del mobiliario, la inmensa *boiserie*, la enorme alfombra persa, un cuadro de factura moderna y pincelada violenta que su propietario atribuyó a un tal Viola, los figurativos entre los que reconoció un óleo de Anglada Camarasa... Perea estaba realmente impresionado y, al mismo tiempo, halagado por la cita que lo había llevado hasta allí.

–Lo he mandado llamar, amigo Perea, porque Isabel Pérez, con quien ya tuvo ocasión de tratar en un asunto de nuestro interés, me ha dado las mejores referencias de usted como persona eficiente y... –se detuvo un momento, buscando la palabra– sin complejos, por decirlo así, a la hora de actuar –se quedó mirándolo, como a la espera de una confirmación.

–Le han informado a usted bien –respondió Perea abiertamente–. Conozco muy bien mi oficio y no tengo reparo alguno a la hora de cumplir con el trabajo encargado.

–Eso es lo que yo quería oír –Perfecto Alumbre se recostó en su sillón al otro lado de la mesa antes de continuar hablando–. A mí me gusta ir siempre de frente cuando quiero resolver algo; como suele decirse: coger al toro por los cuernos. Así que paso a explicarle.

Perea se incorporó e inclinó el cuerpo hacia su interlocutor en actitud receptiva.

–Anda suelto por ahí un tipo que no me gusta nada; un tal Mario Pescador... Ah, veo que lo conoce –dijo al ver el gesto afirmativo del abogado–. Mejor. Un tipo que está rondando a Isabel no sé con qué intenciones, pero no me cuesta nada adivinarlas porque periodista es lo mismo que chantajista. El caso es que ha venido a ver a mi secretario con la intención de obtener publicidad para una revistucha en la que debe de tener intereses. Usted sabe lo que quiere decir eso ¿no es así?

Perea asintió:

–Impuesto revolucionario, si no me equivoco.

–Exactamente –dijo Alumbre incorporándose en su sillón–. Veo que nos entendemos. Bien, no necesito decirle que ese cabrón piensa que puede sacarme dinero. Usted está al tanto de la situación y ya se imagina por dónde van los tiros. Naturalmente, tengo medios para cerrarle la boca, en el supuesto de que... en fin, ya me entiende, intente seguir molestando a Isabel.

–Si me permite que le interrumpa, creo que es mejor hablar claramente. Si tiene intención de atacar a doña Isabel, le aseguro, en la medida en que intervenga en aquel... ejem... asunto, que es imposible que disponga de prueba o evidencia alguna que pueda perjudicarla. Todo lo más que pudiera haber sería una maledicencia de alguien que, por pura sospecha, pretenda malmeter o sacar tajada, quizá alguien relacionado con su marido, Gonzalo de Laus. El problema con los periodistas como él es que se apoyan en una mera suposición, un comentario, una idea torcida, para montar una historia que, una vez elaborada, sale a las páginas de los diarios sin prueba alguna; y para cuando nuestra justicia es capaz de intervenir, ha pasado tanto tiempo que el mal ya está hecho. La lentitud de los tribunales es un seguro de impunidad. Por lo tanto, el recurso a los mismos está descartado. Lo que hay que hacer es cortar de raíz la maniobra. Lo usual, usted debe de saberlo, es pagar, pero entiendo que no desea seguir esa vía.

–Efectivamente. Pagar no es cerrar la boca porque la amenaza sigue estando ahí. Lo que yo quiero es cortar en seco cualquier intento de alargar una situación de incertidumbre. Ya le digo que puedo actuar de manera contundente, pero creo que a usted, que de alguna manera estuvo implicado en el asunto, quizá se le ocurra un medio de neutralizar a ese sinvergüenza sin tener que recurrir a métodos más radicales.

–Puedo intentarlo, sin duda, pero...

–Voy a decirle algo abiertamente: usted intervino en el asunto del Banco Castellano de parte de Laus e Isabel, pero cambió de bando muy oportunamente, lo que le agradezco. Sin embargo, ha de saber que, a pesar de la confianza que parece poner Isabel en usted, usted se la tiene que ganar conmigo. Así que tiene usted una oportunidad de demostrar que merece esa confianza; si lo demuestra, sepa que será debidamente recompensado. ¿Me he explicado con claridad?

–Con absoluta claridad –respondió Perea.

–Entonces quiero un informe inmediato sobre las intenciones del periodista de marras, sobre el alcance de sus conocimientos y sobre la solución más conveniente.

–Deme usted una semana. ¿Es posible?

–Procure adelantarse. Por lo menos en cuanto a lo que pasa por la cabeza de ese fulano.

–Muy bien. ¿Tengo vía libre para hablar con Isabel?

–¿Es necesario?...

–Trato de hacerme una idea de lo que piense que haya podido insinuar o dejar caer sobre ella –respondió Perea con diplomacia–, pero si usted está al tanto, quizá no sea necesario que la moleste.

–Puede hablar con ella. Con la mayor reserva, por supuesto.

–Descuide.

–En cuanto a la cuestión económica...

–No tiene que decirme nada. Hablaremos de ello cuando el asunto esté concluido. Es una satisfacción trabajar para usted, señor Alumbre.

–Me alegra saberlo. Bien –dijo levantándose, lo que el abogado se apresuró a hacer al tiempo–. Espero sus noticias. Me gustan sobre todo la diligencia y la discreción –añadió al despedirse.

–No tendrá queja de mí.

Cuando volvió a sentarse a la mesa, la suspicacia seguía haciendo presa en él, pero de lo que estaba seguro era de haber puesto el asunto en manos de un auténtico profesional. Y si algo sabía manejar Alumbre era el trato con personajes como Perea. Su carrera estaba jalonada de encuentros con tipos como él. En cambio, a los tipos como el tal Pescador los había apartado siempre de su camino de otra manera.

María se concentró en su copa, que apuró con expresión de disgusto.

–No tienes por qué mirarme así –dijo hablando consigo misma.

Gabriel se dio cuenta al instante de que la muchacha había bebido de más.

La noche estaba siendo desastrosa. Todo empezó en la cafetería donde se citaron antes de ir a cenar. Gabriel no quiso ir a recogerla porque esa tarde estaría en la casa de sus padres y le daba reparo que éstos pudieran verle a él, un cincuentón, citando a su hija, veinte años más joven. Lo vivía como una incómoda situación que debía evitar, de lo cual María ya se había percatado hacía tiempo. Esta vez se lo reprochó veladamente, lo que le puso de mal humor. Y así, poco a poco, la escalada de recriminaciones y exculpaciones fue creciendo hasta desembocar en un diálogo de sordos progresivamente irritante. Cada uno estaba atento a su propio discurso, de manera que la conversación se fue abriendo camino en direcciones opuestas. Ambos eran conscientes, a medida que la noche avanzaba, de que se hacía necesario parar y retomar la cuestión desde el inicio, pero la irritación, que se iba tornando en agresividad, lo impedía con la misma firmeza con que ambos discursos se alejaban del tronco común del que partían.

La situación en el restaurante llegó a alcanzar tal violencia verbal que, al advertir que se estaban convirtiendo en foco de atención, se obligaron a suspender la disputa. Cenaron en silencio, intimidados por el ambiente que habían creado alrededor, cambiando apenas unas cuantas palabras que a ellos mismos les sonaban a falso en el momento mismo de salir de sus labios («está buena esta *vichyssoise*», «el sitio es agradable», «¿quieres un poco más de vino?»...), eludiendo mirarse a los ojos, jugueteando con los cubiertos, bebiendo por no saber qué hacer entre plato y plato. El resultado fue que, cuando salieron al exterior, María ya llevaba en el cuerpo una carga de alcohol inusual en ella, aunque Gabriel sólo se percató cuando hicieron un alto en un bar que conocían.

Pidieron dos cubalibres y María bebió el suyo en silencio, como ausente, y cuando Gabriel se decidió a hablar, ella apuró la copa y pidió otra haciendo una muda seña al camarero, lo que inquietó a Gabriel. Esa manera de pedir era impropia, le recordaba el gesto clásico de un borrachín de barra nocturna dispuesto a apalancarse. No pudo evitar que se la sirvieran, pero aprovechó una escapada de María al cuarto de baño para desalojar un buen trago de su cubalibre. Cuando volvió pudo advertir su paso inseguro, no escandalosamente revelador de su estado, pero inseguro. Con paciencia, tratando de suavizar las cosas, consiguió tirar de ella al cabo de unos minutos en los que, sin embargo, no pudo evitar que terminase su segunda copa, y salieron a la calle.

La noche había refrescado y ambos llevaban aún ropa ligera debido a un otoño que no se decidía a despegarse del verano. María caminaba delante de él con voluntad decidida, haciendo notar su disgusto y también su paso dudoso. Gabriel sabía bien lo que escondía su actitud, un evidente deseo de plantearle que deberían vivir juntos de una vez; sin casarse, pero juntos; ése había sido el meollo de la irritada conversación, en la que él no quería entrar para no verse obligado a dar una respuesta, del orden que fuera, pero respuesta. Desde que se decidiera a hablar con Isabel acerca de la custodia de Martín, y aunque aún no lo había hecho, la exigencia de María, siempre velada por su irresolución, de establecer con claridad su situación de amantes había ido manifestándose cada vez con mayor evidencia. Él, por su parte, no se atrevía a plantearle el problema de Martín sin haber hablado antes con Isabel y, especialmente, con el chico para saber cómo tomaría la existencia de una madrastra, que es lo que sería María en la práctica si se iba a vivir con él. Todo estaba en el aire a falta de una concreción y justo en ese momento la conformista María decidía dejar a un lado sus reparos y le exigía una decisión que él no podía tomar.

«Pues díselo así, tal cual», le dijo su yo un tanto molesto.

«Es la maldita inoportunidad de las mujeres –pensaba Gabriel, soliviantado–. ¿Qué le costaría esperar sólo unos meses? Al fin y al cabo aún no hace un año que salimos juntos. No sé a qué viene tanta prisa si ya somos mayores para poder tomarnos las cosas con calma.»

La referencia inconsciente a la edad le recordó de pronto la distancia en años que mediaba entre ambos y sintió un golpe de ternura. Ella era joven, había estado viviendo de nuevo en casa de sus padres tras despedirse del colegio hasta que encontró el trabajo actual y pudo volver con su antigua compañera de piso, estaba marcada por una tragedia de la que sólo a la vuelta del verano había conseguido empezar a despegarse, quería pisar suelo firme. Sólo que él no se lo podía ofrecer de momento. María andaba a paso rápido, pero inseguro, lo que la hacía trastabillar de vez en cuando por causa de los altos tacones de sus zapatos. Gabriel, que iba tras ella, hacía ademán de adelantar los brazos para sostenerla cada vez que se producía un tropiezo sabiendo que nunca llegaría a tiempo porque la voluntad de alejarse de María se correspondía exactamente con su enfado. Gabriel, aprovechando uno de los ligeros bandazos, se colocó a su altura y le rodeó cariñosamente los hombros con el brazo. De inmediato, ella se desasíó con un gesto brusco y volvió a adelantarse, enfurruñada y voluntariosa.

Gabriel se admiraba de la velocidad a la que conseguía desplazarse la muchacha y temía por ella. Caminaban por una calle estrecha desapareciendo y apareciendo en las zonas de sombra o a la luz de las farolas distantes entre sí. Cualquiera que se hubiera cruzado con ellos reconocería al instante a una pareja en desorden. Él iba a remolque, apesadumbrado por el estado de ella, con el corazón encogido por la

pena y sin atreverse a detenerla, calmarla y prometerle algo, lo que fuera, que detuviera su congoja. María, tan afectada por el disgusto como por el alcohol, tenía los ojos llenos de lágrimas por ser tan tonta y tan complaciente.

–Tonta y complaciente –dijo por fin–. Eso es lo que soy –y Gabriel la oyó. En dos saltos se puso a su lado, lleno de remordimiento. Trató de abrazarla, pero ella volvió a desasirse. Sí que estaba enfadada, como nunca antes la había visto; en realidad, como nunca hubiera sospechado, siempre tan amable. Pensó, mientras caminaba a su lado y ella hacía por evitarlo yéndose de lado peligrosamente, que él era el que siempre había marcado los tiempos, el que le había dicho cuándo verse y cuándo no, el que la había sacado de su verano por causa de Martín y la había obligado a acudir junto a él en la última semana de agosto porque Isabel adelantó la recogida, el que prescindía de ella cuando era invitado a algún acto social relacionado con su profesión, el que no la había presentado a sus amigos sino que la mantenía en una situación de semiclandestinidad. Sí, había hecho todo eso sin recibir una queja de su parte. Y al final ¿qué? Que ella quería una vida de pareja, que se había atado a él pudiendo alternarlo con otros, lo mismo que había hecho con su compañero de claustro antes que él.

Vale. La había tratado como a una cosa de la que uno tira cuando lo necesita y olvida cuando está entretenido con otros asuntos, pero ella se había dejado. A la chita callando, a la espera de que el tiempo pudiera exigir su papel en la creación de la pareja. Sentía dolor por el dolor de ella, pero le repelía su actitud de mosquita muerta, una actitud que no era más que un compás de espera; también ella había elegido su modo de hacer las cosas.

De repente, su figura se torció delante de él, se dobló sobre sí misma y se derrumbó sobre la acera. Apenas tuvo tiempo de echar una mano al suelo, pero eso evitó una caída estrepitosa. Gabriel, segados sus pensamientos, se precipitó a levantarla y ella respondió instintivamente a la ayuda para incorporarse, pero de inmediato trató de separarse de él. Esta vez Gabriel la sujetó con firmeza y ambos se apoyaron unidos en la fachada del edificio más cercano. María se dejaba cuidar por fin, pero escondía la cara, avergonzada. Gabriel sacó su pañuelo, se lo ofreció y ella se refugió en él. Así permanecieron un buen rato, ella medio de espaldas, desahogándose en llanto incontenible, él acariciándole el cabello con ternura. Un viandante de edad que pasó ante la pareja les echó una mirada reprobadora que Gabriel siguió desafiante mientras el otro se alejaba a paso vivo, volviendo la cabeza un par de veces. Sí, allí estaba él, Gabriel, en mitad de la calle, haciendo llorar a una joven veinte años menor que él. Era un cuadro vergonzoso.

Al cabo de un rato, Gabriel pudo recuperar y contemplar el rostro desencajado y manchado por las lágrimas de su compañera. Ella retiró su mirada y, una vez más, se retorció entre sus brazos para escurrirse de él y reanudó la marcha con la misma torpeza apresurada de antes. Gabriel la seguía pensando que en cualquier momento

echaría fuera toda la cena. Unos cien metros más allá, se desvió por una bocacalle a la derecha y desapareció de su vista. Volvió a correr tras ella y justo al ir a alcanzarla se percató de que estaban en la calle donde ella vivía y se detuvo. La vio alejarse hasta su portal. La vio probar una y otra vez la llave hasta que logró introducirla en la puerta. No debería haberla dejado subir en ese estado, pero ya era tarde. El portal se cerró a sus espaldas con un golpe seco que percutió sonoramente en la calle desierta.

«Bieito Calleja no habría salido bien librado del embrollo de no ser por la oportuna presencia del inspector Aguado: le habían pillado tratando de huir del piso de la *femme fatale*. El golpe en la cabeza, el hecho de que su arma no hubiera sido disparada y el estado de semiinconsciencia en que lo hallaron cuando bajaba penosamente por la escalera fueron factores de descargo a la hora de atribuirle la muerte del millonario. Aguado se hizo responsable de la puesta en libertad de Calleja a cambio de que éste desembuchara todo lo que sabía sobre el asunto y Calleja lo hizo; a su manera, pero lo hizo. A Nora no la mencionó.

La *femme fatale* había desaparecido. Piscator, en cambio, se personó en comisaría, explicó que estaba vigilando a la mujer cuando vio entrar al millonario en el edificio; al llegar al rellano del piso que buscaba oyó un disparo y ya se disponía a entrar en el apartamento, cuya puerta estaba abierta, cuando escuchó pasos en el corredor y se escondió. Así vio a Calleja entrar y aprovechó para salir de su escondite, bajar a la calle, coger su coche y desaparecer. Al día siguiente leyó la noticia en el periódico y pensó que era su obligación dar parte a la policía.

–Menudo cuento chino –dijo Bieito a Aguado, que lo interrogaba por segunda vez–. Ese cabrón debía de estar tras la puerta, me atizó cuando entré y se llevó a la mujer. ¿Por qué? No tengo ni idea.

Se le ocurrió que si se había llevado a la mujer tendría que haber sido en el coche donde aguardaba Nora, por lo que tenía que dar con ella para saber lo que ocurrió después. La idea lo excitó: ahora tenía un motivo para ir tras ella. Luego empezó a hacerse preguntas. ¿Habría matado la mujer a su amante? ¿Habría sido Piscator? ¿Por qué echó a correr Piscator tras el millonario en cuanto lo vio llegar?

Bieito volvió al hospital decidido a todo. El abogado de cráneo duro resistía. Bieito no perdió el tiempo en contemplaciones.

–¿Ha leído en la prensa lo que le ha ocurrido a su jefe?

–¿Qué jefe? ¿El millonario? No tengo el gusto.

–Oiga, abogado, yo he visto a una mujer que usted y yo conocemos, de pie ante el cadáver y con una pistola en la mano.

–¡No me diga! ¿Al fin se decidió?

Bieito Calleja lo miró estupefacto.

–¿Quiere usted decir...?

–Yo no quiero decir nada. No trato con esa señora ni con ningún millonario, ni siquiera con usted –dijo el abogado.

–Usted recibió un sobre que contenía información de manos de un tal Piscator. Por el contenido de ese sobre le abrieron a usted la cabeza. Después la mujer a la

que me refiero vino a verle y salió de aquí con otro sobre. ¿El mismo? ¿Otro? Será mejor que conteste y se evitará más complicaciones de las que ya tiene encima.

—Ah, *ese* sobre. Contení información sobre una tercera persona cuyo nombre no puedo revelar; por el secreto del oficio, ya sabe usted. Pero nadie lo robó de mi despacho. Nunca llegó a entrar en mi despacho.

—¿Y cómo se hizo con él para poder entregarlo a la mujer?

—Muy sencillo: lo traje mi secretaria tomándolo de donde yo le indiqué.

—¿Con la cabeza rota lo recordó?

—Con la cabeza rota se airean las ideas.

Calleja decidió cambiar de tercio.

—¿Por qué ha dicho que no conocía a la mujer?

—Porque es cierto. La vi por primera vez cuando se presentó aquí en el hospital.

—Oh, claro. Y dígame: ¿cómo sabía que era a ella a quien debía entregar el sobre si nunca la había visto antes? Se arriesgaba a equivocarse de persona.

—En realidad, sí que la había visto antes —concedió el abogado.

—Maldita sea ¿querrá usted contestar de una vez?

—Es lo que estoy haciendo ¿no le parece?

Bieito Calleja empezaba a desesperar. Aquel tipo lo estaba toreando. Incluso empezó a dudar de que tuviera realmente fracturado el cráneo.

—¿Cuál es su relación con esa mujer? —preguntó al fin.

—Está buena ¿verdad?

—Es su contacto con el millonario ¿no es cierto?

—Habría sido un buen cliente —dijo con acento nostálgico—. No suelo tratar a menudo con peces gordos como ése y van y lo matan. Mala suerte.

—¿Quién tenía interés en matarlo? —le exasperaba porque era evidente que lo sabía todo del asunto y se escurría como una anguila.

—Esta gente tiene muchos enemigos. No se hace dinero con buenas intenciones ¿me entiende usted?

—La «tercera persona» como usted la llama ¿era un enemigo?

—Yo diría mejor: un damnificado.

—Si no me da el nombre, me ocuparé de que se lo saque la policía.

—La policía, sí... —comentó con un cierto aire melancólico—. ¿Alguna otra pregunta que yo pueda responderle?

Era imposible sacarle nada. Salió furioso de la habitación y bajó al vestíbulo de entrada. En el quiosco instalado allí mismo, donde vendían flores, golosinas y la prensa, vio la fotografía del millonario en la primera plana del periódico y lo compró. Luego se quedó indeciso entre la gente que entraba y salía. Tenía una idea vaga rondándole la cabeza, una idea que no lograba fijar pero que, estaba seguro, procedía de la conversación con el abogado. ¿Algo que dejó escapar inadvertidamente?

Sí. De pronto se iluminó. Ella, la mujer fatal. Era el único nexo de unión entre todos y cada uno de los partícipes del drama. ¿Incluida la tercera persona?»

El escritor de novela negra, que estaba deseando darle su merecido al tal Piscator, ese vil ladrón de mujeres, empezó a considerar si la narración no se estaría sobreponiendo a su deseo inicial.

El padre de Gabriel murió repentinamente un día de octubre gris y destemplado y así estaba su espíritu mientras esperaba la llegada de sus dos hermanos. Unos días antes había intentado llevar a Martín a ver al abuelo, pero éste se hallaba medio inconsciente el día previsto y decidió evitar a su hijo un encuentro que podría resultarle impactante. Había estado ocupándose de todas las cuestiones relativas al entierro y ahora se encontraba en el tanatorio, en una sala convencional de un edificio moderno que más parecía de oficinas que de tránsito a la morada de los muertos. Antón Patriarca estaba con él, sentados los dos en un sofá con los brazos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, como dos almas gemelas. Gabriel tenía la mente en blanco, incapaz de pensar, aunque era consciente de la presencia de su amigo y mentor; un estribillo resonaba una y otra vez en su cabeza, como una recurrencia impávida:

*Chaqu'fois qu'je meurs fidèlement,
Chaqu'fois qu'je meurs fidèlement,
Meurs fidèlement,
Ils suivent mon enterrement.*

Al rato se puso en pie. Bien. Ya había sucedido. Sentía un hueco en el estómago, un vacío que alteraba su equilibrio emocional, en el que se juntaban el miedo, el estupor, la responsabilidad y, sobre todo, la sensación de que ya no quedaba nadie por delante, nadie que lo cubriera, lo protegiera o, simplemente, estuviera ahí para dar fe de su procedencia, de haber sido elegido y cuidado, de haber pisado el mundo con esa referencia como punto de apoyo. Ahora era él quien estaba en primera fila, el mascarón de proa, solo ante el horizonte y la infinitud del mundo, abriendo el viento y la mar con su cuerpo, sin más protección que su propia providencia. Era el padre que ya no tenía padre.

Pensaba en Martín, que perdía un eslabón en la cadena de su vida sin haber apenas disfrutado del afecto del padre de su padre; se había roto la cadena del pasado para el chico, se había perdido la continuidad de la vida; él mismo sentía esa pérdida como un desvanecimiento de sus manos desnudas, que no volverían a alcanzar la querida cabeza de aquel hombre anciano y desvalido que antes le había conducido por el mundo con su mano ruda y firme, con sus pasos decididos, con su heroica resistencia a la adversidad.

El brazo de su amigo sobre el hombro le hizo notar que estaba pugnando por contener las lágrimas que desbordaban sus ojos. «Padre, padre, ¿dónde estás? ¿Adónde has ido? ¿Por qué has dejado vacía la casa del mundo, donde ya no puedo

encontrarte?» Sintió la soledad subiendo por la garganta como un hipo y cerró la glotis para hacerla bajar y disolverla en el cuerpo. El abrazo de Antón Patriarca lo consoló y le hizo regresar mentalmente a la sala donde se hallaban, como si recuperase su propia fisicidad, la realidad de la despedida, el lugar de la muerte aceptada.

El féretro se hallaba a la vista tras un cristal en una suerte de anexo a la sala, un escaparate para deudos y concurrentes. Gabriel quiso tenerlo cerrado porque le daba grima el cadáver, tan recompuesto y atildado que parecía de cera. Sobre la tapa del ataúd había colocado una fotografía de su padre enmarcada, la que él tenía en su cuarto de trabajo: la imagen de un hombre en plenitud. Esa noche apenas había dormido desde que al filo de las doce le telefonaron de la residencia para comunicarle el deceso. Se había echado a la calle y recorrido un trayecto de kilómetros, conduciendo por la autopista con la sensación de dirigirse al fin del mundo, porque bajo aquella oscuridad, entre las luces rojas de los pilotos o blancas de los faros de los automóviles, le parecía avanzar por un espacio fantasmal sin límites marcados, muy atento a la desviación por la que debería salir para llegar a la residencia.

Había desayunado con su amigo Antón en la cafetería del tanatorio y el desayuno le había sentado bien, como si la vida quisiera poner un punto de satisfacción en un estómago contraído por la amargura. Antón llegó antes que él y estaba a la puerta cuando el coche fúnebre que iba a transportar el féretro pasaba justo por delante, antes de enfilarse a la entrada de automóviles. Los dos amigos se encontraron al fin en la cafetería, después de que acondicionaran la sala mortuoria. En ese momento Gabriel se hallaba aún bajo el efecto de la actividad funeral y las disposiciones a tomar y el café con leche y los churros lo reconfortaron. La vuelta a la sala, en cambio, resultó desoladora.

Una hora más tarde fue llegando la gente, muy pocos porque a su padre apenas le quedaban amigos o conocidos. Los hermanos llegaron también ya a mediodía y la concurrencia empezó a animarse a partir de esa hora, por lo que Gabriel pudo escapar de la sala y pasear por los jardines que rodeaban el tanatorio. La casa de los muertos resultaba tan funcional y aséptica que uno llegaba a olvidar dónde se encontraba paseando entre los pinos y aquel césped impecablemente recortado y bordeado de setos de arizónica, pero al menos no tenía el aspecto tétrico de otros tiempos.

A la tarde apareció Isabel con Martín de la mano. El chico corrió hacia su padre apenas lo hubo localizado entre la gente. Isabel se abrazó a los dos cuando llegó. En Martín se reflejaba la congoja por el abuelo y, a la vez, la satisfacción de estar abrazado a su padre y a su madre, los tres juntos. Isabel estuvo tan afectuosa que Gabriel se emocionó y otra vez tuvo que hacer esfuerzos para contener las lágrimas. Luego, los tres se acercaron a la vitrina donde estaba expuesto el féretro.

–Papá ¿por qué está cerrada la tapa? –preguntó Martín mirando la foto enmarcada, como si pensara que le estaban engañando.

–Porque nos ha parecido lo mejor –explicó Isabel–. Papá ha puesto la foto para que nos acordemos de lo guapo que era cuando estaba vivo.

Martín se quedó un buen rato mirando la foto, ligeramente decepcionado.

–A mí me habría gustado verle.

–Lo importante –dijo su padre– es que te acuerdes de él toda tu vida porque así es como él seguirá viviendo también.

–Pero si está muerto.

–Aunque se haya muerto. ¿Te acuerdas de cuando vimos en la televisión a los portadores de la llama olímpica? Pues así sucederá con nosotros; recordarlo es como llevar la antorcha del abuelo para que no se apague.

–Quieres decir que el fuego representa al abuelo.

–Siempre que el fuego arda, estará el abuelo.

El portador del fuego. De todas las historias que me contó mi padre, casi siempre en la cocina, mientras mi madre se atareaba sacando cenas de donde apenas había medios, la que más me gustaba era la del portador del fuego; mi madre no me contaba cuentos, pero me cantaba todas las noches al meterme en la cama. Estábamos los tres hermanos en la misma habitación, los pequeños en un colchón y mi hermano mayor en el otro, y yo recibía esas canciones que trataban de amores como el camino dulce del sueño, hasta el punto de que hoy las recuerdo y todavía las tarareo mentalmente, a veces, cuando me echo a dormir por las noches.

Yo quería ser el portador del fuego. Era la historia de un hombre al que el grupo le encargaba velar por el fuego sagrado que los protegía. Habitaban un valle cruzado por un río y eran agricultores. En las montañas vivían otros hombres, que temían al agua, y el río era frontera entre ambos. Una noche, tras meses de prolongada sequía que dejaron transitable el cauce y al abrigo de la oscuridad, el grupo del valle fue atacado por los montañeses y se produjo una desbandada causada por el pánico. El portador del fuego lo guardó en una vasija del culto y escapó a ciegas valle abajo. Tras mucho caminar, el amanecer del sexto día lo encontró en un lugar desconocido al pie de un circo de montañas. Desde entonces, el hombre vivió solo y perdido y el grupo quedó desamparado. El hombre observaba el curso del sol y de la luna, pero no atinaba a situarse bajo el cielo en la posición que le permitiera recuperar el camino a su tierra natal y pasaban los días y las noches sin que se decidiera a salir del circo de montañas, pues no sabía qué dirección tomar. Se alimentaba de los frutos de la tierra y de los animales pequeños que conseguía cazar. Un día, al despertar con la primera luz, vio un caballo pastando en un bosquecillo no lejos de su refugio y, por los aderezos, lo reconoció como perteneciente a la tribu que había dispersado a la suya. Escondido y en silencio aguardó hasta ver aparecer a su jinete, cayó sobre él y lo mató luchando por su vida. Después, esperó.

Esperó hasta que el caballo se puso en marcha. Iba al paso, como con desgana, y él, con su corta lanza en una mano y el fuego en la otra, lo fue siguiendo con paciencia; pero cuando vio que aceleraba su paso, lo retuvo por las riendas, lo ató con ellas a un árbol y guardó la vasija del fuego bajo la protección de una gran roca. Sin duda, los enemigos estaban cerca. Poco después los descubrió en un claro junto a un riachuelo: eran dos y sin duda echarían pronto en falta a su compañero y empezarían a buscarlo. Entonces discurrió una idea que puso en práctica de inmediato: rodeó el lugar, subió a lo alto del cauce, se desnudó para que sus ropas no lo delataran, tejió una corona de hojas con la que se cubrió la cabeza, cubrió su

cuerpo hasta la cintura con ramas tupidas y se dejó llevar aguas abajo, pues los de su grupo eran todos nadadores, hasta el lugar donde acampaban los dos montañeses.

Cuando los dos hombres le vieron llegar se asustaron, pues temían a los seres acuáticos, y al oír que el portador los llamaba desde el centro del riachuelo creyeron estar en presencia de un espíritu de las aguas y, pensando que ya habría encantado a su compañero, escaparon al galope en sus corceles sin mirar atrás.

Rápido como el rayo, el portador corrió a su caballo, recogió su ropa y el fuego y los siguió a distancia, confiando en que lo llevarían a su lugar de origen.

Así fue como regresó a su valle. El río continuaba seco y las tierras estaban yermas. Los montañeses, al faltar la caza, se habían retirado a sus montañas y sólo de vez en cuando patrullaban en busca de nuevos territorios o acampaban en el valle amedrentando a los agricultores y robándoles sus magras cosechas. Cuando el portador del fuego se dio a conocer, todos se alegraron al ver que traía consigo el fuego sagrado, pues si en el agua residía la vida para sus cultivos, en el fuego residía su espíritu.

El río nacía en otras montañas que estaban al fondo del valle y los más audaces, envalentonados por la recuperación del fuego sagrado, decidieron acercarse al nacimiento del río. Anduvieron durante tres días y al fin dieron con él. Allí descubrieron que las nubes estaban detenidas en las cumbres de las montañas donde nacía el río: un gran bosque, una línea de altísimos árboles arracimados entre sí, les impedía el paso. El hombre envió entonces a dos de los suyos al lugar de donde habían partido encargándoles que volvieran con una llama tomada del fuego sagrado. Y ellos así lo hicieron. Entonces subieron a las cumbres, sobrepasaron el bosque y, tomando posiciones tras él, prendieron grandes antorchas y lo hostigaron con ellas. El bosque, al sentir el fuego, empezó a retroceder atemorizado y descendió por la ladera para refugiarse más abajo de la cima. En ese momento, las nubes atravesaron las cumbres y se extendieron sobre el valle. Llovió y llovió durante días, el cauce volvió a llenarse, la tierra revivió, la frontera del agua renació y de los montañeses los que no murieron arrastrados por las aguas se retiraron apresuradamente a sus montañas.

A Gabriel le impresionaba especialmente el período en que el portador del fuego se encontraba en el circo de montañas, solo ante aquella grandiosa presencia, sobreviviendo por sus manos, familiarizándose con lo que la Naturaleza podía ofrecerle y él era capaz de descubrir con su ingenio, porque le recordaba también la figura de uno de sus héroes de novela favoritos: Robinson Crusoe. Y había disfrutado enormemente del disfraz de espíritu de las aguas, que él luego trató de imitar cortando ramas de un avellano que había junto a la casa del pueblo de su padre. Y sobre todo recordaba que, en su ingenuidad, había preguntado al padre si él había sido el portador del fuego en el pueblo y el padre, socarrón, le contestó que sí, que en efecto él había sido portador del fuego, que éste se encontraba guardado

en la herrería porque allí era donde más le gustaba estar y que un día, cuando Gabriel fuera ya mayor, él, su padre, le entregaría la custodia del fuego y en el pueblo lo nombrarían portador. Pero nunca volvieron al pueblo.

Allí estaba ahora el viejo portador del fuego, dormido para siempre en su caja de madera. Sonrió al pensar que había olvidado entregárselo, el fuego, y que tendría que ir un día por la herrería en su busca, un día en que decidiese llevar a Martín a conocer el pueblo de su abuelo. Y de nuevo se sintió solo y desamparado frente al horizonte de la vida, como un mascarón de proa ante una singladura incierta. Además, había un problema en el cuento y es que el portador no parecía haber tenido padre ni familia, era un ser-en-sí-mismo, un símbolo autosuficiente. Gabriel, en cambio, formaba parte de una cadena y siempre que escuchó el cuento a su padre supuso que el portador tendría un padre como lo tenía él. Martín tenía cogidas con sus manos las de sus padres, como si temiera que al soltarlas se desvaneciera un sueño; sin embargo, ambos tenían que atender a los concurrentes y el chico se quedó solo de repente con gesto desvalido, sin saber qué dirección tomar. Gabriel lo vio y, deshaciéndose de los que le rodeaban, se acercó de nuevo al chico y le dijo en voz baja, casi al oído, al tiempo que lo acariciaba con ternura:

–Un día serás el portador del fuego, como a mí me toca serlo ahora. Pero antes tengo que contarte el cuento.

Antón Patriarca y Mila seguían encontrándose los lunes en la cafetería de la Plaza de Colón. Se había convertido en un rito que él observaba rigurosamente y ella parecía aceptar sin disgusto. Gabriel Cuneo se interesaba por los posibles avances de tan estricta relación, pero la veía estancada.

–Esto es como la Guerra del 14-18 –comentaba–, una guerra de trincheras, una guerra de posiciones en la que nadie avanza y nadie retrocede y yo creo que te conviene deshacer ese *impasse*, no vaya a acabar como acabó el conflicto armado: en una masacre, una matanza sin sentido ni beneficio para nadie.

–Tú dedícate a tu culebrón, que no estás dando ni golpe y al final te lo van a acabar quitando, como pasó con la peli –respondía Antón–. Necesitas efectivo para costear esa demanda que le piensas meter a Isabel y en la que tienes todas las de perder. Por cierto, no te lo habrá aconsejado Perea ¿verdad?

–¿Y yo qué tengo que ver con Perea?

–No sé, como eres un pardillo...

De esta manera se entretenían arremetiendo el uno contra el otro para proteger su propia inactividad. Gabriel sostenía que Antón tenía mucho que ganar en la relación con Mila si se atrevía a dar el salto y el otro solía responder que aquello no era un asunto amoroso, que no pretendía ligar con ella, que sólo eran dos solitarios que se hacían compañía.

–Pues eso es lo que yo digo –insistía Gabriel–, que formalices la compañía. Estoy seguro de que ella está esperando que des el paso.

–Lo dudo. No hay ni una señal. Lo que le apetece es un interlocutor como yo y ya está. Y no voy a arriesgarme.

–Precisamente –argumentaba Gabriel–. Que no haya señal es señal de que le interesas, zopenco. Y no arriesgas nada. ¿Es que piensas seguir así todos los lunes de tu existencia? Piensa en la vida tan agradable que tendrías a su lado: tú enseñándole mundo y ella cuidándote como a un príncipe.

–Eh, amigo, quieto ahí. Yo no quiero su fortuna. Ni un céntimo. Yo no soy ningún *gigoló*. Yo soy un caballero.

–Que te crees que ella no se ha dado cuenta. Está esperando lo que tiene que esperar una señora que se precie: una proposición.

Últimamente, antes de sumirse en la bruma alcohólica de cada noche, Antón había empezado a darle vueltas a la opinión de Gabriel. ¿Tendría razón en sus suposiciones? Incluso un par de veces, bien que animado por la bebida, pensó si empezar a tantear el terreno, pero entonces surgió un imprevisto; o, mejor dicho,

salió de su escondite para mostrar su cara un elemento que había tratado de mantener oculto en todo momento: el miedo; el miedo al fracaso.

Antón nunca se consideró un fracasado. Había resuelto su vida con seguridad al pertenecer al cuerpo de la Administración Civil del Estado: una oposición ganada tras finalizar sus estudios de Derecho en la Universidad Complutense de Madrid. Con ello seguía el consejo de sus padres de buscar un trabajo para toda la vida. Lo cierto es que lo hizo por aburrimiento y por falta de perspectivas, pero a su pereza física le iba muy bien y poco a poco le fue encontrando el gusto al tiempo libre que le dejaba para dedicarse a sus aficiones de orden cultural, como leer libros, ir al cine, asistir a conferencias y conciertos... en fin, actividades que le resultaban placenteras ya desde su primera juventud. No se había casado, estaba libre de ataduras emocionales, podía mirar al mundo con tranquilidad y, con excepción de la bebida, carecía de vicios.

Pero la propuesta de Gabriel lo había extraído del orden de su vida para crearle dudas, temores y una creciente intranquilidad. Era cierto que él nunca se había planteado abordar a la rica divorciada con mayores intenciones que la de pasar un buen rato en amena compañía, pero tampoco podía negarse que en el fondo de su imaginación, tan fecundada por la lectura de novelas y la visión de películas (sobre todo en casa, porque había dejado de interesarle casi por completo el cine actual), corría un interés por Mila que desbordaba los cauces previstos en la relación de los lunes.

Además de la gracia personal de la mujer apreciaba otras gracias; por ejemplo las naturales: los ojos negros, impresionantes, que iluminaban todo su rostro; las formas rotundas, pero contenidas en el límite, porque a él siempre le habían gustado las mujeres que se decían llenitas; la piel tan blanca y tersa aún, impropia de una pueblerina, pero quizá propia de una persona de la que podía decirse que estaba sana como una manzana, porque lo cierto es que exudaba vida; incluso las manos, evidentemente castigadas por el trabajo manual y sólo parcialmente recompuestas con el tiempo y el dinero, le atraían de una manera casi morbosa, hasta el punto de llegar a preguntarse, él, tan amigo de la psicología, quién con las manos desgastadas por el trabajo manual había habido en su infancia que le hubiera dado harto cariño. En fin, lo cierto era que Mila le atraía como ninguna mujer lo hiciera antes, salvo otra chica llenita con la que coincidió al principio de su carrera administrativa en el Ministerio de Defensa y que al final se acabó casando con su jefe, desengañada de la especie de noviazgo permanente que había entablado con Antón.

El primer lunes de noviembre, ya con los primeros fríos ocupando la capital, Antón y Mila se encontraban sentados, una vez más, a la mesa donde ella almorzaba mientras él se tomaba su primer *caff* de mediodía con toda parsimonia.

–Hoy te veo un poco distraído –había dicho ella con entonación maliciosa–.

¿Estás pensando en alguien en particular?

Estuvo a punto de decir que en ella, pero se contuvo.

–No, es... –alargó la respuesta–. Yo creo que es pura melancolía, sin más, pero no sé de qué.

–Pues más vale que te vayas enterando, no sea que te agarre la bilis negra.

Antón se admiró de oír aquella expresión en boca de ella.

–Y eso ¿cómo lo sabes tú?

–¡Anda éste! Porque lo han dicho siempre en mi pueblo.

Antón rió por lo bajo.

–¿Qué pasa? ¿Es que he dicho una tontería?

–No, mujer, al contrario. Lo has definido perfectamente. Así es como llamaban los griegos a la depresión. Es uno de los cuatro humores del cuerpo que explicaban la mayoría de las enfermedades, según Hipócrates.

Antón advirtió que la mujer se encogía ligeramente.

–Quiero decir que eso viene de antiguo, o sea, que hace mucho tiempo que en tu pueblo se conoce la depresión por ese nombre. Eso es lo bueno de la vida retirada, que se aprecia el sabor de las cosas con *pedigree*.

–Pues yo prefiero estar retirada en Madrid, que es donde hay vida. En el pueblo todo se acaba en cuanto doblas la primera calle y sales a las eras. Pero, oye, dime una cosa –añadió con una mezcla de precaución y curiosidad–, ¿qué es eso del *pedigrín*?

A Antón le conmovió aquella muestra de confianza.

–Nada. Es una palabra inglesa. Quiere decir linaje.

–¿Eso es como los condes y los marqueses?

–La aristocracia, sí. Pero también tienen *pedigree* los animales de raza, los perros o los caballos de carreras.

–¡Anda, qué gracia! Pues vaya una comparación; no les ha de hacer ni pizca de gracia.

–Bueno. Las cosas son así. Cada uno en su sitio.

–Sí, como tú y como yo –comentó Mila.

Antón quedó en suspenso ante esta afirmación. ¿Qué había querido decir con eso de tú y yo? De pronto sintió un vacío dentro del cuerpo y pensó: «He debido de soltar una inconveniencia; ¿será que algo la ha molestado?». Escrutó su rostro con aprensión, tratando de adivinar el sentido del comentario, pero no vio nada que lo ayudase.

–Bueno –empezó a decir con alguna inseguridad–, tú y yo no estamos tan lejos el uno de la otra. Los dos venimos de un pueblo, los dos hemos hecho asiento en Madrid y hasta somos amigos, así por azar. Eso es estupendo ¿no te parece? Es lo que yo llamo las causalidades de la vida.

–La vida... –Mila se detuvo, como si un pensamiento oscuro hubiera atravesado

por su mente-. La vida es más complicada de lo que tú te crees, Antón. Mucho más complicada.

-Lo sé. A mis años lo sé bien -seguía un tanto desconcertado, sin saber qué camino tomar dentro de una conversación que se había vuelto extraña.

-No. No creo que lo sepas -dijo Mila con un deje de fatalidad en la voz-. No estoy muy segura de que lo sepas de verdad.

Perea y Pescador cenaban en un restaurante de moda en la Cava Baja, lleno hasta los topes y tan ruidoso como todos los que frecuenta la gente guapa de Madrid. Costaba hacerse oír, aunque ellos dos se encontraban sentados en una mesa bajo la escalera que conducía al piso de arriba, lo que les concedía un plus de privacidad. Perea, al que le gustaba disfrutar de la comida, detestaba esa clase de locales, pero lo había elegido a sabiendas de que a Pescador le privaba frecuentarlos. Estaba allí con una misión y no dudaba en establecer el campo de batalla a gusto de su interlocutor para hacerle sentir en confianza. Pescador estaba encantado, y ocupado en reconocer y saludar a la gente famosa que se encontraba en el local.

–Esta noche no falta nadie –decía con voz y gesto de *connaisseur*.

Perea no vaciló ante la oportunidad.

–Pensé que estaría aquí Perfecto Alumbre, que tengo entendido que es cliente.

–Oh, sí –reconoció Pescador–. Suele venir por aquí con esa mujer tan atractiva... ¿cómo se llama?

Perea, encantado, le ofreció la obvia respuesta como una concesión al comadreo al que el otro no se resistiría.

–Isabel Pérez, si no me equivoco.

–Una mujer de bandera ¿no le parece a usted?

–Desde luego, desde luego –asintió Perea; y añadió–: Una mujer misteriosa en mi opinión.

Pescador le miró con una sonrisa torcida.

–¿Misteriosa? No. Ésa no es la palabra. Pero es una trepadora de primera, se lo digo yo. De primera y sin escrúpulos. Es una seductora que sabe usar perfectamente sus... cualidades –dijo Pescador apoyándose expresamente en la última palabra.

–Quiere usted decir...

–Lo que yo le diga. Y la verdad es que ese cuerpo merece toda la atención.

–Me cuesta creer... Una señora...

–No se haga usted el ingenuo, abogado. Usted sabe bien que ésa es la parte más interesante del asunto.

–¿Qué sea una señora...?

–Y una puta. Tiene morbo ¿no?

–La verdad es que visto así...

–En este mundo, amigo Perea, no hay una sola consorte de buen ver que no lo sea; de lujo, muy selectivas, muy exclusivas... lo que usted quiera, pero putas al fin y al cabo. Mire: yo vivo de esto, créame.

–Bueno, no he nacido ayer y sé que, en parte, tiene usted razón; pero Isabel Pérez... ¿Usted cree que...?

–Déjeme decirle una cosa: cójala usted en falso y la tendrá.

Perea se desconcertó. Aquella entrada en tromba, sin cubrirse siquiera las espaldas, le hizo pensar si no habría sobrevalorado al periodista.

–¿Cogerla en falso? ¿A qué se refiere usted? –preguntó cautamente.

–Todo el mundo, amigo Perea, tiene secretos; la clave está en llegar a ellos; cuando se conocen, todo puede conseguirse a cambio del silencio. Yo, por ejemplo, si dispusiera de información suficiente sobre esa mujer, la rendiría sin dificultad porque ella tiene que defender lo conseguido ¿me comprende? Y entre malvados no hay bajeza que no pueda consentirse. Es un ejemplo –se apresuró a añadir de inmediato–, no me estoy refiriendo a ella en concreto.

–¿Me está diciendo que es usted un malvado?

–No. Yo sólo soy una mala persona.

Perea rió.

–Por muy mala persona que sea, no creo que le conviniera enfrentarse a Perfecto Alumbre.

–Todo el mundo tiene su talón de Aquiles.

Perea empezó a pensar que, en efecto, o Pescador era un fantasmón o, aún peor para su integridad, una mente de escaso recorrido. Sin embargo, era evidente que estaba buscando la forma de hacerle saber a él que lo había visto una noche con Isabel en el Copacabana intercambiando unos sobres comprometedores. ¿Hacia quién dirigía sus tiros Pescador, hacia él o hacia Isabel? ¿O quizá trataba de matar dos pájaros de un tiro?

–Así que usted sabe algo que yo desconozco –dijo con una sonrisa.

–¿Por qué no? Mi oficio es saberlo todo, lo que está a la vista y lo que se oculta bajo la alfombra. Como le digo, soy un buen periodista y una mala persona.

–Y... ¿no podría hacerme una demostración?

Pescador se acomodó en la silla y encendió su puro, que entre tanto se le había apagado. Perea llamó a un camarero y encargaron los cafés y un malta de doce años para el periodista.

–Sí que podría. ¿Tanto le interesa?

–Por supuesto que sí.

–Muy bien –empezó a decir Pescador, seguro de navegar en aguas propicias–. Como usted ya sabe, una noche, de manera totalmente fortuita, veo salir a una conocida señora de la buena sociedad madrileña de un local de fama incierta, uno de estos locales donde acabar la ronda, y dirigirse a un automóvil aparcado a la puerta de la calle donde la espera alguien, digamos, de importancia en el mundo financiero.

Pescador retiró el puro de la boca y el humo se expandió desde su abultado labio

inferior.

–Eso debe de ser de lo más frecuente entre esa clase de personas –comentó el abogado mirando al otro con cierta sorna en los ojos. Le divertía esa simulación consentida.

–Sabemos –continuó Pescador sin inmutarse, pero adelantando el cuerpo sobre la mesa– que, antes de eso, la dama en cuestión ha recibido una información relevante de otra persona a cambio de alguna clase de favor, en moneda o en especie.

–Yo diría –contestó calmadamente Perea– que ahí hay algo turbio de por medio.

–Exactamente –confirmó Pescador, pero en su rostro había asomado una leve sombra de desconcierto–. Pues bien, he ahí un asunto del que ahora se puede sacar partido.

–En el caso de que la mala persona sepa qué es lo que se cocía entre ambos.

–La mala persona, o sea, alguien como yo –dijo sonriendo de manera cómplice–, lo primero que haría es estar atento a los acontecimientos en relación con la señora y preguntar en el entorno, hacer calas aquí y allá, en fin, las averiguaciones de rigor. Y en cuanto saliera a la luz alguna noticia bomba que le afectase a ella de modo directo o indirecto... ya tendría el hilo del que tirar para llegar al ovillo. ¿Lo recuerda?

–¿La señora? –dijo Perea–. Entiendo, pero ha de haber alguien más.

–Ahí está la cosa, en saber quién es el importante y quién no. Yo apuesto por la dama en el ejemplo que le propongo. Pero el otro... bien, depende de su posición respecto a ella, y al entorno de ella, que sea o no pieza a cobrar.

–En otras palabras: en su estrategia, usted prepara un chantaje a la dama... y al entorno, si fuera factible.

–Jaque. Mueve ella.

–Hum... suena interesante, excepto...

–Excepto ¿qué?

–Que ella tenga bien guardadas las espaldas. A veces merodea uno sobre un cachorro sin percatarse de que la madre está acechando a poca distancia. Y en cuanto a eso, basta el simple merodeo para que la leona salte y descuartice al agresor. Sinceramente, lo veo peligroso.

–Salvo que la mala persona tenga la espalda cubierta por el valor de su secreto. El ejemplo que usted propone pertenece a la ley de la Naturaleza, pero en el caso que estamos tratando se enfrentan mentes, mentes que han de calibrar las consecuencias, valorar la relación causa-efecto de cualquier reacción antes de decidir lo conveniente.

–Cierto, pero sin pruebas... la relación es particularmente inconveniente.

–Minusvalora usted a la prensa, amigo mío. Recuerde usted lo sucedido con el atentado terrorista de Madrid el 11-M del año pasado. ¿Un atentado aislado? ¿Un

agente extranjero? ¿Una conspiración de múltiples cabezas? Con buena parte de la prensa a favor de la conspiración, la gente en la calle ha empezado a dudar.

–Los tontos de la calle. No pretenderá hacerme creer a mí esa teoría de la conspiración para derribar al anterior Gobierno. Ni soy tonto ni soy un cínico, como todos esos medios. Una cosa es que traten de cumplir su objetivo ante quienes les protegen y se benefician de la confusión y otra bien distinta hacérmelo tragar a mí.

–Habla mal y te oirán. Piensa mal y acertarás.

–Vaya, veo que pertenece usted al bando de los cínicos. Conmigo no tiene por qué fingir. Todos sabemos los intereses que hay detrás, además del intento de ganar audiencia.

–En todo caso, le estoy hablando de la fuerza de los media.

–En fin, sólo es un ejemplo.

–Por supuesto. Un ejemplo... de cómo ganar un buen dinero.

–Recibida la lección. Bien –Perea echó su servilleta sobre el mantel y pidió la cuenta–. Ha sido una conversación muy interesante. Hay que ver cómo son ustedes los periodistas. Supongo que volveremos a tener ocasión de encontrarnos.

–La próxima invito yo. Le llamo y quedamos. Tenemos que seguir esta conversación. Al menos yo lo he pasado muy bien.

–Encantado, y lo mismo digo.

El abogado pagó y los dos hombres se levantaron de la mesa. En la puerta aguardaba el taxi que el abogado había pedido y allí se despidieron. Mientras se introducía en el taxi, Perea observó con gesto socarrón el paso desenfadado del otro calle arriba, rumbo a la Plaza de la Cebada. Uno de los mayores placeres de esta vida –se dijo ciertamente satisfecho– es ver entrar a los ratones en la ratonera; pero aún mayor es hacer que te lo expliquen antes con todo lujo de detalles. Ay, la comedia humana.

VII

Tribulación

«Bieito Calleja siempre sospechó que el misterioso sobre desaparecido contenía una información relevante acerca de las actividades del millonario asesinado: pero una vez asesinado ¿qué sentido tenía todo el asunto? La *femme fatale* había huido del lugar del crimen, Piscator también. Uno de los dos lo había matado. ¿Escaparon cada uno por su lado? ¿Escaparon juntos? ¿Acaso estaban, además, unidos por el crimen o el uno era víctima del otro? La cosa no tenía pies ni cabeza, ninguno de los dos se encontraba en su domicilio, Calleja no sabía por dónde tirar; hasta que volvió a acordarse de Nora. Ella estaba en el automóvil, esperando el día del asesinato.

En un primer momento, la búsqueda de Nora resultó infructuosa, pero era una testigo clave, por lo que, pese a lo violento que le resultaba ir tras ella, no desistió: la curiosidad era superior a su dignidad de hombre ofendido por el desaire de la rubia.

Ella tuvo que ver salir de la casa a la mujer y a Piscator. Evidentemente, los tres se largaron en el coche mientras él yacía inconsciente en el suelo del apartamento. Y o bien se deshicieron de ella o bien ella sabía dónde estaban, quizá en el propio piso de Nora.

El piso de Nora estaba en un edificio vulgar, con fachada de ladrillo visto, en el barrio de la Prosperidad, en una de las calles laterales a la arteria principal, la calle de López de Hoyos. La de Nora era un calle estrecha y retorcida, llena de bares y tiendas en los bajos de los bloques, locales todos ellos dedicados al comercio al menudeo de pequeñas necesidades, desde mercerías hasta artículos de loza y barro. Al edificio sólo se podía acceder por medio del portero automático, de modo que hubo de esperar a que una vecina saliera con el carro de la compra para saludar amablemente e introducirse en el portal. Recordaba perfectamente el piso y subió por las escaleras. Una vez en el descansillo, se preguntó qué debería hacer.

Si estaban los tres dentro, corría el riesgo de volver a ser noqueado o algo peor. Si estaba sólo ella, le podrían los nervios al encontrarla a solas, pese a todo. Cerró los ojos y se dispuso a pulsar el timbre, pero antes de llegar a hacerlo, la puerta se abrió y Nora apareció en el umbral, dio un grito y dejó caer su bolso al suelo. Rápido como el rayo, Calleja la empujó adentro, metió también el bolso de una patada y cerró la puerta tras él.

Nora estaba blanca como un cadáver, lo que unido a su esplendorosa cabellera rubia la hacía aún más excitante a ojos de Calleja. Los cerró con un suspiro de ansiedad y al volver a abrirlos la chica se debatía para librar sus brazos de las

manos del detective, que los apretaba con frenesí. Estaba muy asustada. “Pero muy guapa”, pensó mientras aflojaba la presión de los dedos.

–¿Hay alguien contigo? –susurró aunque sabía que, de haberlo, se habría dejado ver al escuchar el grito de Nora. Ésta, enmudecida de miedo, negó con la cabeza–. Espero por tu bien que sea así –dijo el detective mientras empuñaba la pistola con la mano derecha y conducía con la otra a su víctima al centro de la coqueta salita.

Sin soltarla, se asomó a las otras tres habitaciones (la cocina, el baño y el dormitorio) y después se deshizo de ella arrojándola sobre el sofá.

–Bien, preciosa. ¿Esperas a alguien?

Nora negó de nuevo con la cabeza.

–Mejor así. Y ahora, desembucha.

Ella le miró con un gesto mudo de interrogación.

–Te estoy hablando de ese jodido periodista y de la mujer que lo acompañaba.

–No sé de qué me hablas –balbució ella.

–Ayer tú estabas en un coche aparcado detrás del mío con Piscator al volante.

Ella le miró con una mezcla de sorpresa y terror.

–Ese cerdo de Piscator te dejó sola y al rato salió con una mujer, cogió el coche y desapareció con ella y contigo. ¿Lo recuerdas?

Nora negó enérgicamente con la cabeza.

–¿No lo recuerdas? –dijo Calleja irguiéndose amenazadoramente.

–Cogieron un taxi –acertó a decir la rubia.

–¿Un taxi? ¿Me tomas por tonto, guapa?

–Llamaron a un taxi que pasaba y me dejaron allí plantada en el coche –dijo ella agitadamente–. No sabía qué hacer y luego llegó la policía y como el coche tenía las llaves puestas me largué de allí.

–A ver si acierto –dijo Bieito con sorna–. Y entonces viniste aquí y no te has movido desde entonces.

–Sí, eso es, eso es –contestó la chica.

Pero si la policía llegó tan pronto era evidente que alguien la había avisado y ese alguien no podía ser otro que el propio Piscator, con la intención de que, por segunda vez, lo encontrasen a él, a Calleja, en la escena del crimen.»

Menudo cabrón, pensó Justo Paleta, antes de reconocer que era él mismo quien había puesto en esa situación a su héroe.

«–¿Y tú qué hacías con ese tipo en el coche?

–Me dijo que estaba haciendo un trabajo de investigación para el periódico y que estaba tratando de pillar a alguien importante, pero salió con esa mujer –en su voz había ahora más despecho que miedo, lo cual dolió a Bieito más que todos los golpes recibidos en los últimos días– y se olvidaron de mí. Pero yo sé cosas de ella...

–Tú qué vas a saber, si sólo tienes ojos para esa mierda de periodista.

–Es la mujer, la mujer... –insistió con voz ahogada Nora.

–Porque sigues encoñada con él ¿verdad? –dijo Bieito con su voz estrangulada por el rencor que lo dominaba.

–Yo, Bieito... Yo te juro...

–No jures porque te vas a envenenar con tu propia falsedad, zorra.

Un estampido seco sonó a sus espaldas.

Nora abrió mucho los ojos en un gesto de sorpresa infinita, se llevó la mano al pecho y al retirarla llena de sangre la contempló con el extravío pintado en el rostro y un segundo después se derrumbó sobre el sofá. Cuando Bieito reaccionó sacando su arma y volviéndose hacia la puerta, ésta se cerró de golpe. Estupefacto, dudó entre salir afuera o sujetar a Nora, aunque sabía que estaba muerta. Entonces, como si las fuerzas lo hubieran abandonado, se dejó caer sobre el cuerpo de la mujer, la acarició con sus manos y empezó a llorar silenciosamente.»

–Pero tienes que pensar en tu futuro –dijo Antón a Mila, otro lunes en la cafetería de Colón. Se había aficionado de tal manera a aquellos lunes y a la presencia de Mila que había acabado por almorzar allí lo que él entendía por un genuino plato combinado, a saber, filete de ternera con huevo frito y patatas fritas, sin renunciar a su *raff* ni a un par de copas de vino acompañando al plato.

–No deberías beber tanto alcohol –dijo Mila solícita.

–Pero tienes que pensar en tu futuro –insistió Antón.

A lo largo del otoño, la figura de Mila había ido adquiriendo en su vida una presencia acostumbrada, un hábito que sumar al orden de su existencia. Ya no se preguntaba si ella estaría allí cada lunes sino que contaba con ello como contaba con coger el autobús para acudir al trabajo, con la diferencia de que al autobús no le concedía singularidad alguna y, en cambio, ella se le había hecho cada vez más atractiva y, por ende, más deseada. Incluso había llegado a imaginar, sin atreverse, casi de puntillas, una relación más cercana, más estrecha, más exclusiva. A veces, cuando estaban juntos a la mesa, él se dedicaba a observarla como un auténtico estudioso, reparando en los detalles de su físico y su expresión cuando creía que ella, atenta a su condumio, no se percataba del escrutinio del que estaba siendo objeto. La contemplaba como una fuente inagotable de viveza desconocida para él que se expresaba con una especie de continuidad vivaracha y cambiante y lo atraía a la manera hipnótica en que el fuego arde en llamas que nunca son las mismas, pero son siempre el mismo fuego: gestos y ademanes, palabras y expresiones, que emanaban de ella con una encantadora singularidad.

–¿Qué estás mirando? –preguntó ella de pronto.

–Nada.

–Pues para no mirar nada estabas muy atento.

Antón sonrió. A esa mujer no se le escapaba una. No acababa de comprender que Perfecto Alumbre se hubiera divorciado de ella porque, aunque no poseyera el don de gentes, el refinamiento y la belleza de Isabel, sin duda era la compañera idónea de un tipo como Alumbre y éste iba a necesitar algo más que una mujer de mundo para acompañarlo en la alegría y en la tristeza, en la salud y en la enfermedad, como les debió de haber cantado el cura que los casó. Isabel era leal a su modo, es decir, siempre y cuando estuviera a cubierto y, si no, lo sería también, porque no era mala persona, pero a distancia. Mila, en cambio, daría su vida por su compañero y sus hijos, incluso aunque el otro corriera de tanto en tanto tras otras faldas porque en su código moral estaba el ser incondicional del hombre con quien había decidido compartir su tránsito por este perro mundo.

El hilo de sus pensamientos se interrumpió al advertir que Mila lo estaba observando con una mezcla de curiosidad y sospecha.

–¿En qué estabas pensando? Hoy parece que estás en otro sitio –le dijo y en su voz vibró una escondida sensación de lástima que Antón no supo interpretar, pero a la que respondió inconscientemente con otra de vacío y desazón. De pronto, una barrera invisible se había situado entre los dos y él se preguntó si ella habría leído sus pensamientos.

–La verdad es que estaba pensando en ti, o sea, por qué estás sola siendo una mujer tan interesante.

–¿Interesante, yo?

–Y atractiva, si me permites que te lo diga.

A ella, el comentario le halagó, aunque procurara disimularlo.

–Más que permitirte, te lo agradezco. Pero te equivocas conmigo.

–En realidad, me preguntaba por qué se había divorciado Perfecto de ti.

–Pues, hijo mío, está muy claro, mal que me pese.

–Pero tú tienes mucha más clase, desde el punto de vista humano, que Isabel.

De pronto, un golpe de recelo cambió la mirada de Mila.

–Y tú ¿de qué conoces a esa Isabel?

Antón pensó que no podía responder más que la verdad y eso hizo.

–En tiempos fue la mujer de un amigo mío. Un íntimo amigo, más joven que yo. Eso fue antes de que ella se casara con Gonzalo de Laus, o sea, el tipo del que ahora pretende divorciarse... para casarse con Perfecto –esto último lo dijo en voz baja, casi murmurando. Mila lo miraba con la boca abierta.

–¡No me lo puedo de creer! –exclamó al fin.

Antón, compungido, asintió con la cabeza.

–O sea, que conocías a esa lagarta y no me habías dicho nada.

–¿Para qué? ¿Qué tiene que ver con nosotros?

–Eso digo yo, qué tiene que ver con nosotros. O sea, contigo, porque conmigo... nada de nada. ¿No le estarás chivando cosas de mí?

–¡Por Dios! ¿Cómo puedes suponer semejante cosa? –dijo Antón verdaderamente alterado.

–Por suponer, puedo suponer lo que me dé la gana y, la verdad, no sé qué pensar.

–Yo no trato con ella y Gabriel tampoco, salvo por el hijo. ¿Cómo puedes imaginar que yo te traicionaría, si para mí eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo?

Mila dejó los cubiertos apoyados en el plato, le miró y por sus ojos cruzó un relámpago de alerta.

–Oye, a ver: tú ¿qué figuraciones te estás haciendo?

–¿Yo? –Antón huyó a uña de caballo–. Nada. Nada de nada. Somos amigos ¿no?

Los amigos de los lunes –anunció desde la lejanía en que se había instalado– creo yo ¿no? La buena compañía.

Mila volvió a empuñar los cubiertos.

–No sé qué te habrás imaginado –Antón empezó a acercarse poco a poco, buscando ganar confianza–. Lo que te quiero decir es que me encuentro muy a gusto contigo, eso es todo, y espero que a ti te ocurra lo mismo. Es más, no lo espero, lo sé. Son ya unos cuantos lunes los que llevamos comiendo juntos.

–Tú desde hace poco y que conste que me alegro de ver que empiezas a alimentarte de algo más que de panchitos y el rafa ése, o como lo llares.

–Lo hago por ti –dijo Antón, conciliador.

–De eso, nada. Lo haces por ti si quieres y, si no, el castigo es para ti. Yo tengo el hígado estupendo, majó.

–Pues por mí, en tu honor, que me has abierto los ojos.

–¡Anda éste! ¿Pues no dice que le he abierto los ojos? Antón: que ya eres mayorcito, hijo. A ver si espabilas.

–Tú es que no das tregua, Mila.

–Así me ha tratado la vida y así la trato yo a ella. Mira, Antón, yo ahora estoy tan tranquila y a mi aire. ¿Para qué me iba a meter en aventuras si con un marido ya he tenido suficiente? Estoy ya mayor para esas cosas. Lo que yo quiero es otra clase de afecto. Me he ganado una libertad que no está nada mal y con el riñón forrado. La libertad me gusta ¿sabes? Esta forma de libertad que es como... no sé decirlo... ahora no me viene la palabra a la boca.

–Descomprometida –apuntó Antón, algo amustiado.

–Tú lo has dicho. Eso es. Total: que mientras Perfecto estaba encandilado con la buena educación de salón y todo eso, no había quien lo aguantase y ahora lo tengo lejos, pero no ausente. Lo mismo que los hijos, que me han salido un poco egoístas aunque me quieren bien y yo a ellos. Me quedo con lo bueno de ellos y me quito lo malo, o sea, el roce.

Salgo con algunas amigas, no tengo reparo en ir a alguna cena de matrimonios desparejada y como siempre me llevan a alguien de pareja, que en general suele ser un maricón también desparejado, me dejo cortejar sin problemas y me divierto de lo lindo.

Mientras hablaba, Antón se estaba preguntando cuál era el mensaje implícito en las palabras de Mila y vacilaba entre el desencanto y la esperanza. Pensó que había estado a punto de adelantarse y que debía ser más cauteloso, dar tiempo al tiempo y a que Mila se fuera acostumbrando a él. La veía hablar de sí misma con tal soltura que sentía deseos de besarla. Sí, todo era cuestión de tiempo y, a él, tiempo era lo que le sobraba.

Con una sonrisa dedicada a sí mismo, se reconoció, sin embargo, que la vida junto a Mila podría ser un regalo del cielo. Para él, la vida había consistido siempre

en lo que se llama vulgarmente «hacer economías». Cada placer que se concedía era un hecho aislado, sin continuidad. En realidad, se trataba de pequeñas excepciones en un mundo pequeño. La posibilidad de llevar una vida desahogada, no sólo en lo económico sino en la mentalidad propiamente dicha, en el cambio de mentalidad necesario para cambiar el paso y el ritmo, era algo siempre acariciado y nunca cumplido; por temor, sin duda; por su propia educación, también. Esa actitud de pasar desapercibido como forma de supervivencia le había pasado factura jibarizando su vida, reduciéndola a una rutina infranqueable. Pero junto a Mila todo podía ser distinto; no pensaba necesariamente en el dinero sino en lo que esa unión podía ofrecerle, en la libertad de ataduras personales y morales, en la calidad de vida; claro que se necesitaba dinero para conseguir esa calidad y Mila lo tenía, pero él no deseaba ese dinero en concreto, contante y sonante, un pellizco de esa fortuna; no, lo que deseaba era la calidad de vida que proporcionaba; y en cierto modo, el hecho de que el dinero no fuera suyo sino que él simplemente se dejara llevar por la corriente que éste hacía fluir, le parecía una salvaguarda de sus aprensiones morales.

Sí, esta vez estaba seguro de sus actos; esta vez no fallaría.

–Me tengo que ir ya –de pronto oyó la voz de Mila, que le miraba con una mezcla de curiosidad y suspicacia. Acababa de recoger las vueltas del importe de su almuerzo y las guardaba en el monedero. Antón pidió su cuenta.

–Hasta el próximo lunes –dijo Antón poniéndose en pie y retirando la silla a Mila–. Aunque deberíamos repetir estos almuerzos con más frecuencia –añadió con un gesto que le pareció pícaro y oportuno.

–Que pases una buena tarde –contestó ella.

¿Había sido oportuno mostrar su interés en ella? En lo tocante a mujeres, Antón tenía tanta habilidad para aconsejar a sus amigos como impericia para aconsejarse a sí mismo. Él era una persona atractiva y sociable a la hora de acercarse a ellas, pero una vez que empezaba a interesarse más allá del mero pasar el rato, por entretenido que fuera, comenzaban las vacilaciones, empezaba a considerar todos sus pasos y todos sus actos, hacía cuestión de cada comentario y se enredaba en una maraña de síes y noes, de avances y retrocesos, de tal manera que al final acababa no ya confundido, pues eso era lo de menos, sino confundiendo a la otra persona; hasta que, por último, todo se diluía sin haber tenido ocasión de aclarar los malentendidos.

Después se lo reprochaba, pero a toro pasado. Prometía hacer examen de conciencia y enmendarse. Aunque quizá ya era tarde: acababa de cumplir sesenta años.

Gabriel levantó la vista de la pantalla del ordenador y dejó vagar la mirada por la pared que tenía delante de su mesa de trabajo. El cuarto era pequeño, lo justo para dar cabida, además, a una estantería llena de libros que ocupaba la pared a su espalda. La mesa recibía luz directa de una ventana contra la que se apoyaba lateralmente. Frente a ella, la cuarta pared, con el vano de la puerta libre y a su lado un gran póster con la reproducción del cartel anunciador de la película *In a lonely place*, de Nicholas Ray. En la pared frente a la mesa, la que ahora miraba sin especial detenimiento, había una gran cantidad de fotografías dispuestas con buen sentido del espacio; fotografías de escritores, gente del cine, músicos y una, la única enmarcada, de Julio Cortázar tocando la trompeta. También un poema de Wallace Stevens transcrito a mano con cuidada, casi amorosa, caligrafía: *El mundo estaba en calma y la casa en silencio*. Y debajo, otro en las mismas condiciones: *And death shall have no dominion*, de Dylan Thomas. Fijó su atención en este último y empezó a recitarlo en voz alta, imitando el énfasis del poeta al recitarlo, haciendo, como él, un intervalo de una décima de segundo antes de caer sobre el vocablo *dominion*. Luego, volvió a la pantalla, la contempló un rato en silencio y, comprendiendo que ya no se le ocurriría nada más que aportar a lo que tenía escrito, volvió a la página 1 del documento antes de cerrar el ordenador, la página donde se leía el título:

VENCIDA DE AMOR
Una telenovela de Gabriel Cuneo.

Había caído la tarde sin que él se diera cuenta. Al contemplar la página inicial, reconoció con cierta satisfacción el trabajo realizado en los últimos días: una larga y detallada sinopsis que abría la escritura de varias decenas de capítulos. Calculó que ya tenía entre manos el avance de, al menos, la mitad de una temporada, y se relajó al pensar en las amenazas con que le venía urgiendo su nuevo productor, Marciano Escudero. Sin embargo, aún debía pasar del estado de sinopsis al de guión detallado y, al considerarlo, se le enfriaron un tanto los ánimos. Sin ganas de continuar, repentinamente abrumado, se levantó a encender el equipo de sonido y se entretuvo rebuscando entre los cedés un estímulo. Al final se decidió por Dizzy Gillespie, siempre tan musicalmente animoso. Por ahí empezó a sonar *Manteca theme*.

¿Qué dirían todos los rostros que ocupaban la pared frente a él si supieran que estaba dedicado a escribir un culebrón a toda la velocidad que le daban las manos

sobre el teclado? Se encogió de hombros, como si con ello se excusara, y volvió a pensar en lo que realmente le preocupaba. –La vida es dura –les dijo a todos mirándolos en conjunto–. Hay que vivir –lo dijo sin afectación, convencido, dispuesto a perdonarse. Cuando empezó a sonar el siguiente tema, *Con alma*, tuvo la sensación de que Gillespie le comprendía. Esa trompeta sensible y hermosa.

Pero el verdadero conflicto estaba a sólo veinticuatro horas. Había citado a Isabel en Sacha, su restaurante favorito, al que, entre amigos, definía como «un pequeño y delicioso bistró de cocina irreprochable». Pero la cita iba a ser una dura prueba, pues lo que se iba a debatir era la cuestión de la custodia de Martín. Isabel aún no lo sabía, porque no le había adelantado nada, temeroso de que se negara siquiera a tratar el asunto; y cada vez que pensaba en ello, que le daba vueltas y vueltas, empezando por la manera de abrir la conversación, un sudor frío le encogía el cuerpo. Su abogado le había explicado que había fundamento para exigir un cambio en el trato que ambos pactaron tiempo atrás, pero para ello iba a ser necesario, casi con toda probabilidad, que el mismo Martín, que ya tenía doce años cumplidos, declarase ante el juez. Poner a Martín ante la tesitura de mostrar su preferencia entre seguir con su madre o convivir con su padre le producía una desazón infinita; eso, sin contar con que se vería obligado a ir contra Isabel, es decir, contra la clase de vida que ella llevaba, en caso necesario. ¿Por qué, si a él se le daba una higa la vida de ella mientras la afectara sólo a ella? Tampoco quería cargar contra Isabel, sólo deseaba sacar al chico de aquella vida que él consideraba nefasta sin hacer daño a nadie.

–De un asunto como éste no se sale sin daño –le dijo con toda crudeza su abogada. Y lo cierto era que él lo sabía, pero le violentaba verdaderamente llegar a ese extremo. Además: si al fin no conseguía nada ¿qué le esperaba después? La animosidad de Isabel sería terrible y podría llegar a afectar al mismo Martín. No: seguro que le afectaría y mucho.

Mejor no pensar en ello. Quizá, después de todo, lograrse un acuerdo amistoso con ella, una especie de custodia compartida o algo así. A lo que no estaba dispuesto a renunciar era a inculcar su sentido moral y del esfuerzo personal a Martín, un sentido que, desde luego, no pasaba por la imagen de la vida fácil que rezumaba la casa de Alumbre. Isabel quería al chico, lo quería mucho, pero su modo de vida junto a Alumbre dejaba muy poco espacio a la relación con Martín. Aún estaba a tiempo de evitar que, cuando entrase en la adolescencia, acabara aprendiendo a ofrecer la línea de menor resistencia a la adversidad, a la frustración y, con ello, al esfuerzo personal para pelear por su lugar en el mundo.

Gabriel pensó en sus padres. En su casa hubiera sido inimaginable que su padre y su madre se separaran. Todo cuanto habían logrado procedía de una voluntad indomable y de un sentido de la compañía mutua que, independientemente de todos los desfallecimientos en su relación –y era seguro que debieron de existir,

aunque nunca afloraron a ojos de Gabriel, posiblemente por la misma reciedumbre castellana de sus respectivos temperamentos—, fue el espejo en el que él se miró. Ahora los tiempos habían cambiado mucho, el estrecho lazo de la precariedad donde la relación de sus padres se había forjado era un recuerdo atávico, la actual libertad de costumbres reía alegremente mientras a su padre le había tocado vegetar en la residencia geriátrica sin el apoyo ciego, casi animal, de la esposa fallecida, perdido en quién sabe qué caminos de un cerebro irremisiblemente dañado donde las emociones se tropezaban sin orden ni concierto, hasta que se lo llevó la muerte a él también. El padre que había velado por él y lo había conducido por la vida como quien deja a salvo a la cría sin parar mientes, pero sin ceder en el esfuerzo, en sus caprichos, su rebeldía y sus intrépidos e incautos intentos de volar solo.

Mario Pescador hacía planes. Pensaba en las vueltas que da el mundo. Pensaba en sí mismo mientras se dirigía a quemar la noche. Pensaba en aquella otra noche afortunada en que decidió pasarse por el Copacabana. Hasta el momento, todo le había salido a pedir de boca. De ser uno de los nombres cotizados de la prensa rosa había saltado a la más digna especialidad de comentarista de la actualidad política y social del país; no por ello tenía intención de abandonar su dedicación al chismorreo, como le gustaba llamarlo ahora que se sentía por encima de él, sino que lo había convertido en un arte: sus columnas, su página de sociedad y sus apariciones en televisión mezclaban investigación, información comprada con favores y atrevimiento para emitir noticias sin suficiente confirmación, todo con destino a un público necesitado de barniz cosmopolita y maledicencia *chic*, la nueva clase ejecutiva y la clase media medrada al amparo de las ayudas procedentes de la Unión Europea. Ellos lo necesitaban a él y él se necesitaba a sí mismo. Estaba construyendo cuidadosamente su figura.

Pero la noche del Copacabana le había abierto una nueva puerta. Hasta ahora, la información que necesitaba la había conseguido gracias a su habilidad para esparcir aquí y allá medias verdades y pequeños chantajes y para hacer hablar a aquellas personas a las que podía tirar de la lengua apelando a sus respectivos egos incontinentes. Además, le gustaba conquistar a las mujeres, que, a medida que su fama crecía, se le acercaban cada vez más interesadas. No es fácil –solía decir alardeando ante amigos y conocidos– resistirse a preciosas jóvenes que se te acercan ofreciéndose; no es lo mismo salir de conquista que ser conquistado. El mundo del sexo había ido adquiriendo una nueva dimensión en su vida y Pescador se había introducido en él como quien desciende a un abismo embriagador. Le excitaba el peligro que creía ver en ello y en ocasiones se dejaba llevar por la transgresión de manera tan intensa que la rubia arrebatada al escritor de novela negra llegó a sentir miedo. Entonces él la apartó de su lado sin el menor miramiento.

Y era esta afición la que lo había llevado a buscar el encuentro con Isabel Pérez. Le llevó tiempo y dinero compilar la información que relacionaba aquella noche del Copacabana con el escándalo del Banco Castellano de Negocios, pero al fin lo consiguió. No dejaba de admirarle la habilidad con que el abogado Perea había cambiado de bando, pero le excitaba especialmente que lo hubiera hecho Isabel, dejando en la cuneta a su marido para asociarse, aunque esa palabra era ahora un eufemismo, con el millonario Alumbre. El negocio servido al millonario había sido tan beneficioso que no era de extrañar la recompensa. La astucia y rapidez de la mujer para comprender las extraordinarias ventajas de la traición le dejaron

fascinado, aunque se preguntaba si el papel de Perea en esta jugada había sido el de inductor o el de brazo ejecutor. En todo caso, ella quedaba fuera del asunto, se colgaba del brazo y del dinero de Alumbre y escalaba una cima difícil de superar. Así que, poco a poco, se fue formando en su mente la idea de que poseer a aquella mujer que lo atraía sexualmente con una fuerza superior a toda prevención era la medalla de oro que andaba buscando para confirmar su éxito.

Al fin tenía entre manos el instrumento adecuado para rendirla. Sólo tenía que andarse con gran cuidado con el chantaje a que se disponía a someterla; tendría que ser un trabajo fino, encaje de bolillos, como decía su abuela, para no espantar a la pieza sino acercarla a la sutil tela de araña tan bien tejida de modo que una vez caída en ella ya no pudiera desasirse; y, entonces, en ese momento culminante, ofrecerle una salida a cambio de su rendición. Porque, en todo este tiempo, su mente, acuciada por su desafortunada autoestima y combinada con su creciente dedicación al mundo del sexo, le llevó a la conclusión de que Isabel tenía que ser necesariamente una mujer si no directamente adicta al sexo, sí lo suficientemente desinhibida y calculadora como para entrar en el juego. Su tentadora presencia física, su forma de estar, de moverse, de mirar, de reír, en suma: de exhibirse, no admitía duda a sus ojos. Y él soñaba engolfarse con aquella mujer. Ésa era la victoria sublime, la hazaña soñada.

El primer ataque lo lanzó con extrema audacia en una fiesta de presentación de un torneo de golf. La estuvo acechando hasta que el seguimiento le proporcionó la ocasión de quedarse a solas con ella, en un aparte del grupo en que conversaban. En ningún momento llegó a mencionar la noche del Copacabana porque ya se lo había dejado caer de manera casual en una ocasión anterior y, con la sola mirada que ella le dirigió entonces, Mario leyó el reconocimiento del mensaje; pero Isabel no sólo no dio muestras de tomar alguna precaución sino que siguió tratándolo con su habitual cordialidad las pocas veces que volvieron a encontrarse, de lo que Pescador dedujo que ella estaba a la expectativa y que no iba a contraatacar ni a esconderse; por lo tanto –pensó– el primer punto de confluencia se ha producido sin incidente alguno y, en consecuencia, se pueden dar nuevos pasos adelante. Ella, sin duda, era sensible a aquella historia de su pasado reciente y, como persona acostumbrada a negociar, esperaba un pacto: el precio a pagar. No creía probable que una preocupación de esta índole fuera a compartirla con Alumbre, lo cual era otro tanto a favor de Pescador. Ella, indudablemente, no quería airear nada que la relacionase con aquel escándalo del que había salido tan bien librada y, a la vez, pisaba terreno delicado al no haber conseguido aún el divorcio de Gonzalo de Laus, que se haría esperar porque, sin duda, éste respiraba por la herida. También había pensado en lo que Laus sentiría al ver a su esposa, de la que hasta ese momento no había dudado, emparejada con Perfecto Alumbre, porque sólo entonces se le debió hacer la luz, al pobre incauto. Y todo ello se sumaba a la

imagen que él tenía de Isabel, una mujer a la que poner a sus pies por causa de un chantaje y que, muy especialmente por ello, le prometía un placer irresistible.

En la conversación que mantuvo en aquella fiesta con Isabel no se mencionó para nada el motivo del chantaje; sólo hablaron de la admiración que sentía por ella, de su éxito social, de lo difícil que era llegar tan alto, de su belleza y refinamiento, y él supo que Isabel extraía de aquella charla intrascendente la única conclusión posible, lo único que él pretendía que entendiera: que la deseaba con total ansiedad y que ése era el precio a pagar por el silencio. Cuando se separaron, sin que en apariencia hubiera ocurrido nada más entre ellos, Pescador creyó que en la propia despedida había un sí implícito que convendría acordar en plazo y momento.

Pero a poco empezaron a comerle las dudas. ¿Y si él estaba interpretando de manera distinta la serenidad con que ella parecía tomar la presencia de Pescador? ¿Y si no tuviera la inteligencia y la astucia con que él la adornaba y no hubiera significado nada para ella este acercamiento? Por eso decidió atacar de nuevo, presa de inquietud y de un deseo que se iba cargando de turbias connotaciones, y a la siguiente ocasión se lo dio a entender con distinta claridad. Esta vez no le cupo duda: ella había captado la intención, si no el contenido específico de la misma, e incluso le había dado a entender que necesitaba un prudente tiempo de espera, petición que a él se le antojó inmediatamente insoportable, pero a la que atendió por puro cálculo, pues indicaba que la mujer estaba dispuesta a concederle lo que deseaba, que sin conocer aún a ciencia cierta las intenciones del periodista, pero capaz de sospecharlas, estaba dispuesta a satisfacer sus deseos más oscuros, sus necesidades más desquiciadas. La presa estaba, al fin, atrapada en la red.

«Bieito Calleja, tendido en la penumbra de su triste oficina de detective, intentaba reponerse de una poderosa resaca. Estaba metido hasta el corvejón en la historia más abracadabrante de su vida, una historia plagada de muertos en la que sólo quedaban vivos la mujer fatal, Piscator y él. La muerte de la pobre Nora le había sumido en un estado alcohólico del que hacía apenas dos horas que acababa de emerger. Tenía la cabeza perdida y una flojera general de cuerpo, como si le hubiera pasado un rodillo por encima.

Se incorporó con esfuerzo y permaneció sentado, habituándose a su nueva posición, durante unos minutos. La pistola y el correaje estaban en el suelo, lo mismo que los zapatos; la chaqueta, tirada un poco más lejos; entonces levantó más los ojos y quedó petrificado al comprobar que la puerta de la oficina se encontraba abierta. Por puro reflejo se puso en pie, cogió la pistola y miró a su alrededor, pero estaba solo. A simple vista, tampoco faltaba nada, ni el desorden acostumbrado.

Abrió el cajón donde guardaba las botellas, pero su simple vista le mareó y volvió a cerrarlo. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Buscar a Piscator y pegarle un tiro en el corazón? Lo mejor será empezar por ella, seguro que estaban los dos follando para olvidar tanta sangre o quizá él la tenía retenida torturando su hermoso cuerpo antes de darle pasaporte en la sucia habitación de algún tugurio de mala muerte. Sin embargo no tenía otra que averiguar su domicilio e intentar echarle el guante. Hizo unas cuantas llamadas; tras una de ellas, anotó una dirección en un papel y salió sin olvidarse de cerrar la puerta cuidadosamente.

No la encontraría en su domicilio, pero quizá alguien pudiera darle razón de su ausencia o algún dato que le permitiese conjeturar adónde había ido. Si no estaba con Piscator, sería más fácil. Si estaba con él, la cosa se ponía fea. Ella había sido testigo de la muerte del millonario o quizá lo había matado ante los ojos de Piscator; quizá hubiera asistido a la muerte de Nora y huido tras sospechar que ella era la siguiente. Pero ¿quién había tramado todo este complot? ¿Quién deseaba la muerte del millonario? No beneficiaba a nadie y había sido el primer objetivo y el desencadenante de una masacre que sólo terminaría cuando diera con el maldito periodista.

La portera de la casa de la *femme fatale* le confirmó que la tarde anterior había aparecido por allí, pero ya no había vuelto a verla. Bieito subió al piso, forzó la puerta con un hábil golpe de lanceta y entró. Era un excelente apartamento con un gran salón que daba a la calle, amueblado con gusto. Tuvo el buen cuidado de pisar sigilosamente y se asomó primero a un pequeño dormitorio desarreglado con una tabla de planchar abierta y plantada en medio con un montón de ropa encima;

después a una cocina con *office*, muy bien equipada, y finalmente al dormitorio, con más ropa tirada sobre la cama de matrimonio. Miraba a su alrededor cuando su fino oído localizó un *chac chac*, señal inequívoca de una masa de agua en leve movimiento y entonces vio una puerta entreabierta que, sin duda, daba paso al cuarto de baño. Silenciosamente, mientras se acercaba al objetivo, desenfundó la pistola, quitó el seguro y con la punta de los dedos empujó con toda delicadeza la puerta. La mujer estaba tendida en la bañera con los brazos a lo largo del cuerpo en actitud de abandono, la cabeza apoyada en el borde y los ojos cerrados. Bieito, deslumbrado por la visión de aquel cuerpo esplendoroso, no pudo evitar un respingo y ella abrió los ojos.

Lo siguiente que sintió, porque no pudo ver más, fue un golpe de agua en la cara que lo aturdió, aunque no lo suficiente para dejar ir a la mujer. Ambos chocaron en la puerta del baño, Bieito se agarró por instinto al cuerpo que trataba de escurrirse de él y escapar a la habitación y los dos cayeron revueltos sobre la mullida alfombra. Por unos momentos se cruzaron en Bieito dos sensaciones absolutamente contrapuestas: la furiosa pelea por desasirse de ella y el impresionante tacto de su cuerpo. Cuando al fin él pudo inmovilizarla, la situación se hizo aún más delicada: estaba sobre ella, tendida de espaldas, con sus muñecas sujetas con fuerza contra el suelo, presionando para que la mujer, debajo de él, no escapase, percibiendo la incitante agitación del cuerpo desnudo y mojado, que sentía latir a través de su ropa humedecida. Entonces perdió la cabeza y la besó apasionadamente. Un último reflejo le instó a protegerse de una posible mordedura de aquella boca, pero ocurrió todo lo contrario; quizá por encontrarse al límite de todas las emociones y los miedos que habría vivido últimamente, el caso es que ella se pegó a él como una lapa y ambos se enredaron en un beso interminable.

Media hora más tarde estaban los dos, desnudos y abrazados, en la cama de matrimonio, en silencio, dejándose recorrer por la pura impresión física del encuentro. Poco a poco, Bieito empezó a recuperar la conciencia y a preguntarse cómo iba a continuar aquel inesperado ataque de erotismo. Se sentía protector y, a su vez, amorosamente abrigado por el modo en que ella se refugiaba en él, cuerpo con cuerpo, pero no dejaba de pensar que también necesitaba hablar, que necesitaba interrogarla, aunque en ese momento cualquier palabra le pareciera fuera de lugar. Ella escondía el rostro en el pecho de él, de manera que sólo podía ver su espléndida cabellera negra y, descendiendo a lo largo del cuerpo escultural, sus blancos pechos de rosados pezones, el vello oscuro y sedoso del triángulo tentador y las piernas interminables. De pronto pensó que estaba contemplando sus armas, aquellas con las que había trepado, fingido, conquistado y mentido hasta llegar al lecho del millonario asesinado, y empezó a preguntarse por sus intenciones. Estaba seguro de que, al menos por el momento, ella había aceptado su protección, pero ¿qué venía después? ¿Era en realidad la amante de Piscator o su víctima? ¿Había

asesinado al millonario o lo había hecho Piscator? Él recordaba perfectamente el momento en que la descubrió ante el cadáver ensangrentado pistola en mano.

Sus pensamientos iban y venían entre los efluvios del recuerdo erótico y una indefinida aprensión hacia la mujer que tenía en sus brazos. Indeciso, pero satisfecho, apartó el pelo de la cara de la mujer fatal para contemplar su rostro y ella le miró con arrobó. Pero en un instante su expresión cambió por otra de verdadero pánico. Bieito intuyó en una décima de segundo que había alguien más en la habitación, y antes de poder volver la cara, en el mismo momento en que ella se hacía a un lado, espantada, sintió el cañón de un arma (mi pistola, tuvo tiempo de pensar) apoyado en su aparato genital.»

En pocos días confluyeron una serie de noticias. La primera de ellas, que Gonzalo de Laus consentía finalmente en el divorcio de Isabel Pérez, lo cual no fue motivo de alegría para Gabriel, pues se abría la posibilidad de que Isabel pasara a compartir cama y casa con el Millonetis por la vía del matrimonio y, en tal caso, pretendería llevarse con ella a Martín, que era justo lo que él venía tratando de evitar. La segunda fue el cambio de espíritu de Antón Patriarca que, al parecer, había tenido una conversación con Mila provechosa y esperanzadora. Gabriel pugnó por que le relatará los términos de la entrevista, conocedor de la semiignorancia de su amigo en lo tocante a enredos amorosos, pero Antón tenía la cabeza puesta en el cielo de los enamorados. La tercera y, por el momento, última buena nueva era el primer cheque que le había entregado Marciano Escudero contra una sinopsis que abarcaba el contenido de la primera temporada de la telenovela.

De manera que, espoleado por tanta agitación, decidió él también dar un paso adelante respecto a María. No había vuelto a verla desde el día en que se medio entrompó y le dio con la puerta de la calle en las narices. Entonces cometió el error de no llamarla y el tiempo fue pasando sobre un silencio que creció hasta hacerse insoportablemente ominoso. Esas casi dos semanas las pasó ocupado, sí, pero echándola de menos, sensación que se fue acentuando día a día y lo obligó a recordar. Y lo recordó todo, desde el día en que la conoció hasta el de la áspera despedida al pie de su casa y, al hacerlo, los buenos momentos se impusieron a los malos.

Al recrear su imagen, se impuso la ternura que ella le provocaba, la sencilla aceptación de su posición al lado de Gabriel, intermitente y entregada, la gratitud de su cuerpo junto al suyo, la paciencia con que soportó su inexistencia frente a Martín... Gabriel seguía pensando en la diferencia de edad, pero así llevaban varios meses y la situación exigía un cambio y un paso adelante que aún le hacía titubear, aunque ahora y con el implícito convencimiento de que cedería al final, de que, en todo caso, ni podían continuar así ni él se sentía capaz de abandonarla, la decisión se volvía, cualquiera que ésta fuese, exigencia. Su sentimiento personal oscilaba entre el sentimiento y la compasión, una mezcla nada gustosa, y por esa razón tenía que decidirse de una vez a dar ese paso adelante. Al fin y al cabo sólo se trataba de probar hasta dónde podían llegar juntos; la sombra que aún planeaba sobre su vida futura era la posibilidad (y el miedo) de quedar atado a la muchacha por su sentido de la responsabilidad antes que por un verdadero compromiso de amor.

Estaba en una encrucijada de vida que coincidía con el hecho de hallarse a punto

de cumplir los cincuenta años, un decenio ante el que no podía ocultar expectación y vértigo; un decenio que era, también, una suerte de revisión del tiempo transcurrido y sus resultados, que se le antojaban escuálidos. No deseaba hacer recuento del camino recorrido y, al mismo tiempo, necesitaba hacerlo con el mismo anhelo con el que el pecador confiesa sus pecados: para renacer en la paz interior que la absolución procura. Aunque no sintiera exactamente arrepentimiento, buscaba lo más parecido a lo que en sus tiempos de adolescencia le ofrecía el confesionario. No era capaz de sentir contrición, pero sí atrición. Ya en aquel tiempo, la idea de ofender a Dios no le parecía suficiente razón para arrepentirse de sus faltas, pero el miedo al castigo en la otra vida sí que le empujaba a librarse del peso de aquéllas. La noción de limpieza de alma no era una convicción religiosa sino higiénica: libre de culpa, sentir el alma y la conciencia lavadas.

Ahí estaba el otro aspecto de su dependencia de María: ella había confiado en él, le había amado y él se sentía culpable de haber dado pie a que sucediera. Cuando se acercó a ella, después del accidente, era consciente de que María, estando bajo los efectos de aquella desgracia, era una presa fácil. No había querido aprovecharse de ello, por supuesto, pero en su interior sabía perfectamente el estado de debilidad en que se encontraba. Ella lo había atraído por su juventud y por su belleza desvalida. Él debió haberse alejado entonces, sin dar pie a ninguna clase de relación, pero le pudo la frágil belleza que vio en ella y fue débil, o quizá algo peor que débil. Ahora flotaba en un mar de dudas que lo colocaban en una alternancia atracción-rechazo donde la culpa y el deseo se agitaban dentro de un solo sentimiento contradictorio.

Por fin se decidió a actuar. Fuera como fuese, era mejor que dejar pudrirse la situación. Ella no había vuelto a dar señales de vida, lo que evidenciaba un dolorido resentimiento y, así lo temía, un triste y enternecedor reto de dignidad. Poco a poco, la imagen más cálida y cercana de María fue llenando sus pensamientos, apartando sus dudas y creando expectativas que acabaron por convencerle de que el único modo de resolver sus inquietudes era adentrarse en la relación sin miedo y sin reticencias, tan sólo esperando a ver qué sucedía. Lo único que estaba dispuesto a dejar claro era que ambos se atenderían al riesgo y a las consecuencias según correspondía a dos personas adultas.

El nuevo planteamiento le animó a romper el silencio en el que ella se había sumido desde la desgraciada noche del último desencuentro. Una tarde, ya decidido, se acercó a su casa para hablar con ella. María compartía un pequeño apartamento de dos dormitorios con una amiga, profesora como ella, en el que habían tenido su primer encuentro amoroso. El portal estaba cerrado y se equivocó de timbre, pero al final le abrieron. Subió al piso, llamó y esperó en el rellano. Cuando se abrió la puerta, lo primero que vio fue el rostro de inequívoco disgusto de su compañera de piso.

—Hola, perdona que te moleste, estoy buscando a María.

La otra le miró fríamente.

–No está –dijo.

–¿Sabes si va a volver pronto? Puedo esperarla.

–No, no creo que pueda –dijo la otra sin preocuparse de ocultar su manifiesta hostilidad. Gabriel hizo un esfuerzo por aparentar tranquilidad.

–Mira, es que necesito hablar con ella de un asunto importante.

–No está y no va a estar. Se ha ido. Del piso y de la ciudad.

Gabriel palideció.

–Pero ¿qué dices? –balbució completamente desconcertado.

–Que se ha largado. Que no va a volver –hablaba como a latigazos–. Y otra cosa: ¿sabe lo que me dijo al irse? Me dijo: no tengo dignidad.

Gabriel sintió una puñalada que le atravesaba el pecho. Retrocedió unos pasos y luego, sin decir palabra, se dio la vuelta y comenzó a descender por la escalera. Todavía oyó la voz de la otra, un murmullo escupido entre dientes:

–Cabrón.

La cena de los altos ejecutivos de Peralum, el *holding* que reunía todas las empresas y sociedades propiedad de Perfecto Alumbre o mayoritariamente participadas por él, había terminado. Tras el café y el puro correspondiente a cada fumador, las copas hicieron su aparición contribuyendo a elevar la temperatura festiva, ya suficientemente caldeada por los aperitivos y los vinos servidos en la mesa. Perfecto, con un puro en la mano y una copa de champán en la otra, acababa de brindar por el inmediato cierre del ejercicio anual, que prometía desatar la euforia y los beneficios por igual, y empapaba la cabeza del puro en champán introduciéndolo repetidas veces en la copa antes de cortarlo y ponerse a fumar; una costumbre que algunos de sus directivos imitaron con ostensible entusiasmo. Si la ley antitabaco estaba a punto de ser aprobada por el Gobierno, se diría, por la humareda, que aquélla era una manifestación de rechazo y rechifla en toda regla.

A punto de cerrar balances, pero con las previsiones adelantadas, Alumbre solía ofrecer una cena a los directivos de su grupo cada año. La cena tenía una importancia extrema porque ser invitado a participar en ella significaba un reconocimiento, pero la exclusión significaba una caída en desgracia; por esa razón, Perfecto se tomaba ese día como uno de los momentos estelares del año, el día en que de forma absoluta y explícita su poder y su reino lo convertían en el epicentro de todos los movimientos del *holding*. Todo un año bajo la influencia directa del jefe supremo se juzgaba y dilucidaba en un fin de semana, en el que Perfecto se aislaba de su entorno familiar para dedicarse minuciosamente a un recuento de almas cuyo gozo superaba durante esos dos días al que pudiera procurarle incluso su propia amante.

Pero Perfecto Alumbre no gustaba de zaherir a sus directivos y asesores sino de repartir premios y castigos. Un buen resultado de la cuenta de explotación implicaba reconocimiento y hasta sustanciosas prebendas si era excepcional. Por el contrario, no le temblaba el pulso a la hora de exigir responsabilidades. Una cosa era exigir con toda contundencia y otra zaherir. Por eso le gustaba la fiesta, porque en ella les hacía bailar al son que él tocaba y disfrutaba con ello. Si quería que uno de sus hombres marcara el paso de la oca, lo marcaba ante el jolgorio de todos, como una broma divertida en la que el primero que participaba con el mejor ánimo era el elegido. Si quería que cualquier otro atravesara la estancia sosteniendo en equilibrio sobre la cabeza un vaso de whisky sin derramarlo, lo conseguía. Era una juerga entre hombres en la que las humillaciones se convertían en juegos de habilidad, circo, bromas masculinas y hasta travestismo si hacía falta. Todo en honor de Perfecto, que los dirigía como un jefe de pista mientras iba ascendiendo el

nivel alcohólico de la parranda. Y este año había un invitado especial, cómodamente sentado, fumando un excelente habano y riendo las gracias de su anfitrión: el abogado Perea.

Solían hacer este encuentro en la propia casa de Alumbre, de manera que el honor de ser recibidos en ella, aceptados en ese círculo privado, se apreciaba como la apoteosis de un año de dura entrega al trabajo, así como de un reconocimiento mutuo como cabezas visibles del *holding* con predominio de veteranos. El encuentro en la casa no admitía más que a los hombres y excluía a las esposas. Tampoco se admitía a nadie más que a los puestos de responsabilidad a todos los niveles en los mítines, por ejemplo, pero éstas, a diferencia de la cena prenavideña, eran reuniones a puerta cerrada y convocadas siempre en fin de semana, aunque terminaban también con fiesta alcohólica, un exuberante despliegue de tapas y pinchos y, como broche final, se daba entrada a un alegre grupo de señoritas en un salón aparte reservado a los altos directivos.

Ese día, obviamente, Isabel Pérez lo pasó en su apartamento y no regresó hasta pasadas cuarenta y ocho horas, cuando todas las huellas de la francachela habían desaparecido. Por pura casualidad, el día antes de la fiesta recibió una llamada de Gabriel Cuneo solicitando hablar con ella y no le pareció inconveniente recibirlo en su propio apartamento. No sabía lo que buscaba su ex, pero en todo caso prefería cubrirse las espaldas con la presencia de sus dos hijos, aparte del servicio. Tanta gente en casa atemperaría los ánimos de Gabriel –pensó– si es que venía con la intención de llevar a cabo alguna negociación.

No le cabía duda de que algo buscaba; lo presentía por el modo en que lo planteó: tratando de hacerlo parecer demasiado casual. Isabel no pasaba por su mejor momento: a pesar del barniz de refinamiento con el que ella había cubierto a su amante, éste seguía siendo un hombre demasiado rudo para su gusto; la rudeza la apreciaba, sobre todo en determinadas ocasiones íntimas, pero en el trato social aún dejaba mucho que desear. La buena sociedad, sin embargo, si bien era puntillosa en el trato no lo era con respecto al peso del dinero. Por otra parte, le disgustaba la actitud de Martín, cada vez más exigente con ella, tratando de llamar la atención a la manera de un preadolescente. «Si hace esto ahora, con doce años, no sé qué sucederá cuando llegue la edad del pavo», se decía. Además, una vez conseguido el divorcio de Gonzalo, ya definitivamente encaminado, Martín tendría que vivir también junto a Perfecto y era evidente que, ante los modos expeditivos de educación de este último, el chico se resentiría y, tanto si reaccionaba positiva como negativamente, habría guerra. El pequeño Gonzalo no le preocupaba por su edad, pero el mayor, pese a su carácter tranquilo y adaptable, empezaba a dar muestras de insumisión, algo imperdonable a ojos de Perfecto. Sin olvidar, pues todo se encadenaba, que Gonzalo padre seguía siendo un pozo de rencor que a ella le resultaba muy incómodo porque todo el asunto del divorcio se cocía en una

negociación agotadora –que sucedía al ritmo impuesto por su segundo marido de «un paso atrás, dos pasos adelante»–, capaz de acabar con la paciencia del más templado.

Así que se decidió a citarlo la misma noche de la francachela de Perfecto, pensando que un encuentro civilizado sería el mejor contraste a la grosera orgía machista de poder y sumisión que su amante organizaba y apreciaba hasta el punto de prescindir de ella sin complejos. Ciertamente era un tipo duro, un monstruo de egoísmo y autoridad, un hijo de puta hecho-a-sí-mismo, pero también era un tipo de una pieza, lleno de energía a su edad, capaz de establecer firmes relaciones de fidelidad a una palabra dada, de insospechadas expresiones de un amor intensamente elemental y de delicadezas aún más insospechables.

Gabriel Cuneo, dudoso ante una cita en el mismo lugar donde vivía su hijo, pero resuelto a coger el toro por los cuernos, se personó en el apartamento de Isabel Pérez ya bien entrada la noche con la esperanza de que Martín estuviera cenando o, con un poco de suerte, durmiendo en su cama.

Qué pensará de mí Martín el día de mañana. ¿Qué pensó mi padre de mí, cuando luchamos denodadamente para que me dedicara a la rama de Ciencias y yo me emperré en hacer Letras por la única razón de que me parecía la manera de librarme de disciplinas como la Física o las Matemáticas? Al final tuve que acabar eligiendo Periodismo porque el griego y el latín me daban miedo y en la Facultad de Derecho sólo aguanté un año. Una elección forzada, de la que no me arrepiento, pues haber elegido la otra opción, Ciencias Políticas, no habría sido el camino indicado para acabar escribiendo para la televisión. Mi padre se llevó un buen disgusto; después de los esfuerzos hechos para darme una educación, yo me metía en unos estudios que él consideraba menores, de puro compromiso, y no digamos ya nada respecto al modo elegido, o encontrado, no lo sé, para ganarme la vida. Al menos ha vivido lo suficiente como para comprobar que, mal que bien, me ganaba la vida; pero, con el espíritu con que acometió la idea de darme estudios universitarios, una hazaña para él, el resultado dudo que compensara sus desvelos.

Y, sin embargo, no dejaron de quererme, ni él ni mi madre. Es curiosa esta forma de amor: querer a alguien para obligarlo a alejarse. Estamos locos. Y el caso es que yo me siento igual respecto a Martín, de manera que esto es algo que debe de funcionar desde tiempos inmemoriales. Mi padre trató de explicarme, a su manera, el sentido de su experiencia: yo creo que fracasaré igual con Martín, pero al menos ya lo sé, no me va a coger de sorpresa. La experiencia no es más que la historia de uno mismo: un asunto personal. No se le puede pedir, sólo se puede intercambiar, quizá, cuando el otro ya tiene incorporada la suya propia, y así empieza a encontrar puntos comunes, concomitancias que, generalmente, empiezan en el terreno de lo práctico (qué hago si me pongo malo, etcétera) y poco a poco se intercambian experiencias, pero la esencia es de cada uno. Yo empecé a reconocer cosas a mi padre muy tarde, le debe de ocurrir a todo el mundo de mi generación; me gustaría que Martín y yo empezásemos a conectar cuanto antes, pero no está sólo en mi mano, los jóvenes son secretos y se aventuran en secreto y parece inevitable que los obliguemos a esconderse de nosotros; quizá no sabemos utilizar la autoridad; quizá tiene que ser así, pura ley de vida.

Me abochorna reconocer que me estoy haciendo la misma pregunta que mi padre debió de hacerse: ¿qué será de él cuando yo no esté? Supongo que es una especie de ansiedad amorosa, quizá también un conocimiento real de la fragilidad de la vida. Nunca has pensado qué puede ocurrir si tú mueres de repente, ahora, y lo dejas colgado, sin la referencia que eres pese a todo y por mal que pudieras llevarte con él. Déjale vivir, tío, déjale vivir y confía en él. Ésa es la prueba de fuego, la confianza,

tú se la pediste a tu padre y él te la pedirá a ti. Ya te la ha empezado a pedir, de hecho. Tendrás que aprender a tratarlo como a un hombre dentro de nada, tú, lleno de complejos y de miedos que ahora estás dispuesto a volcar sobre él. Es duro ser padre, es duro querer y no entender, es duro sentirse inerme y dudar. Pero deja de proyectar y prepárate para confiar en él. No sé cómo hacerlo. Voy a tener que hacerlo. Y me voy a equivocar. Así somos los humanos, el día entero dándole a la pelota, enredándolo todo.

No tengas miedo, Gabriel, recuerda a tu padre. Recuerda lo que dijiste a Martín el día del entierro y no tengas miedo. «El abuelo vivirá mientras nosotros lo recordemos y sólo morirá cuando nosotros muramos.» Porque, finalmente, el padre acompaña siempre al hijo y, cuando éste muere, es la sombra amorosa del padre la que vuelve a la tierra con él.

«El frío del cañón y la vergüenza de haber sido sorprendido en una posición tan desairada habían reducido su miembro viril a la mínima expresión. Bieito Calleja, inerte sobre la cama, no tenía otro recurso que su mirada, pero, cuando enfrentó los ojos de su contrincante tratando de mostrar una mínima gallardía, sólo pudo ver lo ridículo de su situación reflejado en ellos.

–Parece que el pajarito se replegó al fondo del nido –dijo el periodista mirando la entrepierna del detective–. El cobardón se esconde detrás de los huevos. Mamá te va a regañar cuando vea cómo te escudas en tus hermanitos.

–Ríete lo que quieras, Piscator, pero deja que me vista.

–No soy idiota, Calleja; así como estás te tengo más atado que con un par de esposas. Es mi ventaja, compréndelo.

–No puedo hacerte nada, tienes mi pistola, si algo no te gusta sólo tienes que apretar el gatillo.

–¿Sabes lo que te digo? Que me das pena. Un detective de mierda cogido por las pelotas. No se puede caer más bajo. Si esto se sabe y dejas que te vayas de aquí con vida será mejor que matarte porque en cuanto se corra la historia estarás acabado. Y ahora que lo pienso, quizá sea lo que haga.

–Nadie te creerá –dijo Calleja apretando los dientes.

–¿Nadie? –dijo Piscator llevándose la mano al bolsillo–. Olvidas que soy periodista y que un teléfono móvil dispone de cámara. Anda, sonríe, que quiero que salgas guapo.

–Eres un hijo de puta.

–Sí, bueno, todo lo que tú quieras. A mí no me afectan los insultos de un tío en pelotas. Otra cosa sería si estuvieras vestido; pero, claro, esto es lo malo de ser un libidinoso, que te pueden pillar en la cama. Un buen detective, Calleja, no se deja engatusar por una vampiresa de provincias –Piscator levantó la mirada por encima del cuerpo de Bieito–. ¿No es verdad, nena? ¿Que eres una vampiresa de provincias?

La mujer, que tenía las piernas recogidas y se cubría el pecho con los brazos, le lanzó una mirada de odio.

–No te gusto ¿eh, muñeca? Tampoco tú me gustas a mí. Conmigo habrías llegado muy lejos, pero la ambición te mató y ahora sólo eres una fugitiva; una fugitiva en mis manos –precisó– que ya no me sirve para nada. Ponte en pie –le advirtió, de pronto–. No te hagas ilusiones –añadió luego, con una sonrisa torcida–, sólo quiero asegurarme de que no vas a intentar nada.

La mujer se puso en pie y dejó caer los brazos a los costados, enteramente

desnuda, con gesto desafiante.

–¿Te gusta? –preguntó el periodista a Calleja; éste volvió la cabeza hacia ella–. Anda, dime que sí. La verdad es que no está nada mal. Creo que a pesar de este frío cañón el pajarito volvería a asomar la cabeza. Eres un tipo lascivo, Calleja, no te detienes ante nada. Esta situación te pone cachondo ¿verdad? Tendrías que haber leído más. ¿Has oído hablar de Eros y Tánatos? No ¿verdad? La profesión no deja tiempo para leer. Los tipos duros no leen.

Calleja contemplaba a la mujer como si no oyera al periodista. Pensaba que iba a morir y sólo quería morir vestido. Y a la vez sentía pena por la mujer desnuda, que también iba a morir. La idea de haberla poseído en las últimas horas de su vida le provocaba una extraña mezcla de deseo y compasión.

La mujer, intimidada, se había ido apartando poco a poco de la cama, retrocediendo imperceptiblemente hacia la pared. Se dio cuenta ahora, cuando ya había cobrado una distancia apreciable. Tenía la ventana a sus espaldas y la butaca donde estaban tiradas las ropas de los dos recientes amantes a su derecha. En ese momento el periodista se percató también del alejamiento de ella.

–¡Eh, tú! ¡Ven con tu detective! –ella alzó las manos en actitud de desamparo–. Hacéis buena pareja, la verdad. Un buen par de tronados iniciando la cuesta abajo de sus vidas.

–Sólo quería alcanzarle algo de ropa. Déjale que se vista, por favor –dijo ella. Bieito, conmovido, le dirigió una mirada de gratitud.

–Vaya, cualquiera diría que te ha gustado echar un polvo con este triste. Al final hay que conformarse con lo que haya ¿no es verdad? Está bien, muñeca, dale algo para que se ponga encima; y tú puedes coger también tu ropa interior –ella se aproximó a la butaca y revolvió el montón de ropa–. Aunque, ahora que lo pienso, lo natural sería que os encontraran a los dos en pelotas y en la cama, cada uno con un balazo en el corazón. O se me ocurre algo mejor: simular que os habéis matado el uno al otro. Así queda todo cerrado y yo me escapo sin que nadie sepa nada de mí. Dos amantes cabreados, dirá la policía. O dos suicidas románticos. No, mejor dos amantes cabreados, tiene más morbo –mientras hablaba, había apartado por fin el cañón de los testículos de Calleja–. Lo malo es que, para montar esa escena, necesito otra pistola.

–¿Como ésta? –dijo la mujer extrayendo un revólver de entre la ropa tirada en la butaca.

Cualquiera habría dicho que sólo se oyó un disparo, pero fueron dos, simultáneos. A pesar de hallarse tumbado, Bieito Calleja escondió la cabeza entre los brazos y un instante después tomó impulso, se lanzó sobre Piscator y ambos cayeron al suelo. El periodista estaba muerto, con un balazo en el pecho. Bieito se arrastró rápido como una culebra para hacerse con el arma que había caído medio metro más allá y se encogió cautelosamente. No se oía movimiento alguno. Al cabo

de un segundo, antes de rodear la cama porque no se atrevía a asomar por encima de ella, acertó a mirar por debajo: la posición de los pies de la mujer le indicó que estaba tendida en el suelo. Con sumo tiento se aproximó al otro lado por el lateral, aguzó el oído hasta que le dolió y al fin se atrevió a asomar la cabeza. La mujer se hallaba, efectivamente, tendida e inerte en el suelo de la habitación, su revólver desprendido de la mano. Beito se puso en pie, llegó hasta ella, tentó su cuello con los dedos y se apartó con gesto de consternación. Estaba muerta.»

–Sigues siendo tan ordenado como de costumbre –dijo Isabel mirando apreciativamente a su alrededor–. La verdad es que esperaba encontrar todo manga por hombro.

Gabriel creyó apreciar un destello afectivo de reconocimiento mientras ella paseaba su mirada por muebles y objetos que habían sido comunes.

–Prejuicios femeninos. Yo no tenía por qué cambiar, aunque viviera solo.

Estaban en el pequeño salón del apartamento de Gabriel porque a última hora éste había conseguido convencer a Isabel de que sería más relajado hablar donde no estuvieran los hijos, sobre todo Martín. Los chicos, pues, quedaron al cuidado de la criada, que también se ocuparía de darles de cenar. Así disponían de tiempo por delante, como prefería Gabriel.

–¿Una copa? –había dispuesto en una pequeña consola un juego de copas, una cubitera con hielo abundante, un vaso mezclador y varias botellas.

–Mmm... –dudó ella mirando las etiquetas de los envases; él reconoció de inmediato el significado de la duda; no es fácil cambiar de gustos, sobre todo en lo que se refiere a los vicios personales más arraigados.

–Dos *dry martini*, entonces –dijo Gabriel poniéndose a ello. Mientras los preparaba, Isabel se dio una vuelta por la habitación. Observaba con atenta curiosidad, inclinándose sobre algunos objetos que debían de resultarle familiares, a juzgar por sus gestos de reconocimiento. Cuando terminó el recorrido y se volvió hacia su ex marido, éste terminaba de llenar las copas y le ofreció una.

–Por la felicidad –dijo alzando la suya. Isabel le imitó y bebieron.

Por un momento pareció que no sabían cómo seguir el encuentro. Gabriel le ofreció el sofá con un gesto y él se instaló en el otro extremo. Era un sofá de tres asientos holgados y diseño moderno al que se le notaban los años. Ella posó la copa en una mesita auxiliar, dispuso los cojines que lo adornaban a su comodidad, cruzó las piernas con una franqueza no exenta de descaro y esperó.

–Te preguntarás por qué te he citado hoy aquí –lo dijo sin pensar, sin saber siquiera cómo iba a continuar. Ella le dedicó su mejor sonrisa–. Supongo que has reconocido la decoración.

–¿Me has citado para que reconozca la decoración?

–Naturalmente que no. Lo que pasa es que, así, de repente, he vuelto a recordar cosas.

–¿Como qué?

–Los sobres. ¿Recuerdas los sobres?

–¿Los sobres? –estaba verdaderamente sorprendida.

–Sí, mujer, los sobres en los que distribuíamos nuestros ingresos mensualmente. La extrañeza de Isabel se acentuó.

–Creo que me he perdido nada más empezar –comentó.

–Al principio de nuestro matrimonio, ¿te acuerdas?, no juntábamos entre los dos mucho más de diez mil pesetas. Los tres o cuatro primeros meses fueron un caos, tan pronto había dinero como no quedaba un duro. De manera que decidimos distribuir el dinero en sobres: un sobre para el alquiler, otro para la asistenta, otro para la compra del mes, otro para la compra diaria, otro para imprevistos, otro para los recibos... Ayer, de repente, me acordé de los sobres y pensé en este país en este año de 2005. Ahora somos ricos y hemos cambiado de moneda. Es impresionante. El dinero corre por las calles, Europa es una panacea, todos vivimos cómodamente por encima de nuestras posibilidades... No hacen falta sobres; si algo se necesita tiramos de cartera, la vida es un derroche, la gente vive mejor y es más insolidaria, el que no va de vivo es un gil, como dice el tango.

–¿Y todo eso se te ha ocurrido de repente? ¿Para hablar conmigo? Gabriel, nos conocemos; dime a qué viene esto.

–No hay ninguna intención, de veras; lo vengo pensando a lo largo de este año.

–¿Tengo que entender que me has llamado para darme a conocer tus pensamientos acerca de la situación del país?

–No, por supuesto que no –Gabriel se tomó un respiro, como si de pronto hubiera caído en la cuenta de la excepcionalidad de la cita–. Perdona. Se me ha ido la cabeza en otra dirección.

–Ya. ¿Y te importaría tomar la ruta correcta?

–A eso voy, a eso voy. Ha sido por lo de los sobres. No sé por qué me he acordado de ellos de repente.

–Un ataque de nostalgia, quizá. Tú eres muy dado a ello. Te cuesta vivir en la realidad, siempre te ha costado.

–Me dedico a inventar historias, ya sabes. No es difícil dar el salto de una realidad a otra.

–En tu caso.

–En efecto. En mi caso.

–No tienes arreglo, Gabriel, pero déjame que te diga una cosa. No he venido a verte por gusto. No es que no me guste verte, sino que no he venido a eso. He dejado a los niños en casa con la criada para acudir a una cita en la que tú has puesto todo tu empeño, como un caso de fuerza mayor, he dejado a Perfecto solo para acudir a tu reclamo insistente, perentorio, vital... He venido preocupada y dispuesta a enfrentar lo que debería ser un asunto tan serio como tu llamada y me sales con ñoños y emotivos recuerdos del pasado. No me divierte nada, Gabriel, no sé por quién me has tomado, pero hazte a la idea de que el pasado no es una atadura ni nosotros somos los que éramos, así que ve al grano porque para

tomarnos una copa amistosa y nostálgica no hace falta montar todo este número de «tengo que verte como sea y cuanto antes».

–Me parece que has venido de uñas y ya las has sacado. No es el tono. Te ruego que te tranquilices.

–Estoy muy tranquila hasta que me exasperas con tus circunloquios. Prueba a hablar con claridad.

Gabriel abrió y cerró las manos con gesto de impaciencia. Estaba trabado por su propia indecisión para abordar el asunto que motivaba la cita y también por la duda acerca del mejor modo de afrontarlo porque temía equivocarse y tropezar a la primera de cambio. No miraba a Isabel sino ante sí, los ojos fijos en el suelo y la mirada extraviada por el doloroso esfuerzo de concentrarse. Ella esperaba dominada por una quietud tras la que ocultaba su impaciencia.

–Muy bien, vamos allá –dijo al fin Gabriel–. Se trata de Martín.

Ella lo miró con pena, suspiró y cambió el gesto por otro de dureza.

–Sigue.

–No sé cómo empezar, ojalá pudieras ayudarme –hizo una pausa para darse ánimos antes de continuar–. El caso es que he estado pensando en él y en ti y en tu situación y en su futuro y no lo veo claro. No sé qué piensas hacer sobre tu relación con Perfecto, no sé qué papel cumple en ella Martín, no me gusta el mundo en el que va a seguir creciendo si te casas con Alumbre, no dudo de tu amor por el chico, pero sí dudo del tiempo que verdaderamente puedas dedicarle ahora que va a entrar en la preadolescencia. En fin, éste es el asunto del que quiero hablar porque soy su padre y tengo que participar en su formación.

Siguió mirando al suelo, sin alzar la cabeza en ningún momento, como si esperase un golpe que fuera a caer sobre él, quizá dispuesto a recibirlo para poder así enfrentarse con Isabel cara a cara. Porque sin verla, adivinaba su gesto de respuesta.

–A ver si te he entendido, Gabriel, que hay que saber cómo eres. Me estás diciendo que debido a mi vida actual no estoy capacitada para dar a mi hijo la formación que se merece. ¿Es eso?

–No exactamente –dijo Gabriel, alzando los hombros como si se hubiera quitado un peso de encima–. No solamente creo que estás capacitada sino que eres su madre como yo soy su padre. Nadie cuestiona eso. Lo que me pregunto, y sólo me lo pregunto –añadió conciliador–, es si puedes dedicarle la atención que necesita. Y fíjate que digo *atención* y no *tiempo*. Porque –continuó indicándole con la mano que no hablara aún– a partir de ahora el desarrollo adolescente, que es un revoltijo de hormonas, requiere justamente eso, atención, más que tiempo. Pero, además, hay otro factor no menos importante, que es el factor esfuerzo. Una vida regalada, como es la tuya y de Alumbre, no es precisamente el caldo de cultivo para formar un carácter capaz de hacer frente al esfuerzo y también a la frustración, por lo que

pienso, en resumen, que tenemos que repartirnos al chico de otra manera que como hasta ahora –al terminar, tuvo la sensación de haber desplegado con eficiencia sus pensamientos, pero no le dio tiempo a disfrutarla: Isabel le miraba con una mezcla de diversión e incredulidad.

–Te has debido quedar calvo meditando –dijo después de un medido silencio.

–Siempre he tenido buen pelo –contestó el otro, retador.

–Gabriel, creo que no te das cuenta de lo lejos que estamos el uno del otro. Tampoco te das cuenta de que estás lleno de prejuicios, como esa idea de que Alumbre tiene una vida regalada, muy propia de los progres mal envejecidos. Yo creo que, precisamente, Alumbre es un ejemplo de esfuerzo, de lo que es salir de la nada y convertirse en un hombre de fortuna, un auténtico *self-made man*.

–Yo seré un progre mal reciclado, según tu punto de vista, pero tu ceguera es ciertamente voluntaria. Si piensas que la gente que ha hecho una fortuna partiendo de la nada es gente cabal y caballerosa, la que no sabe dónde vive eres tú. No me cuesta nada imaginar la cantidad de cadáveres que debe de tener ese tío en el armario.

–Mira, vamos a dejar a Perfecto a un lado.

–Lo has sacado tú.

–Y lo seguiría sacando, pero tus prejuicios no te van a dejar entrar por ahí, así que lo dejamos. Si lo que estás buscando es revocar la sentencia que me otorga la guarda y custodia de mi hijo, dirígete a los tribunales, a ver qué pasa. Tú sabes perfectamente que adoro a Martín y que sólo busco su bien, no hay nada que reprocharme. Puede que tenga una vida social un tanto agitada, pero nunca he dejado de atenderle. Lo mismo digo de ti, en lo que te toca. ¿A qué viene remover ahora esto? ¿A que te preocupa que tu hijo se convierta en un gandul y un mimado sin carácter? Eso me ofende, Gabriel, espero que lo entiendas.

–Le ofende a lo que queda de la mujer que fuiste conmigo, y perdona la franqueza.

–No seas hijoputa.

–Pero es que yo creo que no hay ofensa al decirte que tu idea de lo que es educar a un chico es distinta de la mía. Cada uno es quien es en su entorno, cada uno es él y su circunstancia, como decía Ortega. ¿O crees que a ti no te condiciona el mundo en el que vives?

–Como a ti el tuyo.

–Sí, pero yo vivo en el mundo real y tú vives en una realidad de burbuja.

–No voy a seguirte por ese camino.

Los *dry martini* se habían consumido. Gabriel propuso una pausa mientras preparaba otros. Al pasar junto a ella para dirigirse a la consola, observó el cenicero junto a Isabel. No se percató de que había vuelto a fumar hasta ese momento.

–¿Por qué se te ha ocurrido plantear esto ahora? –preguntó ella mientras Gabriel

vertía la ginebra sobre los hielos en el vaso mezclador.

–Si quieres que te diga la verdad, no lo sé. Ha sido como una revelación que posiblemente procede del tiempo que hemos pasado juntos este verano. He visto a otro Martín, a un Martín que se disponía a empezar el camino de su personalidad y me ha parecido que necesitaba mucho de mí, mucho más de lo que le pudiera dar Alumbre, al que por otra parte le importa un carajo el chico.

–Perfecto le tiene cariño a Martín.

–Bobadas. Eso no te lo crees ni tú. Eres una de las personas más inteligentes, astutas y penetrantes que he conocido y tú no puedes creer en lo que acabas de decir por más que te creas obligada a salvar la cara conmigo.

–Yo tampoco empujo a Martín hacia Perfecto –dijo Isabel mientras recibía su segundo *dry martini* de manos de Gabriel–, no te preocupes, pero te agradezco el halago; aunque, si crees en lo que has dicho, deberías darme un buen margen de confianza.

–El amor de madre es ciego a menudo.

–Y el de padre es demasiado masculino.

Gabriel se quedó pensativo.

–Creo que no lo hemos enfocado bien –dijo al fin– y tienes todo el derecho a sentirte herida, pero yo no desconfío de tu amor por Martín ni de tu responsabilidad, que quede claro. No es fácil decirte lo que quiero decirte porque es como deslizarse por el filo de la navaja. Lo que creo, en resumen, es que el cambio de edad de Martín debe llevar aparejado un cambio vital; creo que sería bueno para él convivir conmigo, convivir de otra manera a como lo ha hecho contigo, sólo eso, sin más. Isabel, la separación de los padres es un trauma para los hijos, es desgarrador, tienen que aceptar algo que no comprenden y hacerlo a su edad, cuando tampoco tienen medios para defenderse. Una vez sucedido, lo mejor es que esa separación no sea una constante presencia dolorosa. Martín se dispone a dar un salto adelante y la imagen del padre es ahora muy importante. Perfecto no puede ser esa imagen.

–No veo por qué no.

–Porque ni tú misma lo ves. Y lo sabes. Y Perfecto es tu hombre, pero no el padre que tú desearías para Martín. De hecho, tú no tendrías nunca un hijo con Perfecto, a no ser que quisieras atraparlo; y eso no lo creería nunca de ti.

El rostro de Isabel acusó el golpe. Sonrió con una sombra de tristeza en el gesto mientras apuraba su copa. Gabriel hizo lo mismo. Durante unos minutos el silencio invadió la estancia. Había entrado el invierno y hacía ya un buen rato que la tarde se había sumido en la noche. Estaban casi en penumbra, solo había dos lámparas a ambos lados del sofá, y Gabriel se levantó a dar las luces. De paso recogió las copas y se acercó a la consola.

–Aún podemos disfrutar de un par de *martinis* más, me parece –dijo–. Los

últimos. Todavía podemos con ellos.

Isabel sonrió, mirando a Gabriel por encima del respaldo del sofá.

–¿Sabes si el alcohol baja las defensas? –preguntó.

–Depende de las personas. Entre personas que se aprecian de verdad, creo que sí.

–No puedo alejarme de Martín porque me moriría –dijo ella en un arranque repentino, con total intensidad.

Gabriel, que regresaba al sofá con los *martinis*, se quedó en pie ante ella, como si estuviera calibrando la inesperada confesión. Le entregó el suyo, rodeó el sofá y tomó asiento. Estaba evidentemente desconcertado.

–Es que no te vas a alejar de él –acertó a decir al fin–. Sólo se trata de repartir los días, no de desprenderse de él.

–No puedo. No me lo pidas siquiera, Gabriel, no podría soportarlo.

–Escucha: ¿y si le preguntamos a él? Al fin y al cabo tiene ya doce años. Isabel, eres una mujer inteligente...

–¿Lo soy? –dijo ella, y Gabriel vio el fondo de sus ojos y se sintió invadido de una especie de ternura inesperada. Por primera vez en años acababa de ver una imagen de indefensión en su mirada y se acercó a ella, confundido y temeroso. Isabel, sentada en un extremo del sofá, tenía los brazos extendidos a lo largo del cuerpo, las manos apoyadas en las rodillas, la actitud pasiva de una belleza desvalida.

–No quería llegar a esto –dijo Gabriel, conmovido–. Te juro que mi propuesta es sincera y estoy convencido de ella, pero me parece que he tocado un asunto delicado que te hace sufrir. Lo siento. Podemos seguir hablando otro día, enfocarlo de otra manera, no hay urgencia, es un primer intento de ver si es posible...

Dos lágrimas habían asomado a los ojos de Isabel y Gabriel fue incapaz de contenerse. Se echó sobre ella, la besó y abrazó con pasión, casi con violencia, ella respondió y se besaron intensamente, como enloquecidos. Él empezó a desprenderle la ropa tirando de la cremallera del vestido y deslizándolo hacia abajo hasta encontrar el pecho cubierto por un sujetador negro de encaje. Ella lo abrazaba con la misma intensidad, entregados a una euforia de urgencia y lascivia, librados a la caída de todo límite. Y de repente, con la misma efusión con que se habían lanzado el uno sobre el otro, ella lo apartó violentamente de sí.

Gabriel retrocedió perplejo mientras ella se subía el vestido para cubrir su desnudez. De inmediato se puso en pie, terminó de acomodarse la ropa, se alejó, volvió sobre sus pasos, muda, nerviosa, irritada; era evidente que en su agitación y en sus ademanes se confundían sensaciones contradictorias. En ningún momento dirigió la mirada a Gabriel, pero cuando pareció descubrir en la mesita auxiliar su *martini* intacto, lo tomó y bebió la mitad de un golpe. Después, bajó los hombros, descansó el cuerpo y entonces sí miró a Gabriel, que seguía sentado y sumido en el desconcierto.

–Creo que hemos hecho una estupidez –dijo Isabel–. No debía haber venido, no deberíamos habernos citado aquí. Lo mejor es que me vaya.

Gabriel trató de reaccionar.

–Me parece correcto y... lo siento. No quería hacerte pasar un mal rato.

–No has sido tú...

–Es... en fin, perdona. Ni tú ni yo queríamos que acabara así. Ha sido, no sé, un arrebató estúpido.

–Efectivamente –corroboró ella.

Gabriel sintió un vacío helado al escuchar esta confirmación de su boca. Estaba tan confuso que no acertaba a expresar lo que realmente quería decir y optó por callar y dar un trago también a su copa. Todo se había roto, desde el golpe de pasión hasta el motivo por el que se habían reunido. Tendrían que empezar de nuevo, pero ¿a hacer qué? En cierto modo le avergonzaba su imprudencia, pero se preguntaba qué estaba sintiendo ella ante lo que era la primera fisura en su vida desde que ambos se separaron y ella inició el camino que había acabado por llevarla a los brazos de Perfecto Alumbre. Porque ninguno de los dos podía engañarse respecto a lo que acababa de suceder, ni ocultarlo, y temió que ella nunca se lo perdonaría.

Isabel se había sentado de nuevo, en silencio. Era una mujer realmente atractiva a su edad y ni siquiera en este momento de suspenso la abandonaba la coquetería. Los movimientos para reajustarse el vestido o recomponer el cabello la adornaban de manera cautivadora. Gabriel odió de repente a Perfecto Alumbre, no porque la deseara, pues el momento había pasado, sino por haberla hecho suya. Tuvo la dolorosa sensación de haber puesto una barrera infranqueable entre los dos, firme como una fatalidad.

–Tendremos... –probó a decir, para romper el incómodo silencio– tendremos que buscar un lugar de encuentro neutral para volver a hablar del asunto de Martín.

–No –dijo ella. Había recuperado su ser y su autoridad natural y no se parecía ya en nada a la persona que había entrado en su apartamento.

–Lo siento, pero es un asunto que no sólo te compete a ti.

–Te digo que no. Sinceramente, no. Creo que estamos bien como estamos. No hay que cambiar nada. No voy a permitir que cambie nada. Al menos hasta la mayoría de edad de Martín.

–Eso, querida, habrá que verlo –Gabriel habló con severidad, conteniendo una punta de indignación que empezaba a asomar a sus ojos y que ella reconoció inmediatamente. Con deliberada tranquilidad cogió su copa, bebió lo que quedaba de ella, volvió a dejarla en la mesita auxiliar, recogió su bolso y se puso en pie.

–Me marcho –explicó.

–Puedes irte cuando quieras, pero esto no termina aquí.

–Pues o termina aquí o tendrás que intentar terminarlo en los juzgados y no te lo

aconsejo, por tu bien.

–No me intimidas, Isabel. Sólo me dejas perplejo y triste y la verdad es que no te entiendo. He debido tocarte en un nervio sensible sin darme cuenta, sin intención, pero no entiendo este repentino revanchismo. Así que, sí, nos veremos en los juzgados si no estás dispuesta a resolverlo de otro modo.

–Eres un perdedor, Gabriel, no lo intentes. Aún te tengo cariño, no estropees más las cosas.

–Hay cariños que matan, ya sabes. Éste tiene toda la pinta de ser uno de ellos.

–Hemos acabado. Adiós.

Apenas se cerró la puerta tras ella, Gabriel aflojó la tensión y empezó a desmoronarse. No podía entenderlo. No acertaba a explicarse nada de lo sucedido en este rato. Se cubrió la cara con las manos y se dejó caer en el sofá en el que apenas unos minutos antes se habían abrazado. Pero, al cabo de unos minutos, su mente se abrió a la luz.

Sucedió poco a poco, lo mismo que el día, de repente, manifiesta su luminosidad al disipar la claridad tentativa del amanecer. La negativa de Isabel no era cuestión de propiedad o de empeño tozudo. Lo que a ella le afectaba realmente, lo que la obligaba a no ceder un ápice en la guarda y custodia pactada entre los dos era algo que él ya habría debido vislumbrar: el miedo a perder el amor de su hijo. Y al comprenderlo, sintió pena por ella. Y también un extraño dolor.

Justo Paleta, sentado en la taza del retrete del cuarto de baño de su domicilio, consideraba su suerte. Era un cuarto convencional, alicatado hasta el techo, de no más de dos metros veinte de altura, con una cortina de ducha de figuras geométricas de colores que colgaba desganada de una barra blanca de plástico, un lavabo de loza barata, un espejo que pendía de la pared como un objeto sin valor y un bidé que alguien había depositado allí sin ningún entusiasmo. Sentado y con los pantalones en los tobillos, aguardaba el momento de la deposición con la mente puesta en un asunto bien distinto.

Todos los personajes de su nueva novela negra habían muerto. Él mismo estaba asombrado de la velocidad con que se había deshecho de todos ellos. Había escrito como poseído por un afán desconocido hasta entonces y ahora se encontraba con que el libro terminaba demasiado pronto. Habría que repasarlo y engordarlo para que tuviera al menos porte de novela, pero no tenía ganas. Se preguntaba también si el lector sería capaz de descubrir al asesino, aunque él había dejado una sutil pero inobjetable pista. Lo que le preocupaba era que quedaba por resolver la importancia del contenido del sobre por cuya posesión había corrido tanta sangre.

—¿A quién pretendo engañar —se dijo de pronto en un arranque de sinceridad— si ni yo mismo lo sé?

Ahí latía el problema. Tenía que remontarse al inicio y meter dentro del sobre un material que justificara toda la escabechina posterior, pero su mente estaba en blanco, yendo del cerebro al ano y del ano al cerebro. Hasta que no decidiese la prioridad no saldría del atasco.

Toda su experiencia de la realidad, la que le había servido para sacar adelante sus anteriores novelas, el peligro constante al que se exponía al vivir peligrosamente de bar en bar por la noche madrileña, poniendo en riesgo su hígado, enfrentado a los más temibles patosos ahítos de alcohol, orinando en garitos inmundos, contemplando bellezas en cuyas carnes lujuriosas no se dejaría perder ni ellas le darían una sola oportunidad aunque estuvieran hasta arriba de coca, deteniéndose a contemplar su magra figura en los tristes escaparates de las tiendas a la luz de las farolas, echando la pota en un alcorque, volviendo a casa de madrugada con el último billete de veinte euros para un taxi... toda esa experiencia le negaba ahora cruelmente la solución a un enigma que ondeaba como un cabo suelto en la arboladura de su imaginación, ocupado como estaba en concentrar toda su capacidad de esfuerzo en hacer de vientre y vaciar de manera satisfactoria el intestino para relajarse y, dedicando la mente a más nobles y no menos urgentes menesteres, proseguir su heroica lucha con el argumento de la obra.

La muerte de Nora le había dolido, pero no había dudado en matarla. Es claro que no había sido él, sino el asesino, pero no hizo nada por evitarla pudiendo hacerlo. Al fin y al cabo, había vuelto a quedarse sin rubia; en su afán de venganza se lo había llevado todo por delante. También se sentía incómodo: según él y otros muchos colegas y analistas, la novela negra tenía una misión que cumplir denunciando las corruptelas de la sociedad contemporánea, pero en esta novela no había denunciado nada, ni siquiera a un proxeneta o a un ejecutivo de tipo medio. Paleta era un fanático de la novela negra clásica que, en su opinión, tan eficientemente había retratado la podredumbre moral y económica de su sociedad, y detestaba la variante moderna del psicópata-tipo, ese asesino sádico que se dedica a destripar y despiezar mujeres porque de pequeño su abuela le obligaba a pasar la noche en la perrera cada vez que se hacía pis en la cama. No, Paleta se consideraba orgullosamente dentro de la línea tradicional y, precisamente por eso, la traición a sus postulados ahondaba en la herida que el contenido del sobre ya le había inferido.

De repente, como si respondiera a un llamado atávico, su rostro se crispó, algunas gotas de sudor cubrieron su frente, apretó los puños con furia, como si un rencor intenso lo recorriera por dentro, y con la precisión de un torpedero ante el blanco fijado, descargó su atribulada alma por el culo acompañada de estampidos y abundante material de desecho. Inmediatamente después, una indecible paz de espíritu le devolvió a su ser.

Bien, ahora tenía que ocuparse de resolver el problema más difícil de su carrera de escritor de novela negra. ¿Qué es lo que podría contener el sobre? Por de pronto, tendría que ser una información muy sucia que comprometiera a la mayor cantidad de gente posible, un asunto de corrupción a lo grande: el vaciamiento de un Banco por el conjunto de sus directivos, una lucha a muerte entre consejeros para hacerse con el poder, un agujero en las cuentas del tamaño del que causa la caída de un aerolito, una provisión ficticia de créditos para crear un fondo de reptiles destinado a tapar o abrir bocas en los medios de comunicación...

Esto último le empezó a interesar. Piscator pertenecía a un medio de comunicación. En seguida empezó a decantarse, sin embargo, por la posibilidad del chantaje. Convertir a Piscator en un chantajista le venía como anillo al dedo porque lo señalaba expresamente y, al mismo tiempo, le daba pie para entrar en el sórdido asunto de la corrupción en los medios de comunicación y quién sabe si con ello no podría conseguir alcanzar a la prensa vendida a los intereses políticos... Sí, la cosa se estaba poniendo caliente. Paleta empezó a pasear de un lado a otro del salón de su apartamento como una máquina de vapor a pleno rendimiento. ¡Bien por él! Quienquiera que fuese el que buscaba su perdición, lo lamentaría. Iba a coger por los huevos al cabrón de Pescador y lo iba a arrastrar por el fango del que nunca debió salir. Iba a buscarlo a su guarida, agarrarlo por el pescuezo y sacarlo de allí

ante todos sus compañeros de redacción para llevarlo hasta la puerta y despacharlo de una patada que le hiciera rodar por el pasillo, iba a sentarlo en una silla atado de pies y manos e introducirle pedacitos afilados de bambú bajo las uñas, iba a despedazarlo, a romperle los morros, a sacudirle un puñetazo en toda la jeta que...

Con un aullido de dolor se cogió la mano tundida contra una de las baldas de la librería y empezó a dar saltos por el salón maldiciendo en un idioma incomprensible. El dolor le devolvió a la realidad. Se sentía tan ridículo y dolorido que no acertaba ni a consolarse. Al final, se dejó caer en el sofá donde tiempo atrás retozaba con la rubia y su solo recuerdo le dolió mucho más que su mano amoratada; y, encima, la había matado en una de las páginas más tristes de su miserable novela.

Antón Patriarca, sentado a la mesa donde solía almorzar los lunes en compañía de Mila, consultó su reloj y suspiró. Tenía delante el plato combinado de costumbre, sin empezar, y lo contemplaba con el mismo interés con que miraría una hoja de papel en blanco. Estaba solo, era tarde y apenas quedaban un par de mesas ocupadas en la zona habilitada como restaurante. ¿Estaría enferma Mila? ¿Habría olvidado el día de hoy, lunes? Por fin, apartó los cubiertos a un lado, apuró su *raff* y se decidió a telefonar. En la casa le comunicaron que la señora había salido a almorzar fuera y no había dejado dicho cuándo volvería. Antón empezó a considerar la posibilidad de un accidente, pero la desechó en seguida porque, en tal caso, ya tendrían aviso del mismo. Ella siempre llevaba su documentación en el bolso.

El día gris y lluvioso no acompañaba. Es posible que le hubiera dado pereza llegar hasta la cafetería de Colón y prefiriera quedarse en algún restaurante cercano a su casa, pues había varios por la zona de Chamartín, donde ella vivía. A Mila le encantaba salir a comer a restaurantes aunque en su casa disponía de servicio más que suficiente para atender a sus necesidades. En cualquier caso, a Antón le rondaba por el cuerpo un desasosiego creciente, acostumbrado como estaba a que en su vida todo lo que pudiera malograrse, se malograra inevitablemente. Esta vez, presumiblemente, los gratos almuerzos de los lunes.

Luego rectificó, picó un par de patatas sin mucho entusiasmo y se concedió la posibilidad de estar dejándose llevar por un estado de ánimo derrotista al que se acogía a menudo. De hecho, había llegado a pensar que esta actitud era, en realidad, una forma de defensa al modo del conjuro que se realiza para alejar los malos presagios. Ya desde pequeño solía imaginar siempre lo peor ante cualquier circunstancia que lo atemorizase, con la idea de que, al haberlo imaginado incluso en detalle, ya no sucedería; era una actitud que buscaba adelantarse al acontecimiento, para que éste, habiendo sido descubierto, retrocediera avergonzado y no se atreviera a suceder. Y, curiosamente, esa actitud permanecía viva en su ley de vida hasta el momento presente, era como un fetiche para él.

¿O acaso los medidos avances que había realizado en su relación con Mila la habían ahuyentado? Lo cierto era que se había hecho ilusiones y que quizá éstas se habían transparentado a ojos de la mujer; lo cual no tenía por qué ser malo, todo lo más, apresurado, salvo que en ningún momento ella hubiera considerado que la amistad se deslizaría hacia el romance. No sería la primera vez que una mujer se alejaba de él por manifiesta incompatibilidad de intenciones, pero le costaba creer que, a la edad de ambos, ella fuera aún más ingenua que él. Por el contrario, el

juego inocente, pícaro y divertido de seducción se había materializado casi desde el primer momento. La gente de su edad ya no estaba para compañerismos de pandilla.

–¿No tiene apetito, caballero?

Antón se sobresaltó al oír la voz del camarero a su lado y acto seguido dejó los cubiertos en el plato.

–Sí, disculpe. Tomaré un poco más, gracias.

El camarero retornó a su quehacer, que consistía en volver a vestir las mesas para la cena, y Antón comprobó que ahora sí estaba solo en aquella parte del local. Del otro lado de la mampara de cristal le llegaba el bullicio de la gente en la barra tomando café antes de reintegrarse a su trabajo o volver a otras ocupaciones. A través de la cristalera veía a los viandantes apresurando el paso bajo la lluvia y el atasco que se estaba formando en la plaza gracias a la adversa climatología.

–Cuanto más llueve –se dijo–, peor se conduce.

Al fin aceptó lo que supo desde el momento en que entró en el local: Mila no iba a venir. Por más vueltas que le daba al asunto, no lograba fijar el momento en el que hizo o dijo lo que la había hecho apartarse tan bruscamente de él. Pero, por otra parte, ésa sólo podía ser una figuración suya porque habría una explicación más sencilla, más acorde con la lógica de sus encuentros. Una vez más, se estaba adelantando a los acontecimientos.

–Tengo una mina de oro, sí señor –pensó Mario Pescador encendiendo el primer puro del día ante los restos del desayuno en la cafetería donde solía hacer un alto cada mañana antes de acercarse a la redacción del periódico. Debió de decirlo en voz alta, a juzgar por la réplica del limpiabotas, sentado a sus pies en una minúscula banqueta, concentrado en lustrarle los zapatos.

–Eso deberíamos tener todos ¿verdad, jefe? –dijo mientras manejaba el cepillo con evidente destreza. Tocó levemente el zapato con la mano, como una señal convenida, y el periodista retiró el pie para montar el otro sobre la caja.

Pescador comparaba su situación con la de unos meses atrás y no podía sentirse más ufano. Después de seguir la pista al escándalo del Banco Castellano de Negocios no podía decir que tuviera en sus manos prueba alguna de la jugada maestra del consorcio formado por la familia Valvanera y Perfecto Alumbre gracias a la traición de Isabel Pérez. Ni siquiera el defenestrado Gonzalo de Laus disponía de prueba alguna sobre la implicación de la que todavía era su esposa. Pero la historia, hábilmente contada y dosificada, era como tener oro en barras en una caja de seguridad, un material apto para ponerlo en manos del periódico en el que, un nuevo salto adelante, había empezado a colaborar como columnista, un regalo de los dioses que ya se había ocupado él de merecerse. Y no sólo eso: además estaba Isabel, la pieza codiciada. Ella tenía que sospechar ahora en qué campo y con qué reglas se jugaba la partida. Y cedería, vaya si cedería.

En realidad, vacilaba respecto a la estrategia a seguir, pero se estaba decantando por la más canalla, que era la que más le excitaba. Primero se ocuparía de Isabel, una tentación demasiado cercana y a tiro como para esperar más tiempo. En su último encuentro con ella, la tarde de la presentación del torneo de golf, llegó a la conclusión de que, efectivamente, se había percatado sin lugar a dudas del juego que el periodista quería entablar, aunque éste todavía no hubiera dejado asomar su objetivo; pero la pieza de convicción que Pescador tenía en sus manos era una amenaza tan peligrosa que sin duda aceptaría neutralizarla a toda costa, cualquiera que fuese el precio, porque ponía su destino en juego. Su situación, a medio camino entre el divorcio de Laus y el matrimonio con Alumbre, era muy, muy delicada. Estaba seguro de que ahora ella habría hecho sus cálculos acerca del coste de silenciar el escándalo, aunque aún no adivinase de qué se trataba. Sin duda pensaba en dinero. La vida da tantas vueltas y desprende tanta información –se dijo Pescador– que uno sólo tiene que saber situarse en la corriente para tender la red y cobrar la presa.

A pesar de su excelente estado de ánimo, de cuando en cuando le asaltaba la

inquietud. A corto plazo la presa era Isabel, pero a medio plazo la operación que se disponía a desplegar afectaba a gente muy poderosa y él estaba solo. A veces se veía como David frente a Goliat, convencido de su éxito, pero consciente de que al menor descuido acabarían con él. Por eso quería empezar primero por Isabel; el precio de su silencio sería la rendición, pero no se conformaba con ello sino que pensaba a lo grande, disfrutando del placer de hacer el mal. Hacer el mal era delicioso y excitante a la vez. Hacer el mal y librarse del castigo: una descarga de adrenalina incomparable. En cierto modo, su adscripción a la prensa rosa estuvo unida a la experiencia de esa sensación, sólo que ahora iba a intentarlo a gran escala: primero, rendir a Isabel Pérez; después, subir la apuesta y traicionarla a ella para apuntar más alto. Esta vez la amenaza llegaría al mismo Banco. Si jugaba bien sus bazas, su fortuna estaba hecha.

Pescador conocía a Isabel desde su matrimonio con Gabriel Cuneo. Siempre había deseado a aquella mujer, pero ella siempre lo había ignorado, hasta el extremo de humillarlo cuando él trató de forzar su reticencia, dejándolo en ridículo ante un par de amigos a quienes había prevenido para que lo emplumasen cuando, fingiendo ceder a sus pretensiones, él diera rienda suelta a su ardor. Gabriel no llegó a conocer este suceso, pero Pescador concibió un odio africano hacia Isabel y juró vengarse. Fue siguiendo el camino hacia arriba de Isabel, que no desdeñó usar la cama para recorrerlo, aunque muy selectivamente, lo cual hacía que Pescador respirase por la herida no cerrada, hasta que, tras la separación de Gabriel, tomó un rumbo firme y recto con el sociólogo, al que siguió el vertiginoso ascenso de éste.

Isabel irradiaba atractivo, lo cual era una permanente frustración para Pescador, y temió que nunca pudiera tener acceso a ella para cumplir su venganza, sobre todo tras convertirse en amante de Perfecto Alumbre, lo que la colocaba definitivamente fuera del alcance del periodista. Pero el vulgar y corrupto noctambulismo de Pescador le ofreció una oportunidad la noche del Copacabana. Una oportunidad que no podía dejar escapar porque nunca se le presentaría otra.

Con el tiempo, Pescador se había ido acostumbrando al mal a pequeña escala y su afición por el sexo hundía sus raíces en esa costumbre. Lo acariciaba y lo alentaba como el narcisismo de un dandy. El mismo vicio había acentuado su fealdad con una mueca que le hacía torcer la cabeza al mirar a quien hablaba con él, un gesto entre melifluo e intimidatorio que levantaba sus ojos hacia su interlocutor traspasándolo con la mirada y seguía alzando la cabeza hasta dejar al descubierto ese labio inferior desarrollado y colgante con el que mantenía el puro en la boca. Entonces lo retiraba con los dedos y empezaba a hablar. El mal había pasado de ser una diversión y se había convertido en una necesidad que cada vez con más frecuencia se veía impelido a alimentar. La insidia, las medias verdades, la pasión por minar una reputación intachable o sacar a la luz una vergüenza privada lo habían convertido en uno de los periodistas más temidos de la prensa rosa. Pero

ahora, tras su paso al periodismo político de nítido perfil amarillo, tenía entre manos una exclusiva que podía situarlo en la cumbre: la verdad sobre el caso del Banco Castellano. Y con ello, precipitar al abismo a una víctima a la que previamente habría envilecido y puesto a sus pies.

Pensó que no hay placer tan exclusivo como el ejercicio de la maldad.

Volvió en sí al detenerse el taxi a la puerta del edificio donde se alojaba el periódico. Pagó generosamente al conductor, lo despidió dándole los buenos días con espíritu de triunfador y se adentró resueltamente en aquel templo de la información.

Bajo su aspecto de hombrecillo cetrino, discreto y común, en el abogado Perea se escondía un verdadero experto en el alma humana. Había sabido enmascararlo con tal habilidad que quien no lo conociera de antemano ni hubiera tenido tratos profesionales con él lo habría tomado por un insignificante y rutinario servidor del derecho. Sólo cuando comenzaba su actuación, una vez sellado el acuerdo de colaboración de que se tratara, era cuando tanto el cliente como la parte contraria empezaban a comprender por qué en los bajos fondos de la profesión lo apodaban «triquiñuelas».

Fiel cumplidor de la vida familiar, al menos en opinión de sus vecinos, solía vérselo en el barrio los domingos por la mañana tomando el aperitivo con su mujer y sus tres hijos, como cualquier otra familia. El resto de la semana desayunaban todos juntos en la cocina y luego cada cual se dirigía a sus quehaceres: los chicos al colegio, la señora a la casa y él a su despacho, donde su eficiente secretaria ya se hallaba tras la mesa, dispuesta para ordenar, archivar, telefonar, mecanografiar, darse un revolcón, llevar la agenda y atender a las visitas. Perea entraba en su despacho todas las mañanas como un gallo, alzando la barbilla y embutido en su clásico traje de rayas, fuera invierno o verano, con las maneras de un conquistador en plaza ganada, y se deleitaba en cumplir con las procacidades que se sentía incapaz de compartir con su esposa legítima. Era su modo más frecuente de empezar la mañana y lo agradecía con miles de detalles para su *partenaire*. Después, comenzaban a trabajar, cada uno en lo suyo, satisfechos y relajados. Perea no sólo no dudaba de la fidelidad de la mujer, tanto física como laboral, sino que en ocasiones le consultaba sobre los asuntos en marcha al más alto nivel.

Y una mañana, cuando el asunto del Banco Castellano era ya historia, la curiosidad por el comportamiento femenino le llevó a compartir con ella el camino recorrido por Isabel Pérez desde que él la conoció por intermedio de Gonzalo de Laus. Porque, en un primer momento, su único trato había consistido en contactar con ella por indicación de De Laus y solamente para intercambiar información por dinero aquella noche en el Copacabana; pero su instinto le advirtió, ya en ese primer momento, que ella tenía más cuerda, astucia y deseo de triunfar que su marido, que era ella quien verdaderamente lo estaba empujando hacia arriba y que picaba mucho más alto. Y ahí no se equivocó. Por eso concibió la jugada que acabaría dando al traste con las ambiciones de De Laus, unas ambiciones que en todo caso lo superaban, y encumbrando esplendorosamente las de la mujer, que, por el contrario, se ajustaban a su deseable figura como un traje hecho a medida. Por otra parte, que él contribuyera a ensanchar la vía de acceso a la ambición de

Isabel, era, sin más, la oportunidad de subirse al carro de la bella triunfadora y, con discreción y paciencia, esperar a su vez la suya.

Pero ahora, habiendo llegado al momento de serenidad que sigue al triunfo, algo le decía que no todo podía salir como debía. No respecto a él, que no corría otro riesgo que el de seguir subiendo en la estima de Perfecto Alumbre, riesgo bien placentero, sino respecto a ella, a Isabel Pérez.

La señora de Perea, una mujer tan redonda y madura por fuera como por dentro, pertenecía a esa clase de personas con una irresistible querencia hacia lo que el vulgo denomina «el sentido común». Ella no era mujer de análisis ni de anfractuosidades mentales: llamaba a las cosas por su nombre porque no concebía que tuvieran otro. Un día, después de la cena, cuando los chicos se habían ido a dormir, la señora de Perea oyó a su marido, en un inusual ataque de locuacidad, hablar largo y tendido de Isabel Pérez. Ella, además de comprender que su marido bebía los vientos por aquella señora, lo que no la inquietaba en absoluto debido a la diferencia de clase existente entre ambos, se limitó a manifestar un sincero pesar por el futuro de Isabel Pérez. Perea, intrigado, preguntó por la causa de tal preocupación y ella comentó:

–Yo creo que le conviene darse prisa en embarazarse.

El comentario le hizo pensar. ¿Acaso Perfecto Alumbre pensaba mantener a Isabel simplemente como querida? Le parecía evidente que ésa no era la meta de Isabel, sino el matrimonio. ¿A quién servir, entonces? Hacia el lado de Isabel tiraba la devolución de un favor, la oportunidad que le ofreció de pasar con ella al bando de Alumbre, y su propio deseo, que empezaba a atormentarlo; pero en contra estaba el hecho de haber cumplido su parte del trato con ella, un trato tácito, mas no por ello menos firme. La fidelidad a Perfecto, en cambio, era tan sencilla que no admitía duda: si Isabel se atascaba en su proyecto de sellar su unión con Alumbre, él no pensaba perjudicar la suya.

Sin embargo, ella era temible; aun derrotada seguiría siendo un enemigo formidable. No le interesaba enemistarse con ninguno de los dos. Por eso concibió una idea diabólica, una de esas soluciones que le habían granjeado justa fama. Tenía que devolver a Isabel el favor que ella le había hecho al integrarlo en el círculo de influencia de Alumbre y no se le ocurría cómo, hasta que una conversación casual con Pescador, estando de copas, le abrió los ojos. Descubrió que el periodista no sólo estaba obsesionado con Isabel sino que además, y ésta era la novedad, se disponía a chantajearla y, aún más, a introducirla en el mundo turbio del sexo en que el periodista estaba enfangado. La conspiración le estremeció, no porque temiera por el futuro de ella sino porque sentía como si se la fuera a arrebatar ese grosero y vulgar periodista. Una vez que pusiera sus sucias manos sobre la mujer, su encanto se desvanecería. No era así como él la quería, de modo que empezó a

darle vueltas a la forma de dinamitar y sepultar de manera rotunda las intenciones de aquel sátiro.

Apenas se tomó dos días para pensarlo y al tercero pidió audiencia a Isabel y la puso al corriente de lo que ella ya intuía. Se presentó como un interesado y melifluo defensor de su honor y privacidad, aunque ninguno se fiaba del otro, pues no en vano habían actuado juntos en la traición de De Laus. A su favor vino a sumarse la indecisión de Isabel, que no se atrevía a denunciar al periodista a las claras ante Alumbre por que éste no pensara que ella era una intrigante de doble faz y ahí estuvo Perea al quite. Ella, en efecto, no debía denunciar a Alumbre el chantaje al que iba a ser sometida porque Alumbre podría empezar a hacerse preguntas sobre la ambición e incluso la capacidad de intriga de Isabel; ahora bien, si era Perea quien dejaba caer en los oídos de Alumbre la angustia de su amante ante una inminente y artera actitud chantajista de Pescador, la pureza de intenciones de Isabel quedaba a salvo. Lo expuso con su mejor gesto de inocencia sabiendo que ella no iba a creer nunca que tal oferta de ayuda se debiera tan sólo al carácter virtuoso de Perea. Y ella, a su vez, interiorizó que en algún momento del futuro tendría que devolver el favor al abogado. Pero no veía otra salida y aceptó.

Por fin, un día de frío intenso, Antón Patriarca comprendió que Mila nunca volvería. Era lunes y estaba en la cafetería de Colón, en la mesa donde ella almorzaba, bebiendo a sorbos lentos y espaciados su *raff* y masticando panchitos con desgana. Los lunes se habían convertido en un pesado lastre para arrancar la semana y él seguía acudiendo al mismo lugar con una constancia animal. Anímicamente sólo sentía inanidad, pero la desolación de la pérdida lo minaba por dentro. Su actitud era la del hombre que se sabe condenado y se despide de la última oportunidad de su vida y de su muerte a plazo.

Había compuesto y ordenado sus ilusiones en torno a una expectativa que no por inesperada era menos deseable; pensó que por una vez la buena fortuna venía a acompañarlo, quizá por respeto a su edad y a sus canas, quizá por pura empatía. Al fin y al cabo se había comportado con toda dignidad en la vida y tenía sentido cerrarla gracias a un golpe de serena templanza sentimental, un dulce acicate para un corazón solitario.

Sin embargo, el día se fue haciendo más y más grande hasta convertirse en un espacio inmenso y desolado, invadido por el frío y cargado de malos presagios. Antón se sintió estúpido pensando que Mila se habría reído de él cuando comprendió lo que buscaba o, quizá peor, se habría apiadado de su poquedad. La probable compasión de Mila le producía vergüenza, como si lo hubiera pillado en una situación ridícula, a él, tan cuidadoso con su imagen. ¿Qué es lo que hacía allí sentado, bajo la mirada subrepticia del camarero que habitualmente los servía y que ahora estaría sin duda haciendo cábalas sobre la brusca y evidente ausencia de Mila? Pero no tenía ganas de levantarse y salir a la calle. ¿Para qué? Nadie lo esperaba, su casa se le antojaba una escurridura de su propia vida, y ante la sola idea de hablar con un amigo, le pesaba la lengua.

Había cometido el único error que no podía permitirse en su condición: hacerse ilusiones. Su forma de vida habitual, su soledad, su lento suicidio alcohólico... toda una manera de transcurrir por el mundo la había puesto en juego por una ilusión y había perdido. La herida se había abierto y por ella sangraba una historia personal convenientemente encerrada en el olvido.

Nadie escapa a su destino. El suyo comenzó en un hogar abatido por la Guerra Civil, unos padres sumidos en el terror a la autoridad y, por extensión, a todo lo que fuera hacerse notar, hacerse ver, destacar de una manera o de otra; una terrible pareja de escondidos que le envenenaron el alma con su miedo y su silencio y que, tras la temprana muerte de su hermana pequeña, arrancada de su vida por unas fiebres tifoideas, le dejaron en el mayor desamparo emocional. El camino recorrido

consigo mismo fue un continuo amoldarse a las exigencias de la católica mediocridad de la posguerra que sólo aprendió a combatir en las salas de cine y en las novelas. El colegio le aportó menos conocimientos que buen comportamiento y sólo en la universidad empezó a desprenderse de su coraza y a estrechar amistades. Allí aprendió a superar una parte de sus miedos a cuenta del compromiso político antifranquista, pero una vez fuera de la universidad el compromiso se relajó en favor de unas oposiciones al cuerpo de la Administración Civil del Estado que lo devolvieron al aislamiento y a la soledad. Sólo la amistad de Gabriel Cuneo, basada en la cinefilia, y la de algún antiguo compañero de curso lo defendieron de una inmersión fatal en el mundo de la burocracia.

Pidió un segundo *raff* y se trasladó de mesa porque, definitivamente, no iba a almorzar. Tampoco tenía ganas de volver a casa. Le habría gustado charlar con Gabriel, pero lo había encontrado raro, nervioso, muy preocupado por la custodia de su hijo, y prefirió no molestarlo con su desesperanza; otras veces, ante cualquier dilema de uno de los dos, se habían pasado las noches en blanco, charlando, fumando, bebiendo y escuchando jazz. Ya tenía muchos años encima y la nostalgia se convertía en la sombra de algo cada vez más irreal, nunca volverían a ser jóvenes. En ocasiones, cada vez menos, habían vuelto a repetir aquellas noches interminables acompañados por Dizzy Gillespie, por Johnny Hodges, por Pepper Adams, en fin, toda esa patrulla de la madrugada, y en ellas se había visto a sí mismo envejecido y tratando de aferrar un mundo que se le escapaba de las manos, unas ilusiones posadas en el suelo que pisaban, como lo hacían las hojas secas de los plátanos y castaños del Retiro que cubrían las veredas y caminos en el melancólico otoño de Madrid.

Se veía a sí mismo como una figura patética, raída incluso; raídas sus esperanzas y raída la ropa misma, que había empezado a descuidar por aburrimiento. Sin embargo, desde que comenzó a verse regularmente los lunes con Mila había vuelto a cuidar su ropa, si no nueva, al menos cuidada y bien combinada por aquello de que «el que tuvo retuvo». Mila había vuelto a despertar en él una coquetería que, aunque por poco tiempo, practicara en sus mejores momentos, antes de que el Ministerio y la soledad inundaran el monótono cauce de su día a día. Se equivocó, a pesar de su experiencia, a pesar de las advertencias de Gabriel de que no dejase ver sus ilusionadas e inocentes intenciones; también porque quiso soñar sabiendo que los sueños, como los dioses, nunca le habían sido favorables.

Había tomado asiento en una mesa de la zona de cafetería propiamente dicha, junto a una ventana que daba a la plaza, desde donde veía pasar a la gente, aterida y apresurada; veía también caer el frío sobre la ciudad como una lámina helada, transparente. Cristóbal Colón, encaramado en su alto pedestal a un lado de la plaza, una localización que le hacía de menos, señalaba impertérrito con el dedo el

camino a las Indias, y Antón sintió pena por él, aquella proeza asombrosa reducida a un mal emplazamiento en la plaza más fea de Madrid.

No, Mila no volvería jamás y si lo hiciera algún día muy, muy lejano, a él le daría vergüenza saludarla y se escondería de ella. *Et maintenant –tarareó entre dientes– que vais-je faire;/ de tout ce temps/ que sera ma vie;/ de tous ces gens/ qui m'indifferent...* Otra vez la nostalgia, las viejas canciones, la dulce compasión del tiempo pasado que hiere al recordar como hieren las caricias ausentes que antaño nos hicieron soñar. En el mundo de la realidad, Mila tenía otras cosas que hacer y otra vida que compartir; otra gente, otros ámbitos, donde nunca ganó un espacio para él; y la pérdida, una evidencia fatal, le roía el corazón.

Gabriel miraba absorto a Martín mientras éste daba buena cuenta de un plato de tortitas con nata. Observaba al chico enfrascado en su deleite y de repente, Martín, sintiendo la mirada especial del padre, levantó los ojos en plena masticación y sonrió satisfecho. Los ojos del chico revelaban una gratitud genuina y cómplice, y Gabriel se preguntó cuándo empezaría la transformación en adolescente o si había empezado ya. Él sabía ya, por las conversaciones mantenidas con otros padres y madres, que los niños son secretos y había comenzado a experimentarlo. Ese mundo secreto era una parte importante de la construcción de su personalidad al que su padre, el encargado de educarlo junto con su madre, no tenía acceso. Iba a comenzar ese tiempo de formación que convierte el amor paterno en un paulatino, angustiado e inevitable alejamiento que haría del chico un ser independiente y, era de esperar, responsable de sí mismo. Y justo en ese período, Gabriel se convertiría a su vez en la persona menos influyente y más desafiada.

Gabriel recordaba su adolescencia como una época de impotencia porque disponía de la capacidad mental y física de tener una vida propia y la incapacidad de disfrutarla por no disponer de medios. Lo vivió como algo injusto: ¿cómo es que la naturaleza me da una fuerza que mis padres, y la sociedad en general, coartan sin contemplaciones? Sus convicciones sobre lo justo y lo injusto habían variado considerablemente con el paso del tiempo, pero la ingenua pureza de aquella rebeldía seguía manteniendo un rescoldo en el fondo de su conciencia: el que le permitía no olvidar. También él había matado al padre, también Martín se reconciliaría con él como él hizo con su padre, pero ahora, observando a su hijo dar buena cuenta del plato de tortitas, sentía que estaba apurando los últimos momentos de una forma de amor que nunca más volvería a repetirse.

La tarde anterior había recibido la visita del abogado Perea. Después de su último encuentro con Isabel, ella le telefoneó para decirle que Perea se pondría en contacto con él como hombre de confianza suyo y abogado en el asunto de la custodia de Martín, si es que persistía en ello. Gabriel, dispuesto a coger el toro por los cuernos, decidió seguir adelante.

–Ante todo –explicó Perea al comienzo de la conversación– no quiero que usted me vea como un enemigo sino como un intermediario entre sus pretensiones y las de mi cliente. Yo sé que esto le resultará difícil de aceptar y lo entiendo, pero mi cliente ha insistido mucho en que las negociaciones se lleven a cabo de manera relajada y positiva.

–No hay problema por mi parte –observó Gabriel– aunque no sé cómo puede hacerse para evitar aristas. Lo que yo quiero es dar la vuelta a la situación: que el

chico pase a vivir en mi domicilio y que fijemos los encuentros con la madre, con los que estoy dispuesto a ser generoso; en primer lugar, porque se trata de su madre y, después, porque yo he vivido la situación a la inversa y puedo entender sus necesidades.

–Efectivamente, veo que usted quiere dar la vuelta a la situación, pero ahí tenemos el primer escollo. Es mi cliente la que está dispuesta a ser más generosa que hasta ahora, pero siempre y cuando se mantenga lo esencial del acuerdo del juez que decidió el divorcio, es decir, que la madre es quien tiene la guarda y custodia del hijo.

–Mi problema es que no puedo acceder a ello. Yo considero que el hogar que Isabel ofrece a nuestro hijo no es el más apropiado. Le resumo a usted: vive con un hermanastro habido de un posterior matrimonio y tiene una relación sentimental con un tercero, una relación inestable, a mi modo de ver, que no aporta nada a mi hijo, en un ambiente descoyuntado y sin ingresos propios. Yo no pretendo arrebatárselo a ella a su hijo, pretendo sólo que éste viva en un hogar de vida regular.

–Su hijo, señor Cuneo, está perfectamente atendido.

–Por un personal de servicio, señor Perea, no por su madre.

–Usted no tiene constancia de ello. Es pura elucubración. La educación que da doña Isabel Pérez a su hijo me parece encomiable y sólo busca lo mejor para él.

–Mire, señor Perea, déjese usted de pamplinas. Esas emotivas declaraciones debe hacerlas usted ante el juez en defensa de sus intereses, pero a mí no me venga con cuentos de buena voluntad porque no hay ninguna. ¿Está ella dispuesta a ceder o, al menos, compartir la custodia? Eso es lo único que podemos discutir.

–Ahora es usted el que se cierra en banda, señor Cuneo.

–Un hijo no puede criarse esperando que vayan a echarle un vistazo de vez en cuando. La educación exige dedicación.

–¿Y usted dispone de tiempo y de medios?

–De ambas cosas.

–¿Más que mi cliente?

–Su cliente no trabaja, si es a eso a lo que se refiere, y yo sí. Pero ella nunca está en casa, lo contrario que yo, que trabajo aquí.

–De nuevo opera usted sobre suposiciones.

–Bien, señor Perea. ¿Tiene usted algo que ofrecerme o lo dejamos y nos vemos en los tribunales?

–Yo supongo que está usted bien asesorado, pero mi opinión, y disculpe que se la ofrezca sin habérmela pedido, es que usted no puede ganar en este litigio y en cambio tiene mucho que perder, y no sólo en los tribunales.

–No me estará amenazando usted.

–Por supuesto que no; era, como le decía, una simple opinión. Piense, por ejemplo, en el trago que va a hacer pasar a su hijo, cogido entre dos fuegos por un

cariño mal entendido. Él no va a comprender las disquisiciones con las que usted se arma; para él es un enfrentamiento entre su padre y su madre, algo muy difícil de asimilar –Perea hizo una pausa–. Yo tengo hijos, señor Cuneo, y sé muy bien lo que sienten porque me ocupo de ellos. Las separaciones de los padres son malas, aunque a veces no hay otro recurso, pero la lucha frontal puede llegar a desquiciarlos. Mire, yo creo que mi cliente estaría dispuesta a ceder un poco en lo que se refiere a sus horas de permanencia con el chico y eso es lo que deberíamos tratar entre nosotros.

–Usted no comprende. De lo que se trata, hablando pronto y claro, es de que la vida de mi hijo bajo la tutela de Isabel y el señor Alumbre es un verdadero disparate. Al señor Alumbre le importa un pito mi hijo y no se ocupará de él más que para pagar aquello que Isabel considere conveniente. Pero el dinero no educa, señor Perea, el dinero maleduca. Lo que dé de sí la relación entre mi ex esposa y el señor Alumbre es incierto y yo no voy a dejar a mi hijo en medio de esa incertidumbre. Y en todo caso –prosiguió en tono de advertencia–, incluso si el señor Alumbre, cosa que dudo, se acaba casando con Isabel, no será precisamente para ofrecerse como padrastro de Martín, sino para vivir con ella la vida que quiere vivir y que está bien lejos de un hogar convencional.

–Ya veo que es usted guionista de televisión. Tiene completamente desarrollado el argumento de la historia –dijo Perea con un último deje de sorna–. Lo que ocurre es que de la ficción a la realidad hay un largo trecho o, como gustan de decir los novelistas, que son muy lapidarios: la ficción no tiene nada que ver con la realidad.

–Piense lo que quiera.

–De modo que ¿ésta es su respuesta definitiva?

–Definitiva.

–Mi cliente ya me advirtió que usted sería duro de pelar, pero incluso aunque lleguemos a los tribunales, quiero decirle que yo siempre estaré dispuesto a cerrar un trato que conforme a ambas partes.

–Señor Perea: usted ha recibido instrucciones de ver si hay alguna fisura en mi actitud. Puede transmitirle a su cliente que no hay ninguna.

–Esto –dijo Perea como si hablase consigo mismo– no le va a gustar al señor Alumbre.

–¡Acabáramos! –exclamó Gabriel–. Por fin asoma la oreja del verdadero financiador de todo este enredo.

–Yo creo –Perea habló tranquilo, sin acritud– que no le conviene a usted enfrentarse a fuerzas que son mucho más poderosas.

–Se lo pregunto otra vez: ¿es una amenaza?

–No, por Dios. Sólo es una advertencia hecha con la mejor voluntad. No voy a decirle que estoy de su lado porque eso sería faltar a la verdad, pero créame cuando

le digo que de ciertas actitudes que, en el momento en que se expresan nos parecen muy satisfactorias, el tiempo se encarga de mostrarnos su envés; y cuando eso sucede, ya no suele haber sitio para mucho más que las lamentaciones indeseadas.

—Tomo nota.

Pero después de que el abogado Perea hubo abandonado la casa, un fantasma empezó a rondar por la cabeza de Gabriel. Había comentado, en mitad de la conversación, la idea de que Perfecto Alumbre no se casaría con Isabel. Lo soltó sin reflexión, como parte de su fastidio por el desagrado que sentía. Sin embargo, en su memoria apareció nítido el tonillo de la respuesta a su comentario y, sobre todo, la bellaca sonrisa con que Perea acogió aquel exabrupto.

VIII

Los personajes se despiden

Mario Pescador saludó con alegre desenvoltura a la telefonista que encadenaba una llamada tras otra sentada tras el mostrador de la recepción, cogió al paso un ejemplar de la edición del día del periódico, atravesó el arco de seguridad y se dirigió a los ascensores.

Finalmente, había tomado la decisión de deshacerse de sus colaboraciones en la prensa rosa y cerrar esa etapa, en la que, pese a la justa fama de levantaescándalos que se había forjado con gran éxito de público, ya no se encontraba a gusto. Al fin y al cabo, era una prensa menor, donde creía haber dado de sí todo lo que podía dar y aspiraba a más; el mundo de la política, que él sabría tratar con la misma intensidad, tenía otra dimensión: era otra clase, un nivel muy superior de periodismo, donde el chisme se convertía en investigación y la malicia en análisis sin dejar de ser ambas cosas. En síntesis, se trataba de atar a los mismos perros con distintos collares, pero en los collares estaba la diferencia. Y también ofrecía una posición social mucho más selecta. Su paso de huelebraguetas (como se llamaba comúnmente a los periodistas del corazón) a comentarista de la actualidad política era un salto cualitativo de primer orden. Por lo demás, si antes había adulado o hecho temblar al mundo de la farándula, ahora se disponía a lograr semejantes resultados en el mundo del poder; con la diferencia de que éste retribuía mucho mejor a sus favoritos, y no sólo en metálico.

Al llegar a la planta de redacción y salir del ascensor, se encontró de improviso con el abogado Perea, que, sin saludarle como en otras ocasiones, se limitó a esbozar una sonrisa leve y una mirada un tanto meliflua que no le gustó, pero que tampoco tuvo tiempo de valorar porque el abogado entró en el mismo ascensor que él acababa de abandonar y desapareció de su vista. ¿Qué habría ido a vender aquel sinvergüenza –pensó– a la redacción del periódico? ¿Acaso alguna noticia de la que él debería estar informado? La inquietud no lo abandonó mientras avanzaba entre las mesas, saludando mecánicamente bajo el efecto de su aprensión, hasta que vio al jefe de redacción al fondo de la sala haciéndole señas para que se acercara a su despacho.

El Mario Pescador que salió de allí veinte minutos después, veinte minutos en los que desde las mesas más cercanas pudieron oírse palabras gruesas a través de la puerta cerrada, no era el mismo que entró. Pálido, desencajado, derrotado, avanzó como un boxeador sonado por el pasillo central de la redacción, exponiendo su desdicha a los ojos que lo miraban, unos sin una pizca de compasión, otros quizá atribulados, y se dirigió a los ascensores. Se plantó ante ellos, con los hombros caídos y el mundo girando vertiginosamente dentro de su cabeza, y esperó; tenía

todo el tiempo del mundo para esperar a que alguno abriera sus fauces y lo engullera para descender lentamente con él hasta las profundidades del infierno. Cuando llegó a la planta de calle, salió al exterior y con paso incierto se dirigió a una cafetería cercana donde pidió un whisky seco.

A su vez, el abogado Perea se acomodó confortablemente en el taxi que lo aguardaba a la puerta y, después de dar la dirección al conductor, tomó su móvil, seleccionó un contacto y aguardó con toda calma. Cuando le contestaron del otro lado, cambió unas palabras de solicitud, esperó de nuevo y, al escuchar la voz requerida, se incorporó en su asiento y habló brevemente antes de cerrar el aparato.

—... exactamente como usted deseaba, señor Alumbre. Mañana me ocuparé de hacerle saber que este incidente no es más que un avance de lo que realmente puede llegar a sucederle —fueron sus últimas palabras.

Justo Paleta recogió el paquete de cigarrillos y el mechero y los repartió por los bolsillos de la chaqueta. Después comprobó el dinero de la cartera y la guardó en el bolsillo interior. Buscó las llaves del piso, que estaban en alguna parte, y se quedó en mitad del escueto salón, contemplando su única propiedad con una cierta ternura. Aquel era su refugio, su intimidad y el lugar donde caerse muerto. Se apreciaba un cierto desorden producto de la dejadez, no del carácter. Allí, sobre la mesa de comedor que nunca usaba como tal, reposaba su ordenador. Siempre almorzaba en la cocina y cenaba frente al televisor, por lo general sándwiches, y se estaba poniendo gordo. No encontraba una sola razón para sacudirse el desánimo, ni siquiera la novela recién terminada, pero la tendencia a engordar le irritaba. Con un suspiro, se encogió de hombros, fue a la puerta, cogió su gabardina, apagó la luz y salió al rellano de la escalera. En la puerta de enfrente vio colgado un ramo de Navidad. Estaba en Navidad y ni siquiera nevaba. El mundo estaba en su contra.

Aunque no sabía adónde dirigirse, pronto encaminó sus pasos hacia el Simon's. Hacía frío en la calle y se lamentó de no haber cogido el abrigo. Se preguntó cómo se las arreglaba Robert Mitchum para ir siempre con una gabardina como la suya sin que el frío le afectase. Se había comprado una gabardina de las llamadas trincheras en su único viaje a Londres, varios años atrás; una prenda llena de solapas y con cinturón, a lo guerra del 14-18, porque le parecía el único atuendo propio de un autor de novela negra. Pero el frío madrileño se ensañaba con él. Un invierno especialmente crudo decidió adquirir un abrigo; le llevó tanto tiempo elegirlo que entró la primavera antes de que pudiera cerrar la compra y no lo encontró. La dificultad estribaba en localizar un abrigo adecuado para un detective. «Hoy era el día indicado para utilizarlo», pensó medio tiritando.

El ambiente navideño le ponía enfermo, como a todos los solitarios. En esos días sólo podía encontrar compañía entre solitarios como él, deprimidos y asqueados, o en amigos con familia que celebraban estos días alborozados, un alborozo que, en su máxima expresión –la Nochebuena, el día de Navidad– lo excluía de manera contundente de toda celebración. La felicidad de las familias le ponía enfermo.

Muchos de los viandantes con los que se cruzaba iban cargados con paquetes, regalos evidentemente. Otros se apresuraban a volver a casa, tan sólo por el placer de disfrutar del hogar: eso lo veía en sus rostros. Y cuando encontraba una cara como la suya, sentía vivos deseos de darle un abrazo y desearle feliz Navidad, lo cual era un contrasentido tan grande que apretaba el paso reprochándose su debilidad. En fin, había terminado con *Ciega violencia* y quería celebrarlo a toda costa. Una celebración que mereciera la pena. Después de las Navidades, porque

durante no tenía espíritu, se sentaría a desarrollarla más cuidadosamente antes de enviarla a su editor. «No hay mal que por bien no venga», pensaba desconsolado. Aunque la literatura negra fuese su vida, cambiarla por una rubia le parecía un precio excesivo, pero así había ocurrido. Tendría que haber buscado a Pescador desde el primer día, darle una buena paliza y... dudó entre llevarse violentamente a la chica o arrojarle a sus pies a Pescador hecho un despojo y alejarse hasta perderse en las sombras de la noche. Tendría que haberlo hecho, sí, de haber tenido otra complexión física.

Iba tan abstraído en sus pensamientos que pasó de largo ante el Simon's y hubo de retroceder un par de manzanas. Se instaló en la barra, en uno de los taburetes, y apoyó los codos en ella, escondiendo la cara entre las manos. El camarero acudió puntualmente con un *gimlet* y un cuenco de patatas fritas. Justo Paleta abrió los ojos.

–¿Qué es esto? –preguntó perplejo.

–Patatas –respondió el camarero.

–¿Patatas por Navidad?

El camarero se encogió de hombros, se echó la servilleta blanca al hombro y desapareció de su vista. Justo rodeó el *gimlet* con ambas manos, como si quisiera acariciarlo.

Entonces sintió una presencia a su lado y levantó la vista. Allí estaba la rubia, detrás de unas gafas oscuras, expectante y desvalida. Justo la miró con una mezcla de dureza y advertencia y, lentamente, le retiró las gafas de la cara. Tenía un ojo a la funerala.

–Eso te pasa –dijo con voz ronca– por largarte con un tipejo inmundo como ese periodista de pacotilla.

La rubia pestañeó, mimosa y arrepentida, con dulce inocencia, y Justo Paleta la tomó entre sus brazos de un solo impulso y ambos se besaron apasionadamente hasta que el *gimlet* rodó por la barra y el camarero, que había metido una moneda en la vieja gramola del bar nada más ver aparecer a la rubia, preparaba otros dos mientras el local se llenaba con la voz de Julie London cantando *Fly me to the moon*.

El abogado Perea avanzaba por entre los cientos de empleados de las varias empresas de Perfecto Alumbre apiñados en el recinto donde se ofrecía la tradicional copa de Navidad. El *holding* tenía por costumbre juntar a todos bajo la enseña del buque insignia del magnate y este año en particular había contratado un *catering* espectacular con un gran despliegue de camareros y bandejas surtidas de canapés de primera calidad. Había instaladas dos barras de bebidas en dos esquinas y en las otras dos, unos maestros cortadores se enfrentaban sin desmayo a unos suntuosos perniles de jamón de Guijuelo.

El momento cumbre sería aquel en que Perfecto Alumbre, al frente de sus directivos, con los que se encontraba reunido en la planta noble del edificio, hiciera su aparición en el gran salón en que se celebraba el festejo. Todo el mundo charlaba animadamente haciendo corros y Perea paseaba entre ellos buscando alguna cara conocida, pues su incorporación a la órbita empresarial del magnate era todavía reciente. Por un momento relacionó las palabras magnate y mangante y rió por lo bajo la ocurrencia.

Notó que desde un grupo de señoras apartado del resto de la gente lo miraban. El grupo le había llamado la atención porque parecía disponer de un trato especial por parte del servicio de camareros, pero no había singularizado a nadie dentro de él. Ahora, sin embargo, al sentir una mirada procedente del grupo posada en él, se interesó. Así pudo descubrir entre las señoras a Isabel Pérez y de inmediato entendió que allí se concentraban las parejas de los hombres importantes. Con una sonrisa y una ligera inclinación de cabeza, respondió al saludo de Isabel y se aproximó al grupo. Isabel salió a su encuentro, le presentó a varias señoras cuyos nombres se mezclaron en su memoria, charló brevemente con ellas y continuó su ronda.

Lejos otra vez, y escondido entre la multitud, se dedicó a observar a Isabel. Posiblemente sería, de todas las mujeres del grupo, la única en situación irregular, pero se comportaba como señora de Alumbre con admirable naturalidad. La libido de Perea subió unos grados dentro de su cuerpo. Ella no sólo era elegante sino que emitía un atractivo que tenía algo de magnético a juzgar por las disimuladas, pero incontenibles, miradas de curiosidad y aprecio que le dirigían muchos de los asistentes masculinos al acto. En otros momentos, Perea había alimentado la idea de tener una aventura con ella, quizá porque, al ser cómplices de traición, creía percibir un reconocimiento común de clase e incluso una cierta disposición a aceptar un hipotético encuentro como un saldo a liquidar en la cuenta de su escalada social. Sin embargo, la prudencia le aconsejó que si ella le había dado pie

con Perfecto Alumbre, mejor convendría tomarlo como pago de su hipotética deuda de complicidad. El abogado Perea era un extraordinario maquinador, pero su hábitat natural eran las sombras. Nunca se expondría así como así, salvo en situación desesperada o que requiriese la inevitable decisión de situarse al frente en el campo de batalla. Por esa razón decidió abandonar la idea, por más que ésta no lo abandonara a él. En cierto modo, la idea de rendir a la dama le producía un gozo extraordinario y perverso y también un excitante anhelo de autoestima cada vez que soñaba con ello; pero hoy por hoy las ganancias eran mayores si se mantenía al margen. Ella, diosa inalcanzable e indestronable, le trataba con deferencia, lo cual le halagaba ante los demás y reforzaba su posición; aun así, en los escasos encuentros entre ambos, casi siempre con gente alrededor, las miradas hablaban; él sabía que ella aceptaba que él supiera e incluso que la deseara, porque era algo que debía de sucederle muy a menudo y estaba acostumbrada a aceptarlo sin perder un ápice de su encanto distante; ella leía en los ojos del abogado su concupiscencia y, sin duda, no se dejaría atrapar. En esta situación de espera táctica, ella tenía todas las de ganar.

Pero el abogado Perea era un verdadero experto en el alma humana y había captado algo que guardaba en el fondo de su mente: apostaría doble contra sencillo a que Perfecto Alumbre nunca se casaría con Isabel Pérez.

–Pues sí, este año toca con mi hija la Nochebuena, así que me voy a Salamanca. Lo único malo es cuando nieva, que ya me ha ocurrido alguna vez; menos mal que Argantonio, el chófer, es un hacha. Desde que mi Perfe y yo nos divorciamos no hemos vuelto a juntarnos todos. Con mi hijo el mayor la paso un año sí y otro no. El año de sí, cena de Nochebuena; el año de no, comida de Navidad. Como la prepara mi nuera, yo me llevo a Argantonio a Salamanca y nos volvemos el día de Navidad por la mañana que, hija, es un gusto porque no hay nadie en la carretera. Y no veas lo que me ha costado conseguir el reparto porque, claro, las mujeres tiran más para su familia y los hombres, para eso, son unos mandados; he tenido que bregar de lo lindo, pero lo hemos arreglado como tenía que ser. En cambio, con mi nuera, al revés, ella es la que tira para la familia. Claro, con el divorcio parece como que nuestra familia es menos familia en estas fechas y los otros, el yerno y, sobre todo, la nuera, se aprovechan. Ahora que buena soy yo como para dejarme quitar el sitio. Y... ¿Que qué les voy a poner? Pues hija: lo de siempre, lombarda y besugo para la cena y langostinos y cordero asado con patatas panadera para la comida. A mí eso del pavo no me va porque no sabe a nada y además hay que echarle muchas horas de horno para que salga tierno. Unos años le dio a Perfe por traer cosas raras, que si caviar, que si pularda rellena, que si yo qué sé. No es que no me guste probar cosas nuevas, pero si aquí tenemos en Guijuelo mismo un jamón ibérico de chuparse los dedos... porque, si me apuras, yo prefiero unas migas de pastor con huevos fritos y chorizo, que no es que sean muy recomendables para guardar la línea, pero un día es un día. En cambio la langosta a mí no me sabe a nada. Otra cosa es una centolla gallega o unos percebes, que no te digo yo que no aunque ya sabes que soy de tierra adentro; pero, en fin, que hay mucha cursilería suelta. Este otoño conocí, así de casualidad, a un hombre ya talludo, pero todavía de buen ver, que nos veíamos todos los lunes en una cafetería a la que solía ir yo a comer porque sirven muy bien y está muy arreglado de precio. Ya no voy, porque me dio la espina de que el hombre quería pasar a mayores y una ya no está para fiarse de nadie. El caso es que era agradable; un poco mustio, pero agradable; y, a la larga, aburrido. Yo, la verdad, es que me hice a mi Perfe y no me encuentro con otro. Ya sé que nunca hay que decir de esta agua no beberé, tú me entiendes, pero por ahora... no sé, se me hace raro. ¿Te imaginas que un día aparezca en la cena de Nochebuena con un maromo? No quiero ni pensar en lo que dirían mis hijos. Que lo dicen, porque a ninguno de los dos les cae bien la querida que se ha echado mi marido. Yo, desde luego, no aguantaría lo de ir por ahí de querida de alguien, eso ni se menciona. A ella no le importa, por lo visto,

aunque ya veremos en qué acaba todo, que yo me conozco el percal. Eso sí, yo, tan tranquila; que se desfogue y se convierta en un elegante, que eso le encanta y la otra bien que se lo jalea. Yo te digo la verdad: hay que saber lo que uno es y disfrutarlo, que todo se puede disfrutar sin tener que ocuparse de lo que hacen los demás; porque te lo digo a las claras, ya sabes cómo soy yo, aunque parezca que hablo mal de él; en fin, que, como dice el refrán: aunque la mona se vista de seda, mona se queda. El caso es que en estas fechas no se ve con sus hijos o se ve aparte; los invita a comer a algún restaurante de postín, y a correr. Creo que este año se va, con otras parejas de esa gente empingorotada que trata ahora, a Grecia o por ahí por el Mediterráneo. A mí ya sabes que me gusta viajar, pero la Navidad es la Navidad. La Navidad, en casa, como Dios manda; que queda todo el año para andar haciendo viajes. Y esto me recuerda que tú y yo nos vamos a Nueva York como dos señoras, que eso sí que me apetece. Me han dicho que allí todo el mundo habla español, además, o sea, que vamos a estar más a gusto que nada.

Isabel miró a Perfecto, que estaba charlando animadamente con un conocido empresario, al que se había encontrado en la sala vip del aeropuerto de Barajas, mientras el camarero les preparaba una copa. Miró a Perfecto e, inopinadamente, se encontró preguntándose por el futuro. El divorcio de Gonzalo, que aún coleaba, estaba en su última fase una vez que la cordura se impuso, aunque le iba a costar llevar la peor parte en lo que se refería a la custodia de Gonzalito. Por su parte, Gabriel estaba dispuesto a conseguir a toda costa revertir la situación, es decir, llevarse a vivir con él a Martín y pactar las salidas de éste con su madre, generosamente. Su matrimonio con Perfecto Alumbre ofrecería sin duda una garantía de estabilidad muy importante para conservar a Martín a su lado, porque Gabriel estaba dispuesto a jugar a fondo la baza de la madre casquivana, lo cual la irritaba sobremanera. Por otra parte, si el juez revocara la guarda y custodia, el plan de tener que ver a su hijo sólo los fines de semana la atormentaba, porque esos eran días en que la exigencia de atención de Perfecto se multiplicaba.

Miró a Perfecto y se preguntó qué significaba Martín para él. Perfecto había aceptado que, en su momento, contaría con la presencia permanente de Martín en la casa, pero era la misma clase de acepción con que recibía la llegada de un escritorio fernandino para decorar una pared vacía. Martín tendría todas las ventajas de una alta posición con excelentes relaciones y una formación envidiable y ella no podía dejar que perdiera esa oportunidad; por otra parte, quizá fuera estimulante para Perfecto tener de nuevo a un chico en casa, un chico en quien poner orgullo y expectativas, ahora que sus hijos ya habían volado del nido. Sin embargo, una indefinible sensación de eventualidad horadaba su cuerpo como si albergase termitas en el reflejo de su ser. No había razón; no había razón a la vista y eso era, precisamente, lo que más la desazonaba.

Iban a pasar la semana de Navidad en Grecia y Perfecto estaba entusiasmado. Le había encargado a Isabel que se documentara a fondo porque deseaba disfrutar de la presencia del Mundo Antiguo tanto como pensaba hacerlo de los placeres asociados al cuerpo. Ella entendió en seguida la mezcolanza hedonista que él esperaba encontrar y se prometió a sí misma que la convertiría en una semana inolvidable, pero se sentía utilizada. No era una novedad: Perfecto no paraba en detalles sino que cogía lo que le apetecía y ella era una fuente de placer y confianza invaluable, lo cual consentía y disfrutaba a su vez porque le procuraba confort, sosiego y seguridad. Era una compensación bien trabada a la que cabía añadir el gusto común por el lujo y una relación satisfactoria en el plano físico. ¿Por qué,

entonces, habían empezado a surgir estas sombras de incertidumbre cuando su relación era toda luz?

Miró dentro de sí misma y no halló señal alguna del malestar que la acompañaba. ¿Acaso estaría fuera de ella? El empeño de Gabriel en revertir la situación con Martín le había dejado un mal cuerpo del que no conseguía desprenderse. Anteriormente había expresado su intención en varias ocasiones, pero nunca se había concretado. Ahora, en cambio, se sentía cogida entre dos fuegos: no estaba dispuesta a ceder a sus pretensiones, pero tampoco quería utilizar a Perfecto para que lo echase a los perros porque, al fin y al cabo, Gabriel era el padre de su hijo y Martín lo quería, tanto como ella quería a Martín. Pero ceder a Martín significaba perder un hilo vital de su existencia, el único que la acompañaría hasta su muerte. Quizá también era esta idea la que la obligaba a pensar en el futuro por primera vez en muchos años, un futuro que había creído a salvo de toda preocupación.

Tuvo que reconocerse que no sentía tanta ansiedad por Gonzalito como por Martín. Reconocerlo la asombró y, sobre todo, la asombró la naturalidad con que lo admitía, quizá porque siempre había sido así aunque hasta ahora no hubiera necesitado salir a la luz de una manera tan nítida y consciente. Pero había algo más que también empezaba a esclarecerse: la diferencia entre su relación con Gabriel y su relación con Gonzalo. Martín era un hijo muy deseado que llegaba tras una larga convivencia amorosa en tanto que Gonzalito era fruto, sobre todo, de la exigencia de Gonzalo. Ambos eran sus hijos, ambos carne de su carne y sangre de su sangre, a ambos los amaba como madre sin vacilación ni reserva, pero en su vida personal no significaban lo mismo. O quizá prefería creerlo así puesto que el divorcio de Gonzalo pasaba por la exigencia ineludible de éste con respecto al chico, lo que sin embargo no dejaba de causarle un pesado cargo de conciencia, porque también se convertía en el peaje debido para proseguir libremente su vida con Perfecto. Ella se ocuparía de pactar un régimen satisfactorio con Gonzalo, pero se resistía a hacer lo mismo con Gabriel. ¿Por qué?

Mientras estos pensamientos ocupaban su mente, miró a Perfecto metido en una conversación jovial y amistosa con el empresario y se sintió sola. Fue un contraste que le hizo perder pie allí donde se sentía más segura. Ese contraste entre jovialidad y soledad le pareció funesto y la mirada sobre su amante le enviaba sensaciones ambiguas, marcando una distancia que le produjo vértigo. No estaba dispuesta a permitírselo, no podía permitírselo, estaba en juego su idea de la felicidad, la que acariciaba día a día; en ella no tenía cabida la soledad, tampoco el desamparo. Todo eso lo había eliminado de su vida como la serpiente muda de piel. Era un animal nuevo, distinto de lo que había sido hasta que reconoció en Perfecto un carácter voluntarioso y ganador como el suyo propio; ambos coincidían en esa actitud como dos viajeros que sellan su destino en un mismo cruce de caminos, aunque cada uno lo expresara a su manera; ella, como mujer; él, como hombre. Estaba

donde había querido llegar y nada ni nadie entorpecería el cumplimiento de sus deseos ni le arrebataría cuanto podía ofrecerle la forma de vida que se había prometido.

Antón Patriarca abrió un ojo y leyó la hora, 9:35 a. m., y el día, Dic. 22, en la pantalla luminosa del despertador. Estaba a oscuras, aunque una débil luz se filtraba por las rendijas que dejaban los listones de la persiana. Al mover la cabeza le traspasó la nuca un intenso dolor. «Vaya clavo», se dijo, y cerró los ojos. Por experiencia sabía que no debía moverse, sólo cerrar los ojos e intentar volver al sueño, pero el alcohol no es el mejor compañero para dormir, por muy acostumbrado que estuviera a él. Había pasado una mala noche, revolviéndose en la cama sin cesar, y no había descansado.

Sus pensamientos estaban tan revueltos como lo había estado su cuerpo durante el sueño. Odiaba la Navidad con su carga de sentimentalismo familiar, la necesidad de festejar, el agobio de los regalos y los deseos de paz y prosperidad. Todo era fingimiento: el amor hogareño como cataplasma contra el mal del vacío, los Reyes Magos y Papá Noel disputándose el favor de niños y adultos, las calles engalanadas y los discursos huecos.

Trató de chasquear la lengua, pero se le pegó al paladar. Tenía la boca seca, el paladar estragado y la lengua medio hinchada exudando alcohol. Sin mudar de postura, cerró los ojos. Sólo quería dormir. La maldita cena de confraternidad de la oficina.

Había perdido el deseo de vivir. Tampoco entendía su fijación con Mila, sólo que había fracasado. Hasta el alcohol le daba asco. Estaba tirado en la cama y lo único que deseaba era dormir, dormir durante días, dormir hasta que se acabase la Navidad por lo menos y luego salir a la calle el siete de enero y sentir el frío en la cara y las manos, bien abrigado, sin resaca, hacer como si todo fuera nuevo: la ciudad, el trabajo, los amigos, los bares... sólo la música y los libros permanecerían inmutables.

Movió la cabeza y el clavo en la nuca le sacudió un latigazo tan doloroso que lo dejó exhausto. Se estaba matando y lo sabía. Un día la sangre le encharcaría los pulmones y lo ahogaría. Quizá Mila intuyó eso y prefirió alejarse. Antón lo entendía: no iba a ser capaz de reaccionar, de dejar el alcohol y el tabaco y aligerarse el cerebro hundido en brumas. A su edad y en sus condiciones no tenía arreglo. Sólo quería dormir.

Gabriel pulsó el interruptor y el árbol de Navidad se cubrió de lucecitas. Lo había engalanado con todos los adornos que siempre tuvieron en casa y que, tras la separación de Isabel, que no los quiso guardar, había metido en una caja que de pronto recordó que llevaba años abandonada en lo alto del armario de la despensa. Esta Nochebuena tenía a Martín en su casa, dormiría allí, y también estaría en Navidad y hasta después del Año Nuevo porque su madre se había ido a celebrar las fiestas con Perfecto Alumbre y unos amigos a las islas griegas. Habitualmente ella se lo llevaba a la nieve con Perfecto y su grupo de adultos, a Cortina D'Ampezzo o a Gstaad, porque lo dejaba en manos de una niñera que se ocupaba de ponerlo en manos del monitor de esquí por la mañana y recogerlo a la tarde; pero en las islas griegas tendría que haber dejado a Martín todo el día con la niñera, lo cual era un plan tedioso para el chico. Las relaciones entre Gabriel e Isabel se habían tensado a cuenta del conflicto jurídico, pero no hasta el punto de tomar decisiones drásticas, de modo que, aunque a Gabriel no le correspondían más que los días de fiesta pactados, esta vez se quedaba a su hijo por diez días; y como éste recibiría los regalos de Isabel y Perfecto la noche de Reyes, había aprovechado para apuntarse al bando de Papá Noel. Gabriel recibió a Martín el día 22 y pasarían en casa la Nochebuena, y el día de Navidad tenían pensado ir a almorzar a un restaurante de costillas de cerdo a la americana. El resto de los días seguirían juntos haciendo toda clase de planes como ir a la bolera, al Parque de Atracciones, quizá al circo y al cine... así hasta la Nochevieja, para la que habría que idear un plan especial.

Contempló satisfecho el árbol encendido, apagó las luces del salón para ver el efecto y pensó que el esfuerzo había merecido la pena. Martín estaba en el cine con un amigo y la tía del amigo, comisionada para quitarlos de en medio mientras se hacían los preparativos de la cena, se lo traería más tarde. La siguiente media hora la empleó en envolver los regalos con el papel de motivos navideños y luego los colocó al pie del árbol. Se le hacía raro que ellos dos compusieran toda la familia, pero Gabriel no solía juntarse con sus hermanos en estas fechas más que en ocasiones excepcionales: la mezcla de hermanos cargados de autosuficiencia, sensatez y sentimentalismo navideño le ponía los pelos de punta. Todavía con los padres vivos tenía un sentido el sacrificio, pero ahora le resultaba demasiado gravoso.

Volvió a la cocina para comprobar el estado de la pintada que tenía en el horno. No había escatimado en gastos para la ocasión. Antes de la pintada tomarían pan con tomate y anchoas de Santoña en salmuera. El marisco lo había dejado para la

cena de Nochevieja; serían percebes, que eran la alegría de Martín, quien había aprendido a extraer el bicho con envidiable soltura y velocidad, una centolla traída de las rías gallegas por un técnico de televisión de la tierra y dos docenas de ostras, que se las reservaba Gabriel, cuya capacidad de engullir ese molusco en cantidad parecía más propia de los *gourmets* del siglo XIX. La temprana afición de Martín por los mariscos se la había inculcado el contagioso entusiasmo de su padre por el producto, desde la humilde coquina al majestuoso bugre.

Como un amo de casa perfeccionista, repasó a continuación la mesa, volvió a recorrer la casa, miró en la habitación de invitados y se puso a ordenar la ropa tirada encima de la cama, regresó a la cocina, se sacó un plato de lascas de jamón de la nevera y se sirvió una copa del vino que tomaría en la cena como aperitivo, se puso el delantal de pescadería que guardaba en el armario y sacó la pintada del horno, que bajó al mínimo. Como ya estaba hecha, se dedicó a trocearla, disponerla en la bandeja y guardarla en el horno protegida por un papel de aluminio. Luego se dedicó a preparar la salsa.

De repente la memoria le retrotrajo a las Navidades con sus padres. Todo el ritual que estaba siguiendo era un calco del que seguía su madre en estas fechas. Su padre, en cambio, merodeaba por la casa sin saber qué hacer con su cuerpo, tratando de ofrecerse vanamente para nada u hojeando el periódico una vez más. Gabriel y sus hermanos estaban en la calle, jugando y haciendo gamberradas mientras llegaba la hora de la cena, expulsados de casa con prohibición de alejarse de la manzana, para que desfogasen la emoción y los nervios del momento. En aquel entonces no existía Papá Noel, pero habían puesto un minúsculo belén en la consola de la entrada, donde rezarían y cantarían villancicos a las doce de la noche por el nacimiento del Señor.

Gabriel no tenía familia que ofrecer a Martín más que él mismo. Los abuelos habían muerto y en cuanto a los padres de Isabel, acudirían a su casa para el almuerzo de Navidad en parte por deferencia y en parte porque compartir la Nochebuena y la Navidad los dos a solas le parecía una repetición inapropiada en unos días en los que todo el mundo aprovechaba para reconocerse y celebrarse. Pero ésta era la primera vez que compartía la Nochebuena con su hijo después del divorcio y se había preparado a fondo para intentar llenar la falta de familiares. Tenía juegos de mesa, película y disponía de un estado de humor excelente. Sabía que Martín le había echado de menos en Nochebuenas anteriores, con Isabel y los abuelos (adonde acudía sin su hermano pequeño) o con Isabel, la familia de Gonzalo y el pequeño Gonzalito. Fueron noches en las que Gabriel se quedó en su casa con la sola compañía de Antón Patriarca y solían ser más bien deprimentes a pesar de los esfuerzos de su amigo, que aparecía siempre lleno de buenos propósitos hasta que la inevitable cogorza lo dejaba fuera de combate.

¿Qué puedo hacer por ti, hijo mío? ¿Qué puedo yo enseñarte sin hacerte daño?

Como al descuido, se asomó a la ventana. La calle estaba desierta, iluminada a trechos por las farolas en una misteriosa sucesión de luz y sombras. Le apeteció asomarse al exterior y abrió las dos hojas para sentir la temperatura de la noche. Unos tacones resonaron en la acera y una muchacha surgió de entre las sombras y se alejó apresuradamente con una bolsa de compra en la mano y su propio bolso en la otra. Por un momento, la imagen le trajo a la memoria la figura de María regresando a su casa y se preguntó dónde estaría celebrando la Nochebuena. El recuerdo le dolió. Cerró la ventana y procuró olvidarlo.

¿Cómo hacer, hijo mío, para enseñarte a vivir sin falsedad ni ocultamiento? ¿Cómo explicarte que en este mundo comido por las mentiras aceptadas: la desvergüenza, el engaño, el descaro, el latrocinio y la incivilidad es posible intentar llevar una vida digna? ¿Cómo ayudarte a eludir esta enfermedad de nuestro tiempo que es la inmoralidad pública? Temo hacer de ti un infeliz o un tonto y esto último no es lo peor pues en esa condición, al menos, no te afectaría tanto la corrupción de las almas que nos rodea. Si la lucidez sólo va a servir para hacerte desgraciado y yo mismo estoy medio perdido ¿con qué derecho pretendo inculcarte valores sobre cuyo incumplimiento cierro los ojos a menudo?

Las cosas iban a cambiar, estaba convencido. Con Martín en casa todo sería diferente, empezando por su propio ritmo de vida. Se iba a encontrar con un adolescente en ciernes y estaba listo para afrontar el reto. Si Martín tenía que matar al padre, como es deber de los chicos, el padre debería permanecer junto a él. En manos de Isabel y Perfecto, Martín estaría perdido. En el fondo sospechaba que Isabel sabía que la presencia de Martín en su proyecto de vida con Alumbre era un problema, aunque eso jamás lo reconocería; incluso se permitía sospechar que Perfecto no pondría la carne en el asador para apoyarla en el contencioso que tenían entre manos, salvo que ella lo convirtiera en una cuestión de vida o muerte y ése no era el mejor camino para Isabel a medio plazo. Trataba, evidentemente, de animarse con estas reflexiones, pero, por encima de todo, lo animaba la convicción de que Martín regresaría con él. Ahora le tocaba a él llevar el peso de la situación. Entendía el dolor que podía causar a Isabel, la distancia física inevitable que pondría con su hijo; lo entendía, pero no le pesaba. ¿Era un acto de egoísmo por su parte? El amor de padre es tan poderoso como el amor materno. Y trató de convencerse de que esa energía era la que iba a conducir su vida de ahora en adelante.

Como si despertase de un sueño, miró alrededor y, al hacerlo, apareció, como traído por la gracia del instante, un verso de un poema que lo acompañaba desde muchos, muchos años atrás, a la manera de un compañero fiel y oportuno: *El mundo estaba en calma y la casa en silencio.* ¿Era eso lo que él sentía en este momento?

La criada de Isabel no tardaría en llegar con Martín. Era la Nochebuena de los

dos, Martín y él. Una promesa de que todo iba a cambiar. En una semana comenzaría el nuevo año y ambos lo iban a iniciar también juntos. Entonces, incomprensiblemente, sintió miedo; no miedo por él, ni por Martín, ni por nada inmediato, no; sentía miedo por el futuro, como si el día ¹ de enero de 2006 fuera a abrirse un abismo a sus pies. Un miedo general e inconcreto, un miedo sin cara. Simplemente miedo.

Pensó en Martín: vio su rostro, sus gestos, su sonrisa, sus ilusiones y sus inseguridades, su flaca figura, su encantadora ingenuidad, la adolescencia que llegaría con la primavera y murmuró con una mezcla de piedad y ternura: –*Cuenta conmigo.*

Madrid, 2012

Agradecimientos

Debo agradecer especialmente la meticulosa lectura del original de Ana Rodríguez Fischer, así como las sugerencias de Mercedes Casanovas y Ana Rosa Semprún.

También agradezco mucho a Pascual Amigot el cuidado puesto en la edición y a Mauricio González García su muy atenta corrección.

Hay citas de otros autores cuya procedencia queda clara en el texto, con excepción de un verso de Jaime Gil de Biedma, una estrofa de una canción de Georges Brassens y otra de «Et maintenant» de Gilbert Bécaud.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Edición en formato digital: septiembre de 2013

En cubierta: © Gagilas / Flickr / Getty Images
© José María Guelbenzu c/o Casanovas & Lynch Agencia Literaria, 2013
© Ediciones Siruela, S. A., 2013
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15937-32-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
Mentiras aceptadas	6
I. La nevada	8
II. Personajes a escena	28
III. Vidas reunidas	64
IV. Verano y cambios	107
V. La influencia de los hechos	139
VI. Enredos y daños	196
VII. Tribulación	259
VIII. Los personajes se despiden	315
Agradecimientos	334
Créditos	335